JUAN GÓMEZ BÁRCENA

Ni siquiera los muertos



La conquista de México ha terminado, y Juan de Toñanes es uno de tantos soldados sin gloria que vagan como mendigos por la tierra que contribuyeron a someter. Cuando recibe una última misión, dar caza a un indio renegado a quien apodan el Padre y que predica una peligrosa herejía, comprende que puede ser su última oportunidad para labrarse el porvenir con el que siempre soñó. Pero a medida que se interna en las tierras inexploradas del norte siguiendo el rastro del Padre, descubrirá las huellas de un hombre que parece no solo un hombre, sino un profeta destinado a transformar su tiempo y aun los tiempos venideros. Ni siquiera los muertos es la historia de una persecución que trasciende los territorios y los siglos; un camino que se dirige hacia el norte, siempre hacia el norte, es decir, siempre hacia el futuro, en un viaje alucinado desde la Nueva España del siglo XVI hasta el muro de Trump de nuestros días. Por él discurren antiguos conquistadores a caballo y migrantes que cabalgan los techos de la Bestia, indios sublevados y campesinos que aguardan con paciencia un mundo mejor, revolucionarios mexicanos que toman sus fusiles y mujeres asesinadas en el desierto de Ciudad Juárez. Todos ellos comparten un mismo paisaje y una misma esperanza: la llegada del Padre que habrá de traer justicia a los oprimidos. En su nueva novela, Gómez Bárcena toma la realidad mexicana como pretexto para asomarse a la historia universal, en una lectura crítica que cuestiona la fe en el progreso y pone de relieve las promesas incumplidas del capitalismo. Con ecos de autores tan dispares como Joseph Conrad, Alejo Carpentier o David Mitchell, Ni siquiera los muertos es el viaje de dos hombres sin hogar que avanzan porque ya no pueden retroceder, y es también una reivindicación de justicia para los perdedores de la Historia.

Juan Gómez Bárcena

Ni siquiera los muertos

ePub r1.0
Titivillus 27.01.2021

Juan Gómez Bárcena, 2020
Imagen de portada: Riki Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Para Marta Jiménez Serrano, que me acompaña
dentro y fuera de las páginas de esta novela.

El Mesías viene no solo como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo. Solo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza aquel historiador traspasado por la idea de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo, si este vence. Y ese enemigo no ha dejado de vencer.

WALTER BENJAMIN

El mundo es un lugar feroz y despiadado. Creemos que somos civilizados, pero en realidad el mundo es cruel y las personas desalmadas; te muestran una cara amable, pero realmente quieren acabar contigo. Tienes que saber cómo defenderte. Las personas son malas y desagradables, y tratarán de hacerte daño para pasar el rato. Los leones de la selva solo matan en busca de alimento, pero los humanos lo hacen por diversión. Incluso tus amigos quieren destrozarte: quieren tu trabajo, tu casa, tu dinero, tu esposa y hasta tu perro. Y esos son tus amigos, ¡tus enemigos son incluso peores!

DONALD TRUMP

Nicān mihtoa in tlahtlaquetzalli in quēnin Juan quihuāltoca in Juan, onēhuah īnāhuac in Puebla īhuān ōmpa huih Tlacetilīlli Tlahtohcāyōtl Ixachitlān, ce nehnemiliztli in mani cenzontli īpan yēpōhualli on caxtōlli omēyi netlalōlli caxtiltēcatl īhuān zan cuecuēl achīc.

Aquí se cuenta la historia de cómo Juan persigue a Juan, desde las inmediaciones de Puebla hasta la frontera de los Estados Unidos de América, en un viaje que se prolonga cuatrocientas setenta y cinco leguas castellanas y otros tantos años.

I

El mejor entre los peores – Una taberna a medianoche
Lo que el visorrey querría, si el visorrey quisiera cosa alguna
Vidas de perro – Una cierta idea del hogar – El silencio de un gallo
Una cabeza, en el fondo de un saco – Falacia del hombre de paja
Primera última mirada

Primero proponen al capitán Diego de Villegas, con probada experiencia en circunstancias tan comprometidas, pero el capitán Villegas ha muerto. Alguien nombra a cierto Suárez natural de Plasencia, a quien se le conocen más de quince expediciones sin mácula, pero resulta que Suárez también ha muerto. Nadie menciona a Nicolás de Obregón, porque lo flecharon los salvajes purépecha, ni a Antonio de Oña, quien después de cometer crueldades sin cuento contra los indios paganos, se ha ordenado sacerdote para proteger a los indios paganos. Durante unos instantes se levanta un cierto entusiasmo en torno al nombre de Pedro Gómez de Carandía, pero alguien recuerda que Pedro finalmente recibió encomienda el año pasado y con ello envainó la espada y tomó el látigo. Pablo de Herrera está preso por orden del gobernador, a resultas de ciertos diezmos nunca cobrados o cobrados dos veces, según las versiones; Luis Velasco se volvió loco soñando con el oro de las Siete Ciudades; Domingo de Cóbreces se quedó sin indios que matar y tornó a su primer oficio, la crianza de cerdos. Alonso Bernardo de Quirós lo intentó todo para conseguir el favor del visorrey en los campos de batalla de la Nueva Galicia, la Gran Chichimeca y la Florida, y luego apareció colgado en su casa, con una última carta al visorrey engarfiada en su mano derecha. De la habilidad y el empeño de Diego Ruiloba nadie duda, pero tampoco de la tibieza de su fe, razón suficiente para apartarlo del mando de armas en esta sensible ocasión. Para llegar al nombre apropiado todavía tienen que descender muy abajo en la pila de pergaminos y transigir con muchas debilidades y flaquezas humanas, pasar de los capitanes a los sargentos de caballería y de los sargentos de caballería a simples soldados de fortuna; un camino pavimentado de hombres demasiado viejos, hombres retornados a Castilla, hombres mutilados, hombres alzados en rebeldía, hombres examinados por el Santo Oficio, hombres desfigurados por la sífilis, hombres muertos. Hasta que de pronto, tal vez para ahorrarse el esfuerzo de seguir desempolvando legajos y expedientes, uno de los escribanos se acuerda de

sacar a relucir el nombre de cierto Juan de Toñanes, antiguo soldado de su Majestad el Rey, antiguo buscador de oro, antiguo casi todo, a quien no ha conocido personalmente pero del que se cuenta que burla la miseria persiguiendo indios fugados de las encomiendas de Puebla. Un hombre humilde y si se quiere indigno de la empresa que los ocupa, pero del que por otra parte se dice que es cumplidor y buen cristiano, con una habilidad casi milagrosa para retornar siempre con el indio que se le indica, engrilletado y de una sola pieza. Y que me aspen, continúa el escribano, si ese trabajo no se parece como dos gotas de agua a la empresa para la que sus Excelencias buscan autor; una misión que, salvando las evidentes distancias, consiste precisamente en dar con determinado indio y traerlo de vuelta, lo mismo da si vivo o muerto. El escribano calla, y el visorrey, que también ha empezado a impacientarse, le ordena que busque en sus papeles noticias del tal Juan de Toñanes. Lo que aparece no es más que un expediente mugriento y muy corto, del cual parece colegirse que en sus tiempos de soldado el tal Juan no era ni el mejor ni el peor de los suyos; que sangró en muchas pequeñas escaramuzas sin distinguirse en ninguna ni por lo cobarde ni por lo gallardo; que durante años envió cartas al visorrey solicitando —sin éxito— la concesión de una encomienda; que luego rogó —cosechando corteses negativas— el cargo de sargento de la expedición de Coronado a la Quivira; que por último suplicó —sin recibir respuesta— un puesto en Castilla muy por debajo de sus merecimientos. Un hombre a todas luces vulgar, pero de una vulgaridad muy poco común, que en todos estos años se las ha arreglado para no hereticar, no empeñarse en duelos, no tomar parte en pendencias ni escándalos, no maldecir ni a Dios ni a su Majestad el Rey, no manchar la reputación de doncellas, no recibir prisión ni oprobio. Y así, antes incluso de terminar la lectura de su hoja de servicios, el visorrey ya se ha decidido a suspender las pesquisas y hacer llamar a ese tal Juan, de destrezas y talentos desconocidos, pero del que cabe esperar, como de todo soldado español, una cierta experiencia con la espada y una mediana disposición para la aventura.

Los golpes de la aldaba despiertan al perro y los ladridos del perro despiertan a la mujer, que dormitaba junto al fuego. En una esquina de la taberna se demoran todavía cuatro hombres, vacilantes y embrumados por el alcohol. Continúan intercambiando naipes en silencio a la luz de una vela, indiferentes a los aldabonazos y al martilleo de la lluvia en el tejado y a las cinco goteras que cada tanto hacen repicar el fondo de cinco calderos de estaño. Uno de los calderos ya rebosa y ha dejado formarse un charco que el piso de tierra no es capaz de tragar. Debería haberlo vaciado horas atrás. La

mujer tiene quizás tiempo de pensarlo mientras prende el candil y se dirige a atender la puerta.

Son dos hombres que esperan en el zaguán, encobijados bajo sus capas y sus sombreros. Tan pronto como la mujer destraba los cerrojos irrumpen en la taberna, zapateando en el umbral con sus botas empapadas. Uno de ellos murmura una maldición, que no se sabe si va dirigida a la tormenta, o a la noche que los ha sorprendido en ese rincón remoto del mundo, o a la mujer de piel atezada que está ayudándolos a desembarazarse de sus ropas húmedas. Las capas parecen como enceradas por el agua y cuando se quitan los sombreros se derraman sobre el piso unos últimos restos de lluvia. Y es entonces, al colgar sus sombreros y sus cobijas, cuando la mujer tiene tiempo de ver a la luz del candil a los hombres que se ocultan debajo. Ve sus ojos y la piel blanca y las barbas bermejas, ve las camisas buenas que visten, los correajes hechos de talabartería fina, y ve, sobre todo, sus manos blanquísimas, sus manos limpias y seguramente también suaves, manos hechas para el roce del pergamino o de la seda pero de ningún modo para el laboreo de la tierra. Los forasteros no corresponden a la mirada de la mujer, no reparan en ella siquiera, o si lo hacen la evitan como evitan las atenciones del perro, que ha venido a olfatear sus pantalones de monta y sus botas de cuero.

Al fondo de la taberna, los cuatro jugadores levantan la vista de sus naipes y sus jícaras de pulque. La blancura de la piel de los recién llegados es tan extraordinaria que también ellos se vuelven por un instante, súbitamente incumbidos por la sorpresa. Son, sin duda, españoles, tal vez incluso hombres de corte, quién sabe si por ventura escribanos o funcionarios del visorrey, y una vez libres de sus sombreros y sus capotes se pasean en derredor con lentitud y aplomo.

Al fin escogen una mesa que es, quizás, la más limpia de la taberna, y de todas formas la mujer corre a fregotearla con un paño húmedo. Mientras tanto, recita la lista de platos con que sería un honor agasajar a vuesas mercedes. El pan de la casa que sus Excelencias deberían probar. Las dos habitaciones dispuestas y bien ventiladas en las que, si lo desean, sus Ilustrísimas pueden pernoctar. Los llama así, indistintamente, vuesas mercedes, sus Ilustrísimas, sus Excelencias, confiando en que alguno de esos tratamientos se acomode a la dignidad de los forasteros. Pero los forasteros no quieren posada ni cena. Solo bebida. Solo dos vasos de vino. La mujer tartamudea para decir que, por desgracia, no les queda vino. Piden

aguardiente, y tampoco de eso queda. Uno de ellos se vuelve para señalar a los jugadores de naipes:

—¿Qué están bebiendo esos?

—Pulque, su Excelencia… En esta humilde taberna solo servimos pulque, su Ilustrísima… Una bebida que no es digna del paladar de vuesa merced…

—Que sea pulque —sentencia el otro.

Mientras esperan, los forasteros se vuelven para juzgar en silencio el espacio que los rodea. Miran a la mujer, evidentemente india, que se interna en la recocina para llenar sus jarras de pulque. Miran a los jugadores que aguardan en la mesa contigua, sin lugar a duda indios también. Observan sus manos encallecidas y sucias, su piel morena, sus ropas raídas, hasta que los indios en cuestión, incapaces de sostener su mirada por más tiempo, retornan acobardados al juego. No parecen recordar quién lanzó el último envite y los forasteros se complacen con su turbación. Miran después los calderos azarosamente dispersos por el suelo. El fuego del hogar. El techo mal retejado del que cuelgan una sarta de chiles y dos guajolotes sin desplumar, más bien escuálidos. Un tonel serrado por la mitad que hace las veces de silla y una puerta desgoznada que hace las veces de mesa. Sobre ella hay dispuesta una hilera de jarras sucias y en la pared opuesta una sencilla cruz de madera, colgada quién sabe si por convicción o por miedo, como los judíos cuelgan jamones en las vitrinas de sus comercios. En algunos lugares el suelo está empavesado con una cuadrícula de morrillos blancos, pero tan pronto como se camina hacia el fondo los morrillos comienzan a menudear hasta resolverse en un humilde suelo de tierra pisada, como si alguien se hubiera afanado por adecentar la taberna pero en algún momento se le hubiera acabado el oro o la esperanza. En su yacija, el perro suspira dolorosamente, en mitad de un sueño seguramente no exento de pesadillas.

La mujer regresa con dos jarras de pulque y con un plato de tortillas de maíz que nadie le ha pedido. En el borde de una de las jarras se puede apreciar claramente la huella blanca de unos labios. Los hombres miran fijamente esa mácula, como si quisieran borrarla.

Antes de marcharse, la mujer se inclina para hacer una reverencia complicada, pero uno de los forasteros la toma por la muñeca. No hay violencia en su gesto. Solo una autoridad inobjetable, ante la que ella se abandona con resignación.

—También estamos buscando a un hombre —dice, y la mujer se prepara para escuchar.

Están buscando al dueño de la taberna y el dueño de la taberna aparece por fin, al pie de la escalera que conduce a las habitaciones. Al verlo llegar, los forasteros no se mueven. No se levantan para recibirlo. No le estrechan la mano. No hacen ni dicen nada. Permanecen sentados en sus sillas y desde esa distancia juzgan al hombre que se dirige hacia ellos vacilante, sorteando apenas los calderos en los que chapotea la lluvia. Tendrá unos cuarenta o cuarenta y cinco años y todavía todos o casi todos los dientes en la boca. Miran el pelo y la barba revuelta. Los ojos vinosos. La camisa mal abrochada. Es, tal vez, alguien que acaba de levantarse de la cama, urgido por el llamado de la mujer; alguien que ya ha llegado a esa edad en que los hombres prefieren acostarse temprano. Es, tal vez, solo un hombre borracho. Prefieren creer lo segundo, porque el alcohol siempre se ha avenido bien con las empresas difíciles. Al menos con cierta clase de empresas y cierta clase de hombres.

Arrimada a la mesa hay una silla vacía. Uno de los forasteros señala esa silla, sin mediar palabra. Es la misma mano imperiosa que retuvo la muñeca de la mujer y que ahora arrastra al recién llegado hasta el asiento, sin necesidad de tocarlo.

—Vos sois Juan de Toñanes —dice entonces, acompañando su propio gesto.

No suena como una pregunta sino como una afirmación, y el hombre tarda algún tiempo en contestar. En ese tiempo alcanza a pensar muchas cosas. Mira las tortillas intactas y las jarras de pulque llenas hasta el borde, y tras ellas a los dos desconocidos que no se han dignado a dar un solo trago ni un solo bocado. El que ha hablado le sostiene la mirada, como esperando leer en sus ojos la respuesta. El otro ni siquiera se molesta en levantar la vista. Se ha sacado del cinto un puñalito minúsculo: una daga con la empuñadura de oro que no parece hecha para el ejercicio de la guerra sino para abrir lacres o rasgar páginas intonsas. Con ese puñalito se afana en modelar sus uñas, que por lo demás están ya bien recortadas y limpísimas.

—Sí, soy Juan de Toñanes —dice Juan de Toñanes.

Y luego, con algo que quiere ser aplomo:

—¿De qué se me acusa?

—¿Cómo decís?

—¿No es por eso que están aquí vuesas mercedes? ¿Para prenderme?

El hombre ríe largamente. Ríe tanto que su compañero tiene tiempo de acabar con las uñas de la mano izquierda y concentrarse en la diestra. Oh, no se le acusa de nada en absoluto, continúa, cuando se cansa de reír. Todo lo

contrario: ahí arriba están muy satisfechos con él. Debería haber estado en palacio con ellos, oyendo hablar a los escribanos y al gobernador y aun al mismísimo visorrey sobre sus hazañas. Precisamente por eso están ellos allí: para agradecerle los servicios prestados a la Corona, tan notorios y reconocidos por todos. Y puede que incluso para abusar de su generosidad y solicitar su ayuda de nuevo. Es por eso que vienen de tan lejos. Y no ha sido, puede creerlo, tarea fácil dar con él. Si supiera cuántas carreteras de polvo, cuántos pueblos grandes y chicos, cuántas leguas han tenido que separarse del camino real hasta encontrar esta taberna caída de la memoria de Dios.

—¿Mi ayuda? —pregunta Juan, como si fuera inverosímil creer que sus manos ajadas y curtidas de cicatrices puedan ser útiles para alguien—. Siento decirles a vuesas mercedes que hace mucho que no me embarco en aventuras ni empresas.

El hombre ríe de nuevo. Señala las jarras intactas de pulque.

—Desde luego no hemos venido por su vino.

—Vuesas mercedes tienen que disculparnos. Por aquí no vienen muchos españoles que sepan apreciar el buen vino…

Hace un gesto vago con la mano, que abarca toda la taberna. A la mujer que se atarea en la recocina y a los cuatro jugadores que parecen continuar su partida, sin perder de vista a los forasteros.

—Eso puede cambiar. Los españoles, sabedlo, no van donde hay vino, sino donde hay oro con que comprarlo.

Mientras habla, se descuelga del cinto un odre, perlado de gotas de lluvia. Se lo tiende con camaradería. Juan lo retiene en las manos un instante, sin decidirse ni a empinarlo ni a retornarlo a las manos del forastero.

—Vamos, bebed. Vos sí sois español. Vos sí sabéis apreciar el buen vino, ¿verdad?

Al fin da un trago largo y concienzudo. Es un vino delicioso, que no parece sacado de las viñas desmedradas de América sino de los lejanos lagares de Castilla. Cuando termina de beber, se restriega la manga de la camisa contra la barba y ofrece la bota al segundo forastero, tal vez porque cree que debe de tener sed, o para rescatarlo de su ausencia. Él ni siquiera parece notar el ofrecimiento. Continúa jugueteando con el puñalito, ajeno a todo cuanto en esa mesa se hace o se dice.

—Y bien, ¿qué es lo que el visorrey quiere que haga? —Se atreve a decir Juan, fortificado por el trago.

El hombre da un respingo. La daga detiene su movimiento un instante, como si alguien hubiera hecho o dicho una descortesía. El otro se adelanta

para contestar, intentando borrar sus palabras. ¿Quién ha dicho eso? ¿Ha dicho él acaso, o por ventura ha dicho su compañero, que el visorrey en persona le esté pidiendo algo, que le necesite para cosa alguna? ¿Está insinuando que el visorrey es un mendigo que solicita la caridad de sus súbditos? El visorrey, debe saberlo, no le pide nada. Nada en absoluto. Todo cuanto ellos están haciendo es trasladarle una invitación. Podría llamársele una misión, si no fuera porque esa misión no consta en legajo ni en memoria alguna, ni tiene tampoco quien la ordene ni quien la sufrague. Así que no es una misión: eso debe quedarle claro. Aunque por otro lado, el visorrey le cubrirá de oro si la cumple. Así que bien mirado sí es o sí se parece mucho a una misión. Podría decirse que es una misión si la cumple y no es una misión si, Dios no lo quiere, fracasa. Aunque ni siquiera entonces podría hablarse de una misión en un sentido estricto, porque una vez concluidas, las misiones suelen presumirse en las tabernas y en los puertos y en los corredores de palacios y casas fuertes, y él no podría hablar de estos asuntos por muchos y variados que fueran los hombres que le preguntaran al respecto. Ni en el confesionario siquiera. Porque si Dios ya sabe todo cuanto hacemos, a qué repetírselo, y si no lo sabe, a qué llamarlo Dios, ¿no le parece?

Juan asiente. Dice que sí, que le parece, sin saber a lo que asiente ni lo que le parece. Esa respuesta parece satisfacer a los forasteros. El primero continúa hablando, más tranquilo, y el otro ha vuelto a concentrarse en sus uñas. A la luz del fuego, la hoja de su daga cabrillea entre sus dedos, como si sostuviera un diminuto sol. En fin, está diciendo su compañero, aclaradas estas cuestiones; sabiendo que el asunto está perfectamente entendido, pueden, en aras de la simplificación y de la didáctica, llamar a la misión misión. Y pueden incluso decir que es el visorrey quien la ordena, aunque sea una forma de exagerar y hasta de mentir. Y lo que quiere el visorrey, si acaso el visorrey quisiera cosa alguna, es algo muy sencillo, dice riendo de nuevo. Algo tan sencillo para un hombre de su experiencia que casi da eso, risa. Solo tiene que encontrar a determinado indio, en algún lugar de la Gran Chichimeca. Encontrarlo y acabar con su mandato, porque es forzoso reconocer que en los últimos tiempos ese indio, explica, ha logrado cierto ascendiente entre los salvajes. Saben que la Gran Chichimeca es precisamente eso, un lugar salvaje, y además muy grande, como su propio nombre indica. Saben que es una tierra feroz y acaso capaz de hacer temblar la espada de hombres menos valerosos y corajudos: un lugar que los propios aztecas, tan sanguinarios, temían —tal vez a un hombre con los conocimientos de Juan no se le escapa que en lengua náhuatl *chichimeca* significa «perro sucio e incivilizado», explica—. Pero

saben también que alguien que siendo solo un muchacho participó en el asedio de México-Tenochtitlan; alguien que unió su espada a Cristóbal de Olid en las Hibueras y a Nuño de Guzmán en la conquista de la Nueva Galicia; alguien que tantos y tan buenos esclavos indios hizo en las tierras de guerra, no se asusta por eso ni por nada.

Juan tarda en responder. Todas esas cosas las escucha en silencio y desde cierta distancia, como si no se correspondieran a sucesos de su vida o pertenecieran al pasado de otra persona. En cierto modo es así: todo lo que el forastero cuenta parece haberle sucedido a otro hombre. Resulta difícil ver en Juan un soldado, imaginarlo con su casco y con su arcabuz, con su propio caballo y su botín de guerra. Se diría que ha estado siempre ahí, sirviendo jícaras de pulque y tortillas de maíz en una taberna que se pudre lentamente en el fin del mundo.

—Ese indio… ¿es un chichimeca? —pregunta, con una voz que tal vez quiere asemejarse a la voz de un soldado.

—No. Es de por aquí. Creo que un tlaxcalteca.

Juan ladea la cabeza. Adelanta la mano para arrancar un trozo de tortilla fría y metérsela en la boca, como si la mención de la guerra le hubiera devuelto el apetito o el atrevimiento.

—Entonces ya les han dado el trabajo hecho.

—¿Qué queréis decir?

—Solo hay una cosa que los chichimecas odien más que a un cristiano. A un indio tlaxcalteca. Así que pueden contar con que su indio ya está muerto.

De pronto el segundo forastero levanta la vista de sus manos y de su daga. Tiene los ojos azules y están muertos, o al menos son lo más parecido que Juan recuerda a la muerte. Son ojos que no están acostumbrados a contemplar el horror sino solo cuando ese horror se ha transformado ya en cifras, en memoriales, en legajos. Ojos que no han visto más sangre derramada que la que proviene de un mal afeitado, y tal vez por eso su propietario se ha cansado de exigir la sangre de otros desde detrás de su escribanía, sin entender lo que exige.

—Este indio no —dice, y su voz es tan dura y tan aplomada que basta como prueba.

Durante algún tiempo nadie dice nada. El forastero ha vuelto a concentrarse en su daga y sus uñas impolutas y el otro mira fijamente a Juan, como esperando algo. Solo se escucha, a su espalda, el entrechocar de los naipes contra la madera y del agua contra el agua. El ruido de loza y vasijas

que la mujer hace en la recocina, donde por otro lado no hay nada que limpiar.

—¿Qué es lo que ha hecho ese indio que tanto les importa a vuesas mercedes? ¿Forzó a una doncella? ¿Quemó una iglesia? ¿Intentó rebanarle el pescuezo al mismísimo visorrey?

El primer forastero niega con la cabeza, sin borrar del todo la sonrisa. Dice que las razones no importan. Dice que ellos no van a darle esas razones pero que tienen, en cambio, mil razones de oro para quien dé con él, y en cada una de esas razones la efigie acuñada de su Majestad Carlos, que Dios guarde. Dice que el oro viene de arriba y que las órdenes también vienen de arriba y que los de arriba nunca se equivocan, y si lo hacen, ellos, los de abajo, jamás llegan a enterarse. Así que si quiere aceptar la misión, esa misión que en sentido estricto no es misión y que nadie le ordena, tendrá que olvidarse de las explicaciones y conformarse con el oro. Y el oro, añade envalentonado por la atención renovada con la que Juan lo está mirando, es capaz de cosas que muchos hombres no creerían. Los doblones suficientes pueden transformar la taberna más ruinosa en una taberna próspera; puede que a la misma vera del camino real; puede que con caballos de repostaje y vino en abundancia y clientela cristiana; sin goteras en el techo y sin criadas indias detrás del mostrador, sino buenas mozas castellanas para servirle a uno los tragos sin vergüenza ni oprobio.

Juan mira durante algunos instantes la boca que ha dejado escapar esas palabras.

—Esa mujer no es una criada —dice—. Es mi esposa.

Una pausa, llena de esfuerzo.

—Y ya les dije a vuesas mercedes que hace mucho que no me dedico a dar caza a indios.

Quiere ser una voz que exige respeto, pero solo es una voz que pide disculpas.

—Entiendo —dice el segundo forastero, envainando la daga.

Los hombres se ponen lentamente en pie, como queriendo dar a Juan tiempo de arrepentirse. Pero Juan no se arrepiente, y si lo hace, no se atreve a decirlo. También él se pone en pie. Lo hace despacio y trabajosamente, tal vez porque imita sus movimientos; tal vez porque tantos años de experiencia con la espada no han pasado en balde.

Antes de dirigirse a la puerta, el segundo forastero vuelve sus ojos azules a Juan. Estarán tres días en el pueblo, dice. Ni una hora más. Tiene hasta entonces para cambiar de opinión. Eso dice, mientras hurga en su faltriquera.

Parece que va a darle la mano, pero no se la da. Lo que hace es sacar una moneda y arrojarla en una parábola desdeñosa. Una moneda que es solo un destello de oro atravesando el aire hasta desaparecer en la jarra de pulque, con un chapoteo blanco.

La mujer los alcanza en la puerta. Los ayuda a ponerse sus capas y sus sombreros, ya secos o casi secos por el calor del fuego. A Juan le parece distinguir un brillo especial en la forma en que miran a su esposa. Una mirada que en algo recuerda al modo en que primero miraron las jarras de pulque. Las tortillas de maíz. Las cinco goteras, haciendo repicar el fondo de los cinco calderos de estaño.

Juan sentado de nuevo a la misma mesa. Los jugadores de naipes que dejan una moneda de vellón antes de marcharse y Juan que ya está apurando la primera de las jarras de pulque. La esposa que apaga las velas y enciende el candil y sube al dormitorio, y Juan que acaba de comenzar la segunda jarra. Antes de desaparecer, la esposa le dedica una mirada desde las escaleras, candil en mano. Esa mirada es una invitación que Juan finge no entender. Al fin se marcha. La esposa que desaparece sin decir nada y Juan que queda abajo. Juan y una jarra de pulque vacía y otra mediada. Juan y el fuego del hogar aún sosteniendo una luz póstuma; Juan y el perro que duerme y el viento que silba tras las vigas del techo. Juan rodeado de calderos sobre los que la noche sin lluvia llueve todavía.

La esposa que no ha dicho nada antes de acostarse y Juan que tampoco dice nada cuando se queda.

Son muchas las cosas que Juan no dice. Es un tabernero silencioso y prudente, y tal vez por ello un tabernero extraño. Jamás hace preguntas. Sirve los licores y las tortillas en silencio, sin preguntar a los viajeros de dónde vienen o adónde se dirigen. Si hay algo en el mundo que le interese, es difícil decirlo. No quiere saber noticias de la capital ni del otro lado del océano. No le importan la salud de los reyes y papas ni sus campañas de guerra. Cuando se le pregunta responde siempre con el menor número de palabras posibles, como si cada una de ellas costara el oro que no tiene. No es así, claro. Las palabras son gratuitas y los tragos que se sirven en aquella taberna casi gratuitos también, porque la clientela es escasa y pobre y no puede permitirse perderla. A veces renta un par de habitaciones húmedas y lóbregas, que solo consienten los viajeros más desesperados, y también esas dos habitaciones semejantes a camarotes de barco o a ataúdes o a bodegas se cobran baratas. Casi todos los huéspedes son indios. Solo de vez en cuando llega hasta la taberna, por azar o por negligencia, algún peregrino español; alguien que se

extravió en la sierra o se distrajo del camino real o fue desvalijado por los bandidos o todas las cosas al tiempo.

Cada vez que ve a uno de esos españoles zapateando en el umbral, Juan no sabe si alegrarse o entristecerse. Las preguntas de esa clase de hombres son siempre más directas, más inquisitivas. No admiten ninguna escapatoria. Quieren saber, por ejemplo, si por ventura Juan no participó en la lucha contra los aztecas. Sí, lo hice, responde Juan, con la esperanza de que esas tres palabras basten, y cuando resulta que no bastan, se resigna a añadir lo que los viajeros han venido a escuchar: una narración que de tantas veces repetida ya no parece suya. Acaso no lo fue nunca. Habla de los teocallis donde los aztecas perpetraban sus cultos diabólicos; de las pirámides de calaveras humanas que vio erigirse al pie de esos templos, en número increíble; habla de sus macanas de combate y de sus gritos de guerra y de sus cabezas emplumadas y terribles. Lo que no cuenta, lo que nunca contará, es que él también vio esas mismas cabezas cercenadas y espetadas en espadas españolas; que vio sus cuerpos acribillados por los arcabuces o atravesados por las lanzas o roídos hasta los huesos por los perros, con una saña de la que no dan cuenta los memoriales ni las crónicas de guerra.

Si le preguntan por Nuño de Guzmán contesta que fue un buen guerrero, el mejor de cuantos han pisado esta tierra, porque cualquier otra respuesta sería un ultraje a la memoria de sus muchas hazañas. No cuenta cómo en la Nueva Galicia lo vio asesinar a mujeres y niños, ni cómo hizo torturar durante días a sus caudillos, exigiéndoles el paradero de tesoros inverosímiles.

Si, sorprendidos por verlo llevar las cuentas de su negocio, los viajeros le preguntan si sabe leer y escribir, contesta que sabe a duras penas. No dice que en su niñez, en un lejano pueblo de las montañas de Castilla, hubo cierto párroco que a pesar de su humildad le tuvo la suficiente estima o la suficiente confianza para enseñarle gramática y hasta ciertas nociones de latín y teología, con la esperanza de que hiciera carrera. No dice que hubo un tiempo en el que de hecho todo fueron esperanzas.

Si se interesan por el pago que recibió por sus muchos servicios a la Corona, contesta que su botín de guerra le permitió un buen pasar durante los años siguientes. No dice que tuvo que mendigar y suplicar en la puerta de las iglesias; no que pasó hambre hasta el punto de roer el cuero de su peto; no que crio cerdos ni que cavó zanjas ni que limpió las botas de hombres que jamás habían disparado una ballesta ni dormido en una tienda de campaña. No habla, para qué, del año que dejó transcurrir en la campiña de Veracruz, haciendo frente por orden del visorrey a la plaga de perros que infestaban la

serranía; hijos y nietos y hasta bisnietos de aquellos mismos perros que años atrás les habían auxiliado en la conquista de la Nueva España. No cuenta cómo durante ese año se dedicó a darles caza, a degollarlos, a meter sus cabezas en sacos y presentarlas a los alguaciles, a razón de un real por cabeza; tres comidas calientes por cada vida de perro. No cuenta cómo en su última batida le hizo frente un perro viejísimo y aun así terrible, que todavía llevaba incrustado el collar de hierro que le había puesto su último amo; un perro que tal vez había viajado a América en la bodega de su mismo barco; que quizás había padecido junto a él los rigores del hambre y de la guerra y del olvido. Y sobre todo no cuenta lo que hizo con su cuerpo: cómo ni por un segundo se le pasó por la imaginación la idea de destazarlo para meter su cabeza en un saco. Cómo cavó para él una tumba holgada, una tumba digna, una tumba que muchos compañeros de armas habrían querido para sí, y lo sepultó allá adentro, un cadáver que era el último representante de su estirpe y también la última esperanza de tres comidas calientes, todo cubierto por un túmulo de tierra y por un manto de hojas secas y aun por sus lágrimas, porque el vergonzoso hecho es que lloró, que se arrodilló ante esa sepultura de perro y lloró hasta que se le pasó la pena o se cansó; lloró por el perro y lloró por él mismo y lloró por el estómago que una noche más habría de permanecer vacío.

Si por azar alguien ha escuchado decir que durante un tiempo se dedicó a perseguir indios fugados de las encomiendas de Puebla y le pregunta por qué abandonó el oficio, contesta que la paga era mala. O que se hizo viejo para ciertas cosas. O que heredó esta taberna y prefirió el correr del alcohol al correr de la sangre. No cuenta que en su última misión —en aquellos tiempos en que todavía se llamaba misiones a las misiones— logró traer cargados de cadenas catorce indios prófugos; ni cómo, mientras cobraba los doblones que le adeudaban, ya comenzó a escuchar los alaridos que proferían esos catorce indios, mientras los latigaban y flagelaban y marcaban sus cuerpos como ganado. No habla del olor de la piel quemada. Ni tampoco cuenta que esta taberna no es el fruto de ninguna herencia ni de ningún golpe de suerte, sino una compra desafortunada; porque le dijeron que el camino real iba a pasar por esos parajes, es cosa hecha y cocinada y hasta comida ya en el palacio del visorrey, le explicaron, pero en palacio acabaron disponiendo otra cosa y al final, como siempre en su vida, volvió a elegir el camino equivocado.

Si le preguntan si es hombre casado responde que sí y luego se va a hacer cualquier otra cosa: limpiar las escudillas, barrer la taberna, dar vueltas al

guajolote que se asa en el espetón, con la esperanza de que no le pregunten si acaso su esposa no es esa india que se arrodilla para fregar el suelo.

Juan no hace preguntas y no contesta preguntas, o lo hace con el menor número de palabras posibles. Eso significa que de alguna forma siempre está solo. Así que esta noche que bebe solo, esta noche que se sienta solo en medio de la taberna vacía, no es una noche más solitaria que cualquier otra noche en los últimos cinco años.

Apura el último trago de la última jarra, como quien intenta tragarse un pensamiento. Es entonces cuando lo ve: un destello dorado que resplandece en los posos del pulque. Es la moneda del forastero, y en ella inscrito el rostro de su Majestad Carlos, que Dios guarde. Juan que no dice nada y el rostro del soberano que tampoco dice nada. De qué hablaría un rey si los reyes hablaran. En qué consistirían sus lamentaciones. De qué cosas se acuerda un rey y cuáles calla. Juan rescata la moneda con los dedos viscosos; la sopesa un instante en el aire. Un escudo de oro. Suficiente para pagar esa ronda de pulque y aun cincuenta rondas. Suficiente para pagar un tonel de buen vino castellano. Eso piensa. Y entonces, en mitad de ese pensamiento, una decisión inesperada que coge al propio Juan por sorpresa: el gesto de elevar en el aire esa moneda livianísima y preciosa —cincuenta rondas de pulque, que un hombre puede sostener usando un único dedo— para arrojarla al fuego, en un súbito instante de clarividencia. Los leños que chisporrotean un momento y luego nada. La moneda que no arde y el rey que tampoco arde y Juan que sí arde o que parece arder. Al menos su mirada. Al menos su rostro. Las llamas del hogar incendiando sus ojos y esos ojos que poco a poco se han ido llenando de destellos dorados.

Sube las escaleras en la oscuridad, todavía tambaleante por el alcohol. Se topa contra un mueble o contra una esquina que esa misma mañana no parecía estar ahí. Los peldaños de madera crujen y retiemblan bajo sus pies y la puerta del dormitorio chirría con un lamento desgoznado y toda la casa en su conjunto protesta con ruidos unánimes, como si se resistiera a ser habitada. Al menos como si se resistiera a que sea él quien la habite. ¿Acaso habita él esa casa? ¿Ha sido alguna vez esa casa su casa? Odia sus paredes desconchadas y odia el techo que parece venirse abajo con cada tormenta y odia la taberna cuando está llena y también cuando está vacía. Odia el refugio que le proporciona, como odia el soldado la tienda de campaña que lo protege de la noche. Solo que al mismo tiempo que maldice, el soldado sueña con el hogar o con cierta idea del hogar. ¿Cuál sería su hogar, si ese hogar existiera?

No deja de darle vueltas a la pregunta mientras se desliza en la cama y acomoda su cuerpo al cuerpo de su esposa. Hogar, piensa entonces, podría ser o parecerse a esto. Hogar, se repite —y siente una vergüenza inmensa cuando lo hace—, podría no ser un lugar sino un tacto. Por ejemplo este: el tacto del cuerpo de su esposa. Su temperatura: el calor que ella guarda para él cada noche. Un olor: el olor de su cabello esparcido por la almohada. Cómo confesar que algunas veces, en esa misma cama, bajo el mismo techo ruinoso, se ha creído por un momento el más feliz de los hombres. Cómo explicar a otro castellano que en ciertos instantes de ciertas noches ha llegado a sentir lo que muchos hombres no llegan a sentir más que por una mujer blanca. No puede. No puede y tal vez no quiere. ¿No es ese el modo de razonar de una mujer? ¿Es él acaso una mujerzuela, que pueda ablandarse con unas cuantas caricias y ternezas? No: no es una mujer, se dice, como si acabara de decidirlo. No es una mujer y le avergüenza sentir la clase de cosas que siente y pensar las cosas que piensa.

La mayoría de sus clientes creen que se casó con ella porque no había en la colonia suficientes castellanas casaderas, y las que había se repartieron rápido, como primero se repartieron los privilegios, las encomiendas y los señoríos. Eso es lo que piensan. Eso es, quizás, lo que su propia esposa piensa. Al fin y al cabo la palabra «amor» nunca se ha pronunciado entre ellos. No se pronunció entonces ni se pronuncia tampoco ahora. Pero son muchas, en general, las palabras que Juan se resiste a pronunciar. Muchas las cosas que prefiere no contar. No cuenta, por ejemplo, lo que sintió la primera vez que la vio, inclinada sobre una piedra de moler maíz. Cómo en el momento de tocarla por un instante se le ocurrió pensar que la piel que cubre los cuerpos de hombres y mujeres, más oscura o más blanca, podía ser solo eso, un envoltorio. Esa tontería pensó, y esa tontería piensa todavía a veces, en el momento de refugiarse en el regazo de su esposa, contraviniendo las tesis de tantos doctores ilustres y hombres de ciencia. Le sucede entonces lo mismo que le está sucediendo ahora: que en la oscuridad de su dormitorio abraza la sombra sin color y sin raza que es su esposa y le pide perdón en silencio; perdón por desear con todas sus fuerzas que los clientes españoles no le pregunten si acaso esa criada india no es su esposa. Pero son estos, también, pensamientos de mujer, y él no es una damisela que suspire y se desmaye ante sentimientos propios y ajenos. Así que los aparta de su cabeza con un manotazo de rabia, como se aparta un enjambre de moscas.

Cierra los ojos, pero no duerme. En su lado de la cama los pensamientos se suceden tan deprisa que le sorprende que en el suyo su esposa pueda cerrar

los ojos siquiera. Ve a su esposa, cinco o seis años más joven, inclinada de nuevo sobre esa piedra de moler maíz, y ve una tumba de perro, y ve a Nuño de Guzmán riendo más fuerte de lo que gritan los caudillos indígenas en sus tormentos. Ve a catorce indios dispuestos en una larga fila y cargados de cadenas. Ve a los dos forasteros sentados a la mesa, esperando una respuesta, y un saco en el que caben mil escudos de oro, y ve a un indio, un único indio, que no tiene rostro y se esconde en la maleza y pesa lo mismo que el saco. Luego ve la luna. Una luna que no está en sus recuerdos sino en la ventana, iluminando la habitación con su rubor lívido y arrancando sombras y claroscuros a todas las cosas. Ve el bulto inmóvil que es su mujer dormida. Su mujer dormida que no está dormida. El rayo de luz lechosa que de pronto incide precisamente en sus ojos abiertos. Esos ojos están brillando con una luz extraña. Una luz, piensa Juan, de la que no es del todo responsable la luna. Su esposa parece a punto de preguntar algo, y mucho antes de que abra la boca Juan ya conoce esa pregunta. La esposa que necesita, que exige saber quiénes eran esos forasteros y qué querían: cuál es la proposición que le hicieron y qué contestó él a su oferta. Es precisamente eso lo que está a punto de preguntar y Juan lo sabe, y en esos últimos instantes que median entre el silencio y las palabras trata de decidir qué es lo que va a responderle.

La esposa abre y cierra la boca varias veces, como sin decidirse a preguntar lo que va a preguntar. Al fin habla:

—¿Te acordaste de echar la tranca?

Un silencio.

—Sí —contesta.

Levantarse como cada mañana. Con el canto del gallo, como quien dice, aunque ellos no tienen gallo que cante. Bajar los peldaños de madera, arrancando a la casa ya desde tan temprano sus primeros lamentos. La esposa que barre el suelo de tierra. La esposa que vacía los calderos de estaño y los dispone de nuevo. La esposa que va y viene del pozo. La esposa que enjuaga las escudillas sucias en un barreño de latón y limpia las mesas y lleva las inmundicias al puerco mientras canta entre dientes una canción oscura, con cierto regusto pagano. Y Juan que la observa. Juan sentado en una silla, pendiente de cada uno de sus gestos y movimientos. Juan que juega a desnudarla en su imaginación: su esposa sin su faldellín de india, su esposa sin sus ropas humildes y sus aretes baratos. Su esposa cubierta de ropajes cada vez más costosos, mantellinas y gorgueras, verdugados y basquiñas, modas venidas de muy lejos para esconder cada vez un poco más el cuerpo de la mujer, la piel de la mujer; su mujer que debajo de todas esas sedas y

holanes podría ser, por qué no, una mujer blanca. Su mujer que ya no alimenta al puerco ni lava las vasijas ni dispone los calderos en el suelo, para qué; sobre su cabeza el techo recién retejado y alrededor de ella dos criados, tres criados, puede que cinco criados que se atarean para atender a una muchedumbre de huéspedes. Y afuera, al otro lado de la ventana, su diminuta parcelita que crece cuanto abarca la vista, tan vasta que solo puede recorrerse a caballo, y para ello un caballo, dos caballos, las caballerizas destartaladas puestas de nuevo en pie y en ellas un caballo para él y otro caballo para ella; una docena de caballos para sus sirvientes y mayorales. Las hileras de mazorcas tupiéndose hasta reventar de grano y su esposa hinchándose también, el cuerpo de la esposa que parecía seco como la tierra pero no, ni la mujer ni la tierra estaban desiertas, florece su cosecha y florece la clientela de la taberna y florece también su hijo; algo que ver crecer ante la vida que se detiene. Ve eso: la vida, que se detiene. Su hijo ya buen mozo, con su propio caballo y sus propios motivos, dando órdenes aquí y allá a cien, puede que a doscientos capataces. Y sentados tras el cristal de la ventana ella y él, todavía ella y él, viejos pero no, los ojos jóvenes y satisfechos de ver crecer el mundo que construyeron con sus manos.

Todo eso ve, mientras la esposa se dirige al hogar apagado para prender la lumbre que calentará sus desayunos.

—Yo me encargo del fuego —dice Juan.

Antes de prender los leños introduce las manos en las cenizas yertas. No tarda mucho en encontrarla: la moneda sigue brillando con la misma intensidad, como una esperanza que nada ni nadie podrá apagar.

Sabíamos que cambiaríais de idea, está diciendo el primero de los sicarios del visorrey. No nos preguntéis cómo, pero lo sabíamos. ¿Lo dijimos o no lo dijimos?, pregunta, volviéndose a su compañero. Sí: lo dijeron. Es cosa, quizá, de los muchos años que han pasado dedicados a este oficio. Uno aprende a mirar a los hombres a los ojos y saber lo que tienen dentro. A distinguir a los matasiete y ganapanes de los auténticos soldados. Y ellos sabían bien que él era precisamente eso: un soldado. Un hombre bravo y determinado y corajudo. Lo supieron así, tan pronto como le pusieron la vista encima. Que se haya tomado ese día completo para sopesar y meditar la propuesta no hace sino confirmar lo que por otro lado ellos ya sabían: que es un hombre de palabra y espada derecha, no uno de esos valentones de taberna que pierden toda la fuerza por la boca. Y hablando de bocas, ¿no querrá Juan, por ventura, un trago de buen vino? Porque en esta posada hay un vino de primera categoría, un vino digno de regar la mesa de señores y príncipes…

¡Ah! No esperaban menos. Es pues un hombre decidido, que quiere tomar sus propias decisiones con el entendimiento claro, sin que le nuble el juicio el alcohol. También eso lo celebran. Será mejor pues que vayan al grano, como vulgarmente se dice. Y ese grano es, no puede ser de otra manera, el indio Juan. Porque así es como se llama el hombre al que desde hoy y en adelante persigue: también Juan. Si la coincidencia del nombre es cosa del azar o de la voluntad divina ellos no son quiénes para decirlo. El caso es que Juan está aquí, escuchando estas palabras, y el indio Juan, bueno, Dios sabe dónde está el indio Juan. Los últimos informes lo situaban, ya se lo dijeron, en algún lugar de la Gran Chichimeca. Eso es todo cuanto saben, hasta donde han llegado su conocimiento y sus ojos: en adelante sus ojos serán los ojos de Juan. Y ahora seguramente querrá saber cuál es el aspecto del indio Juan, pero desgraciadamente ellos no pueden ayudarle con eso. ¿Sabéis vos acaso cómo es el indio Juan?, pregunta, alzando teatralmente las manos. Bien: pues ellos tampoco. Nadie sabe con exactitud cuál es su aspecto. O mejor dicho: sí hay quien lo sabe. Han logrado dar con unos cuantos que lo conocieron mal e incluso con uno o dos que lo conocieron bastante bien. Se refiere a los maestros del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde el indio Juan estudió. Porque ya veis, el indio al que debéis buscar es después de todo un hombre instruido: quién sabe por qué, después de experiencias semejantes, hay todavía quien insiste en educar a los indios. Pero eso no viene al caso ahora. Lo importante es que antes de llegar a la Gran Chichimeca se detendrá en Tlatelolco. Visitará a sus antiguos maestros y tendrá los oídos y los ojos bien abiertos. De la infancia del indio Juan, lo que vivió antes de llegar a ese colegio, es poco o nada lo que se sabe. Se cuenta que fue uno de los niños recogidos por el monasterio franciscano de San Francisco Cuitlixco, en la vecina ciudad de Ocotelulco, pero quién sabe si eso es realidad o leyenda. Con que se dirija a Tlatelolco tienen más que de sobra. ¿Cómo? ¿También queréis visitar el monasterio de Cuitlixco, por si encontráis algo de provecho? A fe mía que sois un hombre minucioso y cumplidor. Ahora comprenden que el visorrey no exageraba un ápice cuando cantaba sus muchas hazañas. Lo cierto es que dudan mucho que después de tanto tiempo haya todavía en Cuitlixco quien lo recuerde, o incluso que el convento siga en pie. Pero si ese es su deseo, lo guiarán también hasta allí. ¿Por ventura sabe Juan leer? ¡Pardiez! Parece que vos sois también un hombre instruido, exclama el hombre del visorrey, sin ninguna expresión de alivio en su rostro. Un soldado gramático: esa sí que es una sorpresa. En ese caso le consignarán por escrito todo cuanto necesita saber. La ruta que seguirá y las personas a las que deberá

dirigirse. Luego solo estarán Juan y Juan. Bueno: los chichimecas y Juan y Juan. Mejor: los chichimecas y Juan y Juan y también Dios, claro. A propósito, ¿es Juan por casualidad, además de instruido, un hombre religioso? Lo preguntan porque no quieren santurrones ni alumbrados para llevar a cabo una misión tan sensible. Si Juan sabe dejar a un lado todo cuanto cree saber sobre Cristo Nuestro Señor y sus enseñanzas, tanto mejor. No están contratando a un teólogo. Están contratando a un soldado. ¿Quiere ser Juan ese soldado? Entonces no más palabras. Por otra parte, Juan puede tener la certeza de que será atendido en todo lo material. ¿Cuánto cree que necesitará para culminar su empresa? ¿Doscientos cincuenta escudos de oro? Pues vayan ahí esos escudos. Con ellos Juan puede hacer lo que guste. Tal vez en llegando a la Gran Chichimeca le parezca oportuno contratar a una docena de mercenarios para que lo acompañen, pues como bien sabrá los chichimecas no son hombres amigos de recibir a huéspedes en sus dominios. Tal vez ni siquiera sean hombres en absoluto: al menos en el sentido más estricto de la palabra. Sobre eso, claro, también habría mucho que decir. Pero no van a decirlo. Solo van a hacer eso: darle una bolsa con los doscientos cincuenta escudos y un caballo para que viaje lo más aprisa que pueda. Los mil escudos prometidos los tendrá a su regreso. Tiene su palabra de soldados. Y la palabra de un buen soldado, él sin duda lo sabe bien, vale mucho. No es la palabra de Dios, pero se le parece. Y hablando de Dios y de sus palabras, tal vez Juan esté al tanto de las últimas y preocupantes noticias que están llegando de la capital. Al parecer se ha desatado una epidemia entre los naturales de esta tierra. Quieren decir, entre los indios. Un mal que toca solo a los indios y respeta a los castellanos, como si Dios tuviera designios diferentes para cada pueblo. Los síntomas, según cuentan, son terribles. En dos días los enfermos ya claman desesperados, para que sus parientes les den muerte. A los cinco o seis días, generalmente, todo ha terminado. ¿Qué querrá decir Dios, a través de esos signos?, pregunta el sicario, elevando los ojos al techo. Ellos, no se crea, se lo han preguntado. ¿Acaso Dios castiga a todos los indios por causa de un único indio, lo mismo que Herodes sacrificó a toda una generación para sacrificar a un único niño? Nadie salvo Dios sabe responder a esa pregunta. Lo único que puede decirle es que la epidemia ha hecho estragos en ciertos lugares del virreinato. Que hay encomiendas que han suspendido sus labores, de tantos muertos como se acumulan en la tierra. Ellos han visto a alguno de esos enfermos y pueden asegurar que no es un bonito espectáculo. Es algo sumamente desagradable. Desagradable, confiesa, aunque puede que en último término provechoso. Porque tal vez la epidemia acabe alcanzando al

indio Juan antes de que el propio Juan lo haga, y entonces todos tan contentos. Pero si eso no sucede, aclara, para eso estáis vos. ¿Cómo decís? ¿Matar al indio Juan? No: en modo alguno han sugerido tal cosa. ¿Acaso él, o por ventura su compañero, tan callado, han dicho algo semejante? ¿Se atreverían a pedirle a Juan nada menos que reemplazara la acción de la justicia? No, de ningún modo: no se lo pedirían. No os lo pediríamos, repite, y él no debería obedecer incluso aunque se lo pidieran. Al indio Juan no se le debe matar. Lo repiten, por si es duro de oídos: al indio Juan no se le debe matar. Las instrucciones son claras: tiene que traerlo de vuelta hasta la autoridad competente. ¿Cuál es la autoridad competente? ¡Ah! Sobre eso, razona el hombre, también habría mucho que discutir. En cierto modo lo que les ha llevado a este espinoso asunto es una materia de orden espiritual, así que en este caso la autoridad competente es o debería ser el inquisidor apostólico. Pero ya sabrá que desde la desafortunada ejecución del indio Carlos Ometochtzin, el Santo Oficio anda digamos reacio a llevar a los indios al quemadero, así que después de todo puede que el inquisidor no sea la persona adecuada. Que lo lleve ante el provisor. O mejor aún: que no lo lleve ante el provisor. Hay que pensar a lo grande. Pensemos en esto, resuelve el hombre, como una cuestión civil. Los indios son también civiles, ¿no? Puede, entonces, llevarlo ante quien quiera. Llévelo al cabildo de la primera ciudad cristiana que pise. Al secretario del Consejo de Indias. El gobernador general de la Real Audiencia de la Nueva Galicia es una opción tan buena como cualquier otra, aunque es posible que el gobernador general no sepa de qué le están hablando Juan y su indio y los remita a los dos al visorrey. Bien: id los dos, pues, al visorrey. Eso sí: habéis de recordar que el visorrey no os ha encargado misión alguna y tal vez ni siquiera recuerde quién sois. Un embrollo endiablado, el de la autoridad competente, que Juan habrá de meditar y resolver mientras medita y resuelve el más urgente problema de encontrar y aherrojar a su indio, que bien pensado tampoco será tarea fácil. Porque es sabido, reconoce el sicario del visorrey con un suspiro, que algunos hombres se embravecen cuando van a ser apresados y no consienten que se les echen encima los grillos, sobre todo cuando tienen buenas razones para suponer que lo que les espera al otro lado del viaje es el cabo de una soga. No requiere mucha imaginación, pues, suponer que tal vez el indio Juan tenga la tentación de resistirse a su apresamiento, mucho antes de que llegue el difícil dilema de dilucidar cuál es la autoridad competente para juzgarlo. Pues bien, en caso de resistencia, y solo en ese caso, se comprendería que Juan se viera obligado a esgrimir la espada. O puede que en el curso del largo viaje de

regreso su prisionero tenga la tentación de fugarse, y entonces nada debería impedir a Juan alzar la espada de nuevo. Hay cosas que un hombre no puede consentir, y si el indio Juan hace o acaso piensa hacer alguna de esas cosas, ¿quién podría culpar a Juan? ¿No sería Juan, en ese pequeño número de casos, y solo en ese pequeño número de casos, precisamente la autoridad competente que el propio Juan está intentando encontrar? Bien: si tal cosa sucede —aunque quiera Dios que no suceda—, lo cierto es que todo se simplifica. Bastaría con la cabeza. Una cabeza en un saco no da tantos problemas como un hombre con sus dos brazos y piernas. Y no tendría que presentársela a ningún visorrey ni provisor ni inquisidor general alguno; qué obsequio tan embarazoso para hombres tan respetables. Ellos mismos, que están diciéndole estas palabras, serían tan buenos jueces como cualquier otro para determinar si el encargo se ha cumplido. Tal vez llegado a este punto Juan se esté preguntando cómo harán ellos, que nunca han visto al indio Juan, para saber si les trae la cabeza adecuada. ¡Ah! A fe mía, don Juan de Toñanes, que sois un hombre con la sesera bien puesta. ¿Cómo se reconoce a quien nunca antes se ha visto? La pregunta es endiablada y la respuesta, sin embargo, sencilla. Parece ser, al menos así ha llegado hasta sus oídos, que el indio Juan tiene en su posesión cierto libro que sus Excelencias quieren recuperar. Un libro tan notorio que no cabe esperar que el indio Juan se haya desprendido de él, lo mismo que es de suponer que no habrá consentido en desprenderse de su propia cabeza. Pues bien, eso es lo único que necesitan como prueba: la cabeza del indio Juan y el libro en cuestión, los dos bien revueltos en el fondo del saco. O bien el indio Juan caminando por su propio pie y cargado de grilletes, con el libro bajo el brazo. Hasta ahí las instrucciones: ahora Juan debe hacer lo que le dicte su buen sentido y su conciencia. Que retorne con la cabeza o con el hombre intacto cosido a esa cabeza, pero que de un modo u otro retorne. ¿Ninguna pregunta? Pues entonces id con la ayuda de Dios. Con la ayuda de Dios y con doscientos cincuenta escudos. Con la ayuda de Dios y con doscientos cincuenta escudos y también con un caballo purasangre, por si la ayuda de Dios no basta.

La palabra «amor» no se ha pronunciado entre ellos. Tampoco la palabra «ausencia», la palabra «viaje», la palabra «despedida». Y sin embargo están ahí, clavados en la puerta de la taberna, congelados en algo que parece el gesto de una despedida. Él revisa los aprestos de su caballo. Ella entra y sale para proveerle de un odre de agua y una porción de tocino y un paquete de tortillas. El perro vaga de uno a otro, olfateando alternativamente al esposo y

a la esposa, como si no terminara de creerse que ambos olores están a punto de separarse.

El propio Juan no parece del todo convencido. Todos los preparativos de la partida tienen algo de tenue irrealidad, de sueño de juventud, de aventura de juguete. Ha pasado la víspera aceitando y limpiando el orín de su espada, exhumada de algún rincón del granero. Luego se dispuso a ensayar, en ese mismo granero, algunas imposturas del combate. Con puñados de paja, un haz de varas y un costal rajado irguió un espantapájaros, que parecía como crucificado a su travesaño. Luego dio algunas vueltas en torno, con la espada todavía envainada. Fue trazando círculos de odio, como si masticara una afrenta. Miraba a los ojos del espantapájaros; el revoltijo de paja donde deberían estar los ojos. Trataba de odiarlo: odiaba a ese espantapájaros. Gritó algunas palabras de las que condenan los curas. Pese a Dios. Por las tripas de la Virgen que me la habéis de pagar. En guardia. Sacó la espada con una torpeza que solo quedaba un poco excusada por la prisa. De pronto era un arma muy pesada: cimbreaba en su mano como un animal vivo, que tuviera su propia voluntad y sus propios propósitos. Resguardada tras la empalizada del granero, la esposa seguía sus movimientos con seca resignación. Lo vio sudar y resoplar y maldecir y más tarde envainar la espada de nuevo, con el espantapájaros no del todo desarbolado, todavía sonriendo en su crucifijo de madera.

Ahora se ciñe esa misma espada. Se dispone a subirse a su caballo. Puede ser una aventura de juguete, un sueño de juventud, un propósito que tiene algo de tenue irrealidad, pero es, en cualquier caso, una aventura, un sueño, una fantasía que recién comienza. Antes ha abrazado a su esposa. Antes se ha esforzado en explicarle, quizá, cuanto se le puede explicar a una mujer sobre empresas semejantes. No pronuncia la palabra «amor», ni las palabras «ausencia», «viaje», «despedida». Pero sí pronuncia la palabra «misión». La palabra «recompensa». Tres veces la palabra «oro» y hasta cinco veces la palabra «regreso». Pronto, muy pronto, el regreso. La esposa escucha en silencio las palabras que dice y también las que no dice, sin dejar que se le descomponga el gesto. No contesta nada. No le recuerda su edad, ni la enfermedad que lo retuvo en cama un mes completo el último invierno. No habla de sus pasados días de gloria sin gloria. Solo se limita a tender su mano indígena para ayudar a su esposo a retornar, cinco años más tarde, al lomo de un caballo. Lo logra, al tercer intento. Y luego, cuando parece que ya se han dicho todo lo que tenían que decirse y Juan se dispone a espolear su montura, ella retiene la brida todavía un instante.

—¿Qué es lo que ha hecho ese hombre para que sean tan generosos contigo? ¿Forzó una doncella? ¿Quemó una iglesia? ¿Intentó cortarle el cuello al mismísimo visorrey?

Juan desvía la mirada.

—No lo sé. Se me olvidó preguntarlo.

El sueño, la aventura, la fantasía que comienza. Juan que se balancea torpemente sobre su cabalgadura. Juan que siente un vértigo en el que se mezclan la excitación y la pesadumbre. Al llegar al cruce de caminos, se vuelve un instante para mirar la casa que se aleja. Ve la casa que se aleja y, frente a ella, la esposa que se aleja también. Tiene la boca ligeramente entreabierta, como petrificada en un rictus de pavor: un gesto en el que no hay sorpresa sino solo la constatación de algo que ya se sabe y no por ello es menos intolerable. Lo está mirando a él. Dentro de él. Quién sabe si a través de él. Mira de un modo terrible, como se miran las cosas terribles que han sucedido y las cosas más terribles aún que están por suceder; unos ojos de los que se ha evaporado toda voluntad y toda belleza, que han visto el horror y están llenos de él y son por tanto insoportables de mirar, o que tal vez han visto el horror y por eso mismo están vacíos y ese vacío es aún más insoportable. Ojos que ya no reflejan nada, que son lo que queda de la compasión cuando se le borra la fe; la libertad cuando se le resta la justicia; la voluntad cuando carece de manos y voz. La esperanza menos la esperanza.

Juan espolea su caballo. Siente el peso de esa mirada mientras se aleja, trotando primero y cabalgando después, más rápido, cada vez más rápido, y sigue sintiendo ese peso todavía mucho más tarde, cuando en una revuelta del camino la esposa, y con ella su mirada, desaparecen.

II

El viejo mundo y el viejo mundo – Dos semanas
Un lugar apropiado y un tiempo equivocado
En el principio fue el fuego – Niños entre niños – El nido del cuco
Primera manifestación de Cristo – Treinta monedas de plata
Un breve regreso a casa

Hubo un tiempo en que fue un habitante de los caminos y de las posadas que en esos caminos crecían. Ahora no sabe qué hacer con esos recuerdos. Desde su caballo ve cosas que ya había visto y que ahora, tantos años más tarde, parecen nuevas. Ve pinares y barrancos y tierras labrantías y cerros que siguen llevando sus nombres paganos, en los que ahora se alzan campanarios y pueblos de Castilla. Ve, revelados a la luz del ocaso, los picachos nevados de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl, que en la memoria de los indios fueron dos amantes muertos y ahora son solo dos volcanes apagados. Ve sembrados de maíz, pero también viñas y eras de trigo y ejidos en los que pastan rebaños de ovejas y vacas, venidos también ellos del otro lado de la Mar Océana. Cada tanto, una aldehuela o un río que lleva un nombre cristiano, como si se buscara conjurar alguna clase de nostalgia. Pero basta pronunciar el nombre de ese pueblo, de ese río, de esa montañita, para sentirse más lejos de casa.

¿Es Castilla su casa? ¿Lo es acaso esa taberna arruinada que va dejando atrás? ¿Es su hogar la mujer que espera en esa taberna, tal vez todavía clavada en la puerta, tal vez con la mirada todavía clavada en el camino por el que ha visto desaparecer a su esposo?

Juan tolera esas preguntas pero no sus respuestas. Solo tiene ojos para el mundo que lo rodea. Un mendigo que aguarda en el costado del camino, con el vacío de su mano extendido a los viandantes. Un puñado de indios para cargar los cuerpos de tres apestados por la epidemia, embutidos en sus sudarios. A uno y otro lado, ranchos miserables y restos de teocallis derrumbados y devorados por la hiedra. Por todas partes se extienden sembrados y plantíos, y en ellos unos pocos hombres que mandan y otros muchos que obedecen. Tropeles de indios martillean la tierra con sus azadones y sus coas, como para demostrar que también en esta parte del mundo se cumple la misma ley universal: a saber, que todas las cosas codiciadas tienen propietario, y aun las sobras de esas cosas hay que reunirlas

con esfuerzo. Tal vez es que todas las tierras se parecen. O que los españoles ya han tenido tiempo de convertir el Nuevo Mundo en una prolongación del Viejo. Juan mira todas esas cosas en silencio, como se mira el serrín que queda en el suelo después de tallar por mucho tiempo una esperanza.

Dos semanas. Desde hace mucho tiempo es así: siempre faltan dos semanas para casi todo. Las cosas que no quiere hacer, o las cosas que sí quiere pero sospecha que no ocurrirán nunca, se emplazan para un tiempo conjetural que siempre dura dos semanas. Dos semanas fue lo que tardaría el visorrey en aprobar su solicitud de encomienda y dos semanas para que la Audiencia le concediera cierta pensión vitalicia y dos semanas para ese golpe de fortuna que lo cambiaría todo. En dos semanas terminaría de empavesar el piso de la taberna. También en el momento de partir, cuando su esposa le preguntó cuánto tardaría en regresar, Juan no dudó en su respuesta. Dos semanas, contestó, aunque sea de hecho imposible; aunque solo en llegar a la tierra de los chichimecas se necesiten mucho más de dos semanas, sin contar el tiempo de encontrar al indio Juan, el tiempo de prenderlo, el tiempo de cobrar la recompensa, el tiempo de regresar a casa. Dos semanas, dijo, mirando a los ojos a su esposa, y ella le dedicó la respuesta que siempre reservaba para los cálculos de su marido: aprobó con la cabeza y se esforzó en sonreír.

Dos semanas, piensa Juan a lomos de su caballo, con la vista extraviada en el horizonte sin límites.

Solo dos semanas más, repite.

Llega a Ocotelulco a media mañana de cierto día, no importa cuál. En la plaza mayor y en las calles aledañas no se ve un alma. Por todas partes puertas cerradas y fallebas echadas y postigos que parecen clavados a sus vanos. De algún lugar llega el tañido de una campana tocando a muerto. En la esquina de la calle, una taberna sin tabernero y sin clientes, las mesas vacías y desoladas, la cocina apagada, ni un solo caballo atado en el umbral. Juan se acuerda de otra taberna y de la mujer que seguramente ahora está regentando su soledad; también ella con los postigos cerrados y las mesas vacías y los restos del pulque que nadie bebe echándose a perder en sus tinajas. Ese pensamiento dura en su cabeza tanto como Juan se lo permite, es decir, muy poco.

En la orilla del río Zahuapan debería alzarse el monasterio de San Francisco Cuitlixco, y junto a él las dependencias del colegio franciscano. Al menos eso dicen sus papeles. Después de mucho vagar por calles desiertas

encuentra algo semejante a un monasterio abandonado, y junto a él unas paredes derrumbadas que podrían ser las de un colegio. No hay nadie en lo que fue el pórtico del convento ni nadie tampoco en su atrio. En lo alto resiste un campanario chiquito, y en ese campanario ninguna campana. Juan mira por mucho tiempo sus papeles y después las paredes de adobe revenidas y las bancadas de madera que se pudren en la nave asolada y luego otra vez sus papeles. Libre de la atención de su dueño, el caballo se aplica a vagar por los corredores del atrio, hociqueando los penachos de hierba que crecen entre las losetas. Sus cascos resuenan en el empavesado como el galope de una caballería fantasma.

Es entonces cuando lo ve. Al principio no parece un fraile, sino el ánima de un fraile muerto. Está postrado en la capilla, frente al rincón vacío donde alguna vez hubo un altar, con la capucha cubriéndole la cabeza. Al escuchar los pasos de Juan detiene su rezo y se incorpora trabajosamente. También erguido parece el fantasma de un fraile. Su cuerpo es enjuto y desmañado, y el hábito le queda demasiado grande, como si ciñera el aire.

—¿Sois vos, fray Bernardo? —pregunta.

—No. Yo solo…

—Creí que erais fray Bernardo.

Y luego, haciendo un gesto desganado con la mano, añade:

—Acercaos a la luz, adonde pueda veros.

Juan da uno, dos, tres pasos hacia el anciano. Porque es un anciano: basta acercarse para comprobarlo. Emergiendo bajo su piel amarillenta y exangüe ha comenzado ya a revelarse la calavera en la que habrá de convertirse. Sus ojos están velados por una bruma opaca, pero hay todavía alguna clase de luz en ellos; alguna clase de inteligencia que lo observa en la penumbra.

—Sois un soldado —dice lentamente, y no se sabe si lo pregunta o si lo afirma; si hay aprobación o condena o simple curiosidad en su voz.

—Solo soy un hombre que busca información, padre.

—¿Y qué es lo que buscáis?

Juan está buscando el convento de San Francisco Cuitlixco y el colegio anexo a ese convento, y se le ocurre que tal vez su Reverenda Señoría pueda decirle dónde se encuentra. El fraile se echa a reír. La cuestión no es dónde, contesta, sino cuándo. Buscáis el convento y su colegio y en cierto sentido estáis muy cerca. Podría decirse, si mucho es el empeño de Juan, que ya ha llegado. Enhorabuena. Pero por otro lado, es forzoso reconocer que aún está lejísimos. Habéis llegado al convento con quince años de retraso, dice. Hace quince años este mismo lugar habría sido el término de vuestra búsqueda.

Pero ahora, reflexiona, ahora no está muy claro lo que significa haber llegado hasta acá. Puede que nada. A veces él mismo, en días como este, pasea por sus ruinas. Si lo piensa, es cosa increíble lo que la Naturaleza puede hacer con unas cuantas paredes en quince años, aunque esas paredes sean las paredes de la casa de Dios. Pues bien, él pasea por esas ruinas y se hace la ilusión de que paso a paso ha desandado esos quince años y regresado a los días en que el monasterio estaba como quien dice recién plantado en la tierra. Antes de que trasladaran su congregación a la recién construida catedral de Tlaxcala, que Juan podría ver, explica, con solo rodear ese cerro. Pero esos tiempos no volverán, claro: el antiguo monasterio se viene abajo día a día y él no puede evitar venir a rezar de vez en cuando a la antigua capilla. Reza, como estaba haciendo ahora, por las cosas que caducan. Por las almas que se pierden y por los cuerpos que se desgastan y mueren. Tal vez Juan ha escuchado hablar de los brotes de una peste misteriosa, que solo se ensaña con los indios y que ningún médico acierta a explicar. Tal vez ha visto a alguno de sus apestados y sabe la terrible suerte que corren; el modo en que las narices se les vienen en sangre y sus lenguas se oscurecen y sus vejigas se llenan de una orina negra como el alquitrán. Pues bien: es por ellos que rezaba. Por ellos y por el monasterio y su antiguo colegio, que a su modo también mueren.

Agita la mano, como para apartar el derrotero que han tomado sus pensamientos. Vuelve a mirar a Juan con el nublazón enceguecido de sus ojos.

—¿Qué es lo que esperabais encontrar en estas ruinas?

—Busco quien me dé señales de un hombre.

El fraile tarda mucho en contestar. Mira el pomo de su espada y luego el rostro de Juan otra vez. Sonríe lentamente. Una nueva luz se ha prendido en el vacío de sus ojos, como un fuego puede alimentarse de una cosa muerta.

—Yo os hablaré de ese hombre —dice.

Hablarle del indio Juan. Podría hacerlo durante horas. Vos no conocisteis al indio Juan, está diciendo el fraile, y por eso tal vez no entendáis mis palabras. No: cómo podría Juan entenderlas. Cómo explicarle que todavía ahora, después de tantos años, guarda memoria de todo cuanto ese indio dijo o hizo. Ese indio que entonces no era más que un niño de siete u ocho años. Y sin embargo, ya ve, lo recuerda. A menudo se remonta sin esfuerzo a esa época: a ese tiempo en que esta tierra estaba o parecía estar llena de milagros, entre los cuales la existencia del pequeño Juan no fue el menos asombroso de todos. El año al que se refiere fue un año como otro cualquiera, dice el fraile. Porque él al menos ya no lleva cuenta de eso, del tiempo que pasa. Qué son

unos cuantos años comparados con la salvación de un pueblo o la eternidad de un alma. Lo único que puede decir es que lo que va a contarle ocurrió muy pronto, casi al principio de todo. Al principio de qué, se preguntará, tal vez, Juan. Qué va a ser: al principio de su Obra. ¿Conoce aquello de La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies? No hace falta ser un erudito para entenderlo. La mies son los indios. El dueño de la mies, claro está, es Dios. Y ellos, los frailes, son sus obreros. Cruzaron el océano para labrar la mies del Señor, para ganarle al Demonio más almas de las que él les había hurtado con sus turcos en Europa y sus luteranos en Alemania. No perseguían otro jornal más que unas cuantas tortillas, unos tamales y unos buches de agua. Ni zapatos tenían. Quizá Juan lo ha oído contar, si es que no lo vio con sus propios ojos: que hicieron con los pies desnudos el camino de Veracruz a la Ciudad de México. Vieron que los indios andaban descalzos y se quitaron las sandalias para andar descalzos como ellos. Vieron que no tenían qué comer y padecieron hambre con ellos. Vieron que apenas tenían vestido y dormían en el suelo, así que se cubrieron de hábitos de sayal áspero y durmieron sobre la tierra, con un palo o un manojo de hierbas por cabecera. Los indios se agolpaban en el costado del camino para verlos pasar, doliéndose de tan miserables y desamparados como les parecían. Tal vez por eso se granjearon su estima desde tan pronto. Porque eran pobres como ellos y se sentaban a su mesa y no tenían codicia ni de oro ni de plata. Solo una materia ambicionaban: aquella de la que estaban hechas sus almas. Eso hicieron ellos, ocuparse del espíritu de los indios; no de su carne, pues está escrito que la carne es como hierba que se seca y toda la gloria del hombre como flor de esa hierba; que el oro y la plata se enmohecerán y pudrirán y su moho testificará contra nosotros. Al principio no fue cosa fácil, porque todavía no hablaban su lengua y tenían que predicar por dibujos o por señas. Casi daba risa. Si la empresa que el Señor les había atribuido no fuera un asunto tan serio seguramente habrían dado eso, risa; vagando por los mercados sin saber qué hacer ni qué decir, señalando el cielo para significar a Dios y señalando la tierra para aludir al Demonio. Al decir Demonio se encorvaban como alimañas e improvisaban muecas espantosas, y para representar la gracia de Dios simulaban raptos beatíficos como buenamente podían. Los indios, claro, creían que estaban locos. Locos o embriagados. Pero ellos perseveraban, empleando algunos métodos asombrosos y también algunos otros que no son agradables de recordar. Conoció por ejemplo a cierto fray Luis de Caldera, que arrastraba por los pueblos una jaula llena de gatos y una especie de horno sobre parihuelas e iba

clamando y zarandeando una campanita para convocar al mayor número posible de indios. Solo entonces consentía en encender el fuego del horno y echaba dentro a los gatos. Los infortunados animales chillaban y aullaban terriblemente en lo que tardaban en morirse, que según lo caliente que estuviera el horno podía llegar a ser un rato bastante largo. Esto es el infierno, decía. Los indios, más horrorizados todavía, miraban a fray Luis sin entender nada. Esto, volvía a decir él, es el infierno. Y con ello quería decir que si aquellos animales apenas habían podido tolerar durante un instante los tormentos del fuego, ¿qué decir de las penas del infierno, que son fuego eterno? Esa experiencia repetía pueblo tras pueblo, y es cosa de preguntarse, medita el fraile, si de tantos leños encendidos y tantos gatos muertos se sacó cosa de provecho. Si los indios aprendieron de ese sufrimiento alguna lección sobre la naturaleza de Dios. Tal vez no, pero de ese tal Caldera nadie puede decir que no hiciera todo lo que estaba en su mano. Porque acá en las Indias en el principio no fue el Verbo, como quería el apóstol, sino el silencio mudo. En el principio fue el fuego. En el principio fue el bramido desesperado de los gatos, que morían para dar testimonio: para sustituir con sus chillidos las palabras que unos y otros no sabían pronunciar.

Pero otra vez estoy divagando, dice el fraile, mientras agita su mano delante de los ojos. Se han sentado bajo las bóvedas de crucería del transepto, allá donde los nervios de madera se entrelazan y confunden, y desde ahí ven descender lentamente el sol y alargarse las sombras de los pilares. Justo sobre sus cabezas alguien ha pintado, con ingenuidad infantil, algunas estampas de la vida de Cristo. Las pinturas son torpes y desaliñadas, pero la humedad ha hecho crecer mohos y resque brajaduras que confieren a las figuras cierta solemnidad prehistórica. El fraile mira esas estampas rupestres o parece que las mira. Ellos contemplando las pinturas y el caballo contemplándolos a ellos con la misma atención, como si también ellos fueran sombras dibujadas en la pared, no del todo reales y tampoco del todo importantes. Otra vez estoy divagando, repite, otra vez pensando en el tiempo en que aún no habíamos aprendido la lengua de los indios, cuando debería hablar precisamente del momento en que la aprendimos. Porque con el tiempo, gracias a la clemencia del Señor, aprendimos. Eso dice el fraile, levantando teatralmente los ojos al cielo, como si otra vez predicara con gestos a sus fieles. Gracias a la clemencia del Señor y gracias a los niños, claro. Fue así, jugando con palos y piedras entre ellos, siendo niños a su lado, que poco a poco aprendieron algunas palabras y luego frases completas. Ellos fueron sus maestros. Si lo piensa, tal ha sido siempre el estilo de nuestro omnipotentísimo Dios:

engrandecer las cosas humildes y abatir las altas. Las misericordias que por su infinita bondad ha querido mostrar a los hombres las ha obrado siempre por medio de instrumentos bajos y de poca estima. Puede pensar, sin ir más lejos, en su propio Hijo. Qué cosa más menospreciada y tenida en poco hubo en el mundo que la sagrada humanidad de nuestro redentor Jesucristo, acoceada, abofeteada, escupida y en mil modos escarnecida, exclama el fraile; y sin embargo con qué sencillez la eligió para obrar la redención del género humano, la cosa más grandiosa y preciada que en el mundo se ha hecho. Y así fue, también, en los años posteriores, en los que logró la conversión de reyes, emperadores y grandes señores a partir de unos pobres y desechados pescadores, hombres sin letras, sin poder ni valor, ni otro favor humano. No debe pues extrañarnos que de igual manera quisiera cumplir la conversión de este nuevo mundo —que en número de gentes ha sido mayor que la que hicieron los apóstoles, añade con orgullo— con los niños como instrumento. Porque acá, explica, los niños fueron los maestros de sus evangelizadores. Para ser maestros, dice el fraile, primero tuvimos que ser discípulos. Para hablar como hombres, hubimos de hablar primero como niños: ser niños entre los niños. Nos hicimos niños con los niños e indios con los indios, flemáticos y pacientes como ellos, pobres y desnudos, mansos y humildes y pequeños, sobre todo pequeños. Y a su modo de ver nada de esto pudo ser extraño a Dios, pues estaba escrito: En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Lo demás, dice el fraile dejando caer los brazos y suavizando la voz enardecida, vos mismo podéis imaginarlo. El niño Juan era, claro, uno de esos pequeños. Su boca y sus manos fueron instrumentos a través de los cuales Dios obró el milagro. Si vos hubierais estado ahí, dice. Si hubierais llegado siquiera a conocerlo. Entonces nada tendríais que preguntarme. Todo lo sabríais y entenderíais. Eso dice el fraile, con una mansedumbre nueva en la voz; con los ojos como encallados en la contemplación de una imagen divina. Porque si los niños eran, qué duda cabe, pequeños; si una vez más Dios se valió de lo insignificante y de lo diminuto y hasta de lo ridículo para transmitir su palabra, entonces qué decir del niño Juan, que era insignificante entre los insignificantes. Era, sí, menudo de proporciones, no abultaba más de una vara castellana, pero el fraile no se refiere a eso. Al menos no solo a eso. Era, de todos los niños que frecuentaban, el único que provenía de los macehuales, esto es, de la clase más llana y miserable de los indios. Y sin embargo allí recibió doctrina; en aquel monasterio reservado para los hijos de los nobles y principales. Ese pequeño milagro se lo deben a los propios indios, y a su amor por el embuste

y la mentira. Porque por aquel entonces habían reunido a los hombres más significados de la comarca, rogándoles con la debida firmeza que trajeran a sus hijos para recibir enseñanza; y esos señores emplumados e ignorantes asintieron con la cabeza pero negaron con el corazón. Enviar a mis hijos al monasterio, claro, a la Casa de Cristo y de María, claro, pero a la hora de la verdad no cumplían su palabra. O la cumplían de un modo retorcido y no eran sus verdaderos hijos a quienes enviaban. Así fue cómo no pocos urdieron la artimaña de mandar disfrazado al hijo de alguno de sus esclavillos, ataviado de ropas costosísimas y rodeado de criados y acólitos, como se espera de un niño de alta dignidad. Estas mentiras bastarían para enfurecer al espíritu más benigno, si no fuera porque a ellas deben la fortuna de haber conocido al niño Juan. Luego supieron que era muy pobre. Tan pobre que no había tenido hasta entonces un par de zapatos que fueran suyos. Y sin embargo, qué natural se hacía verle con todas aquellas ropas y joyas y aprestos; cómo parecía hecho para recibir todas esas atenciones y agasajos. Si fuera posible concebir el error en Dios Nuestro Señor —pero tal no es posible—, se diría que tenía el espíritu de un noble que ha venido a caer, por accidente o negligencia, en el cuerpo de un desheredado. Porque había algo en él. Había, sin duda, algo. Algo, repite el fraile, que no sabría explicar. Tal vez era su mirada. Sí: eso era. Algo en los ojos, sus ojos, que lo atravesaba y desnudaba a uno: que de tan puro se tornaba hermoso y terrible al mismo tiempo. Ese era, en definitiva, el niño Juan: un pequeñuelo que no era hijo de ningún señor ni tenía dignidad alguna, pero lo parecía. Claro que entonces Juan no se llamaba Juan. Tenía otro nombre y ese nombre, ya ve, sí que lo ha olvidado. Tal vez fray Hernando lo recuerde, pero qué está diciendo, si fray Hernando murió hace muchos años. Todos o casi todos han muerto. Y todos o casi todos los nombres indios suenan iguales, ¿no le parece? Ya no recuerda quién tuvo la idea de bautizarlo con el nombre de Juan. Fue, en cualquier caso, una gran ocurrencia, porque «Juan» significa precisamente «hombre que es fiel a Dios». ¿Acaso sabíais vos eso? pregunta el fraile, apartando por un instante la mirada de las pinturas del techo. ¿Sabíais lo que vuestro propio nombre significa? No importa. El hecho es que fue un nombre oportuno, oportunísimo, porque el niño Juan fue en efecto fiel a Dios y fiel a sus padres franciscanos y fiel a cuantas materias de la doctrina le fueron enseñadas, por abstractas o inaccesibles que resultaran para otros. Ya puede Juan figurarse que en principio no era gran cosa, esa doctrina, porque los tiempos de la gentilidad todavía estaban muy recientes y debían conformarse con poco. Bastaba que aprendieran a signarse y a santiguarse; a rezar el Pater Noster, el Ave María, el Credo y el Salve Regina.

Debían saber que el Demonio está bajo tierra y Dios en el cielo y es uno y al mismo tiempo tres, y otras materias simplísimas. Y por supuesto, debían admitir que sus viejos dioses no eran sino demonios con los que el Maligno los había tenido engañados, y que profesando fe a Tláloc o a Huitzilopochtli era precisamente al Maligno a quien rendían culto. Pero el niño Juan no se conformó con esto. El niño Juan nunca se conformaba con nada. Aprendió latín y castellano como los niños aprenden los rudimentos de un juego. Fue, según todas las opiniones, el primer habitante de esta tierra que se aplicó a la lectura de las Escrituras, con un fervor del que no se ha vuelto a tener noticia. Y la lectura no caía como quien dice en saco roto, pues venían en ocurrírsele preguntas ingeniosas y oportunas, que no siempre sabían contestarle sin apelar a la autoridad de los buenos doctores de la Iglesia. ¿Qué preguntas? Oh, cuestiones pequeñas y al mismo tiempo agudísimas, como daga que se clava en la carne… A lo mejor se le ocurría pensar que los judíos habían pagado muy caro —treinta monedas de plata— la traición de Judas, siendo esta, por otra parte, del todo innecesaria. ¿Por qué necesitaban el beso, si todos lo conocían y llevaba tres años predicando a rostro descubierto? ¿Cómo es que el mismo Judas se ahorca para cumplir cierta profecía que Mateo atribuye a Jeremías, cuando esta es en realidad de Zacarías? ¿Significa esto que los Evangelios son capaces de error? Y si como quiere la tradición y el común sentido es Mateo el autor del Evangelio de Mateo, ¿cómo sabe lo que piensan los fariseos, en momentos que se hallan a muchas leguas de distancia de los doce? ¿Cómo conoce la oración de Cristo en Getsemaní, si previamente ha confesado que él y los otros se quedaron dormidos? Tal vez Juan pueda juzgar, considerando la agudeza de estas preguntas, la clase de niño que era el indio Juan. La clase de hombre que seguramente es todavía. Tan piadoso y tan sereno, y con tanta autoridad entre los suyos, que cuando los frailes visitaban los pueblos vecinos para predicar lo llevaban consigo. Al principio le hacían traducir y recitar ciertos sermones que escribían en papel amate, y más tarde, cuando le tuvieron completa confianza, permitieron que improvisara sus propios discursos. Él no necesitaba traductores, ni gatos, ni hornos donde quemarlos. Solo llevaba consigo una crucecita de madera humilde, que mostraba a los indios paganos diciendo: Al principio solo tenía esto. Luego se llevaba la mano al corazón y decía: Ahora tengo esto. Tengo alma. Señalaba el cielo, señalaba la tierra, y decía: Ahora tengo esto. Tengo a Dios. Tengo el mundo. Eso era lo que decía al iniciar cada una de sus predicaciones, o al menos eso es lo que a ellos les parecía entender, porque por aquel entonces apenas estaban iniciándose en el náhuatl. Pero su voz. Sus gestos. Por muchos

años que viva —y ya ha vivido una buena porción de ellos desde entonces— no será capaz de olvidarlo. Era cosa, quizá, de esos ojos. Aún ve esos ojos, algunas noches: los siente relumbrar en la penumbra de su celda con una intensidad de la que solo parecen capaces los santos o los profetas. ¿Era acaso el niño Juan un santo, un profeta? El fraile no sabría decirlo. A él no se le alcanzan las teologías ni las metafísicas. Solo sabe esto: que cuando el niño Juan predicaba, cuando se arrancaba a pronunciar la Palabra, algo entre los salvajes que lo escuchaban parecía arder. Él, el mismo Juan, ardía; resultaba intolerable mirarlo a los ojos, abismarse en unos ojos que habían visto tan luminoso y tan profundo, igual que puede quemar la luz del sol incluso rebotada en el agua. Aún ve esos ojos, algunas noches. ¿No se lo ha dicho ya? ¿Le ha contado que ciertas noches le parece verlos relumbrar en la penumbra de su celda, con una intensidad de la que solo los santos o los profetas son capaces?

A veces la historia se interrumpe. Las palabras del anciano se llenan de agujeros, de silencios larguísimos, y Juan tiene que apremiarlo para que continúe. ¿Qué es lo que pasó entonces?, pregunta. El fraile tarda todavía algunos instantes en reaccionar, quizás porque él mismo no es del todo consciente de haberse detenido; porque la madeja de los recuerdos continúa desenredándose en su memoria, pero no en sus labios. Pues lo que pasó, hijo mío, contesta, es una cosa muy triste. Una cosa muy triste o muy dichosa, según se mire. Tal vez ambas cosas al tiempo: Juan podrá juzgarlo. Lo que pasó es que por aquel entonces la semilla de Cristo ya había arraigado y crecido con fuerza en esta tierra, y resolvimos emprender la lucha contra la mala yerba de la idolatría. Una lucha santa, se entiende; sin espadas ni derramamiento de sangre. Una lucha que en nada recordaba a la fiereza de los soldados y sí a la dulzura de un padre que enseña, tutela y abraza. Y que también castiga, claro. ¿Qué hijo es aquel al que su propio padre no disciplina? Tal hijo no es hijo sino bastardo, como dicen las Escrituras. Pero estoy divagando otra vez, reconoce con un gesto. Hablaba de la idolatría. De la extirpación de la idolatría. De esos muñecos feos o feísimos que los indios tenían por doquier y usaban para rogar por cualquier cosa, ya fuera una buena cosecha, un poco de lluvia o fortuna en los amores. El caso es que creyeron llegado el momento de desembarazarles de esos ídolos, como llega el momento de apartar a los niños de sus juguetes y de los cuentos ridículos con que dieron sus primeros pasos. Reunieron a los indios principales, padres de muchos de los niños que recibían doctrina en el monasterio, y les explicaron esto. Que hasta ese instante el Demonio los había tenido engañados —porque

el Demonio siempre vuelve torcido lo recto y siniestro lo diestro, y gusta de asemejarse a Dios en forma de parodia o de burla— y era pues llegado el día de entregar todos esos trofeos del Maligno para ser purificados por el fuego. Y esos hombres emplumados e ignorantes asintieron con la cabeza pero negaron con el corazón. Destruir mis ídolos, claro, destruirlos en una inmensa hoguera, sí, pero a la hora de la verdad no cumplían lo acordado. Les ofrecían los ídolos más chiquitos y desmedrados, aquellos de los que no tenían mucha pena en desprenderse, guardando para sí los que les eran más queridos. ¿Acaso no está escrito por mano de Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí? ¿Y no dicen los Proverbios que el perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno? Así quedaron muchos: como puercos hozando en el cieno de su idolatría, que es dañosísima. Decían que sus estatuas no representaban diablos sino dioses, y que el mensaje que los cristianos traían consigo era palabra nueva y triste para ellos. Decían, arteramente, que los españoles no iban tanto tras los ídolos como tras el oro y la plata y las pedrerías de que estaban hechos esos ídolos. Decían tantas cosas, y todas y cada una de ellas se las ponía en los labios el Demonio. Pero cómo podían suponer esos hombres, dice el fraile con una voz que poco a poco se ha ido remozando de un eco ominoso, que para entonces sus hijos eran ya más nuestros que suyos. Que eran nuestros hijos en su corazón y en sus actos, y más hijo que ninguno el niño Juan. Y así ocurrió que los niños confesaron de buen grado, sin ser casi fuerza exigirles ni apremiarlos, quiénes de entre sus padres practicaban en secreto el culto al Demonio; dónde habían escondido sus ídolos amados, ya fuera bajo tierra o en el doble fondo de una pared, en vasijas secretas o en la techumbre de sus casas o debajo de las peanas de cruces cristianas. A todas esas partes iban a buscarlos, guiados por los niños, y el fraile todavía recuerda cómo los rostros de esos niños parecían transformados, esplendían de amor y de virtud y de satisfacción por la verdad revelada. Algunos indios se resistían. Otros lloraban. Unos pocos miraban largamente la escena, sin reacción ni movimiento; veían ausentes el modo en que frailes y niños iban amontonando aquellas estatuas demoníacas en el centro de los poblados, para darles fuego. A los reincidentes, claro, había que azotarlos y hacerles escarnio público, porque si Dios gusta de revelarse en forma pacífica a todos los hombres, también sabe valerse del látigo cuando es preciso. Ellos, una vez penitenciados, poco o nada decían. Solo expresiones extrañas, como aquella que él mismo escuchó una vez: He aquí que mis propios hijos me quiebran las alas del corazón. Tal y como lo oye: las alas del corazón. Acaso ya sabéis,

dice con el asomo de una sonrisa, que los indios hablan un poco así, de esa forma florida y oscura, como con acertijos o metáforas; como si no quisieran decir del todo lo que están a punto de decir. En sus discursos las venas son culebras y las uñas, perlas; llaman «espejo encantado» a los ojos y «molino», también «encantado», a los dientes; al pecho le dicen «cerca de costillas» y a los dedos, «cinco hados», y «mujer colorada» a la sangre. A eso, a esa cosa santa que hacían sus propios hijos —del mismo modo que José no pudo ser del todo digno de la divinidad de su Hijolo llamaban «quebrar las alas del corazón»; como si el corazón en verdad volara, y como si la fe en Cristo Nuestro Señor no fuera causa de regocijo sino de quebranto. Bueno. El hecho es que con el tiempo los indios tuvieron tanto respeto a esos niños que ya no era necesario que ningún sacerdote los acompañara. Ellos solos iban y venían por la campiña, en cuadrillas de diez o veinte pequeños guardianes de la fe, desarbolando ídolos y quemando santuarios y revelando hechicerías y mitotes. Y quién sino Juan era el más enérgico entre ellos; él quien los capitaneaba y vigorizaba y fortificaba cuando su voluntad flaqueaba. Su audacia no conocía límites. A veces daba en saquear los templos de aldeas muy lejanas al monasterio, porciones del mundo aún muy tibias en la fe, acompañado de otros pequeños ángeles como él. Llegaron a temer que alguno de esos indios lo matara. Yo, al menos, tuve por algún tiempo ese miedo, reconoce el fraile. Cada vez que lo veía partir le recordaba al pequeño Juan que en las Escrituras el mismo Cristo dice: Os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Pero él contestaba con arrojo y sabiduría. Como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta, padre, me decía, citando cierto pasaje de la Epístola de Santiago que a mí mismo, que soy experto en cosas santas, me costaba situar. Y también: Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Nadie, desde luego. Nadie osó alzar la espada contra los niños de nuestro convento, aunque sin duda a muchos les habría gustado, y es de suponer que el Demonio les inspiró la idea de tal crimen muchas veces. Al niño Juan, por otra parte, poco o nada le inquietaba la posibilidad del martirio. Si he de morir que sea en testimonio de mi fe, decía, como los niños Justo y Pastor ante el procónsul; como Esteban en el Sanedrín y Andrés en la cruz y Pablo en Roma. Si no era un santo, un profeta, dice el fraile, sin duda lo parecía. Lo que no fue es un mártir. Su rectitud era de tal grado que llegó a denunciar a su propio padre, por ciertos sacrificios de pajarillos y ranas que hacía a Tezcatlipoca. Era su padre un hombre pobre en extremo, tan miserable en posesiones y falto de inteligencia como podáis imaginar. Pienso a veces en él,

dice el fraile tras un largo silencio; un padre que según se mire perdió a su hijo dos veces, primero a manos del noble que lo hizo pasar por hijo suyo y luego cuando fue acogido en el regazo de los padres frailes. Piensa en su final. Es eso lo que le parece triste y dichoso al mismo tiempo: ese final. El castigo por el retorno al cieno de la idolatría era de apenas unos cuantos azotes, explica; nada que pudiera turbar el ánimo de un hombre hecho y derecho. Y él puede testimoniar que muchas veces esos azotes se propinaban con cierta lasitud y hasta evidente desgana, pues eran muchas las carnes que había que flagelar y muy cansado el ejercicio de flagelarlas. Bien: en el caso del padre del niño Juan, no hubo ocasión de sentir ese cansancio. Para cuando llegaron a su casa, guiados por su propio hijo, ya estaba muerto. Se había colgado de una viga del tejado. Hasta aquí, claro, lo terrible. Penoso que para huir del castigo de un pecado, un hombre se lance de cabeza a otro pecado más terrible todavía. Pero aún le dura el asombro por el modo en que el niño Juan reaccionó. Nada dijo. Ayudó a descolgar el pobre cuerpo y le limpió las facciones y la saliva que se le escurría por la boca, sin derramar una sola lágrima. Y cuando se le explicó que no debía tener vergüenza por el llanto, que era cosa comprensible y hasta natural ante la muerte de un padre, se volvió a ellos con el rostro transmutado. ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?, respondió, y San Marcos hablaba por su boca. Y luego: No penséis que he venido a poner paz en la tierra: no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre y a la hija de su madre. Eso dijo, murmura el fraile con la voz tremolada por la emoción, y fuimos nosotros, y no él, los que en ese punto, sin poder contenernos, rompimos a llorar de gozo…

Hasta aquí lo que sabe, dice el anciano. O casi. Porque poco después enviaron al niño Juan al colegio que acababan de abrir en Santa Cruz de Tlatelolco, destinado para estudios superiores. Para entonces su propio colegio y este monasterio ya habían comenzado a venirse abajo y ellos habían buscado un nuevo aposento en la propia Tlaxcala, en el recinto que hoy es catedral. El niño Juan se fue y ellos lo recuerdan. Él, al menos, lo recuerda. Como un padre ha de recordar y lamentar la ausencia de un hijo. ¿Acaso conoce Juan ese sentimiento? ¿Alguna vez ha tenido que separarse de lo que más ama en nombre de una razón más alta que ese mismo amor?

Juan reflexiona un instante.

—Sí —responde.

El anciano sonríe.

—Entonces quizá podréis entender esto. Porque a veces, después de tantos años transcurridos, continúo visitando estas ruinas para contemplar otra vez su rostro…

—¿Su rostro?

La voz del anciano sigue resonando en los techos de la bóveda. A ratos no parece exactamente una voz, sino la reliquia, la huella, la ruina de una voz; una cosa más entre todas las cosas que los rodean, remota y frágil como ellas, abocada a la extinción y a la sombra como las paredes que poco a poco se van viniendo abajo. Juan escucha esa ruina, esa huella, esa reliquia. Atiende también al movimiento de sus ojos, clavados todavía en los frescos cuarteados de la capilla. De pronto, su mano. Una mano huesuda que se alza para señalar arriba.

—Mirad —dice el anciano—. Su rostro.

Juan obedece. Hasta el caballo alza su inmensa cabeza en dirección a las pinturas que el fraile señala. Mirad, repite, y su dedo se aboca a un rumbo preciso: no a la escena de la crucifixión, no a la traición de Judas, no a la curación de los leprosos ni al descenso a los infiernos ni a la anunciación de María. Juan tarda todavía un tiempo en comprender. Ve una estampa que al principio parece ingenua y serena, casi grotesca, pero que poco a poco, a la luz de la tarde que declina, se va tornando vagamente aterradora. Ve, abocetadas en el yeso revenido, las columnas de piedra de un templo —un templo dibujado en el techo de otro templo— y bajo sus arcadas un puñado de sabios y rabinos que rodean a un niño. Es ese niño lo que da miedo. Los ojos de ese niño. En medio de la puerilidad de la escena —el templo de Jerusalén semejante a una iglesia española; los rabinos pintados como doctores de Salamanca o la Sorbona; las narices desproporcionadas, para volver más judío lo judío— sus ojos brillan con un resplandor intolerable, del que no parece capaz ningún pigmento. Tienen la vaciedad y la dureza de los espejos y de ciertas gemas, y permanecen perpetuamente abiertos, como si carecieran de párpados. Como si carecieran, también, de mirada, si es que eso es posible. ¿Qué es lo que buscan esos ojos? No se dirigen a los rabinos, ni a las columnas del templo. Solo se dirigen hacia delante, siempre hacia delante, en persecución del Cristo venidero en que habrá de convertirse: el pequeño Jesús que se ve a sí mismo creciendo y soportando las tentaciones del desierto en la escena contigua; predicando por las calles de Jerusalén y las orillas del Jordán; padeciendo en Getsemaní y muriendo en el Gólgota y resucitando en Emaús. Contempla esos episodios futuros sin juicio ni sufrimiento alguno, con la misma indiferencia con que se contempla el dibujo de la vida de otro.

Entretanto el fraile ha comenzado a describir la escena. Se trata, claro está, del segundo capítulo del Evangelio de Lucas. Al niño Juan siempre le fascinó ese episodio. Aunque también sobre él tenía sus preguntas, porque su curiosidad no se saciaba nunca —si verdaderamente les había sido revelado a María y José que Jesús era hijo de Dios, entonces, ¿por qué, cuando el niño contesta que estaba en el templo atendiendo los asuntos de su padre, ellos no entienden sus palabras?—. Pero interrogantes aparte era, qué duda cabe, un pasaje hermoso, en el que tal vez el niño Juan se sintió reconocido. O tal vez fueron ellos mismos quienes le sacaron el parecido, admite el fraile, y es por eso que alguien tuvo la ocurrencia de usarlo como modelo en las pinturas de la capilla. Tal vez esa circunstancia, inmortalizarlo como el mismísimo Hijo de Dios, le dé a Juan una medida de lo mucho que llegaron a admirarlo. Es, en cualquier caso, un buen retrato. El niño Juan era tal que así. Fray Jerónimo y fray Martín y fray Bernardo convendrían en ello, si no fuera porque fray Jerónimo y fray Martín y fray Bernardo murieron hace ya algunos años, que Dios los tenga en su gloria. Así es el indio Juan, o así era cuando recién empezaba a ser Juan y aún le quedaba mucho camino de niño. Este es el hombre que buscáis, dice el fraile, muchos años antes de que vos lo buscarais.

Cuando Juan sube a su caballo está a punto de caer la noche. En el rostro del fraile solo brillan los ojos, como dos puntitos de luz remota. Acaban de despedirse, pero parece a punto de decir algo. Y lo que el anciano tiene que decir es solo un gesto. El gesto de extender la mano para palmear el cuello del caballo, como si también a él quisiera decirle adiós.

—Parece un buen animal.

—Lo es, padre.

—¿Cuántos escudos os ha costado?

—No sabría decirle, padre.

—¿No sabríais o no querríais?

Juan mastica por unos instantes su respuesta.

—Es un regalo.

—Un regalo.

—Sí.

Durante algún tiempo el anciano no dice nada. Sus labios se han retraído en una sonrisa.

—¿Es este el precio? —pregunta.

—¿El precio?

—Vuestras treinta monedas de plata.

Juan abre la boca, y más tarde la cierra. El anciano continúa acariciando el cuello del animal, sin mirar a Juan en ningún momento.

—¿Sabéis? No os culpo. Uno escucha cosas. Incluso dentro de las cuatro paredes de un convento, hay ciertas cosas terribles que se quiera o no se escuchan. Uno debe elegir si creer o no esas cosas. Vos ya habéis elegido. Seguramente os han contado alguna de esas cosas y creéis tener una opinión. O mejor: puede que no os hayan contado nada en absoluto. Así, a veces, es más sencillo elegir. Solo que nunca es tan sencillo. Yo, ya veis, tuve por un hijo al indio Juan y sin embargo no estoy seguro de lo que debería creer…

Los dos puntitos brillantes se alzan para detenerse en Juan por primera vez.

—Solo os pido que cuando llegue el momento os acordéis de esto. Que recordéis mi duda.

A continuación da una palmada en la grupa del caballo y este arranca a trotar. Juan se vuelve un instante para ver por última vez al anciano que se va quedando atrás, en la penumbra, con la mano eternizada en un gesto de despedida; cada vez más semejante al ánima de un fraile muerto, para siempre clavado en el lugar donde por un tiempo fue feliz.

Esa misma noche, en una posada de los alrededores, Juan sueña con su esposa. Será la última vez que la vea, o casi la última. En el sueño ve también su propia taberna, vacía. No hay clientes derrumbados sobre las mesas ni jugadores que intercambien naipes o dados. Solo su esposa, que se ha quedado dormida en la silla, con el rostro vuelto hacia el fuego. Acaso también ella sueña con algo o con alguien. De pronto, la puerta. Los golpes de la aldaba despiertan al perro que hace solo un instante no estaba y los ladridos del perro no despiertan a la mujer. La mujer, que no se despierta; que sigue durmiendo mientras la puerta se abre. Al otro lado, un niño. No acierta a ver su rostro. Está cubierto de vendas y apósitos y por una especie de velo que parece una mortaja. Bajo las vendas finísimas, Juan acierta a ver la sangre copiosa que mana de su nariz; los labios resecos y enardecidos por la sed; la lengua negra como el alquitrán que se revuelve en la boca entreabierta. Camina como un muerto. Camina hacia la mujer como caminaría un muerto si los muertos caminaran. La mujer, que no se despierta. Y entonces, entrevistos en una rendija de las vendas, los ojos del niño. Sus ojos brillando con el resplandor intolerable de la fiebre; con la vaciedad y la dureza de ciertos espejos y de ciertas gemas. Ojos que permanecen perpetuamente abiertos, como si carecieran de párpados. Como si carecieran, también, de mirada, si es que eso es posible. La mujer que tiene los suyos cerrados. La mujer que no

reacciona cuando el niño ya está junto a ella, extendiendo su mano apestada y repugnante; su mano tiznada de puntos rojos, a punto de rozar la piel de la mujer, en una caricia póstuma. Y cuando al fin la toca no es la mujer, sino Juan, quien despierta.

III

Deseos que no sabemos nombrar – Licencias poéticas
No para siempre en la tierra – El yerro de una oveja
Hasta cuándo, Catilina – Olvidar los propios ojos
Preferir saber y no saber – Fábula del labrador y la serpiente
El sueño de Kurtz – Muerte en efigie

La culpa es del Demonio. La culpa es de Dios. La culpa es de todas sus criaturas, desde las más abyectas hasta las más virtuosas. La culpa es del clima, más seco de lo que solía en los tiempos de la gentilidad. La culpa es del Día del Juicio: de la proximidad de ese día y de ese juicio. Allá donde Juan se dirija encuentra cadáveres y opiniones; muchos cadáveres y muchas opiniones que esparcen su hedor por todas partes. La culpa es de los indios, por haber retornado a su idolatría. La culpa es de los indios, por haber traicionado a sus antiguos dioses. La culpa es del exceso de esta tierra: exceso de indios y exceso de oro y exceso de ambiciones. Cuerpos que se pudren en los hospitales y en las leproserías y en los hogares y hasta en las cunetas de los caminos, y opiniones que se le pudren a uno dentro de la cabeza. La culpa es de los españoles, por traer enfermedades insólitas a esta tierra. La culpa es de los encomenderos, por abrumar a sus indios con tributos y trabajos agotadores. La culpa es de los aztecas, por celebrar sacrificios humanos, pues es tiempo de que paguen por sus pecados los hijos de los caníbales, y aun los hijos de sus hijos. La culpa es de los aztecas, por haber dejado de celebrar sacrificios humanos, pues es tiempo de que los dioses hambrientos reclamen su porción de carne.

En las estribaciones del monte Tláloc se topa con un carromato de bueyes que viene rodando en sentido contrario. Dentro de la caja se bambolea una montaña de cuerpos humanos, punteados por un enjambre de moscas. La culpa, dice el arriero tapándose la nariz, es de los tiempos que nos ha tocado vivir: pues hubo una edad dorada en que los hombres estaban hechos de otra materia y vivían hasta los doscientos años y eran justos los unos con los otros y sanos y robustos como peñascos; lástima que hoy vivamos tiempos convulsos, tiempos hechos no para gigantes sino para enanos, en que se relajan las buenas costumbres y los jóvenes no obedecen a sus mayores y el oro de nuestra primera juventud se ha envilecido y degradado en hierro. Junto a las ruinas de Acozac encuentra un pueblo sin nombre, con toda su población

desaparecida o muerta, y por tanto allí nadie dice ni opina nada: muchos cadáveres y ninguna opinión. Algunas de las casas de adobe están recientemente destechadas y escombradas, como si no pudiendo enterrar a tantos, en el momento de marcharse los vecinos hubieran optado por dar a cada familia su propio hogar como sepultura. Engrilletado a una cadena de hierro se debate un perro famélico, un perro sin dueño y sin esperanza, ladrando a nadie y tal vez culpándolos a todos. La culpa, dice un encomendero que lo acompaña dos leguas en su travesía, es la ociosidad y la vida regalada que los macehuales disfrutan desde la llegada de los españoles, pues acostumbrados a la guerra perpetua y al mucho trabajo y a las tiranías de sus propios señores, ahora que son libres en Cristo se dan a embeodarse y a vagar por la campiña, sin nada en que ocuparse y sin molestarse en labrar su propia tierra, aunque la tengan. El domingo hace un alto en su camino para escuchar misa en el eremitorio de Chimalhuacán, y ante un auditorio casi vacío, el párroco culpa a ciertas hechicerías aztecas y de paso a los protestantes de Alemania y a los moros de África y a los corsarios ingleses y a los judaizantes convertidos y por convertir y a la pereza o el cansancio o el escepticismo del Santo Oficio, que ya no persigue la mala yerba de la herejía como solía. La culpa, dice con pesar cierto campesino con quien comparte unas jícaras de vino, la tiene solo nuestra ignorancia.

La ignorancia. Juan piensa mucho en ella. Porque que lo aspen si sabe la razón por la que mueren tantos indios, abatidos por un mal que en los españoles apenas hace mella. O la razón por la que él mismo, un hombre ya camino de ser viejo, un hombre corriente o que al menos se ha tenido siempre por corriente, ha sido escogido para una misión tan delicada. Aunque si vamos a eso, que lo aspen también si sabe por qué decidió aceptar, tras tantos años de retiro. Por qué no regresa junto a su esposa solitaria o enferma o muerta. Es por el oro, claro, el oro es una buena razón para todo, puede que la única razón en el mundo que una vez expresada ya no requiera más razones. Pero al mismo tiempo tiene la impresión de que en ocasiones el oro puede ser también un pretexto; la excusa que ciertos hombres se ponen a sí mismos para satisfacer otros muchos deseos que tienen pero no saben nombrar.

A veces, en plena travesía, se acuerda de pronto de las últimas palabras del fraile. No piensa en ellas, o lo hace oblicuamente, como cuando vemos de soslayo una mirada que queremos evitar y la evitamos, sin dejar de entreverla en ningún momento. Así piensa sin pensar en el fraile. Así piensa sin pensar en su esposa, y en las manos enfermas que quizás ahora, en este mismo instante, están llamando a la puerta de su taberna. Su mujer, quizás, enferma.

Su mujer muerta. Así mira también, de reojo, al indio Juan o al recuerdo del indio Juan o a la fantasía que se ha hecho del indio Juan. Se acuerda de esas cosas que el fraile dijo haber escuchado. Cosas terribles. Cosas en las que podía escogerse creer o no creer. ¿Acaso cree en ellas? ¿Cree Juan en esas cosas que no sabe y que hasta hace poco ni siquiera sabía que no sabía? Y si es absurdo esto, creer en lo que no se ha visto ni se conoce, entonces ¿por qué aceptar el encargo? ¿Cuáles son esos crímenes horrendos que viene a cobrarse con su espada? ¿Qué sabrá o creerá saber en el momento de enfrentarse a los ojos sin mirada del indio Juan?

Clava las espuelas en los ijares de su caballo. Juan que de pronto, en mitad de un llano en el que no hay obstáculos ni prisa, cabalga. El caballo que recorre un trecho del camino a la carrera, enardecido, ignorando quizá por qué corre. Atrás queda una casa derruida, y un riachuelo sin puente, y un molino o el proyecto de un molino que se alza en ese riachuelo; atrás también una acequia seca y atrás los pensamientos y las preguntas que esos pensamientos despiertan y un pozo sin brocal y un bosquecito que apenas arroja sombra y el recuerdo de su esposa y un carro abandonado en la cuneta y un espantapájaros solitario, que reina en un horizonte sin súbditos.

Deja atrás las últimas cimas de la sierra, siguiendo un sendero de herradura que se descuelga en curvas y requiebros semejantes a los meandros de un río. Alguien tuvo la ocurrencia de llamar a esa sucesión de cumbres Sierra Nevada, y Juan va masticando ese nombre mientras desciende al valle. He aquí, piensa, otra de esas palabras que buscan aplacar la nostalgia; retrotraernos a un hogar al que ya no regresaremos y en el que nunca más volverá a encenderse el fuego. Una nueva Sierra Nevada para una Nueva España.

Desde lo alto se atalaya el camino que está por venir; las remotas ruinas de Tlapacoyan, cuya antigüedad los propios aztecas desconocen, y junto a ellas el lago de Chalco, y más allá el lago de Xochimilco, y aun después la laguna de México, que destella bajo la luz del mediodía. Recuerda todos esos nombres con exactitud dolorosa, como se recuerda la geografía de una pesadilla. Es el paisaje en el que transcurrió el asedio de Tenochtitlan, y el asedio de Tenochtitlan es una de esas muchas cosas de las que Juan preferiría no hablar e incluso no recordar siquiera. A veces, claro, se ve comprometido a decir algo sobre ese glorioso suceso: pero lo hace midiendo las palabras, escogiendo imágenes y reflexiones e incluso figuras retóricas que no pertenecen a sus propios recuerdos sino al lenguaje de las crónicas. Dice, por ejemplo, que la laguna se tiñó de sangre, solo porque eso es lo que todos

quieren escuchar. O que los muertos aztecas se contaban por miles y aun por decenas de miles. No dice, sin embargo, que el lago nunca fue rojo como la sangre; esa es solo una licencia de los poetas. Todo lo más se tiñó de marrón, un lago hecho de agua que parecía fango, y que producía asco mucho antes que compasión o espanto. No dice tampoco que él no vio diez mil muertos, ni cien, ni diez muertos siquiera. Solo los capitanes y los reyes cuentan los caídos por millares, precisamente porque no tienen que mirar a los ojos a ninguno. Él, como todo soldado en la batalla, no vio más que un solo cadáver, y eso fue suficiente. Vio el rostro de un hombre que moría y en ese rostro la voluntad truncada de un último gesto; vio el temblor de su agonía, sus ojos cerrados o todavía abiertos, la mirada que clava en nosotros el enemigo al que matamos. Y luego degolló a otro, y a otro, y a otro, y todas las veces vio morir al mismo muerto, un muerto que a veces tenía el rostro de un niño o de una mujer o de un anciano pero que era siempre el mismo, y su tragedia era más irreparable a cada cuchillada, y su dolor no cesaba nunca.

Se acuerda de pronto de la epidemia. Comprende que hasta ahora, como los capitanes o como el mismo Dios, lo ha contemplado todo desde lo alto. Ha visto cientos de cadáveres, apiñados en fosas y en cementerios, transportados en féretros y en carretas y en parihuelas, muertos recientes o ya digeridos por los gusanos o por la cal o por la intemperie, pero no ha mirado realmente a ninguno. Ojalá no tenga que hacerlo nunca, piensa. Ojalá cuando regrese a casa —porque va a regresar a casa muy pronto, en solo dos semanas— su mujer lo reciba con una jícara de pulque y los brazos abiertos. Unos brazos vivos y sanos y abiertos. Le preguntará dónde ha estado; si vio los estragos de la epidemia y si no tuvo miedo en ningún momento. Él no dirá nada sobre el miedo. Solo contestará que en efecto los muertos fueron muchos, muchísimos, miles de muertos por todas partes; tantos que por un momento la laguna de México le pareció tierra firme por todos los cadáveres que vio flotando a la deriva, como canoas sin dueño.

Al amanecer divisa la capital, construida en la isla que alguna vez fue Tenochtitlan. Siguen llegando hasta ella los mismos puentes y calzadas, la atraviesan las mismas acequias y caracolea en el aire el humo de hogares que parecen los mismos, pero en poco más de veinte años lo español ha barrido todo vestigio de lo azteca, como otra peste que se propagara muy deprisa. Nosotros somos la peste, piensa Juan, y ese pensamiento es apenas un relámpago que lo golpea un instante y luego desaparece. No queda rastro de los adoratorios ni de la pirámides que una vez erizaron el horizonte, y en las que fueron sacrificados tantos compañeros de armas. Juan recuerda el sótano

de uno de aquellos templos, y cómo durante el saqueo de la ciudad encontró en uno de sus muchos recovecos una inscripción trazada con carbones que decía: Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste. No fueron más venturosos los propios aztecas que lo devoraron, pues poco tiempo después vieron muertos a sus hijos y escombrados sus templos y asoladas sus casas.

Sobre las antiguas ruinas, en el lugar donde alguna vez se alzó el Templo Mayor, los españoles han hecho construir una catedral y una especie de damero de edificios y palacios de hechura castellana, dispuestos en torno a una inmensa plaza. Vista en la distancia, la ciudad española parece un tablero de ajedrez caído en el corazón de una ciudad azteca, pues por todas partes la cercan los arrabales indios, un dédalo de callejuelas tortuosas y malolientes cercadas a su vez por el lago. Mientras se aproxima, mientras recorre la calzada hecha de pilotes y tierra macizada que atraviesa el agua, Juan se pregunta si no fue este precisamente el mismo camino que siguió el niño Juan hace tantos años. Qué fue lo que pensó o sintió al ver por primera vez aquella ciudad que los españoles habían hecho suya, como primero hicieron suya el alma del propio Juan.

Pasadas unas tres mil o cuatro mil varas viene a parar al barrio de Santiago de Tlatelolco, donde según rezan sus papeles se halla el Colegio de Santa Cruz. No tarda mucho en encontrarlo, imponente y magnífico, con su parroquia y su campanario y sus muros de cal y canto, cerrando uno de los flancos de la plaza. En esa misma plaza, recuerda Juan, se alzó en tiempos el mercado más grande de las Indias. Al menos eso es lo que contaban los propios aztecas. Pero de todo eso no queda nada o apenas nada: una plaza casi vacía, sin apenas buhoneros ni mercaderes. Alguien ha armado, con más dudas que certezas, una docena de tendajones precarios, y los vendedores esperan envarados detrás de sus piezas de fruta, sus tamales o sus jarritas de atole, con ojos de querer estar en cualquier otra parte. Algunos llevan paños de tela cubriendo la nariz y la boca, y desde esas mordazas hablan a los transeúntes, que son de todas formas escasísimos y atraviesan la calle también a la carrera. Solo unos pocos se quedan para curiosear en los estanquillos y las almuercerías, y esos pocos son todos españoles.

En todo el espacio desahogado de la plaza Juan no ve más que a un único indio. Es ya un hombre muy anciano y está subido a una especie de tonel, desde donde dirige largos parlamentos a nadie, como si arengara a tropas que no están. Al hacerlo agita en el aire un báculo nudoso, semejante al cayado de los peregrinos. Es un loco. Al menos parece un loco. Juan se aproxima cautelosamente, llevando a su caballo por el ronzal. El indio, el anciano, el

loco eleva todavía más la voz. Parece declamar un texto aprendido, quién sabe dónde ni por qué.

> El dador de vida se burla;
> solo un sueño perseguimos,
> oh, amigos nuestros,
> nuestros corazones confían
> pero él en verdad se burla…
> Solo vinimos a dormitar, solo vinimos a soñar:
> no es verdad, no es verdad que vinimos a vivir en la tierra.
> Es una flor nuestro cuerpo: algunas flores da y se seca.

Ve en los rasgos erosionados del viejo los primeros síntomas del mal; los ojos enrojecidos y sanguinolentos; los labios cuarteados; el semblante enardecido por la fiebre; la nariz goteando sobre la tierra una sangre oscura y espesa.

> Solo como una flor nos estimas,
> así tus amigos nos vamos marchitando.
> Como a una esmeralda, tú nos haces pedazos.
> Como a una pintura, así tú nos borras.
> Todos se marchan a la región de los muertos,
> al lugar común de perdernos.
> ¿Acaso no hemos de ir todos al lugar de los descarnados?
> ¿Es en el cielo o en la tierra este lugar de los descarnados?
> Juntos nos vamos, juntos nos vamos a su casa:
> ¡Nadie queda en la tierra!

Los españoles vienen y van a su lado, sin decir nada; acaso sin dedicarle una sola mirada. El propio Juan se queda solo un momento, hasta que le parece que ya ha visto suficiente. Luego se aleja. Mientras se dirige al edificio del colegio, siente la persecución de la voz del viejo, clamando a su espalda.

> ¿Acaso de verdad se vive en la tierra?
> No para siempre en la tierra; solo un poco aquí.
> Aunque sea jade se quiebra,
> aunque sea oro se rompe,
> aunque sea plumaje de quetzal se desgarra.
> No para siempre en la tierra; solo un poco aquí.

Juan es un hombre importante; puede que incluso un hombre temido. Lo comprende tan pronto como traspasa el portalón de entrada y da la razón de su venida al hermano lego que atiende la portería. El muchacho sale corriendo como si se hubiera declarado fuego en alguna parte y apenas unos instantes después vienen a recibirlo cuatro frailes, con los honores que se dispensa a un rey. Al menos con los honores que Juan considera propios de reyes; aunque qué sabrá Juan de soberanos, piensa el propio Juan, que lo más cerca que ha estado de uno es cuando mira la efigie acuñada en los doblones de oro. En cualquier caso es un hecho que los franciscanos vienen a él corriendo, pellizcándose un poco el vuelo del hábito para no tropezar, y que se inclinan en reverencias humillantes y besan el dorso de su mano como si besaran una reliquia. Todos se presentan al mismo tiempo, y un instante después ya ha olvidado sus nombres: solo sabe que habla con un maestro de retórica, con un maestro de filosofía, con un maestro de música, con un teólogo. Un lego lleva su caballo a los establos y otro se lleva su equipaje y un tercero viene con un aguamanil de bronce, por si su Excelencia quiere lavarse las manos. Después lo conducen a una salita contigua al patio y lo asedian con jarras de agua y de vino, con frutos de la tierra, con dulces. Lo llaman Ilustrísima y Excelencia, y Juan, un poco turbado, los deja hacer. Por un momento se cree víctima de alguna clase de confusión, pues en sus primeras y atropelladas palabras los frailes se refieren a cierto hombre del visorrey a quien desde hace semanas esperan. Tarda todavía unas palabras más en descubrir que ese hombre es él, y cuando sucede no sabe qué hacer con ese descubrimiento. Temimos que le hubiera ocurrido a su Excelencia una desgracia, dice el más resuelto de los frailes, y hasta llegaron a pensar, Dios los perdone, en la peste. Porque son muy pocos los españoles que se han infectado, y en la mayoría de ellos la enfermedad sigue un curso benigno, pero nunca se sabe. Nunca se sabe, dice el segundo fraile. Nunca se sabe, responde el tercero. Y luego lo miran, como esperando su parecer.

—Nunca se sabe —murmura Juan, en algo semejante a un encogimiento de hombros.

Sea como sea es una suerte que esté ahí, incluso en las desafortunadas circunstancias que los reúne. Eso dice el fraile que acaba de presentarse como maestro de retórica, que tal vez por armonía con su profesión es el más verboso de todos. Juan no sabe si se está refiriendo otra vez a la epidemia o a alguna otra cosa. Oh, no, aclara el retórico, santiguándose; por la gracia de Dios la epidemia no ha contagiado a ninguno de sus muchachos. Hasta ahora se ha detenido en los muros de su colegio, como si el latín y la filosofía los

protegieran no solo de la ignorancia sino también de las acechanzas de la enfermedad. O como si el mismo Dios, consciente de la importancia de la Obra que allí se realiza, no hubiera querido llevarse consigo a ninguna de sus criaturas. En fin, continúa: cuando se refería a ciertas desafortunadas circunstancias, se refería a. Estaba hablando de. Bueno; ya sabe. A estas alturas no es para su Excelencia ningún secreto. Cuando se refería a ciertas desafortunadas circunstancias, repite, estaba hablando del indio Juan; desde hace un tiempo entre estos muros no se habla de otra cosa más que de ese nefando indio Juan y de las noticias que no ha mucho llegaron de la Gran Chichimeca. Noticias que, su Excelencia puede muy bien imaginarlo, les han afligido a todos muy hondamente. Teme mancharse la boca con solo nombrar esos sucesos tan tristes y tan contrarios a las leyes humanas y divinas. No va, pues, a hacerlo. Lo que sí pueden hacer, sus hermanos y él mismo, es aclarar esos rumores que han circulado, les consta, por el palacio del visorrey, y por las escribanías reales, y aun por las cámaras del Santo Oficio. Aclarar esos rumores, repite, y aprovechar la oportunidad para ofrecer su versión de los hechos. Explicar a hombres como su Excelencia que su colegio no es ni ha sido nunca un nido de herejías ni maquinaciones, por más que esas sean algunas de las gruesas palabras que se han escuchado en ciertos conciliábulos. Rumores esparcidos por enemigos de la Orden, como los dominicos, que se sienten más amenazados por los éxitos de los franciscanos en las Indias que por el progreso de los luteranos en Europa o del Turco en África. Y sin embargo, qué otra cosa han obrado ellos en estas cuatro paredes más que cumplir con creces la voluntad divina. El obispo de la diócesis e inquisidor episcopal lo sabe bien, pues estuvo presente el día de la inauguración de este noble colegio, casi diez años atrás. El mismísimo visorrey lo sabe, pues él también estaba ahí, aplaudiendo todo cuanto hicieron y dijeron en esa ocasión tan notoria. Lo sabe también el emperador Carlos, y su hijo el príncipe Felipe, que han tenido la generosidad de costear los gastos del colegio. Todos conocen, pues, sus desvelos. Incluso los hermanos dominicos, que solo una década atrás hacían mofa y se burlaban de su empresa de enseñar latín a los indios, han tenido que acabar reconociendo el fruto de sus estudios. Lo reconocen para mal, pero lo reconocen. Dicen que todo cuanto la Orden Franciscana ha hecho entre estos muros es cosa del Demonio: que en nada aprovecha a un indio saber leer y escribir, salvo para hereticar y blasfemar. ¿Puede su Excelencia creerlo?

Juan, sorprendido con un dulce a medio masticar en la boca, se limita a torcer la cabeza en un gesto que puede significar cualquier cosa.

No; cómo va a creerlo, continúa el retórico, mientras el resto de los frailes aprueban con la cabeza. Ellos, tantos hermanos que han dado los mejores años de su vida para fortificar el espíritu y la inteligencia de los indios, convertidos en agentes del Demonio. Como bien sabe, solo se proponían disipar las tinieblas en las que vive el alma indígena, y no cree que sea envanecimiento afirmar que en muchos casos ese propósito se ha cumplido. En tiempos en que los dominicos y los agustinos creían ya bastante hazaña hacer cantar a los naturales el *Pater Noster*, o forzarles a memorizar —que no imprimir en el corazón— los Diez Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, ellos les han dado el latín con que leer las cosas santas, y la retórica para discutirlas, y la filosofía como luz para no andar a tientas en los vestíbulos de la razón. Y la teología, claro; porque quien se dice cristiano sin conocer las enseñanzas de Cristo o las disquisiciones de un San Agustín o un San Jerónimo es como el estudiante de filosofía que se dice platónico sin conocer sus diálogos. Han combatido pues la ignorancia pagana con armas espirituales, que no materiales. Han sustituido la espada del encomendero por la pértiga con que los maestros enseñan, y los grilletes por sus pupitres de estudio, y el látigo por la lógica de los silogismos, que fuera de Valladolid y Salamanca y algunas ciudades principales más, nunca en España se había enseñado; mucho menos a hombres que se tenía por sin provecho y casi bestiales. Le enorgullece decir que algunos de sus bachilleres han ocupado ya altas dignidades y posiciones en la república de indios. La mayoría son traductores o trabajan como intérpretes para las audiencias; otros son jueces, gobernadores, escribanos. Es cierto, admite tras una pausa que se antoja particularmente larga, que en todas las iniciativas humanas hay errores grandes y pequeños, y sin duda su noble empresa no constituye una excepción. Es cierto también —otra pausa— que los sucesos que los reúnen hoy son de una gravedad inédita, y que no puede eludirse su parte de culpa en estos tristes hechos. Pero jamás se supo de pastor que fuera juzgado por el yerro de una de sus ovejas y no por los méritos del rebaño al completo, ni rey que fuera depuesto por las maldades de uno solo de sus súbditos. ¿Acaso no era lo suficiente digna la obra de Cristo, si incluso en ella acabó germinando un Judas? ¿Por qué, entonces, desechar lo esencial de su empresa por el defecto —gravísimo y excepcional, sin duda, pero por ello mismo también único— de uno de sus discípulos? Sus hermanos y él sentirían en extremo que el visorrey, hombre por lo común tan juicioso y magnánimo, llegara precipitadamente a semejante conclusión y reconsiderara su apoyo al colegio, que a la sazón asciende a los mil pesos anuales de renta. Y el caso es que al

verlo llegar, dice, no han podido evitar pensar que precisamente él, es decir, su Excelencia, puede ser muy útil para que tal no suceda. Para ello bastaría con que su Excelencia tuviera a bien contar al visorrey lo que aquí va a ver, sin inventar nada ni omitir detalle alguno. A saber: unos colegiales doctos y bien pertrechados de latines y filosofía, pero sobre todo mansos en grado sumo, y unos maestros sin duda capaces de yerros, como todo hombre al fin y al cabo, pero también lo bastante juiciosos para saber enmendarlos. No; no hace falta que diga nada ahora. Bien pensado es mejor que primero le muestren el colegio, para que pueda juzgar con justicia. Quieren que su Excelencia tenga la oportunidad de ver la Obra con sus propios ojos, sin mediar prejuicios ni palabra alguna. Que vea a sus alumnos, es decir, a sus hijos. Que los escuche; sobre todo que los escuche hablar.

El edificio del colegio es muy grande y bien abastecido. Según los cálculos de Juan rondará las diez mil varas cuadradas, y a lo que parece ha sido muy recientemente restaurado. Sí, le explica uno de sus guías con orgullo: hace apenas nueve años que comenzaron su andadura y no más de cinco que reconstruyeron a cal y canto las paredes, porque las que había antes, hechas de adobe, estaban por desplomarse. También por eso deben su gratitud al Emperador, que aunque se halla muy lejos en España, murmura con voz devota, tiene en realidad su corazón muy próximo a la noble tarea que aquí desempeña la Orden Franciscana.

El dormitorio es una especie de corredor ancho, con tarimas de madera a ambos lados sobre las que los alumnos disponen sus acomodos y frazadas. Junto a cada lecho hay una caja cerrada con llave donde cada estudiante puede guardar sus libros y propiedades, sin miedo a hurtos. Cada noche un vigilante hace su ronda corredor arriba y corredor abajo con una palmatoria, evitando cualquier escándalo, algazara o acto deshonesto; aunque es justo decir que en todos estos años ningún provecho se ha sacado de tan celosa custodia, pues los colegiales se han comportado con una probidad digna del más devoto de los conventos. Porque para los hermanos franciscanos, vuelve a aclarar el mismo fraile, la disciplina y el recato son asuntos que se toman muy en serio. Tal vez su Ilustrísima haya escuchado otra cosa, conjetura el fraile mientras observa de reojo su reacción, pero sus hermanos, y él mismo, están convencidos de que esta visita bastará para aclarar todo malentendido.

—Eso confío yo también —dice Juan, adoptando la expresión grave que según su parecer conviene a los hombres poderosos.

En un aposento contiguo se halla la biblioteca. No es muy grande, apenas seis o siete anaqueles parcialmente llenos, pero bastan para acumular la

mayor cantidad de libros que Juan ha visto en su vida. Hay, entre todos ellos, algunas joyas muy dignas de consideración, dice otro de los frailes, al parecer encargado del cuidado de los libros. Tienen sermonarios y gramáticas y ejemplares de las Sagradas Escrituras, claro, pero también clásicos griegos y latinos como Platón, Plutarco, Aristóteles o Boecio, y Padres de la Santa Madre Iglesia como San Agustín, sin olvidar intelectuales sin par de nuestro tiempo, como Antonio Nebrija o Luis Vives. Todos ellos, como Juan puede ver, libres de sospecha de cualquier herejía o lasitud en lo que a la ortodoxia se refiere. Ya veo, dice Juan. Dice otros muchos títulos y nombres que Juan desconoce por completo, y que suenan tan fabulosos en sus oídos como la fuente de la Eterna Juventud o las Siete Ciudades de Cibola y la Quivira. Ya veo, vuelve a decir. Mientras escucha, abre alguno de los libros al azar, tratando de aparentar cierto método. Ve páginas escritas en latín y páginas escritas en castellano y otras escritas en unos signos abstrusos que tal vez sean griego y en cuyo examen se demora un poco más, como si se tomara su tiempo para valorar lo que en ellas están escritas.

Por fin se dirigen al aula. Cuando abren la puerta, los colegiales se ponen en pie repentinamente, con una voluntad unánime. Es una pieza amplia y tal vez un tanto oscura, con una mesa y un estrado para el maestro y algunas gradas para acoger a los estudiantes, que superan por poco el medio centenar. Huele a tinta, huele a sudor, huele a pergamino viejo y a claustro conventual. Los niños, que andarán en los doce o los trece años, tienen de hecho cierta traza de monjes. Todos llevan ataviados una especie de sotanilla de seminarista y han adoptado ya el mirar algo lento y lánguido de los religiosos.

Entretanto el maestro descuida por un momento a sus discípulos para dar la bienvenida a Juan y le dispensa semejantes reverencias. ¿Ha tenido Juan un buen día, el viaje ha sido de su agrado, goza de buena salud? En ese caso su Excelencia tal vez les conceda el honor de asistir a una de sus lecciones, pues los colegiales, entusiasmados por recibir en su aula a un hombre tan notorio, han preparado algunos ejercicios con que agasajar a su Excelencia. Su Excelencia asiente, sin saber qué decir. El maestro toma una especie de batuta y los estudiantes, dispuestos en coro, comienzan a entonar una canción, con voces educadas y bien afinadas. Es una canción bellísima, en un latín que a Juan le suena más elegante que el que una vez se hablara en la antigua Roma, pero que le aspen si sabe lo que significa. Luego uno de los alumnos recita el *Pater Noster*. Otro enumera las categorías del alma. Otros se pronuncian sobre el enmarañado asunto de las potencias y los actos, la materia y la forma, la transubstanciación y la consubstanciación, los tirios y los troyanos. Un

último colegial, que parece tal vez el más agudo de todos, se alza sobre la grada, como remedando una suerte de tribuna o de púlpito, se echa la sotanilla al brazo y recita un discurso latino con lengua encendidísima, dirigiendo su dedo acusador en todas las direcciones.

—Es, como podéis ver, la *Oratio in Catilinam Prima in Senatu Habita* de Marco Tulio Cicerón —susurra el maestro al oído de Juan.

—Ah, Cicerón —responde, y es todo cuanto se le ocurre.

Mientras tanto Juan examina a los estudiantes uno a uno, con una atención que no ha sabido dedicar a los libros. Se acuerda, tal vez, de sí mismo; de los tiempos en que aprendía a leer y escribir bajo la tutela del párroco de su aldea, un pueblecito que acaso cabría dentro de este colegio. Se ve otra vez con nueve o diez años, todavía con el pulso y la caligrafía temblequeante, mientras el sacerdote asentía y le pasaba la mano por el cabello y le decía que algún día, ah, algún día llegaría muy lejos. ¿Qué diría ese hombre si hoy lo viera aquí, a dos mil leguas de su aldea, con una bolsa llena de oro en el cinto para comprar la muerte de un hombre? ¿Llamaría también a esto llegar lejos?

El discurso contra Catilina acaba y los pequeños senadores romanos aplauden, enfervorecidos. También los frailes, también el maestro; también su Excelencia aplaude. Pero no piensa en la antigua Roma ni en Cicerón. Tampoco se acuerda ya de sí mismo. Solo tiene cabeza para el indio Juan. Comprende de pronto, en una revelación súbita, que hace no tantos años estaba ahí, tomando notas y cantando canciones y recitando discursos de senadores muertos. Ese hombre al que de ningún modo puede matar, pero cuya cabeza debe retornar en el fondo de un saco. Llevaba puesta la misma sotanilla y se sentaba en una de esas gradas y obedecía con la misma mansedumbre las órdenes de los hermanos franciscanos. Y sin embargo, ahora. Ahora qué, piensa Juan, y no sabe qué responderse.

En algún momento el retórico lo conduce a la sala capitular. Allí lo está esperando el director del colegio, que por razones de salud no ha podido acompañarlo durante la visita. No, no debe tener miedo: no se trata de la peste. Pero es un hombre ya muy anciano, con no pocos achaques. Hará tres años que se quedó ciego; él, que tantos libros devoraba. Y como podrá imaginar, las noticias llegadas de la Gran Chichimeca han sido también un duro golpe; si cabe, peor que la ceguera. El indio Juan, añade en un susurro, era como un hijo para él. Desde entonces no parece ser el mismo. Así que no debe tener demasiado en cuenta lo que diga o haga, pues no representa en absoluto el sentir del colegio. Ni siquiera representa a la persona que fue hasta

hace muy poco tiempo. Quien habla no es él, sino un alma atribulada, ¿lo comprende?

—Comprendo —dice Juan, sin saber lo que comprende.

Es un anciano de aspecto frágil y quebradizo, con la piel translúcida como papel de biblia. Es también, en efecto, completamente ciego. Se las arregla razonablemente bien para estimar el lugar donde Juan se encuentra y clavar sus ojos en ese pedazo de tiniebla, pero sus pupilas blancas y muertas lo delatan. Está sentado en una especie de sitial de madera que en algo recuerda a la sillería de un coro o al trono de un rey menor. El retórico se sitúa a su derecha y enuncia un sermón laudatorio de la larga carrera intelectual del ciego, en un estilo ampuloso y vacío. Juan ni siquiera lo mira. Solo tiene ojos para los ojos sin vida del ciego, que están clavados en la nada, como si en la nada pudiera leer las palabras que está por decir.

—Debéis disculpar mi ausencia —dice cuando el retórico los deja solos —, pero los médicos me aconsejan no levantarme más de lo absolutamente necesario. Imagino que ya habéis tenido tiempo de ver el colegio.

—Sí, Reverendo Padre.

—Y decidme, ¿qué es lo que habéis visto?

—Lo he visto todo, Reverendo Padre.

—¿Cómo todo? ¿A qué todo os referís, exactamente?

Juan duda un momento.

—He visto, por ejemplo, los dormitorios.

—¿Y qué más?

—He visto también las cocinas, el refectorio, el patio. He visto las aulas.

—¿Y a los muchachos? ¿Habéis visto a los muchachos?

—Sí, Reverendo Padre.

—¿Y qué habéis pensado de nuestros muchachos?

—He pensado que están muy avanzados en sus estudios.

—Asombroso, ¿verdad? Casi como si fueran estudiantes de Valladolid o de Salamanca, ¿cierto?

—No conozco Valladolid ni Salamanca, pero imagino que sí, Reverendo Padre.

—Decidme, ¿con cuál de sus muchas destrezas os han deleitado?

—A mi llegada, han cantado…

—¡Claro, la música…! Los indios son muy aficionados a ella. Y nuestros muchachos tienen voces bellísimas, de ángel… Pero decidme, ¿qué más han hecho?

—Han recitado un discurso.

—Seguramente Quintiliano. O Cicerón. O Boecio. A esos muchachos les encanta Boecio.

—Era Cicerón, Reverendo Padre.

—Así que Cicerón. ¿Y luego?

—Luego…, luego han disertado sobre algunas materias filosóficas que están fuera de mi conocimiento, Reverendo Padre.

—¡Ah, la filosofía…! ¿No es increíble ver a esos indios filosofar como Platones o Agustines revividos?

—Sí, Reverendo Padre.

—Y después, ¿qué han hecho después?

—Creo que eso ha sido todo, Reverendo Padre.

—¿Eso es todo? ¿Estáis seguro de que eso es todo cuanto habéis visto?

Juan no sabe qué decir. Examina la expresión del ciego, en busca de ayuda, pero su rostro es un muro sin rendijas.

—Supongo que sí, Reverendo Padre. Al menos todo cuanto puedo recordar ahora.

—Muy bien. Ahora olvidaos de vuestros ojos. Hacedme este pequeño favor: como podéis imaginar, yo me olvido a menudo de los míos… Olvidad, pues, vuestros ojos y decidme qué más habéis visto.

—No os entiendo, Reverendo Padre.

—Sí me entendéis. Me han dicho que vos sois un perseguidor de la herejía y de las maquinaciones del Maligno. Venís por orden del visorrey para prender al indio Juan. Y ahora estáis aquí, en la que fue su casa, buscando algo que os ayude en vuestra empresa. Decidme, ¿habéis encontrado ese algo que habéis venido a buscar?

—No estoy seguro.

El ciego parece sorprendido o decepcionado.

—Entonces, entre todos esos muchachos angelicales que cantaban y recitaban a los sabios paganos y disertaban sobre algunas materias filosóficas que están fuera de vuestro conocimiento; por debajo de toda esa perfección y esa belleza… ¿no lo habéis sentido? ¿No lo habéis olido?

—¿Oler el qué, Reverendo Padre?

—La presencia del Maligno. El olor del pecado. El olor de la mala yerba de la herejía.

Juan abre la boca para contestar. Lentamente, vuelve a cerrarla.

—Confieso que a mí también me engañaron —continúa el ciego, meneando la cabeza—. Yo también creí, al igual que mis buenos hermanos franciscanos, que lo que hacíamos era cosa de Dios, y no del Diablo. Ellos,

mis buenos hermanos, os hablarán de yerros y ovejas descarriadas. Pero vos y yo sabemos que donde hay buen rebaño, no hay mala oveja. También los romanos que sucedieron a Cicerón, de cuyo ejemplo tanto deberíamos aprender, dieron su lengua y sus tierras a los bárbaros. Les dieron, incluso, la ciudadanía; también a aquellos que vivían en los límites del imperio y jamás habían visto una columna de mármol. Creyeron que eso los apaciguaría. Y ellos, ¿acaso ellos agradecieron ese regalo?

Hace un gesto teatral con las manos; un gesto, piensa Juan, que parece pertenecer a ese mundo de senadores con toga y tribunos que veían arder sus palacios y sus sedas.

—Al menos eso es lo que creo ahora —continúa el ciego—. Pero entonces creía otra cosa. Creía, tal vez, demasiado en mí mismo. Un exceso de confianza en mi propia opinión y en mi propia pedagogía. Y como vos sabéis, cuando uno cree, cuando cree firmemente algo, desatiende las señales que refutan su fe.

—Estáis hablando del indio Juan —dice Juan, sin preguntarlo.

—¿Es que acaso en el mundo se habla de otra cosa?

Los ojos de Juan y del ciego se encuentran, parecen encontrarse en el aire, como dos cuerpos sólidos que colisionan.

—¿De qué se le acusa exactamente? —Se atreve a preguntar al fin.

—¿A quién?

—A ese hombre perverso. Al indio Juan.

El ciego es incapaz de disimular un breve gesto de fastidio, como si le incomodara regresar sobre un asunto que ya creía muerto y enterrado.

—Si vos sois en verdad un enviado del visorrey, sabréis por boca del mismo visorrey cuáles son esos terribles cargos —responde cautelosamente.

Juan se esfuerza en sonreír; una sonrisa que de todas formas el ciego no podrá ver.

—Digamos que conozco esos cargos, y que el visorrey me ha pedido que los escuche de nuevo de los labios de Vuestra Reverenda Paternidad. Expresados con vuestras propias palabras.

Se hace el silencio. Si tal fuera posible, se diría que el ciego está clavando sus ojos muertos en él.

—En tal caso, os respondería que el indio Juan ha sido acusado de herejía y sedición.

—¿Sedición contra quién?

—Sedición contra su Majestad el Rey, en la persona del visorrey —contesta con brusquedad y excitación creciente—. Sedición contra España.

Sedición contra las palabras de los Padres de la Iglesia y contra los sacramentos administrados por sacerdotes y prelados y contra las doctas enseñanzas que en esta misma casa ha recibido. Sedición contra todo lo que es bueno y sagrado. Puede que sedición contra Dios mismo.

Y antes de continuar hablando, se santigua.

Lo que viene a continuación es una historia llena de huecos y silencios, pues es mucho todavía lo que no se sabe bien y más aún lo que se ignora por completo. Una historia que para ser entendida debe remontarse muy atrás, al momento en que Juan llegó al colegio, precedido por informes que lo convertían poco menos que en un santo y en un nuevo doctor Aquino, que venía a penetrar más hondo que ninguno en el plan de la Divina Providencia. Contaban también que su padre había sido un miserable macehual, muerto acaso para revelar la santidad de su hijo, como Lázaro primero había muerto para evidenciar la divinidad de Cristo. Y ahora que lo piensa tal vez sea esta, razona el ciego, una de las causas de su desgracia presente; pues quizá Dios no desea que aquel que no es noble de condición ni hombre notable sea tratado ni educado como tal, del mismo modo que no le pedimos al brazo que sea pierna ni a la cabeza que se convierta en posaderas en que sentarse. Tal vez con los indios suceda exactamente lo mismo: está en su naturaleza mancharse las manos con la tierra y no con el polvo de los libros. Sea como sea, el niño Juan creció en este colegio, y al tiempo que lo hacía creció también en agudeza y sabiduría. Lo que entonces no sabían, lo que de ningún modo podían saber, es que esa sabiduría era perversa, e hiriente como cuchillo esa agudeza, lo que demuestra que la razón no siempre produce santos, sino más a menudo monstruos. Aunque no puede decirse que escasearan las señales. Si lo piensa fríamente, debe confesar que el pequeño Juan propendía ya entonces a hacer razonamientos peligrosos durante las lecciones. Era, digamos, el único escolar que caía en la cuenta de que Moisés, autor de la Torá, narra su propia muerte en el Deuteronomio; o que los primeros patriarcas del Antiguo Testamento tenían diferentes esposas y hacían sacrificios a su Dios, a imagen y semejanza de los indios en sus tiempos de gentilidad. Por aquel entonces resultaba fácil disculparlo, porque no era más que un niño; un muchacho que hacía preguntas tal vez inadecuadas, malaconsejado por su inocencia. Pero es igualmente cierto, se responde el ciego, que también en el cachorro del león y de la víbora pueden ya adivinarse, bajo la apariencia de juegos, las crueldades que cometerán cuando crezcan. En fin, dice: sea como sea, el niño creció. Le llegó la edad en que los muchachos descuidan las cosas elevadas y santas para enfangarse en

el barro de la carne; inclinaciones que tuercen muchas vocaciones sólidas allá en España y más aún entre los naturales de esta tierra —pues ha de saber su Excelencia que los indios son incontinentes por naturaleza, como ciertos episodios bochornosos acaecidos en ese colegio han demostrado—. Y sin embargo, mientras en muchos de sus compañeros se observaban ya los bríos sensuales que los haría inservibles para profesar, Juan permanecía viviendo solo por los libros y para los libros, como si los pecados de la carne le fueran ajenos e incluso incomprensibles. Como si no fuera humano o no del todo. O como si le infectara un vicio mayor si cabe, que es el orgullo de la razón. Pero, repite el ciego, cómo podíamos nosotros saberlo. ¿Acaso podíamos? No podíamos. Eso nos decíamos. Pero tal vez podíamos. El mundo está lleno de señales, para quien quiera y pueda leerlas. Cuántas veces el vigilante lo sorprendía leyendo de noche en su lecho, a la luz de una vela minúscula; parecía que rezara, moviendo los labios para dar forma a las palabras sabias que santos y paganos escribieron siglos atrás. Y ellos creían que eso era bueno. Quizá por aquel entonces lo era. Resulta difícil juzgar aquello que ya sabemos cómo acaba. Hoy algunos de sus hermanos se golpean el pecho, creyendo que tal vez contribuyeron de algún modo a su desgracia. Se les ocurre pensar que quizás lo envanecieron con sus aplausos. Que alabaron en exceso su sabiduría y su genio. Piensan que tal vez se precipitaron en los plazos: tuvieron demasiada prisa y antes de enseñar a los indios a ser cristianos debieron enseñarles a ser hombres. Pero yo digo que si nos precipitamos en algo fue en juzgar su condición, dice el ciego, y esta experiencia solo demuestra una cosa: que el indio no es capaz de la perfección espiritual que suponíamos, y que resulta más peligroso cuanto más vivo es su genio. Ellos, mis hermanos, creen ingenuamente que no supimos enderezar su camino. Y yo digo que no había camino alguno que enderezar, como no hay modo correcto de hacer hablar al perro o instruir en las cosas santas a una serpiente. Tal vez el indio Juan era ya por aquel entonces eso; un perro, una serpiente, que habitaba entre ellos sin ser uno de ellos.

Sea como fuera, repite el ciego, ese perro, esa serpiente crecía. Crecía como crece la cizaña; confundiéndose con la cosecha. Crecía como crece el fuego, pero crecía. Aprendió a hablar un castellano que no habría hecho diferencia con el empleado en los claustros de Salamanca, y un latín *ex tempore* como un Horacio o un Quintiliano resucitados, e incluso un griego tolerable. Hasta llegó a rogarles a sus Reverendas Paternidades que le enseñaran hebreo, cosa que sin duda habrían hecho si no desconocieran por completo la lengua. A la vista de los acontecimientos posteriores, puede

decirse que esa ignorancia acabó siendo providencial. Cierto día les presentó una traducción impecable e imaginativa de *La consolación de la filosofía* de Boecio —una traducción si acaso demasiado imaginativa, razona ahora— y otra de las *Tristes* que Ovidio escribió entre los bárbaros del Mar Negro, de un lirismo que a todos les resultó sobrecogedor —tal vez demasiado lírico y demasiado sobrecogedor, si lo piensa con detenimiento—. Imaginativos o no, líricos o no, ambos libros fueron dados a la imprenta y enviados como presente a su Majestad el visorrey, que según le consta los celebró mucho.

Cuando la serpiente se lo propone, dice el ciego con la voz amarga pero el rostro impasible, sabe penetrar hasta en el hogar de los reyes y los paladines.

Fue entonces cuando ocurrió. La serpiente había crecido: eso era lo que había ocurrido. Para entonces su insolencia era ya tanto o más grande que su talento, lo cual no es decir poco. Pero nosotros no queríamos escuchar, reconoce el ciego; no queríamos ver. ¿Cómo admitir que estábamos equivocados? ¿Cómo, incluso ahora, reconocer ante vos que si la captura del indio Juan acaba derramando sangre, esa sangre pesará sobre nuestras conciencias? Recuerdo que durante cierta discusión virtuosa sobre la pobreza de Cristo, por ejemplo, llegó a sostener majaderías que fueron el escándalo de los oídos de todos. Dijo, fundándose impíamente en cierto pasaje de Mateo, que nadie podía servir a dos señores, y que la Iglesia debía elegir entre servir a la Corona o servir a Dios. Ellos, armados con sabios y severos ejemplos, le recordaron que el mismo Mateo reconocía que había que darle al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios; es decir, que para Dios eran sus almas y para el Emperador las cosas mundanas y en cierto modo fútiles, como el oro. Pero escuchadas estas razones, él preguntó maliciosamente —y conviene recordar que por aquel entonces no había cumplido los quince años, añade el ciego— si dentro del tributo que le debían al Emperador estaba también el alma de los indios, que morían para desentrañar su oro de las profundidades de la tierra. He ahí, dice el ciego, una señal. Muchas y variadas penitencias le administraron por pronunciar esas palabras, que él cumplió con rigor pero también sin muestra de arrepentimiento. Más adelante sostuvo, basado en lecturas torcidas y falsísimas de las Sagradas Escrituras, que no solo es grato a Cristo que la Iglesia sea pobre —opinión que como seguramente vos sabréis, nosotros los hermanos franciscanos humildemente suscribimos—, sino antes bien que era pecado mortal cualquier ornato y la acumulación de cualquier bien, ya fuera un costal de trigo o una miserable moneda de vellón. Eso decía, ya veis, un indio, que no había visto un costal de trigo en todos los años de su vida. Decía también que todos los hermanos

en Jesucristo debían repartir cuanto tenían con los pobres y salir a predicar sin alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón. He ahí otra señal. Decía que no encontraba base en la Biblia para la existencia del Purgatorio que nosotros predicábamos —vos, hijo mío, podréis juzgar esto; un mocoso indio que pretende impugnar a Gregorio Magno, a Cipriano de Cartago y a Agustín de Hipona juntos— y decía también que el Espíritu Santo va adonde quiere y no adonde nosotros decimos, y que el sistema de encomiendas no es sino una forma de poner a Jesucristo como pretexto para la esclavitud de los indios. Señales, señales, más señales. Por no mencionar el día que, perplejo ante el hecho de que no hubiera aún un solo indio ordenado sacerdote en la Nueva España, acusó a todos los hermanos franciscanos de tener para con ellos una discriminación que Cristo nunca hizo, ni con la cananea ni con la samaritana ni con ninguna de las naciones de la tierra. He ahí, repite el ciego, otra señal. Y si eso fuera todo. Porque si hay una jerarquía en la virtud, debe de haber también una jerarquía en la depravación y en el pecado; y ningún pecado fue más terrible que el que cometió diariamente a espaldas de los hermanos franciscanos. Se refiere, como seguramente su Excelencia ya sabrá, a la traducción de la Biblia latina al español; ese monstruoso proyecto que emprendió en secreto y sin la autorización ni la guía de nadie. Porque es un hecho que llegado cierto momento Juan ya no aceptaba tutores ni guías. Tienen razones para creer que se atrevió a mancillar incluso el sensible Cantar de los Cantares, cuya traducción el Santo Oficio prohíbe expresamente. Fue entonces cuando desapareció. El mismo día que descubrieron su secreto. Emprendió la fuga del colegio en la hora más oscura de la noche, no supieron adónde —al menos entonces no sabían adónde—, y esa fuga fue un alivio para los restantes colegiales y también para sus propios maestros, que ya no sabían con qué castigos ni con qué penitencias sofrenarlo. Solo les preocupaba no conocer el paradero de ese libro terrible, que consiguió llevarse consigo. Desde entonces nada han sabido de la suerte que ha corrido, ni tampoco si ha tenido tiempo de concluirlo. Solo tienen noticias, como todo el mundo por otra parte, de sus infames predicaciones entre los indios chichimecas, enemigos de la Corona de España; predicaciones tan radicales en sus formas y propósitos que han despertado la alarma del mismísimo visorrey. Le parece recordar que todo se supo gracias a cierto sacerdote o vicario de la recién fundada villa de Zacatecas, que informó a las autoridades de las muchas maldades y yerros que el indio Juan enseñaba. Tal vez ese sacerdote, dice el ciego, pueda guiaros. ¿En qué consisten exactamente esas maldades, esos yerros, esas enseñanzas? Ah, ciertamente le gustaría saber

contestar a su pregunta. O quizá no: en verdad no le gustaría, porque hay materias poco virtuosas de las que es mejor no saber demasiado. La primera victoria del pecado en nuestros corazones es precisamente esa: darse a conocer. Así que él ha preferido no saber y no ha sabido. Encontrad y preguntad a ese vicario, si es que todavía vive. Preguntad al inquisidor apostólico. Preguntad, si tanta es vuestra curiosidad y vuestro arrojo, a los propios chichimecas. Lo que sí le consta es que no solo el visorrey, sino el mismísimo Santo Padre, se afligiría gravemente si escuchara esas enseñanzas de las que él, por otra parte, nada sabe. Y puede, bien pensado, decir algo más: si de verdad va a enfrentarse a él; si, tal y como ha oído contar, Juan ha sido el hombre elegido para ocuparse del indio Juan, entonces debe tener cuidado. No le dejéis hablar; sobre todo no escuchéis lo que quiera deciros. El indio Juan es engañador, como todos los indios, y también sumamente astuto: os enredaría en sus redes, como hizo con nosotros durante todos estos años. ¿Qué puede esperarse de un niño que denunció y causó la muerte de su propio padre, sin que nadie le hiciera fuerza ni apremiara para ello? Imaginadlo: alguien que no dedica una sola lágrima a su padre muerto, a la edad en que los demás niños lloran por un raspón en la rodilla. Dicen que hasta los cocodrilos del Nilo, alguna que otra rara vez, lloran. Dicen que ni siquiera las alimañas más abyectas hacen lo que él hizo: dar muerte a su mismo dador de vida. Así que, llegado el momento, no dudéis ni tampoco escuchéis: solo dejad que hable vuestra espada.

Es ya demasiado tarde para partir, así que insisten en acondicionar para su Excelencia una celda junto a la iglesia. Más tarde lo acompañan al refectorio, donde todos los colegiales esperan ya frente a sus escudillas de sopa. Se diría que la cena va a empezar en cualquier momento, pero nadie toma asiento, nadie parte el pan ni llena su vaso de agua. Todos los ojos están clavados en una especie de púlpito que preside la sala. Una tribuna que tiene algo de estrado, de pedestal de estatua, de trono sagrado. En lo alto, otra vez el ciego. El ciego, que ha comenzado a declamar en latín una especie de sermón o de arenga. Quién sabe lo que significan esas palabras. Lo que ni siquiera a Juan se le escapa es lo mucho que el ciego parece haber cambiado. Es distinta su voz, de pronto cavernosa y terrible. Es distinta su expresión severa; los ojos muertos, que parecen haber cobrado alguna clase de vida. Son distintos sus gestos, brutales y autoritarios, como un soberano que se dirige a sus súbditos. Su mano derecha alzándose una y otra vez para herir el aire.

Tras él, los rostros lívidos de los hermanos franciscanos. Las mandíbulas apretadas. Los ojos demasiado grandes.

¿Qué es lo que está diciendo el ciego?

Por un momento teme haber formulado la pregunta en voz alta, porque de pronto siente acercarse a uno de los colegiales, solícito. Un niño compasivo que tal vez ha comprendido su gesto de extrañeza; que se yergue de puntillas para musitar al oído de su Excelencia las palabras del ciego, dulcificadas por su voz de ángel.

Ese niño dice que el ciego dice que están viviendo tiempos difíciles.

Dice que afuera se extiende una epidemia terrible y que dentro de estos muros han ocurrido algunos sucesos terribles también.

Dice que es tentador relacionar ambos hechos, pero que él es lo bastante prudente para no hacerlo; porque solo a Dios le corresponde juzgar la relación entre las causas y sus consecuencias.

Dice que esta noche tienen el privilegio de recibir en su casa a un embajador del visorrey; y al decirlo, el ciego señala el punto de la mesa donde espera encontrar a Juan, que no es ni remotamente el lugar donde Juan se encuentra.

Dice que el visorrey está consternado por esos sucesos terribles y suplica, propone, exige que ciertas cosas cambien.

Dice que algunas de esas cosas ya están cambiando y otras muchas tendrán que cambiar.

Dice que tal vez por un exceso de buena fe se han cometido muchos errores en este colegio, pero ellos van a enmendar ese exceso de buena fe y esos errores.

Eso dice el ciego, o al menos eso dice el niño que dice el ciego. El niño, que traduce cautelosamente, con la voz casi estrangulada y los ojos grandes y resignados.

El ciego va a contarles una historia. *Vultis hoc narrare*? ¿Quieren ellos que cuente esa historia? *Ita, si vis*. Sí, queremos, contestan los niños al unísono, con algo parecido a la inquietud o al espanto en sus voces. La historia que va a contar, dice el niño que dice el ciego, sucedió hace muchos siglos, en la época de los antiguos griegos; o mejor dicho no sucedió más que en la imaginación de un griego llamado Esopo. Es una fábula, y como todas las fábulas encierra una mentira y una verdad al mismo tiempo. Es, en cualquier caso, una valiosa enseñanza, porque los paganos no disfrutaban de la luz del Creador, pero sí de la luz de la razón, y con esa luz lograron acercarse a su modo a la Divina Providencia; hasta tan cerca que es de lamentar que en el Día del Juicio ni uno solo de ellos pueda gozar de su gracia. Pero eso no importa ahora, dice el niño que dice el ciego. Lo que

importa es la fábula. *Haec facula dicitur agricola et serpens*, dice el ciego. La fábula se llama el granjero y la serpiente, dice el niño. Y en la fábula hay, como es de esperar, un granjero que encuentra una serpiente. La serpiente, como suele acontecer en estos casos, es malvada. La serpiente malvada está casi muerta de frío y el granjero siente compasión por ella. La serpiente malvada le ruega que no la abandone, pues en las fábulas, aclara el ciego, los animales tienen el don de la conversación humana. No me abandones, por el amor de Dios, dice la serpiente malvada —aunque en realidad no puede decir por el amor de Dios, reconoce el ciego, sino como mucho por el amor de los dioses, o por el amor de tal o cual otro dios, pues en la Antigua Grecia los hombres cometían el pecado mortal del politeísmo—. El caso es que el granjero la toma en su regazo y la cubre con su cobija, aunque es su natural enemiga, y la lleva al interior de su cabaña. Enciende el fuego de la chimenea para ella. Limpia su piel cuarteada por el frío. Derrama sobre su lengua —su bífida lengua de serpiente— algunos sorbos de leche y miel. Gracias, gracias, gracias, repite la serpiente malvada. La serpiente malvada está contenta. La serpiente malvada está cada vez más fuerte y más crecida. Hasta que cierto día, un día que parece igual a los otros, en lugar de decir gracias, la serpiente malvada prefiere dar al granjero un malvado mordisco. La serpiente malvada está contenta, repite el ciego, viendo a su benefactor retorciéndose por el suelo. En sus estertores, el granjero tiene tiempo de preguntar a la serpiente por qué lo ha mordido, por el amor de Dios —por el amor de los dioses—, por qué precisamente a él, que tanto la ha ayudado. Y entonces la sonrisa del reptil, la sonrisa del ciego: ¡Oh, cállate, estúpido granjero!, dice el niño que dice el ciego que dice la serpiente. Tú sabías muy bien quién era yo cuando me dejaste entrar.

El ciego calla. El niño calla. Los niños callan. Los frailes, cada vez más intranquilos y envarados, también callan.

Haec fabula simplex est, dice el ciego. Esta fábula es muy sencilla, dice el niño, con una voz que poco a poco ha ido llenándose de titubeos y temblores. Mucho más sencilla que las parábolas de Cristo. Pero él, de todas formas, va a explicársela.

La granja es el mundo.

El granjero es él mismo. El granjero son todos y cada uno de los venerables hermanos franciscanos que lo acompañan.

La cabaña es este colegio.

La leche y la miel es la Palabra de Dios.

La serpiente sois vosotros. Al menos alguno de entre vosotros.

Eso dice el ciego, y se queda callado otra vez, el tiempo suficiente para que las serpientes comprendan que son serpientes. Niños a punto de llorar o de gritar o de esconderse bajo la mesa. Niños con el horror pintado en su semblante, que se miran los unos a los otros, como tratando de descubrir las escamas que no tienen. Y sin embargo no lloran, no gritan, no se esconden bajo la mesa. Nadie dice nada. Tampoco los frailes, que se debaten cada vez más incómodos en sus escaños, se deciden a abrir la boca. Apenas reúnen el ánimo para levantar la mirada del suelo. Juan comprende que querrían hacer callar a ese hombre; que sus palabras les avergüenzan o les entristecen o les horrorizan. De buena gana lo amordazarían, pero no van a hacerlo. Porque no se atreven o porque no pueden. Porque ese hombre es su superior y a su modo ellos son también niños reprendidos, sin el coraje suficiente para interrumpir a su Reverendo Padre. Solo el indio Juan pudo. Solo el indio Juan se atrevió a alzar la voz más alto, tan alto que ensordeció los oídos del mundo, y tal vez por eso ya no es más un niño ni tampoco un indio. Tal vez, piensa Juan, ese fue su único pecado: hablar cuando todos los demás callaban.

Indios sois, continúa el ciego, continúa el niño, y como los antiguos griegos nacisteis en el grave pecado del politeísmo. Os moríais de frío en el páramo de vuestra gentilidad y nosotros hemos venido a rescataros de ese páramo. ¿Acaso puede reprochar la tibieza del fuego quien ha sido salvado del invierno?

Quien recibe la Palabra de Dios, continúa, debe ser manso como cordero y sencillo como paloma.

Quien recibe la Palabra de Dios no debe envanecerse ni reclamar que la cabaña es fría y la leche agria y la miel no lo bastante dulce para su paladar.

Quien recibe la palabra de Dios no debe morder la mano de aquel que se la proporciona. Porque al hacerlo no está mordiendo a un granjero ni a un fraile, sino a Dios mismo.

Así que si hay entre vosotros más serpientes; si entre aquellos que escucháis hay quien no es cordero ni paloma, sabed que ya nunca más seremos ingenuos como granjeros, sino astutos como zorros. Implacables como águilas. Cuidadosos como perros que pastorean el rebaño y no dudan en morder a la oveja que se retrasa o se adelanta, y mucho más aún al lobo que se disfraza de oveja.

Dice que durante algún tiempo en este colegio se ha descuidado la disciplina, porque les creyeron dignos del gran regalo que les hacían. Pero estaban equivocados. Ya dicen las Escrituras que no deben darse las cosas santas a perros ni arrojar las perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen.

Dice: El Señor disciplina al que ama, y azota al que recibe como hijo. ¿Qué hijos serían ellos si los padres franciscanos no los disciplinaran? No serían entonces hijos verdaderos, sino bastardos.

Dice: Nunca más volverá a ocultarse en esta casa quien alaba a Dios con los labios y lo muerde en lo más profundo de su corazón.

Dice: ¡Hagamos nuestro colegio grande de nuevo!

Fiat schola nostra magnum!, contestan las malvadas serpientes, con voces desparejas y quebradas por el miedo.

Las malvadas serpientes se santiguan. Las malvadas serpientes toman asiento en piadoso silencio. Antes de partir el pan, las malvadas serpientes dan las gracias a Dios.

Esa misma noche Juan tiene un sueño. En aquel colegio donde el indio Juan gastó su infancia. En aquella cama que tal vez se parece en algo a la suya, Juan sueña. En su sueño no hay palabras ni tampoco seres humanos. No hay sonidos siquiera. Solo un caracol corriente, un caracol en todo semejante al resto de los caracoles del mundo, arrastrándose en silencio por el filo de su espada. Ese es su sueño, su pesadilla; un caracol que se desliza por el filo de su espada, y sobrevive. Es entonces cuando despierta. Y al hacerlo no podría decir si ese caracol era Juan o Juan.

Más allá hay un camino que se interna entre sembrados de maíz que nadie recoge. Más allá están las marismas del lago Zumpango, habitadas por aves y no por hombres, y una estación de postas sin caballos y sin sirvientes y sin dueño siquiera. Más allá hay una caravana de indios que vagan como sonámbulos, arrastrando sus herramientas y sus petates de ropa como un ejército de fantasmas. Dos semanas más, piensa Juan, y habrá llegado a la Gran Chichimeca. Más allá hay un río. Más allá hay aldeas que parecen vivas en la distancia y se van muriendo paso a paso. Más allá hay un caballo que vaga por el llano, todavía con sus aprestos colgando del lomo. Más allá hay un calabazal en el que se pudren las calabazas y un rancho abandonado en cuyo hogar Juan enciende otra vez el fuego. Dos semanas más y Juan que no quiere usar la espada pero la usará si es preciso; Juan que apresará o matará a ese indio que sabe leer lenguas que Juan no entiende y escribir libros que Juan nunca ha abierto. Más allá hay un pueblo vacío y otro que parece a punto de vaciarse. Más allá hay una bandada de zopilotes que sobrevuelan pacientemente el cielo. Más allá hay un peregrino borracho que va clamando majaderías, y un arriero que no quiere hablar de lo que ha visto al otro lado de la sierra, y un indio que reza un padrenuestro en una encrucijada de caminos,

con su latín escuálido. Más allá hay un asno muerto, todavía encadenado a su molino. Dos semanas más y habrá alcanzado al indio Juan y el indio Juan regresará con él, caminando por su propio pie o balanceándose en el fondo de un saco. Más allá hay una cuadrilla de españoles que se atarean en cosechar el maíz de la encomienda, que sudan bajo el sol, que maldicen a sus indios muertos. Más allá hay un indio muerto. Más allá hay un lazareto abandonado; los últimos enfermos pudriéndose en una fosa sin cerrar; las ventanas abiertas y cuajadas de cristales rotos, y esparcidas por el suelo vendas ennegrecidas por la sangre y frazadas sucias y bacinillas picoteadas por las moscas. Dos semanas y Juan habrá alcanzado su oro y su gloria, y estará de vuelta en la taberna, donde milagrosamente la peste aún no habrá llegado, o donde habrá llegado pero sin traspasar sus muros ni herir carne alguna. El perro agitando el rabo con entusiasmo. Su esposa abrazándolo en el zaguán. Su esposa que le dirá, que le está diciendo ahora entre sollozos que pasó mucho miedo, si él supiera, tanto miedo. Más allá hay un templo azteca abandonado y una ermita cristiana abandonada también. Más allá hay un indio que ruega a Dios la llegada del fin de los tiempos, y cuando se cansa, ruega limosna. Más allá hay una aldea en la que todos cantan y bailan con ferocidad, los tambores sonando, los atabales y los sacabuches y las chirimías de hueso arrastrando a los indios a una danza que no termina, y algunos están ya tocados por el mal y bailan de todas formas, sangran por la boca y por las narices y por los ojos, y aun así bailan, aun así beben inmensas tinajas de atole hasta que las tinajas caen y caen también los hombres. Más allá hay un llano vacío. Más allá hay un ocaso.

Es allí donde sucede. En ese campo en el que no hay nada que hacer ni que mirar. A la luz de ese ocaso.

Un lamento. El quejido de un animal trasportado por el viento, que sopla sin encontrar un obstáculo en el que detenerse. Es el caballo de Juan el que se detiene. Juan haciendo visera con las manos hasta divisar dos montoncitos de ropa, abandonados en un costado del camino. El primer montoncito resulta ser un niño, o lo que queda de un niño que seguramente lloró y pataleó y bramó dentro de su cobija hasta que se le acabaron las fuerzas. El segundo montón era, es todavía el cuerpo de una mujer india que resiste. Una mujer que trata de arrastrarse por la cuneta, las manos extendidas e implorantes hacia ese niño al que el sol de la llanura ha convertido en un despojo de casquería, para deleite de gusanos y moscas. Tiene los ojos abiertos y la boca también abierta. Es ella la que gime. Ella la que grita; su lamento llegando allá donde no alcanzan sus manos.

Juan desmonta cautelosamente. Se inclina para examinar el cuerpo de su esposa. Porque ese cuerpo, acaba de decidirlo, es el cuerpo de su esposa: los mismos rasgos aindiados, la misma desesperación, el mismo llanto; la misma necesidad de retener en sus brazos al hombre amado, sin lograrlo. El mismo porvenir de carne que se agosta y muere. Sus ojos: los mismos ojos, abiertos para mirarlo desde el pasado, como si todavía esperara clavada en el umbral de la taberna. También esta mujer espera algo. Quién sabe lo que espera: qué es ese algo que le impide abandonarse. Espera que su hijo esté tan solo dormido. Espera un milagro. Espera un médico que sane su cuerpo o un sacerdote que sane su alma.

Juan mira sus labios encostrados por la sed y por la fiebre. Su lengua negra como el alquitrán, moviéndose.

—Agua, señor…

Así dirá su esposa, impedida en la cama o atravesada en el piso de la taberna. Agua, señor, dirá, y no habrá quien la escuche. O peor aún: habrá alguien lo bastante compasivo para escucharla y lo bastante cruel para alcanzarle ese sorbo que demorará unas horas más la agonía.

—Agua, señor…

No, dice Juan, piensa Juan, acariciando ese rostro devorado por las llagas. No, repite. Es tarde. Tarde para regresar y tarde también para continuar. Tarde para salvar a esta mujer que se agarra a su pechera, como se reza a un dios que no puede ayudarnos. Salvarla: cómo podría aquel que no pudo salvar a su propia esposa. Sus manos, las manos de su esposa, temblando. La esposa en la que es mejor no volver a pensar, comprende Juan, decide Juan; su nombre y su rostro que no deben ser recordados nunca, porque ya está muerta o casi muerta; porque ahora mismo yace tirada en el suelo de la taberna, en ese suelo que nunca hubo tiempo de empavesar. Su esposa arrastrándose sobre el mismo charco de sangre, pidiendo ayuda a quien quiera escucharla.

—Agua, señor…

Juan mira su cinto. La cantimplora que no va a tenderle. La espada que no va a desenvainar —¿acaso se atreverá a volver a desenvainarla, alguna vez?—. El oro que sonajea dentro de su bolsa, inútil para esta y para tantas otras cosas. Los ojos desencajados de la mujer, que se dejan resbalar sobre la cantimplora, sobre la espada, sobre el oro.

—Agua, señor…

Tiene la boca ligeramente entreabierta, como petrificada en un rictus de pavor: un gesto en el que no hay sorpresa sino solo la constatación de algo que ya se sabe y no por ello es menos intolerable. Lo está mirando a él.

Dentro de él. Quién sabe si a través de él. Mira de un modo terrible, como se miran las cosas terribles que han sucedido y las cosas más terribles aún que están por suceder; unos ojos de los que se ha evaporado toda voluntad y toda belleza, que han visto el horror y están llenos de él y son por tanto insoportables de mirar, o que tal vez han visto el horror y por eso mismo están vacíos y ese vacío es aún más insoportable. Ojos que ya no reflejan nada, que son lo que queda de la compasión cuando se le borra la fe; la libertad cuando se le resta la justicia; la voluntad cuando carece de manos y voz. La esperanza menos la esperanza.

—Agua, señor…, agua, por el amor de Dios…

Juan sube de un salto a su caballo. Siente el peso de esa mirada mientras se aleja, trotando primero y cabalgando después, más rápido, cada vez más rápido, y sigue sintiendo ese peso todavía mucho más tarde, cuando en una revuelta del camino la esposa, y con ella su mirada, desaparecen.

IV

Perder el alma para ganar el mundo entero
Un sacerdote español, un médico español y un encomendero español – Putrefacción de un recuerdo – Candelas como estrellas
La mejor medicina – Ni temor ni temblor – Oro sobre oro
Padre no iglesia – El Diablo es Dios y Dios el Diablo en lo que al pecado se refiere – Un loco o un valiente
Segunda manifestación de Cristo

Solo queda continuar hacia delante. Sin mirar atrás. Sin hacerse preguntas. Al norte, siempre al norte. Adelante, siempre hacia delante, sin torcer ni cuestionar el rumbo, porque a su espalda ya no queda nada; delante solo puede esperar el futuro. Juan cabalga hacia ese futuro. Los recuerdos y los pensamientos que van quedando atrás, en la soledad del galope; atrás la taberna arruinada y atrás la encomienda que nunca recibió y atrás también esa mujer muerta en la que ha escogido no volver a pensar. Delante, solo el indio Juan. Porque también él lo perdió todo; perdió a su padre y perdió sus ídolos y perdió su pueblo y a cambio no obtuvo nada. Pero Juan no se resigna a la nada. Algún día Juan volverá a casa —¿pero qué casa es esa?— y no va a hacerlo con las manos vacías. Para eso, para llenar sus manos, necesita encontrarlo. Para eso, para encontrar sentido, necesita detener a ese hombre condenado a ser indio entre los españoles y español entre los indios. Debe apresarlo a cualquier precio, debe matarlo si es preciso, aunque no sepa por qué. Hay que encontrar ese motivo. Hay que inventarlo si hace falta. Dar una respuesta, cualquier respuesta, por inverosímil o absurda que resulte. Porque si ese motivo no existiera, si está aquí en medio de la llanura lo mismo que podría estar sentado ante el fuego de su hogar, entonces todo el viaje carecería de sentido. La muerte de su esposa se convertiría en una estupidez irreparable; también él lo habría perdido todo por nada. Hallar al indio Juan, aunque no sabe si será capaz de esgrimir su espada; aunque no sabe lo que hará ni lo que dirá cuando lo encuentre. Hallar al indio Juan y creer que al hacerlo está salvando el mundo, porque solo quien salva el mundo tiene un pretexto para haber perdido su alma.

Una aldea en medio de ninguna parte. Una venta en el centro de esa aldea. El mozo de cuadra, un mancebo español que no sobrepasa los quince años, toma su caballo por el ronzal y lo conduce a las cuadras. Antes de eso lo ha

llamado vuesa merced e Ilustrísima, ha ejecutado una complicada reverencia y ha aceptado, tras muchos aspavientos y reticencias, la moneda de plata que Juan le tiende.

La cantina está casi desierta. Cuando Juan entra, el posadero, español, está llenando tres jarras de vino, y una moza muy joven, española también, lleva esas mismas jarras a la única mesa ocupada, y en esa mesa conversan un sacerdote español, un médico español y un encomendero español. Desde la única ventana se gobierna una buena porción de la aldea, y Juan toma asiento junto a ella. Al otro lado ve la calle vacía y un puñado de casuchas indias en diferentes grados de deterioro, pudriéndose lentamente en el mismo barro del que una vez emergieron. Todas tienen las ventanas y los postigos cerrados y algunas incluso las puertas claveteadas desde dentro y los vanos cegados por barricadas y parapetos. Se diría que es un pueblo muerto. Pero entre las rendijas se distinguen algunas luces que vienen y van; velas que arden y se consumen lentamente junto a sus moradores.

La moza se ha acercado a su mesa. De cerca parece más joven y más hermosa, una visión contradictoria y casi dolorosa en ese mundo que se derrumba. A través del escote ceñido puede apreciarse el nacimiento de sus pechos; un escote al que le falta tal vez un punto de recato, como acaba de puntualizar el cura.

—¿Qué va a beber vuesa merced?

—Un poco de vino.

—¿Vino español?

Mientras espera su vaso, Juan escucha la conversación que tiene lugar en la mesa vecina. También ellos están mirando las calles de tierra desiertas, iluminadas por la última luz del crepúsculo. Hablan de eso, del pueblo que está como dormido o muerto. Según parece el corregidor ha recomendado a los vecinos que no abandonen sus hogares más de lo estrictamente necesario, pero a juicio del médico esa precaución es por completo inútil, porque los indios se contagian aunque se empareden en sus chozas y los españoles no se apestan por más que se froten las narices contra los infestados. La solución, resume el médico, es que no hay solución, y cuando un problema carece de solución, uno tiene libertad para equivocarse del modo que más guste. Por eso recomienda a unos y a otros que hagan la vida que consideren, y que si quieren andarse de romería o de convite lo hagan, y si quieren besar a sus parientes moribundos, pues que los besen también, porque solo la Naturaleza sabe quién morirá y quién sobrevivirá. Querrá decir Dios, apostilla el sacerdote, y el médico se encoge de hombros. Sea cosa de la Naturaleza o de

Dios, concluye que no ha encontrado una prueba más incuestionable de que indios y españoles están hechos de diferentes calidades, y quién sabe si incluso de diferente materia, pues tratándose de caballos nunca ha sabido de una enfermedad que se encarnice con los pardos y en cambio respete a bayos y a alazanes. Si un caballo muere de una enfermedad, dice, cualquier otro caballo puede morir de esa misma enfermedad. En cambio, hasta los niños saben que la enfermedad que derriba al caballo no toca ni al gato ni al perro ni al gavilán ni a la serpiente ni mucho menos al hombre. La conclusión es irrefutable. La conclusión, dice, la única conclusión posible, no es más que una, y contradice tesis y sermones pronunciados sobre el tema, por hombres sobrados de buenas intenciones pero cortos de ciencia. La conclusión, repite una tercera vez, la conclusión, ¿alguno de los presentes sabría decirle cuál es la conclusión?

Vuelve la cabeza primero al sacerdote y luego al encomendero y por último a Juan, que acaba de recibir su jarra de vino.

—Vos, señor, sin duda sabéis también lo que esto prueba.

Juan sostiene su mirada.

—Supongo que prueba que no somos caballos.

El médico ríe:

—No, puede apostar a que no somos caballos. Somos hombres. En cambio, los indios…, ¡ah! Quién sabe qué cosa son los indios.

Juan no dice nada. El encomendero, que ha seguido apenas su razonamiento, se rasca la cabeza y dice que si fueran caballos, los españoles sin duda serían corceles alazanes y los indios apenas potros marrones o negros; puede que incluso mulos, considerando lo poco y mal que de un tiempo a esta parte logran criar a sus hijos. El sacerdote razona que ingenios más afilados que los ahí presentes ya han debatido largamente la cuestión; que la humanidad de los naturales de esta tierra quedó demostrada por la bula *Sublimis Deus* de su Santidad Paulo III y que por lo que a él respecta las palabras de un Papa son más poderosas que ejércitos enteros de silogismos y de caballos. Ahora bien, concede rascándose la barbilla, no es menos cierto que si bien su Santidad reconoció que los indios eran verdaderos hombres, no dejó dicho en ninguna parte que entre los mismos hombres no pudiera haber diferencias y calidades. Las hay incluso entre los caballos, razona el cura, y no hace falta ser un jinete experimentado para saber que los que sirven para el tiro no son forzosamente los más apropiados para la equitación o la guerra. Así que la pregunta no debería ser si es o no hombre, sino más bien qué clase

de hombre es el indio: si podemos contar con él para todas las empresas, su propio gobierno incluido, o solo para unas pocas.

El encomendero, fiel hasta el fin a su metáfora, opina que si de una cosa pueden estar seguros es de que ciertamente los indios no son caballos de tiro. Él los ha visto trabajar, ha sufrido en sus propias carnes sus muchas inconstancias y torpezas, y sabe bien que incluso los encargos más livianos los agotan. Un solo español trabaja más duro que dos indios hechos y derechos, lo mismo que dos mujeres no igualan el trabajo de un único hombre, así que hasta donde a él se le alcanza hay en los indios algo de mujer, y en su naturaleza algo o mucho de femenino. El médico se suma enérgicamente a la opinión del encomendero, porque así le invitan a pensar ciertos síntomas nada dudosos: primero, la ausencia de vello en el cuerpo y aun en la cara; segundo, la afición por llevar el pelo larguísimo; tercero, su inclinación a cierto pecado nefando del que no se puede hablar sin repugnancia —¿entienden vuesas mercedes lo que quiere decir?— y que consiste en disfrutar del cuerpo en mala parte, no por, digamos, el vaso común, sino por el otro lado. Aquel que llaman sodomía. Pero aún diría más: si hay en todo indio algo de mujer, también hay mucho de niño, y tal vez en ese sentido haya que interpretar la ausencia de barba, y su voz agudísima, y la natural inocencia con la que creen cuanto se les dice, ya sea contrario a la realidad o al entendimiento. Niños y mujeres, continúa el médico, que ahora que lo piensa son por su debilidad natural precisamente los más afectados por toda epidemia, observación que puede no significar nada en absoluto o bien significarlo todo.

El sacerdote medita en silencio sus palabras. Ambas observaciones tienen sin duda algo de verdad, reconoce; el alma del indio es en efecto mudable como la de una mujer y desmedrada y prematura como la de un niño, tal y como le ha sido dado observar a lo largo de diecisiete años de predicación por estas tierras. Y eso es a la postre lo único importante: el alma. Puede que los médicos lo sepan todo sobre el cuerpo y que los encomenderos sepan alguna cosa sobre las obras de ese cuerpo, pero solo quien escucha la confesión de un semejante es verdaderamente capaz de conocer y examinar la solidez de un espíritu. Y si él les contara lo que sus ojos han visto en ese examen, cuánta podredumbre, cuántas cámaras mal ventiladas y sin asolear, cuántas maderas de retablo enlucidas de oro por fuera pero roídas y aun putrefactas por dentro, ah, si él pudiera contarles esas historias, qué dirían entonces. Porque él ha visto tantas cosas. Indios que vienen caminando muchas leguas para confesar crímenes atroces, pero no por piedad, sino porque creen que con la absolución

los sacerdotes reparten cédulas que los dispensarán de la horca o la cárcel. Indios que se niegan a aceptar como propios los pecados cometidos mientras están ebrios, porque en su ignorancia creen que son faltas que hay que atribuirle al Dios del Vino y a nadie más que a él. Otros que inventan pecados terribles solo para asegurarse de que el sacerdote les administre penitencias también terribles, pues esa penitencia y ninguna otra cosa es lo que buscan en realidad: un pretexto para sangrarse los miembros y azotarse la espalda con correas guarnecidas con clavos, exactamente igual a cuando se sangraban y azotaban por sus dioses infernales. Incluso indios que parecen cristianos ejemplares y llevan muchos años respondiendo de manera perfecta a las preguntas de los misioneros: Crees en Cristo Nuestro Señor; Sí, creo; Crees que Dios es uno y trino; Sí, creo; hasta que uno tiene la ocurrencia de abordar la misma cuestión por el flanco opuesto, y a la pregunta de si cree también en Tláloc, en Coatlicue, en Quetzalcóatl, el indio que se dice cristiano contesta que sí con la misma naturalidad, sí, sí, sí, cree en Cristo, y cree también en la serpiente emplumada, y en la Diosa Madre, y en tantos dioses como gusten arrojarle a la cara. Y cuántas veces, al reprenderlos, aún tienen la desvergüenza de contestarte: Padre, no te espantes, porque todavía estamos *nepantla*, que en la lengua de estos salvajes significa «estar en medio». ¿En medio de qué? En medio del pasado y el presente, se entiende; en medio de nosotros y de sus antepasados, del pecado y de la virtud, porque aún no están bien arraigados en la fe y lo mismo acuden a Dios que a sus costumbres antiguas y ritos del demonio, y ambos credos les parecen uno solo y una misma cosa.

El encomendero, que no cesa de dar vueltas a su jarra de vino, le interrumpe de pronto. Sobre eso, dice, sobre la idolatría de los indios, tendría él también mucho que decir. Puede que no sea un experto en cuerpos ni en almas, pero la maldita religión de los indios sí ha tenido la oportunidad de padecerla muy de cerca. A ella y solo a ella le debe su gran desgracia. Y esa gran desgracia, dice, comenzó cierta mañana en que se despertó y mandó llamar a sus criados, pero los criados no acudieron, y dejó sus aposentos y atravesó las cocinas, vacías, y el zaguán, también vacío, y de ahí fue al jardín y los establos, donde los caballos batían sus colas desesperados por el hambre y hociqueaban sus pesebres vacíos. Llamó a grandes voces a sus indios, sin recibir respuesta, y cabalgó de cabo a rabo su hacienda —y son tres millones de varas cuadradas— dando las mismas voces.

Al anochecer los encontró al fin, tirados en las ruinas de un antiguo templo pagano que el tiempo había convertido en nido de maleza y de zarzas.

Eran doscientos o trescientos indios; eran, en realidad, todos sus indios, todos muertos, y eran padres e hijos y esposas, y eran indios buenos e indios no tan buenos, indios serviciales e indios levantiscos, ancianos y niños y mujeres, todos sin excepción allí reunidos, y a cada uno le había sorprendido la muerte de una manera distinta, se habían degollado, se habían ahorcado, se habían desangrado —¿pueden creer cosa tan estúpida?—, y había también algunos cuerpos intactos, muertos de algo que parecía nada, tal vez veneno, tal vez habían muerto de espanto, porque eso es lo que creen los indios, que también de espanto se puede morir. Y supo que todo había sido idea de un brujo, que les había sembrado los sesos con palabras y maldiciones y hechicerías antiguas, alguien que todavía encendía fuegos secretos en las ruinas de los antiguos templos, y decía que habían de venir tiempos de gloria en que el mundo acabaría y el viento de sus antepasados soplaría desde el norte para barrer la tierra y exterminar la blancura. Quién sabe qué cosas les dijo, ese brujo. Cómo les convenció de que habían de matarse; que era preferible estar muertos a seguir trabajando en la encomienda. Pero lo más irritante es que el maldito brujo seguía vivo, él no se había envenenado ni acuchillado ni maltratado en forma alguna, simplemente estaba ahí, sonriendo, dice el encomendero, solo para contarle a su amo y señor cuánto lo odiaban, cuánto habían deseado abandonarlo en la tierra que tanto sufrimiento les había causado.

Dedicó una noche y un día completos a decidir el modo en que habría de castigarlo, porque el brujo decía que la muerte no sería para él sino una liberación, un tránsito indiferente, casi gozoso, y el encomendero no estaba dispuesto a que eso sucediera. Digamos que tomó como una cuestión de honor que el brujo sufriera y gritara antes de morir, y que este pequeño capricho se convirtió en algo crucial, pues ¿qué otra cosa le quedaba por esperar? No tenía indios, pero al menos tendría justicia. El médico interviene entonces para señalar que los indios son capaces de proferir, en efecto, gritos terribles, tal vez por su paralelismo con la bestia, cuya naturaleza, además de la de la mujer y la del niño, en cierto modo comparten. El cura, en cambio, dice que el grito no puede tomarse como medida de humanidad o inhumanidad de las criaturas, y que si vamos a eso, está documentado fidedignamente que el mismo Cristo gritó, dio un grito terrible, antes de expirar. Dejemos a Cristo en paz, dice el encomendero, descargando una cachetada sobre la mesa: puedo asegurarle, padre, que ese brujo no era Cristo. Era el Demonio en persona, y si hasta Dios puede gritar de manera horrible, yo le aseguro que el Demonio no se queda atrás. Así que se propuso hacer

gritar a ese brujo, escucharlo gritar como nunca antes había gritado otro ser humano. Como tal vez solo el Demonio puede gritar. Era una cuestión delicada, pues quizás los presentes no saben mucho sobre los límites del dolor y la conciencia, dice el encomendero, pero los mayores sufrimientos son también, a menudo, aquellos que más rápido nos incapacitan. Hay dolores que de tan terribles nos nublan la conciencia y nos ensordecen los sentidos, y la clave, dice, está en encontrar la encrucijada entre el máximo dolor y la máxima conciencia. Retener la vida en el dolor, subdividiéndola en mil muertes. Esa es, al menos, la teoría. En fin, no va a aburrirlos explicando el modo en que halló esa tenue encrucijada: baste decir que tras arduos esfuerzos dio con ella y que al final lo logró, el brujo gritó, gritó de manera terrible antes de morir, puede que incluso después de morir, y ese grito fue de alguna manera su consuelo. Tras ese consuelo, nada. Tuvo que abandonar la encomienda desierta y rogar a su Excelencia el visorrey por más indios, pero los indios no llegaron, y ahora la tierra que tantos frutos dio permanece inculta y él hace cada mes una excursión a la capital, peregrinando por despachos, oficinas y escribanías, hasta que alguien tenga piedad de él, tan desgraciado.

Durante algún tiempo nadie dice nada. Miran de nuevo por la ventana, donde no hay nada que ver; solo la noche ya cerrada y apenas ninguna luz en ella. De pronto el médico se vuelve a Juan, como si recordara algo mucho tiempo atrás olvidado:

—Y vos, ¿qué decís? En vuestra experiencia de soldado, ¿los indios luchan como mujeres, como niños o como hombres?

Juan ladea la cabeza.

—No podría comparar. Me temo que nunca he alzado la espada contra mujeres ni niños.

—Entiendo. Entonces tal vez sepáis decirnos si los indios tienen en efecto la cabeza tan dura como se les supone. Cierto soldado de su Majestad el Rey me dijo que en la lucha hay que tener cuidado de no golpearlos en la cabeza, para que las espadas no se emboten. ¿Es así? ¿De veras es más dura que la nuestra? ¿Más dura que el hierro?

—Debéis disculparme. Tampoco he alzado la espada contra cristianos.

El sacerdote suspira y comenta algo sobre cristianos que alzan su espada contra otros cristianos en el corazón de Europa; Cómo tarde o temprano no les quedará más remedio que exterminar a los alemanes réprobos, y cómo la culpa será solo suya. El médico asiente distraídamente, como pensando en otra cosa. Pero el encomendero no parece satisfecho con la respuesta.

—No habéis alzado la espada contra mujeres, niños ni cristianos, de acuerdo, pero sin duda sí contra indios. Decidnos, ¿cómo es enviar al infierno a un centenar de esos salvajes?

Juan hace durar el último trago.

—Por lo que contáis, no es muy diferente de gobernarlos.

Durante unos instantes ninguno de los tres dice nada. Después rompen a reír. Luego, casi de inmediato, callan de nuevo. Alguien pide otra ronda. El médico enumera los efectos beneficiosos del vino en el organismo humano. El sacerdote dice que pudiendo Cristo obrar cualquier milagro, es significativo que eligiera multiplicar el vino en una boda y convertirlo en vehículo de su sangre en la Última Cena; dos prodigios que solo pueden significar que el mismo Cristo sabía disfrutar del buen vino. El encomendero se acuerda en voz alta de sus viñas, sin indios que las trabajen, y vacía media jarra de un trago. Afuera, la última luz del último de los hogares se apaga.

Cabalgar más lejos. Cabalgar más deprisa. Cabalgar hasta olvidar el destino o la misma razón del viaje. El mundo que se desvanece a su alrededor, difuminado por el vértigo del galope. Pueblos en los que no se detiene. Caminos secundarios por cuyo rumbo no se interesa. Arrieros a los que nada dice y nada pregunta. Ese es Juan en la soledad de su viaje, un viaje que jornada a jornada va teniendo algo de renuncia, de cobardía íntima, de secreta huida. Perseguir al indio Juan y sin embargo descubrirse pensando en él como un compañero de aventura; otro jinete solitario que vio los mismos bosques y las mismas cañadas, que vadeó los mismos ríos, que se detuvo ante las mismas montañas. Dos hombres sin hogar, avanzando porque ya no pueden retroceder. Pensar en el indio Juan para no pensar en todo lo que ambos han perdido: para olvidar el mundo que dejaron atrás. No lograrlo, o no lograrlo del todo. El oro penduleando en su bolsa como un lastre cada vez más pesado. El sonajeo de las monedas como una canción de pesadilla que no puede dejar de escuchar. Juan que quiere correr más aprisa que el tiempo, hasta donde la memoria ya no puede.

Y entonces, el primer escalofrío. Sucede en algún punto de la llanura, no importa cuál. La fiebre que lo alcanza de pronto, en mitad de su viaje, como si la enfermedad fuera una región que se atraviesa. Claro que por aquel entonces aún no llama fiebre a la fiebre. Al principio parece solo un exceso de sol o de fatiga. Un mareo leve. Un regusto metálico en la boca, como si hubiera pasado la noche lamiendo monedas. La fiebre como un resplandor o una clarividencia lenta o un don que parece acelerar las cosas, los árboles que se suceden a ambos lados del camino y los pájaros que lo sobrevuelan en el

cielo. No quiere pensar en la peste: al menos no todavía. Culpa primero al calor y al mal estado de los caminos. Culpa al vino que bebió la víspera. Culpa a los muchos años, que a nadie perdonan. Luego cierra los ojos. Su caballo avanza cada vez más aprisa, se arranca a trotar sin que nadie se lo pida, y Juan con los ojos cerrados. Los pensamientos le llegan en oleadas intermitentes, están y no están, como fulgores que iluminan solo por un instante la oscuridad de sus párpados. Tras esos párpados, el vértigo. La sensación de la caída; Juan cayendo infinitamente en un abismo sin asideros ni límites. Ese abismo es el horizonte, que de alguna forma lo reclama. Ese abismo es el viaje. El sol continúa brillando pero ha dejado de calentar, y dentro de su peto Juan se entumece en la sopa fría de su propio sudor. Una sed repentina, que enardece su lengua y sus labios. Es la peste, piensa entonces, admite entonces, todavía con los ojos cerrados. Es la peste, pensará después, al ver las manos que le tiemblan; las manos que apenas son capaces de sujetar las bridas. La peste, piensa, y siente el castañeteo del frío y de la fiebre al mismo tiempo.

Dentro de su cabeza suena la reverberación de los cascos de su caballo, pero también las voces de hombres que ya no están. Palabras que ha venido escuchando los últimos días, puede que ayer mismo, y que sin embargo parecen muy lejanas, como si sobre ellas hubiera caído el polvo de años o siglos. Un médico que dice que los indios se contagian aunque se empareden en sus chozas y los españoles no se apestan por más que se froten las narices contra los infestados. Un cura que dice que en los indios hay algo de mujer, de niño, de bestia. Un encomendero que explica que hay que retener la vida en el dolor, subdividiéndola en mil muertes. ¿Es él acaso un español con alma de indio? ¿Hay en su naturaleza algo de mujer, de niño, de bestia? ¿Es esta fiebre una de las mil muertes que lo aguardan?

Reúne las últimas fuerzas para abrir los ojos y mirar el paisaje que le rodea. No sabe dónde está. Con una mano desenrolla el mapa que los hombres del visorrey trazaron para él. Le parece reconocerse en cierta esquinita, en cierto punto del pergamino, pero por otro lado es imposible; por todas partes puentes que no deberían estar, rancherías improvisadas, caminos que no existen o no existían cuando se trazó el mapa. Un pergamino viejo lleno de nombres garabateados donde hoy no quedan más que ruinas de aldeas deshabitadas y de huecos sin nombre donde hoy se alzan pueblos. Solo las montañas permanecen inmóviles: sobre el pergamino y sobre la tierra. En algún momento de la carrera ese mapa se cae o se extravía. Quizás es él mismo quien lo tira. ¿Por qué lo tira? Tal vez lo hace porque necesita ambas

manos para sujetarse a las riendas. O porque la fiebre le entrecierra los ojos, y sin ojos para qué sirve un mapa. O porque el propio pergamino ha perdido toda utilidad; ya no es un mapa sino el recuerdo de un mapa, la cartografía de un viaje remoto, un viaje que en nada puede parecerse al suyo.

Es la peste, piensa con los ojos abiertos y con los ojos cerrados.

Y luego mira hacia arriba, al lugar donde debería estar Dios:

Dos semanas.

Solo dos semanas más, suplica.

Para entonces el caballo va donde quiere y como quiere, galopa libre de cualquier voluntad humana. Más deprisa, cada vez más deprisa, como si algo o alguien lo persiguiera. El horizonte tirando de él con más fiereza que ningún látigo, ninguna rienda, ninguna espuela. Juan sujetándose como puede a las bridas, tratando de detener lo que no puede ser detenido. Juan convertido en una carga estéril que el caballo consiente sobre su lomo, pero cuyos propósitos nada importan. ¿Cuáles son esos propósitos? ¿Adónde se dirige y dónde se encuentra? A cierta velocidad la tierra es o parece siempre la misma. Un borrón amarillo en el que se suceden árboles y chozas, hombres vivos y hombres muertos, todos igualmente paralizados en el paisaje. Un borrón amarillo durante el día y negro por las noches. Porque es así: desde ese caballo ve pasar las noches, los días. Meses de fiebre y años de pensamientos. El caballo que quiere correr más aprisa que el tiempo, porque no está galopando sobre un mapa; galopa sobre las páginas de un calendario.

Es la peste, pero no solo la peste. Eso piensa Juan, con una esquina de sus pensamientos cada vez más líquidos. Porque tal vez no es solo él quien muere. Es el mundo que conoció. Es el tiempo. Es su esposa, que también muere. Poco a poco ha empezado a descarnarse en su memoria, digerida por la intemperie; nadie para cerrar sus párpados aún abiertos ni para cavar su tumba. Los amaneceres y los crepúsculos sucediéndose, cada vez más aprisa, como si el mundo pestañeara. El mundo que pestañea y el cadáver de su esposa que no pestañea; la podredumbre de su esposa, la reliquia pestilente de su esposa, la osamenta de su esposa que no volverá a abrir los ojos. Juan despertando y durmiendo y despertando de nuevo a lomos de su caballo. Juan luchando por no pensar en nada, en noches y no noches largas como vidas completas. El pan sin sabor. La tierra sin olor. El mundo que se va blanqueando con los colores del desierto. Ve, cabalgando a su lado, al indio Juan: el indio Juan, que ya no es un muchacho ni mucho menos un niño. Un hombre con sus propios propósitos y sus propios sueños. Ve los pueblos vaciándose y luego llenándose de nuevo. Ve las últimas fosas cegadas por los

últimos cadáveres y ve cómo sobre esas fosas crecen árboles, y cómo su madera es serrada para levantar nuevas casas. Ve, sobre esos árboles, nidos donde nacen y mueren los pájaros. Nidos que a su modo son cunas y también tumbas. A su espalda, en su muerte sin tumba, su mujer resuelta en ceniza o huesos. La taberna que una vez regentó, ya desierta. Ve cómo el adobe de sus muros comienza a revenirse y agrietarse. La techumbre cada vez más podrida y destejada, sin calderos que se beban la lluvia. El perro que ladra dentro, famélico, llamando al dueño y a la dueña que no volverán. Su perro, muerto. Juan que cabalga más aprisa, para no oír sus ladridos. Cada vez más atrás su taberna, las ruinas de su taberna, un túmulo de escombros que a su modo es también una tumba. Juan que cabalga sobre esa tumba, para borrarla. Juan que siente un último estallido de sus fuerzas o de su consciencia y clava más profundo las espuelas en los flancos del caballo, porque quiere galopar más deprisa o porque busca trasladar su dolor a otra carne. Juan que cabalga sobre ese dolor, como primero cabalgó sobre el tiempo.

Es la peste, piensa Juan, dice Juan a la oscuridad. Es la peste, repite, y tan pronto como lo hace comprende que es de noche y al fin se ha detenido en alguna parte. Está acostado en un lecho muy frío y muy duro; más frío y más duro cuanto más resucita su conciencia. Sobre su cabeza brillan las estrellas. Y luego ve estrellas que arden más cerca todavía, constelaciones de luces que son en realidad palmatorias y candiles que orbitan a su alrededor y lo deslumbran sin revelar ningún rostro.

—¿Está muerto? —pregunta una voz que no es la suya.

—Creo que sí.

Juan afirma con la cabeza. Apenas le quedan las fuerzas suficientes para eso: para reconocer que está muerto. Pero ese sencillo movimiento basta para que los candiles se inclinen sobre él y se acerquen aún más. Manos que se esfuerzan por levantarlo. Rostros que aparecen, ahora sí, rescatados de la negrura. Ojos en los que brilla la preocupación y el desconcierto.

—¿Qué ha pasado? —susurra una voz.

—Su Ilustrísima se cayó del caballo.

—Casi se parte la crisma.

—Hay que llamar al médico.

—A mí se me hace que estaba embriagado.

—Embriagado o loco.

—Parece que dice algo.

—Sí. Dice algo.

Y Juan, en efecto, dice algo. Con la lengua adormecida, con la garganta muerta, Juan hablando.

—Es la peste —dice.

Mueve los labios despacio, intentando dar forma a las palabras, porque es importante advertirles que no se acerquen, que no le toquen, que no respiren su mismo aire ni se infecten con sus ropas. Y sobre todo que no le den de beber: por grande que sea su sed, por mucho que lo ruegue y lo suplique, que no le den un solo pocillo de agua.

—Es la peste —repite.

A la luz vacilante de los candiles comprueba el efecto que esas palabras producen. No hay espanto en sus rostros. Solo incredulidad. Solo sorpresa. Solo, incluso, burla. Rostros desconocidos que se deforman por un instante para esbozar una mueca de mofa o de condescendencia. Bocas que aun así se acercan. Manos que aun así lo tocan. Lo levantan tomándolo por los brazos y las piernas, como se traslada un cuerpo muerto. Alguien ríe. Otro menea la cabeza.

—Embriagado o loco —dice.

Durante el camino Juan tiene tiempo de restablecerse un poco. El último trecho ya no lo hace en volandas, sino apoyado en los brazos de dos hombres que no cesan de hacerle preguntas. Fueron ellos quienes lo vieron pasar por la era, galopando como un loco camino real arriba. Lo vieron saltar la cuneta y más tarde saltar las tapias y los lienzos de piedra y las estacadas del llano, como si le persiguiera el mismo Demonio. ¿Qué era lo que hacía? ¿Por qué corría de esa manera? Juan no sabe qué contestar. Solo le queda un vestigio de conciencia para interesarse por su caballo. No os preocupéis por él, responden; ya lo han llevado a las cuadras. También quiere saber el lugar del mundo en el que se encuentran. Los hombres dicen el nombre de un pueblo que Juan no conoce; un nombre que ya ha olvidado. Más tarde se interesa por la distancia que resta hasta Zacatecas. No penséis tampoco en eso, contestan los hombres: Zacatecas no va a irse a ninguna parte.

Pero en qué puede pensar Juan, si no es en la peste.

Lo acuestan en una especie de lecho improvisado en un granero próximo. Por todas partes van y vienen luces, niños curiosos, sombras que preguntan esto o aquello. Al fin llega el médico, precedido por faroles y susurros. Su rostro es apenas una sombra grave, que Juan no se atreve a mirar.

Sus manos. Las manos del médico abriendo su boca. Tocando su cabeza. Su cuello. Su pecho.

—¿Es la peste, licenciado? —pregunta al fin Juan, con un hilo de voz.

De nuevo, un poco menos contenidas, las risas. La risa, también, del médico, que se vuelve a los presentes como un actor se vuelve a su público.

—Al menos sabemos dónde se golpeó —dice, señalándose la cabeza.

Y luego, alzando más la voz, para que Juan lo escuche.

—Lo único que tenéis es agotamiento, amigo mío. Esta noche debéis descansar y mañana…

Pero entonces, su voz. Sus gestos. Algo que resuena en su memoria, como un eco o un verso que se repite en el interior de un romance. El médico es ese verso repetido. El médico, que sin tener al cura y al encomendero a su lado parece otra persona. Desde luego es más viejo: cinco, puede que diez años más viejo. Donde antes había un bigote espeso y negro ahora hay una sombra blanquecina; el esqueleto de un bigote. Donde antes estaba la dureza de la juventud, ahora hay cierta blandura, cierto desgaste, cierta capitulación ante el mundo. Pero es sin duda el mismo: si es que pueden considerarse una misma cosa un hombre y el anciano en que habrá de convertirse.

—Vos sois el médico… —murmura Juan, y siente que las palabras se pegan unas a otras.

Sonríe débilmente:

—Sí, soy el médico —dice el médico.

No lo reconoce. Lo mira, al menos, como si no lo reconociera. Y sin embargo ayer. En una venta no muchas leguas al sur. Eso piensa, eso está diciendo ahora Juan. ¿No me reconocéis?, pregunta. No recordáis. Ayer. En aquella venta, ayer. Vos platicabais con un encomendero y con un cura. Vos me preguntasteis si los indios tienen verdaderamente la cabeza tan dura como se les supone, dice. Vos hablabais de la peste. Vos hablabais de caballos. Pero el médico menea la cabeza. Le toma la temperatura con el dorso de la mano y contesta sin ni siquiera mirarlo a los ojos. Yo ayer estaba en mi casa, amigo mío. Lleva ya varios años en este pueblo: en su casa. Lo destinaron aquí más o menos cuando acabó esa peste que tanto le preocupa. Así que Juan no tiene nada que temer: acá en las Indias puede morir de muchas cosas, pero de eso, de peste, no va a morirse. Y ahora debe dormir un poco.

Luego se dirige al hombre que sujeta el candil, en voz más baja.

—No sé si está embriagado o loco… Por si acaso es lo segundo, dadle un poco de vino.

Se incorpora con cierta desgana. Porque ya es viejo o porque está cansado. Antes de marcharse, ya en el umbral de la puerta, se vuelve por última vez a Juan. Parece que sonríe. Una sonrisa en la sombra, pero sonrisa al fin y al cabo. No temáis, dice. Bebed y no temáis. El vino es la mejor

medicina, y eso no lo saben solo los hombres de ciencia: también los hombres de Dios. Cómo explicar si no que pudiendo Cristo obrar cualquier milagro, eligiera multiplicar el vino en una boda y convertirlo en vehículo de su sangre en la Última Cena; dos prodigios que solo pueden significar que el mismo Cristo sabía disfrutar del buen vino.

Eso dice, el médico del bigote blanco. Y luego desaparece.

En el sueño el indio Juan no es un muchacho ni mucho menos un niño. En el sueño el indio Juan no se diferencia tanto del propio Juan. También él ha sobrevivido a la peste. También él tiene una misión. ¿Cuál es esa misión? Sonríe. Parece que sonríe. Ya no tiene ningún miedo de Juan, si es que lo tuvo alguna vez. No le teme: le está esperando. Desde el principio del viaje le está esperando.

Ven, dice el indio Juan, con una voz sin temblor.

Y Juan sube a su caballo, sin hacer preguntas.

Cuando despierta es ya de día y el sol clarea sobre la paja y no hay nadie en el granero. Solo su caballo, que se vuelve repentinamente, como incumbido por su mirada. Solo un par de gallinas que picotean el grano, indiferentes a Juan y a su caballo.

A su lado hay un cuenco de agua y otro de vino. Juan los apura uno detrás de otro, hasta saciarse y empaparse la pechera. Una escudilla colmada de tortillas y de frijoles, que devora con las manos. Nadie a quien agradecerle esos regalos. Nadie a quien decirle que está vivo y consciente de nuevo. Un leve mareo al ponerse en pie. Cierta flaqueza en los brazos y las piernas, y más allá de eso, nada. Un náufrago que se marea un instante al subir de nuevo a la cubierta del galeón y que pasados los primeros instantes ya es un marinero de nuevo, dispuesto a arribar allá donde el océano y Dios dispongan.

Pendiendo del lomo de su caballo, las alforjas intactas. La bolsa llena de oro, que los hombres que lo socorrieron no han visto o han preferido no ver. El tasajo y el odre de agua y la bota de vino, esperando sus labios.

Juan necesita muchos esfuerzos, muchas maniobras con la puntera de su bota en el estribo, para regresar al trono de su caballo. Pero antes de marcharse todavía se demora un instante. Sus manos hurgando en el interior de la talega y sacando una moneda de oro. La moneda que brilla un instante al caer sobre la paja amarilla, como oro que cae sobre oro.

Luego sale al trote y da algunas vueltas en torno al granero, la vista clavada en el sol, hasta que comprende cuál es el norte y cuál es el rumbo de su viaje.

El camino serpea y busca dubitativo las minas de Zacatecas, y para hacerlo atraviesa los dominios de otomíes y guamares; de guachichiles y tecuexes y cazcanes. La ruta como una frágil pasarela que va de la civilización a la civilización, cruzando la barbarie. Si es que puede llamarse civilización al mundo del que procede y al mundo al que se dirige. A veces, en esa angosta pasarela, encuentra caravanas que traen cargamentos de plata o recuas de mulas que llevan provisiones para los mineros. Hombres armados con lanzas y ballestas que vigilan la travesía, dispuestos a enfrentar el ataque de los indios, que puede llegar en cualquier momento. Pero Juan no piensa en los indios. No piensa tampoco en lo que acaba de ocurrir; en esa peste que tal vez no era peste y en ese médico que sin duda era el médico. Juan que no se acuerda, que lucha también por no acordarse de cierta taberna, cierta esposa, cierta osamenta de perro. El bigote negro del médico. El bigote blanco. Sus palabras. Años, dijo el médico. Años, repite Juan. No quiere pensar si son días o años los que lleva en su caballo: si el loco, si el embriagado era el médico o él mismo. Acaso el loco es el mundo. Acaso el embriagado es el tiempo. Porque es imposible que transcurran años en el curso de una única noche, pero bien pensado tampoco es posible que un bigote encanezca en esa misma noche; que la peste despierte pavor un día y risas al siguiente. Juan que menea la cabeza. Juan que cabalga. Juan que no piensa. Prefiere seguir el consejo de los hombres que lo socorrieron: es mejor no preocuparse. Es mejor no pensar. Dos semanas, dice para sí, y luego lo repite en voz alta; dos semanas al fin y al cabo. El viaje: ese es su único pensamiento, su único hogar. El indio Juan su único motivo, y tras ese motivo, nada.

El camino baja y sube y luego baja de nuevo, hasta una barranca abierta entre dos cerros. Al fondo de esa barranca hay un puñado de chozas desparramadas por el valle, construidas con la prisa y el desgano con que se ocupa una tierra que no se siente propia. No parece sensato llamar pueblo ni villa ni mucho menos ciudad a ese revoltijo de madera y adobe. Visto en la distancia parece más bien una caravana que estuviera a punto de reanudar su marcha; un campamento improvisado con las herramientas del desierto, que son el polvo y la incertidumbre y la desidia. Y sin embargo esto es la villa de Zacatecas, y así lo confirman los dos mineros con traza de mendigos que Juan interroga en el camino. La venturosa villa de Zacatecas, tan rica en vetas de plata que las riquezas de las Siete Ciudades de Cibola y la Quivira no les harían ventaja. Al menos eso es lo que los mineros cuentan, con algo parecido al orgullo en sus ojos. Son hermanos y llevan años aquí, dicen, haciendo sus propias prospecciones. Años tentando a la suerte. Años que apenas. Años que

casi. Años a punto de, a solo unas varas de, a días o instantes de dar con esa veta milagrosa que los cubrirá de tanta plata como nunca soñaron. Quién sabe si los separa solo eso, pongamos un par de varas, pongamos un par de semanas, para regresar a México en calesa. Eso dicen, con ese algo en sus ojos que parecía orgullo y es tal vez solo locura. Años, dicen. Años, repite Juan. Desde el camino acierta a distinguir algunas de esas minas; socavones y galerías tortuosas que se abren cada tanto entre los crestones de roca, distribuidos sin un plan preciso o con un plan consagrado al azar. De lo alto desciende también un torrente de aguas tumultuosas y sucísimas, plagado de artesas donde los trabajadores lavan las cargas de mineral. Juan ve pasar algunas de esas cuadrillas de obreros, con las picas romas de tanto laborear la tierra; muchos indios y muchos negros y también algunos españoles con la piel igualmente oscurecida por el hollín y por el polvo, como si las entrañas de la tierra no hicieran distingos entre dignidades ni razas. Hombres sin fortuna y sin arraigo que han venido rodando hasta acá, hasta la sepultura de las minas, hasta el mero confín de la tierra, como piedras sueltas que el río voltea y arrastra a su antojo. No ve enfermos ni muertos. Solo hombres que se atarean ladera arriba y ladera abajo. Solo haciendas y talleres de fundición y barracones de madera, y algunas chozas achaparradas y precarias. En la parte más alta y desahogada del pueblo, una especie de fortaleza abastionada, con troneras para el servicio de arcabuces y ballestas. Muchas cantinas y una sola iglesia, con la espadaña todavía por concluir, y en ella una campana no mucho más grande que una esquila de ganado.

Juan descabalga frente al pórtico de la iglesia. Una mujer india barre lánguidamente los morrillos del suelo, como quien tiene demasiado presente que mañana se habrán llenado de polvo de nuevo. Juan intenta abrir la puerta —cerrada— y luego toca con los nudillos. Ensaya la misma llamada en la puerta de la sacristía y da una voz que no obtiene respuesta y por último se pone de puntillas para mirar por la ventana abierta. Dentro, en esa penumbra que huele a moho y a ranciedad, le parece distinguir un armario inmenso, con los anaqueles combados por el peso de legajos y expedientes. De pronto, a su espalda, el ruido de la escoba que se detiene.

—Padre no iglesia.

Juan se vuelve hacia la india, que sigue empuñando su escoba con desgana.

—¿Dónde puedo encontrarlo entonces?

—Padre no iglesia. Padre taberna.

Está señalando una barraca con aspecto de fonda o de lupanar o de ambas cosas al tiempo.

—¿Os referís al Reverendo Padre sacerdote?

—Sí.

—¿En la taberna?

—Sí.

Dentro de la barraca se oye un coro de risas y un grito. ¡Voto a Dios y al Demonio!, contesta una voz atronadora, tan alto que hace remecer los cristales.

—¿Aquí?

—Aquí —asiente ella con convicción.

Y luego continúa barriendo.

Al principio no ve al sacerdote. Solo ve a hombres que beben, hombres que gritan, hombres que discuten, hombres que duermen derrumbados sobre sus sillas, hombres que orinan o vomitan en el piso de tierra, hombres que se arremolinan en torno a la mesa de juego, entre codazos y empellones. Hombres que agitan sus cubiletes con furia, mientras maldicen o rezan entre dientes, en breves intervalos de expectación. Hombres que se inclinan para ver la suerte que esos dados les deparan y se abrazan entre gritos o dan cachetadas sobre la mesa o blasfeman coléricos. Por las tripas de la Virgen, dicen. Vive Dios que he perdido lo que vale mi alma, dicen. Antes iría contra la fe de Dios que contra este envite. Dadme un siete, dados, dadme un siete; por un siete diría que el Diablo es Dios y Dios el Diablo. Apuesto tres dineros en honor de la Santísima Trinidad y cuatro por los clavos de Cristo y uno por la Madre que le parió, y dos más por los huevos que me cuelgan. Entre tantos hombres, también un puñado de mujeres que se sientan sobre las rodillas de los jugadores más afortunados, con las camisolas impúdicamente abiertas. No gritan, no celebran ni maldicen la suerte de cada tirada. Ellas son la tirada. Ellas son la apuesta. Poco les importa si es un siete o un nueve o un doce lo que se canta. Se resignan a dejarse manosear y a cambiar todo el tiempo de dueño y de rodillas en que sentarse, lo mismo que los puños de monedas y de pepitas de plata.

Al fin lo reconoce, sentado en el rincón opuesto. De lejos no parece un sacerdote sino un escribano: un escribano con tonsura y con sotana pero escribano al fin y al cabo. Tiene la mesa infestada de papeles y legajos, y garabatea en ellos furiosamente con su pluma de gallina. Cada tanto remoja la pluma en el tintero y cada tanto también da un trago generoso a su jarra de

vino, con gestos embrutecidos y fieros. Sobre los papeles hay dibujados varios cercos púrpura: los muchos lugares donde esa jarra se ha posado para ser levantada de nuevo.

Juan se dirige a él. No tiene tiempo de decir una sola palabra. Antes de abrir la boca, el sacerdote lo ha detenido con un gesto firme de la mano izquierda, mientras termina de escribir apresuradamente una última frase con la derecha. No ha llegado a alzar la vista en ningún momento. Mientras espera, Juan ladea un poco la cabeza para alcanzar a leer lo que escribe.

Lee:

Por las tripas de la Virgen.

Lee:

Vive Dios que he perdido lo que vale mi alma.

Lee:

Antes iría contra la fe de Dios que contra este envite.

Y en el margen lee los nombres que han dejado escapar esas blasfemias: Bartolomé de Cudeyo, Miguel el Viejo, Santiago el Molinero.

Al fin, el sacerdote hinca la pluma en el tintero y levanta los ojos. Son ojos enrojecidos por el alcohol, pero no solo por el alcohol. Dentro parece arder un fuego que no cesa y que ni siquiera el mucho vino apaga.

—Así que sois vos —dice con voz calmosa; una voz que contradice todo cuanto sus gestos han dicho hasta ahora—. El hombre del visorrey. El hombre que ha venido para encontrarlo.

—¿Encontrar a quién?

Hace un breve gesto de fastidio, mientras alza de nuevo su jarra.

—Al indio Juan, naturalmente. ¿Para qué me preguntáis lo que ya sabéis?

—¿Acaso me esperabais?

Antes de contestar, el sacerdote sonríe con tristeza.

Esperar, dice. Esperar, repite. Esperar es tal vez una palabra exagerada para resumir lo que ha hecho este tiempo: un tiempo que por cierto ha sido largo, larguísimo. ¿Dónde se había metido? ¿Por qué Juan ha tardado tanto? No importa. Porque esperar, lo que se dice esperar, hace mucho que dejó de hacerlo. Años, tal vez. Y él ya no espera gran cosa. Ha visto todo cuanto había que ver y ha esperado todo lo que había que esperar y un poco más de añadidura. Lo que sí puede decir es que no le sorprende su llegada y probablemente tampoco le sorprenda su partida. Pero, puestos a imaginar, no le sorprendería tampoco que Juan acabara mandando su misión al infierno. Otros antes que él lo han hecho, o al menos eso ha oído contar. ¿No lo sabíais? No pensaríais que sois la primera persona en la que el visorrey confió

para este trabajo, ¿verdad? Antes que vos hubo otros, dice. No le sorprendería tampoco que después de él todavía estén por llegar otros muchos. Ahora que lo piensa, hace un tiempo llegó a conocer a uno de ellos. A uno de esos matasiete de tres al cuarto, que juró y perjuró que traería al indio Juan cargado de grilletes, y del que luego nunca más se supo. ¿Cómo se llamaba? Diego algo. Diego Cuchillo, le parece. Diego Sable. Diego Puñal. Algo así. Diego Espada. Diego Florete. Un nombre cortante como el acero; como el grandísimo bellaco que era o que parecía que era. Ese hombre estuvo ahí, dice, justo donde estáis vos ahora, haciéndome las preguntas que habéis venido a hacerme. Y yo se las contesté todas, porque por aquel entonces todavía esperaba algo. ¿Qué es lo que esperaba? Quién sabe. Tal vez justicia. ¿Qué clase de imbécil espera justicia, en este mundo? Desde luego él ya no: hay piedras con las que se tropieza una sola vez. La justicia es una de esas piedras. El mundo es, también, otra piedra. Dios tropezó con ella un solo día, el día de su creación, y luego la olvidó o hizo por olvidarla. Porque desde luego ni el mismo Dios parece esperar ya gran cosa de sus criaturas. Si no le cree puede echar un vistazo a su alrededor. Puede tratar de imaginar cuántos pecados se están cometiendo en este mismo instante, en esta misma taberna. ¿Quiere Dios hacer algo contra eso? ¿Acaso debe? Aun diría más, ¿estamos seguros de que puede? Tal vez la mano de Dios solo puede hacer esto mismo, dice señalando sus legajos manchados de vino y de tinta. Solo esto: echar un vistazo. Solo esto: registrar lo que ha visto y permanecer callado. Ser testigo. Dar testimonio de todo cuanto sucede, aunque ese testimonio sea inútil y nadie vaya a leerlo; aunque el mundo se haya convertido ya en el infierno y nada ni nadie pueda salvarlo. Ni siquiera Dios. Ni siquiera el Santo Oficio. Durante algún tiempo él, ya ve, tuvo alguna confianza en el Santo Oficio. ¡Ah! Qué gran ingenuo hay que ser para confiar en el Santo Oficio, dice llenando de nuevo su jarra. Solo los santos, solo los doctos, solo los hombres justos temen al Santo Oficio. Los herejes, en cambio, saben bien que el Santo Oficio nada puede. Pero él, por aquel entonces, no sabía nada de eso. Pasaba el día y parte de la noche escribiendo cartas y expedientes para el inquisidor apostólico. De hecho todavía se las envía. Aunque para nada sirva: qué importa. Le cuenta cómo el mundo se pudre lentamente y cómo ellos, los seres humanos, son las moscas de esa podredumbre. Las larvas, los gusanos. Le habla de Zacatecas, porque si el mundo es el infierno, entonces Zacatecas es el corazón de ese infierno; acá es donde el Diablo se entretuvo enterrando plata para que los hombres se mataran en su nombre. ¿Sabe el inquisidor qué sucede en las fronteras del virreinato, en estas tierras donde no hay más ley

que la espada ni más espuela que la codicia? Pues si no lo sabe, él está ahí para explicárselo. Porque él ha visto muchas cosas, tantas cosas; las suficientes para creer que no queda herejía ni ignominia alguna por esperar. Ha visto muchachas indias bautizadas contra su voluntad, para tranquilizar la conciencia de los españoles que las amanceban. Ha visto a encomenderos vendiendo a sus indios como esclavos, aunque no se pueda, y herrándolos con sus iniciales como si fueran ganado. Ha visto luteranos disfrazados de buenos cristianos y también hombres idólatras y ajudiados y adoradores del mismísimo Diablo. Ha visto a españoles practicando ritos indígenas en secreto y no tan en secreto. Ha visto a encomenderos y señores y aun sacerdotes de la Santa Madre Iglesia formando una larga cola ante la puerta de un antiguo hechicero azteca, esperando conjuros con que lograr la suerte en el juego o en la salud o el amor. Ha visto a un minero arrancando los ojos a uno de sus indios y más tarde ha visto cómo lo paseaba cerro arriba y cerro abajo, todavía vivo, porque según la superstición las vetas más prósperas se hallan precisamente en el punto que un indio ciego escoge para orinar. Ha visto ermitaños tomados por santos que mezclan plegarias cristianas con conjuros indígenas, acaso sin darse cuenta, y que compran a precio de oro calaveras humanas con que reflexionar sobre la fugacidad de la vida y la banalidad de todas las posesiones materiales. Ha visto a hombres que blasfeman, a hombres que roban, a hombres que matan. Ha visto a los salvajes chichimecas arrancando cabelleras cristianas y a los salvajes cristianos arrancando cabelleras chichimecas. Puede que así sean todas las fronteras, reflexiona el sacerdote después de dar un largo trago a su jarra: un lugar donde viene a aparearse lo peor de ambos mundos. Él ha visto lo peor de esos mundos. Él ha oído. Ha vivido tantas cosas. Todas se las ha contado puntualmente al inquisidor, en cartas larguísimas que jamás obtienen respuesta. ¿Por qué no responde el inquisidor? ¿Por qué no envía a sus esbirros, por qué no erige patíbulos, por qué no enciende hogueras, por qué no saca a relucir sus instrumentos de tortura? Durante mucho tiempo se hizo esa pregunta, hasta que comprendió o creyó comprender la respuesta. El Santo Oficio no existe, dice. El Santo Oficio no es más que una palabra, y detrás de esa palabra, nada. El Santo Oficio es una de esas historias que contamos en la oscuridad, para asustar a los niños. Un espantapájaros clavado en mitad de la llanura, que se propone ahuyentar a todos los pájaros de la Nueva España. Eso es el Santo Oficio: un espantapájaros que al principio asusta, pero que en verdad solo puede sonreír, seguir sonriendo rígidamente con su sonrisa de trapo. El Santo Oficio no es más que el miedo que el propio Santo Oficio

produce. Solo puede quemar a uno y rezar por el millón de almas que no se queman. Aunque a su modo todos se queman, claro; todos nos quemamos, dice, en este fuego inextinguible que es el mundo. Es decir, el infierno. ¿Es que hay alguna diferencia? Si la hay, en todos estos años no ha sido capaz de encontrarla. Solo una nueva destrucción como la de Sodoma y Gomorra podría purificar la tierra, pero parece que el Dios de estos tiempos tampoco es afecto a los castigos y las catástrofes. O tal vez, razona el sacerdote, este sea después de todo el peor castigo: dejarnos vivos, para que ensayemos el infierno que nosotros mismos hemos creado. Durante mucho tiempo él ha esperado ese castigo, como una respuesta a sus plegarias. Se acuerda por ejemplo de aquella peste que golpeó el virreinato hace ya un puñado de años, cuando esta villa estaba como quien dice recién sembrada. Una epidemia que parecía que iba a matar a todos los hombres del mundo. Él, al menos, tuvo esa esperanza. Llegó a creer, qué dice creer, llegó a desear que los exterminara a todos. Que limpiara esta tierra, como el agua había asolado el mundo de Noé y el fuego devorado Jerusalén y las plagas diezmado Egipto. No ocurrió, claro; esta tierra podrá estar desabastecida de muchas cosas, pero los indios no son una de ellas. Al final la peste que iba a poner el mundo patas arriba acabó pasando, sin dejar más que el mucho trabajo de enterrar a los muertos. Y los indios tornaron a morir de lo que solían: desollados por el látigo, o sofocados por el polvo que levantan sus picas, o sepultados con la plata cuando el entibado de las galerías se viene abajo. Por no mencionar el sinsentido de que la epidemia nunca se cebó con los españoles, que son desde todo punto de vista los más miserables, los más bellacos, los más abyectos que han pisado esta tierra. ¿En qué estaba pensando Dios? Si el fuego divino debe quemar a una raza, esa raza debería ser sin duda la española, ¿no le parece? Los designios de Dios, ah, quien pueda comprenderlos, que hable el primero. ¿Es por eso que bebe?, se pregunta, mientras llena de nuevo su jarra. Quizás por eso, aunque no solo por eso. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? Ese muchacho que acaba de apostar y de perder el jornal de un mes en una sola tirada de dados, ¿por qué lo ha hecho? ¿Por qué, para rubricar su desgracia, acaba de defecar en la memoria de Nuestro Señor Jesucristo, que se dejó crucificar por él sin pedir nada a cambio? ¿Por qué, al regresar a casa borracho, apaleará a sus indios, y también a su mujer, si la tiene? Y vos, dice volviéndose a Juan, vos ¿por qué estáis aquí? ¿Quién os ha engañado para cabalgar hasta este infierno? ¿Qué os importa a vos el indio Juan, qué le importa a su Excelencia el visorrey, qué le importa al maldito inquisidor? Porque de todas las cartas que le ha enviado, de tantos crímenes, tantas

herejías, tantas blasfemias como ha puesto en su conocimiento, solo las predicaciones del indio Juan han logrado captar la atención de sus Ilustrísimas; el dichoso indio Juan, del que poco o nada se sabe. Los designios del Santo Oficio, ah, quien pueda comprenderlos, que hable el primero. Por lo demás, es poco lo que él puede decir. Seguramente el visorrey o el mismo inquisidor le han puesto al tanto de los detalles de su misión. Pero si de verdad le interesa lo que va a contarle, tal vez le sorprenda saber que él mismo conoció a ese malhallado indio Juan. ¿Cuánto tiempo hace de eso? Ah, el infierno no tiene tiempo, amigo mío. En el centro de una borrachera no hay tiempo y en el centro del infierno tampoco. Puede que sucediera durante esa epidemia de la que antes hablaba. Parece, ya ve, que ha pasado toda una vida desde entonces. ¿Es larga una vida o por el contrario es muy corta? Según se mire. Lo bastante larga para degustar todos los pecados del mundo y lo bastante corta para no alcanzar a redimirlos nunca. Digamos que fue hace mucho. Digamos que fue hace, quién sabe, puede que quinientas o seiscientas cartas. Así que digamos que hace seiscientos latrocinios, seiscientos asesinatos, seiscientas blasfemias, seiscientos sacrilegios. El indio Juan estuvo aquí por aquel entonces, trabajando en una cuadrilla de mineros libres. Durante un tiempo al menos. Nadie supo nunca de dónde venía ni tampoco nadie preguntó, esa es la verdad: aquí todos venimos de otra parte. Todos huimos de algo, explica con la voz cada vez más ahogada por el vino, aunque en buena ley deberíamos huir de este lugar más que de ningún otro. Bueno: el caso es que por aquí han pasado muchos indios, esclavos y libres. La memoria humana no alcanza para recordarlos a todos. Si al indio Juan lo recuerda es porque no hay forma humana de olvidarlo. Era un indio extraño. Y no lo dice solo porque supiera leer y escribir, hasta un punto asombroso para un hombre de su condición. No lo dice tampoco por ese libro que siempre llevaba consigo; ese libro que según se ha acabado sabiendo era en realidad una Biblia sacrílega. No, no por eso. Al menos no solo por eso. Había algo en él. Algo, repite el sacerdote, que no sabría explicar. Tal vez era su mirada. Sí: eso era. Algo en los ojos, sus ojos, que lo atravesaba a uno: que de tan puro era hermoso y terrible al mismo tiempo. Tenía ojos de santo o de loco. Parecían los ojos de Dios, pero otras veces, vistos desde otra luz, resultaba que eran los ojos del Diablo. Tal vez no haya tanta diferencia como parece. Si el Diablo y Dios tienen ojos, juraría que esos ojos, esa mirada, deben parecerse como dos gotas de agua. Era, en fin, un indio extraño. Y aquí duró el tiempo que los dueños de la mina tardaron en cansarse de él, que fue muy poco, porque descubrieron que por las noches no cesaba de arengar a los

barreteros y a los pepenadores y a los poceros, así fueran indios o negros o esclavos. Alzaba su pica de minero, la alzaba bien alto, para que todos la vieran, y les decía: Al principio solo tenía esto. Ahora, continuaba, tengo el mundo. Eso decía, o al menos eso dicen que decía. A veces les leía también. Pasajes de las Sagradas Escrituras, nada menos. Aquello de que ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni hombre libre, no hay varón, ni mujer, porque todos son uno en Jesucristo. Cosas así. Arengas que sorbían el seso a esos pobres ignorantes y les hacían sentirse por un momento tan altos como sus propios señores. Cosa terrible, porque la caída es siempre dura, pero desde tan arriba es por fuerza mortal. Así que no es de extrañar que los propietarios de la mina lo echaran. Lo que se comprende mucho menos es que el indio Juan no tomara el camino de regreso, sino que prefiriera internarse en tierra de los salvajes chichimecas, devoradores de carne humana. Todos lo dieron por muerto. Y he aquí que poco después, tal vez sesenta o setenta cartas más tarde, volvieron a tener noticias suyas. No recuerda bien los detalles. Le parece que todo se supo gracias a un prisionero de guerra chichimeca. Sí, eso fue: un salvaje que en el momento de ser ejecutado pidió el sacramento de la confesión, nada menos. ¡La confesión, uno de aquellos bárbaros! ¿Podéis creerlo? Dijo con un español rudimentario que era cristiano; en su tribu todos lo eran. Eso dijo, ese infame que meses atrás descuartizaba españoles y les daba de beber plata fundida. Habló de cierto profeta al que llamaban Padre, que no era Hijo de Dios sino algo así como su Nieto o Bisnieto, y a quien debían todo cuanto eran. Ese Padre, dice el sacerdote sosteniendo la mirada, vos podéis imaginar quién era. Lo que nadie puede imaginar —ni siquiera él, que tiene una imaginación privilegiada en lo que al pecado se refiere— es qué clase de herejías y monstruosidades ha predicado el indio Juan entre ellos. Hasta qué punto los ha condenado. Porque si a menudo los doctores de la Iglesia no se ponen de acuerdo en interpretar algunos de los pasajes más espinosos de las Sagradas Escrituras; si muchos hombres de buena fe han acabado desembocando en el río innoble de la herejía, ¿qué cabe esperar de un miserable indio, por muy asombrosa que sea su sabiduría? El caso es que escribió al inquisidor una vez más, como un náufrago se abandona a un madero a la deriva, y esa vez sí obtuvo respuesta. El inquisidor felicitándole por sus desvelos. El inquisidor urgiéndole para que iniciara una indagatoria por cuenta del Santo Oficio. El inquisidor demandando por primera vez fechas, lugares, testigos, presupuestos, posibles paraderos, estrategias para prenderlo. Como si el indio Juan fuera un nuevo Martín Lutero o un Dulcino revivido. No me malinterpretéis, dice volviéndose a Juan; soy consciente de la

gravedad de los hechos y del daño irreparable que puede hacer un falso profeta, sobre todo entre gentes tan crédulas y sencillas como son los indios. Pero tenéis que entender que no mucho tiempo atrás había escrito al inquisidor contándole que cinco doncellas chichimecas habían sido poseídas por todo un escuadrón de caballería, en turnos tan feroces que después de poseídas no quedó otra que enterrarlas, y nada había contestado. Le habló de cierto capitán de las tropas de su Majestad el Rey que llevaba, que sin duda todavía lleva colgando del cuello la calavera de uno de sus más atroces enemigos, porque según él redobla sus fuerzas en combate. Le contó, no pudo dejar de contarle, que en cierta ladera del cerro de la Bufa había sorprendido a un grupo de mineros españoles sacrificando a un indio para que el dios Mictlantecuhtli, señor del inframundo y del subsuelo, escupiera de buena voluntad sus pepitas de plata. Tampoco a esa carta contestó. Solo temía al indio Juan: solo él le importaba. Solo por él consintió en dirigirse al mismísimo visorrey y solo en su busca enviaron a ese tal Diego Espada o Diego Estoque o Diego Navaja o Diego como se llame. Solo por él, dice, estáis vos aquí. Habéis venido al infierno, y os preocupa uno solo de sus muchos demonios. Bueno: si esa es vuestra voluntad, así sea. Pero sabed que si ahora mismo alzarais vuestra espada y la clavarais sobre el primer hombre que os saliera al paso, estaríais haciendo idéntica justicia. Todos somos pecadores. ¿Lo habéis oído, bellacos?, dice, alzando su jarra y volviéndose hacia los jugadores, hacia los beodos, hacia los blasfemos. Todos somos pecadores. Yo también, como vosotros: pecador. Yo mismo: borracho. Bebo porque de otra manera me ahogaría en este infierno. O tal vez he ido a parar al infierno precisamente porque bebo. Los designios del vino, ah, quien pueda comprenderlos, que vacíe su copa de un trago. En momentos de escasez he llegado incluso a beber el vino consagrado. He bebido la sangre de Cristo para deleitarme. ¿Qué vais a hacer ante eso? Podéis denunciarme. Escribid una carta al inquisidor, si os place. Yo mismo lo he hecho: le he contado esto y aun cosas peores. El inquisidor, fiel a su costumbre, no contesta. Porque el inquisidor, ya lo dijo al principio, no existe. El inquisidor no es más que una palabra, y detrás de esa palabra, nada. El inquisidor es una de esas historias que contamos en la oscuridad, para asustar a los niños. El inquisidor es un espantapájaros clavado en mitad de la llanura, que se propone ahuyentar a todos los pájaros de la Nueva España. Eso es el inquisidor: un espantapájaros que al principio asusta, pero que en verdad solo puede sonreír, seguir sonriendo rígidamente con su sonrisa de trapo. El inquisidor no es más que el miedo que el propio inquisidor produce. Solo puede quemar a uno y rezar por

el millón de almas que no se queman: y ha decidido quemar al indio Juan y rezar por todos nosotros.

El capitán de la guarnición lo recibe esa misma tarde. Al principio cree que viene a reforzar la tropa, muy mermada tras las últimas correrías de los chichimecas, y no puede disimular su entusiasmo. Hacen falta muchas palabras para explicarle que viene precisamente a lo contrario: a robarle a sus hombres.

—Pero esto es un disparate —dice, agitando en el aire las credenciales que Juan acaba de tenderle—. No pueden ser órdenes del visorrey dejar la ciudad a merced de los salvajes.

—Solo necesito una docena de soldados. El resto pueden quedarse.

—¡Una docena de soldados, para internaros en la tierra de los chichimecas! A fe mía que sois un loco o un valiente.

Luego vuelve a echar un vistazo a los papeles. Reflexiona.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Dos semanas.

—Así que solo dos semanas.

—Sí. Dos semanas.

Mira a su asistente, que se limita a encogerse de hombros.

—De acuerdo —dice al fin—. Doce hombres, dos semanas. Pero yo escojo a los hombres. Y los gastos corren por cuenta del visorrey, naturalmente.

—Naturalmente.

—Habrá quien se ponga a sus órdenes por un solo escudo de oro, pero si quiere un trabajo bien hecho le recomiendo que pague al menos dos por cabeza.

—Bien.

La conversación podría terminar ahí, pero no termina. El capitán sigue dando vueltas a los papeles y a la pregunta que está a punto de hacer.

—Supongo que sabéis que emprender ese viaje es un suicidio.

—Supongo que lo sé.

El capitán se limita a asentir, como si no esperara una respuesta diferente.

—Decidme, ¿qué es exactamente lo que el visorrey quiere que hagáis? ¿Qué vale tanto para arriesgar la vida de trece buenos hombres y la supervivencia de la ciudad al completo?

—Estoy buscando a un indio.

—¿Un chichimeca?

—No. Un indio del sur. De Tlaxcala.

El capitán se echa a reír. Su risa contagia a su asistente e incluso al soldado que monta guardia en la puerta.

—Entonces ya os han dado el trabajo hecho. Solo hay una cosa que los chichimecas odien más que a un cristiano: un indio sureño. Así que podéis contar con que el vuestro ya está muerto.

Juan se esfuerza por sostener su mirada.

—Este indio no —dice, y su voz es tan dura y tan aplomada que basta como prueba.

El capitán se encoge de hombros, antes de devolverle sus papeles.

—Como queráis. Pero apuesto doble contra sencillo a que a estas alturas ya le han arrancado la cabellera. O le han cortado sus vergüenzas y se las han metido en la boca. Esa clase de cosas, ya veis, les encantan. Una vez vi cómo le hacían esa crueldad a siete de mis muchachos. Os aseguro que no es un hermoso espectáculo. Pero ¿qué puede esperarse de unos salvajes que atacan nuestras caravanas cuando llegan y no cuando se van, porque prefieren la ropa y el pan a la plata?

Ya está emprendiendo el gesto de acompañar a Juan a la puerta, pero Juan no se mueve.

—Me gustaría hablar con alguno de esos hombres —dice.

—¿Queréis hablar con mis soldados?

—Me refería a los chichimecas. ¿Por ventura habéis hecho algún prisionero a quien pueda interrogar?

—¿Prisioneros?

El capitán y su asistente intercambian una mirada divertida.

—Claro que sí. Queréis ver a los prisioneros y voto a Dios que vais a verlos. ¡Miguel! Acompáñalo al cerro. Su Excelencia quiere dar un paseo por nuestro bosque.

De lejos parecen un puñado de árboles floreciendo en un horizonte sin árboles. Pero paso a paso comienzan a convertirse en otra cosa, los árboles van revelando todo cuanto tienen de artificio, de laboriosa carpintería, de bodegón humano, y el guía, como un estudiante aplicado, se acuerda de cubrirse la nariz con un pañuelo. Juan no hace nada. Solo mira a lo alto con los ojos muy abiertos, cada vez más alto y los ojos más abiertos, respirando ese olor caliente que ya ha olido muchas veces; ese viento que parece venir soplando directamente desde el pasado.

Se detienen frente a la primera cruz. Nadie dice nada, porque nada necesita ser dicho.

Escuchan el zumbido furioso de los moscones que viajan de un cuerpo a otro, grandes y metálicos como balas de arcabuz. Escuchan la brisa batiendo los harapos de los muertos, el tintineo de sus collares de huesos o conchas. Escuchan, a su espalda, las maldiciones de dos españoles que juegan a los dados sobre una laja de piedra. Por lo demás, no escuchan nada. Ni una respiración, ni un ronquido, ni un lamento resoplado entre dientes.

—Ya va para cinco días —dice el guía a modo de disculpa, desde detrás de su pañuelo mugriento.

Los cuerpos, inmóviles y achicharrados por el sol, parecen sacados del paisaje de un sueño. Pero Juan ha dejado de mirarlos. No piensa en los muertos: solo alcanza a pensar en las cruces. En el esfuerzo de erigir las cruces. En las horas de trabajo talando y acarreando árboles venidos de muy lejos, desde bosques que no es capaz de descubrir allá donde dirija la vista. Maderas serradas, pulidas, clavadas y por último sembradas en la arena solo para hacer germinar la semilla de una guerra, con un esmero y una devoción que deja atrás todas las obras humanas que ha visto en esta tierra. El campamento de colonos, la iglesia, las vigas que entiban las galerías de las minas: todo ha sido levantado con precipitación y algo de desgana, como se improvisa el refugio de una fiera. Solo las cruces, cuidadosamente escogidas y talladas y hasta lijadas, parecen conservar algo de humano, y haber sido construidas con algo que recuerda al amor.

De pronto, un ruido. Uno de los muertos que se estremece hasta hacer crujir el travesaño, con un gemido que parece casi de placer. Después, comienza a entonar un canto o algo que recuerda a un canto. Los jugadores de dados levantan los ojos de la pepita de plata en disputa, con gesto de fastidio.

Juan se acerca hasta el indio que agoniza. Es un muchacho joven, con el cuerpo completamente tiznado de tatuajes y las piernas salpicadas de sangre y de excrementos. Balancea lentamente la cabeza, acunado por el compás de su propio canto. Sonríe. Parece que sonríe.

—¿Qué es lo que canta? —pregunta Juan.

El guía se encoge de hombros. Quién sabe, capitán, responde. Puede que uno de sus cantos de guerra. Puede que las plegarias que dedican a sus dioses demoníacos. Puede que simplemente la canción de cuna que su madre le cantaba cuando niño, si es que estos indios del Diablo tienen madres y cunas, y si es que llegan a ser niños alguna vez y no nacen ya, como las bestias, dispuestas para cazar a sus primeras víctimas.

El indio que tal vez nunca fue niño continúa cantando con los ojos entrecerrados y la misma sonrisa, borracho de fiebre y de sol, como si desde

lo alto de su cruz atisbara a contemplar algo que el resto no puede ver. Juan escucha su canción. La escucha como quien recuerda. No como quien contempla un paisaje desconocido, sino como quien espera encontrar un rescoldo de su propio hogar, aunque sea en un horizonte extranjero. Escucha el tiempo suficiente para comprender que si es una canción, es una canción que se repite. Y algún tiempo después, en medio de esos conjuros incomprensibles, le parece reconocer algo que podría ser la palabra padre, y luego, muy desfigurada, tal vez la palabra cielo. La palabra reino. La palabra pan.

Solo entonces se atreve a examinar sus tatuajes, que palpitan bajo la túnica de guerra hecha jirones —santificado sea tu nombre, podría estar diciendo el indio en este momento—. Ve grabadas en su carne temblorosa imágenes semejantes a las que se gestan en el útero de ciertas cuevas; ve bisontes rojizos galopando en sus brazos crucificados y ciervos negros que pastan en sus piernas y hombrecillos venidos del ombligo que los persiguen con venablos o flechas —hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo—; ve, habitando su cuello, criaturas imposibles que parecen recobradas de un bestiario o de los márgenes de una carta marítima; ve manadas de barcos cruzando el océano de su abdomen para parir garabatos que parecen soldados, y por último ve, débilmente contorneada en su pecho, una inmensa cruz negra, y clavado en esa cruz un hombre que sufre, que agoniza, que tal vez reza.

Y líbranos del Mal, amén.

—¿Dónde está el indio Juan? —pregunta de pronto Juan, guiado por un presentimiento—. ¿Dónde?

El guía, que reparte su atención entre la partida de dados y la puntera de sus botas, alza los ojos y se aparta lentamente el pañuelo. Los propios jugadores parecen sentirse aludidos de pronto e interrumpen su partida para acercarse. Solo el moribundo permanece indiferente a todo, eternamente encallado en su canción, con los ojos cerrados.

—¿Dónde está? —repite—. El indio Juan. Dime dónde está. ¡Dónde! ¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos!

Y de pronto el crucificado los abre. Los abre tanto que se diría que es precisamente ahora, al abrirlos, que por fin está muriendo. Pero no muere. Al menos no todavía. Solo interrumpe su canción para mirar a Juan —los ojos amarillos y como vueltos hacia adentro; una mirada que solo puede pertenecer a una bestia o a un dios—. Murmura, con una voz entre dolorosa y enternecida:

—Padre…

—¡Eso es! ¡El indio Juan! ¡Vuestro Padre! ¿Dónde está? ¿Dónde?

—Padre…

El crucificado quiere señalar hacia algún lugar. El travesaño cruje. Su cabeza se mueve de lado a lado, como si negara. Juan todavía tarda algún tiempo en entender. Intenta señalar al norte, precisamente hacia el mismo rumbo que lleva apuntando cinco días y cinco noches con sus brazos crucificados. Todo él una flecha humana, clavada en medio del desierto para marcar el camino.

—¡Se ha *complido*! —grita en un último esfuerzo.

Y solo entonces la cruz deja de temblar.

V

La elección de los doce – Prehistoria de un caballo
Razones de oro – Un yelmo abandonado – Dios cierra los ojos
Tercera manifestación de Cristo – Una flecha que señala en ambas direcciones – Nuevos recuerdos de un tiempo viejo
Juan sueña a Juan – Un caballo herido en su orgullo
Más oro, menos razones – Perros reprendidos
Asesinos que no matan y ladrones que no roban
Esquemas de hombres y esquemas de pensamientos
Procesión para recibir al Padre

Son apenas doce hombres, escogidos entre los más jóvenes, los más inexpertos o los más estúpidos. Al principio no preguntan adónde se dirigen, ni parece importarles. A pesar de su juventud, su inexperiencia o su estupidez, ya han pasado en esta tierra el tiempo suficiente para saber que todos los destinos se parecen. Han comprendido también que nunca llegarán a ricos y que una comida caliente es una comida caliente, aunque haya que masticarla vagando por rumbos desconocidos y aplastados por el peso del sol o de las estrellas. Después de todo tal vez no sean tan estúpidos, piensa Juan, pero sin duda sí son tan jóvenes. Tres de ellos parecen apenas niños y ya tienen las manos desolladas de excavar las galerías de la mina. Hay también un muchacho negro, que nunca ha esgrimido una espada ni pronunciado correctamente el nombre con que lo bautizaron sus primeros propietarios: Felipe. Solo un tal Tomás tiene ya algunos pelos en la cara y una cierta experiencia en el ejercicio de las armas. Lleva siempre su arcabuz apercibido y atravesado sobre la cerviz del caballo, y habla sin cesar de las cosas hermosas o terribles que ha visto suceder en esta tierra, mientras escupe con necesidad o sin ella a ambos lados de su montura.

Frente a ellos se abre la vastedad del llano, tan vacío que la mirada y la imaginación se dejan resbalar hasta el límite del horizonte, sin encontrar un pedazo de realidad al que asirse. Las únicas cosas que suceden lo hacen en el cielo: ven, en la tierra siempre idéntica a sí misma, la sombra de una nube, la sombra de un pájaro. Sus propias sombras, agigantadas en los amaneceres y los crepúsculos y mitigadas en el hervor del mediodía. Los cascos de sus caballos levantan una polvareda que afantasma sus siluetas y tarda en desvanecerse en el aire lo mismo que la estela de un barco en el océano. Cabalgar por estos rumbos se parece en algo a navegar y hay también en la

inmensidad de la tierra, como en el mar, cierta sospecha de naufragio y al mismo tiempo cierta convicción de que el horizonte está lleno de caminos y cualquiera de esos caminos es posible.

Una vez se suben a sus caballos no hablan, procuran no mirarse siquiera. De cuando en cuando sus bocas parecen moverse en silencio, como si masticaran una conversación antigua. Ellos, que alguna vez se sintieron destinados a tantas proezas, a derrotar otro imperio azteca o a administrar su propia concesión minera, ya no quieren gastar un solo esfuerzo en ser recordados. Solo cumplir su misión, sea cual sea, y ganar el puño de monedas que se les prometió —dos escudos de oro a cada hombre; un escudo para el negro—. Gastarán sus monedas en las cantinas de Zacatecas, en los burdeles de Zacatecas, hasta olvidar los motivos del viaje o que viajaron siquiera. Pero cae la noche y se arrebujan en sus mantas y al final siempre acaban intercambiando algunas palabras, para sustituir el calor del fuego que no arde. A la luz de la luna ven las cosas no tal y como son, sino tal y como deberían haber sido. Si tan solo hubieran nacido unos años antes, piensan. Si hubieran tenido veinte años hace veinte años. Si les hubiera sido dado acompañar a Cortés en el asedio de MéxicoTenochtitlan o a Nuño de Guzmán en la exploración de la Nueva Galicia. Si hubieran tenido edad para conocer el Nuevo Mundo antes de convertirse en una prolongación del Viejo. Entonces no estarían ahí, acostados en la tierra, comiendo gachas frías y rebozándose en el polvo. A veces se limitan a pensarlo y a veces se lo dicen en voz alta los unos a los otros, por confortarse. Son conversaciones lentas y llenas de sobreentendidos, de agujeros, con esa nostalgia que a veces sienten aquellos que apenas han comenzado a vivir. Hablan de las encomiendas de indios que no tienen, de las minas de plata que deberían haber recibido, de dignidades inverosímiles que recayeron sobre aquellos que eran peores que ellos pero tuvieron la suerte de ser más viejos.

Juan, que debería ser uno de esos hombres viejos, de esos hombres afortunados, guarda silencio. No habla porque está cansado. O porque sabe bien que todo fue siempre un sueño: que si llegan a vivir entonces igual se habrían quedado sin encomiendas y sin gloria, como tantos otros, porque el mísero es mísero en todas las latitudes de la tierra y no hay en el mundo continente tan fabuloso como para cambiarlo. Así que se limita a escuchar, o ni siquiera. No escucha. No dice nada. Solo mira lo poco que la oscuridad deja ver. Mira las sombras de sus hombres y de los caballos y mira también mucho más lejos. El fuego helado que arde en las estrellas, tan cerca que casi

podrían tocarse con los dedos, y debajo la tierra oscura que otro Juan antes que el propio Juan pisó.

Al amanecer hay que espolear a los caballos para que echen a andar y al ocaso hay que sofrenarlos con energía, casi con violencia. Se diría que les da vértigo internarse en esta tierra sin límite pero que luego, una vez se dejan arrebatar por la fiebre del galope, ya no querrían detenerse nunca. Día a día parecen rejuvenecerse, conectar con algo que está en la infancia de su especie, en la prehistoria de todo caballo, en ese tiempo —en ese lugar— en el que erraban como sonámbulos por llanuras inmensas como esta y no había nadie para cepillarles las crines ni tampoco para amansarlos con bridas, herraduras, sillas de montar, estribos. Pero después de todo son solo caballos y al final obedecen. Cabalgan durante diez, doce, catorce horas si es preciso. Durante el día cabalgan hendidos por el calor y durante la noche se buscan los unos a los otros para recobrar un poco el sol del mediodía en la oscuridad de la planicie helada. No fuego, dice el negro Felipe con pesar, casi con desesperación, cada vez que se preparan para pasar la noche y una vez más no le dejan entrechocar sus pedernales. No fuego, repite, mirando el sol que se apaga, y cubriéndose con todas las mantas que trae y que al final son pocas. Y entonces hay que explicarle, Tomás le explica, que los indios chichimecas tienen ojos como ellos y que una hoguera como la que él pretende encender puede avistarse en diez leguas a la redonda. Y es preferible, Tomás puede asegurárselo, y aun jurárselo por las tripas de la Virgen, es preferible, repite, temblar de frío toda la noche a despertar atravesados por las flechas de los zacatecos.

—¿Oyes ese ruido, pagano del carajo? Es el gañido de los coyotes, la voz de los perros del desierto. A ellos no has de temerlos, pero sí a los indios chichimecas, que asaltan los campamentos durante la noche sin hacer un solo ruido y no comienzan a aullar más que cuando todos sus moradores están muertos y con las cabelleras arrancadas…

Tomás habla de cabelleras arrancadas una vez más. Habla de indios que se inclinan sobre sus prisioneros, sean hombres o mujeres o criaturas recién venidas al mundo. Indios que vienen a rebanarles la corona de la cabeza mientras aún están vivos, así, como si tonsurasen a un fraile, dejando el hueso del cráneo mondo y limpio. Habla de sus cuchillos de pedernal; del ruido que hacen al adentrarse en la carne y raspar el cráneo. Habla de chozas de las que ha visto colgar docenas de cabelleras, cientos de cabelleras, puede que miles de cabelleras, todas las cabelleras del mundo colgando otra vez ante sus ojos, como pone el carnicero a secar las piezas de la matanza. Y algunas, explica, las más hermosas, las más terribles, habían pertenecido a doncellas de belleza

indescriptible y eran melenas rubias y largas y estaban todas salpicadas de sangre y brillaban bajo el sol como estandartes en la batalla.

Los hombres atienden a su relato en la oscuridad. Nadie niega ni añade nada. Son palabras que caen en lo invisible de la noche, que se siembran en sus sueños y los obligan a dormir apretando la empuñadura de sus espadas. Porque a pesar de todo duermen. Duermen apretados los unos contra los otros, en torno a un calvero donde nada se ilumina ni se calienta. Comen tasajo frío y tortillas frías, y escuchan el mascar paciente de sus caballos, silueteados por el fulgor de la luna. En la lejanía divisan el resplandor azulado de los relámpagos, que golpean el horizonte sin hacer ruido, y ven las sombras escuetas de los coyotes, y estrellas que arden un instante y luego se apagan, y otras tan brillantes que parecen cráteres que comunicasen con el fuego de otro mundo. Ven todo esto y ven más aún, pero no ven la luz de ninguna hoguera. Como si los indios fueran también unos intrusos en su propia tierra y en lugar de habitarla vivieran rehuyéndola, espantados por su inmensidad o por su propia insignificancia. El hogar es para ellos una planicie desolada donde el fuego no se enciende jamás.

Al principio creen que los reclutan para limpiar la frontera de indios, y les parece bien. Con el pasar de los días empiezan a convencerse de que están allí para buscar yacimientos de plata a espaldas de la Corona, y les parece aún mejor. Por último deciden que su capitán es otro loco más de los muchos que se hacen viejos persiguiendo el oro de las Siete Ciudades, y hasta eso les parece razonable. Pero un día Juan les confiesa que están cabalgando en persecución de un único indio, y entonces ya no saben lo que les parece.

Mateo pregunta si el indio en cuestión es por casualidad el cacique o guerrero principal de alguna tribu, alguien por cuyo rescate pueda exigirse una redención en oro o un apretón de manos que ponga fin a la guerra. Bartolomé pregunta si no es acaso uno de esos hechiceros que, según afirman lenguas poco cristianas, son capaces de hallar vetas de plata tan solo escuchando el ruido que hace una moneda al caer a la tierra. Pedro pregunta si es el depositario de alguna clase de secreto inmemorial o quizás el único guía capaz de llevarlos hasta el reino de las Siete Ciudades. El negro Felipe pregunta si ya puede encender el fuego.

Juan niega con la cabeza. Dice que las razones no importan. Dice que él no va a decirles esas razones pero que tiene, en cambio, cinco razones de oro para cada uno de ellos, y en cada una de esas razones la efigie acuñada de su Majestad Carlos, que Dios guarde. Sí, lo han oído bien: no dos razones, sino cinco. Cinco para cada hombre y dos para el negro Felipe: eso dice. Que el

oro viene de arriba y que las órdenes también vienen de arriba y que los de arriba nunca se equivocan, o si lo hacen, ellos, los de abajo, jamás llegan a enterarse. Así que si quieren acompañarlo, tendrán que olvidarse de las explicaciones y conformarse con el oro.

Dos semanas, dice.

Solo dos semanas más, suplica.

Los hombres se miran unos a otros, sin decir nada. Aceptan el silencio de su capitán y aceptan su propio silencio, ese silencio que vale cinco escudos de oro. Lentamente regresan a sus monturas, dispuestos a dar caza a ese indio que no es el caudillo de ninguna tribu, ni el heredero de un tesoro, ni tampoco tiene el don de la magia, la resurrección de los muertos o la profecía.

No hay nada más que preguntar. O queda, acaso una sola pregunta, no se sabe si lúcida o necia, que tarda mucho tiempo en ser formulada.

—¿Y qué haremos cuando lo encontremos, capitán?

Vadean un río cuyo cauce tiene el color de la sangre. Dejan atrás una planicie de tierra cuarteada y un guijarral deslumbrante bajo el sol y unas gibas de roca desde la que se atalaya el vacío. Más allá el horizonte parece el lecho prehistórico de un océano evaporado. Ellos navegan en ese océano. A veces, interrumpiendo el tedio de la hierba amarilla, ven erguirse un árbol reseco, unos arbustos desmedrados. El negro Felipe se detiene para machetear los nopales que les salen al paso y beber gota a gota su leche cruda y espesa. Come los frutos de las chumberas, que son amargos y no se comen pero al final resulta que sí se comen, o al menos el negro los chupetea con fervor.

A veces, cuando atraviesan la pared vertical de un barranco o un deslizadero de grava, alguno de ellos se siente obligado a murmurar que la tierra parece tener ojos. Lo dice mirando en derredor, como si sondeara un peligro inminente. Pero lo hace sin verdadera fe, casi por convención, porque es lo que hay que decir cada vez que una tropa de soldados se interna en una tierra extranjera. En realidad tienen exactamente la impresión contraria. Persiste la certidumbre de que el mundo está muerto y allá donde se dirigen no queda nada ni nadie para mirarlos, ni siquiera los ojos de Dios. El olor de la realidad es el olor de la piedra recalentada por el sol y el olor de sus propios cuerpos cociéndose sobre la piedra, y más allá de eso, nada. Encontrar un poblado indio detrás de la siguiente loma tendría algo de milagroso, de secreto alivio. Casi desean toparse con ese espejo monstruoso, pero espejo al fin y al cabo, que es el rostro de un indio pintado para la batalla; una forma de multiplicar su humanidad en esta parte del mundo donde la humanidad no parece posible. Pero traspasan la siguiente sucesión de cerros y un cascajal

donde los caballos corcovean con cautela y una explanada cuya hierba crece en penachos desflecados, y la única obra humana que encuentran es un casco español abandonado en mitad de la llanura. Los jinetes trazan varios círculos en torno antes de atreverse a descabalgar. Está nuevo o prácticamente nuevo y refulge bajo el sol del mediodía con tanta fuerza que casi duele.

—Debe de ser una de las reliquias de la expedición de Coronado —dice un muchacho llamado Simón, aunque está más o menos claro para todos que Coronado nunca pisó este lugar.

—Debe de ser un trofeo de los salvajes zacatecos, devoradores de carne humana —dice Tomás, aunque cuesta entender por qué alguien llevaría hasta tan lejos los restos de un enemigo para luego despreciarlos en mitad de la nada.

—Debe de ser el yelmo que perdí ayer —dice un tal Andrés, un soldado casi niño al que todos los enseres de guerra le quedan demasiado grandes. Y lo dice con tanta convicción que por un momento a todos les parece razonable, su yelmo, su propio yelmo, claro, el yelmo que perdió ayer, mientras atravesaban esta misma planicie quince o veinte leguas más al sur.

—Yo sueño este lugar —murmura entonces el negro Felipe, haciendo una reverencia oscura con la mano izquierda. Y no se sabe si lo que quiere decir es que recuerda haber soñado con este instante o que es precisamente ahora cuando está soñándolos a todos, insomnes y blanquísimos bajo el sol.

Poco después encuentran el primer poblado. Antes tienen que abandonar la llanura e internarse en una sierra que no figura en los mapas y en cuyas gargantas jamás ha rebotado el eco de una voz cristiana. En el curso de la noche sienten sobre sus cabezas el tránsito vertiginoso de las estrellas y escuchan suspirar a los caballos y tienen sueños a ras de tierra, en los que solo hay espacio para más caballos y más estrellas y más cumbres desoladas. Todo el peso de la humanidad reside en sus recuerdos, cada vez más pequeños en el horizonte infinito. Al amanecer el sol perfila la dentadura mellada de la sierra. En la lejanía los espinazos de roca parecen escamas de un dragón gigantesco, para quien tenga a bien creer en esa clase de cosas. Ellos no creen en nada. Tres días atrás todavía creían en el oro y en el rostro de su Majestad Carlos multiplicado cinco veces y ahora apenas les queda la fe suficiente para seguir cabalgando, sin hacer preguntas.

Al principio ni siquiera creen en el poblado indio. Tardan mucho en asumir que no es un montón de rocas, ni una loma dorada por el ocaso. Es lo que parece: un campamento chichimeca, con sus chozas de paja, sus huertos humildes y sus pieles de ciervo curtiéndose al sol. Ocultan los caballos en una

cañada y dejan pasar las horas tendidos boca abajo sobre la piedra, con los arcabuces apercibidos y los ojos puestos en la aldea desierta. Porque está desierta: tardan el resto del día y una noche completa en convencerse. Al amanecer se deciden a aproximarse al fin. Ni una voz, ni un guerrero chichimeca tensando su arco, ni el ruido de una piedra de molino majando granos de maíz. Solo un coyote que carroñea la carne puesta a secar en el ahumadero y que huye despavorido al verlos, aullando como aúllan los coyotes cuando tienen miedo. Esteban ceba uno de los arcabuces. Andrés se encasqueta el yelmo, que como el peto, las botas y hasta su propia espada, le queda demasiado grande. Tomás murmura, mirando las pieles batidas por el viento y el círculo de ceniza donde no arde ningún fuego.

—Este poblado tiene ojos…

Registran una a una todas las chozas. Dentro encuentran utensilios familiares, no muy distintos de los que podrían hallarse en cualquier hogar castellano, y también aperos destinados a usos misteriosos y quién sabe si perversos. El suelo está hecho de tierra desnuda, espolvoreada de paja, y de los techados cuelgan sartas de carne ahumada y tiras de calabaza seca, pero ninguna cabellera humana. Trenzas de chiles rojos y chiles verdes y vainas de mezquite, pero ninguna de esas melenas rubias y largas, de esas cabelleras de mujeres hermosísimas y terribles, brillando bajo el sol como estandartes en la batalla. Tomás toca con la punta de su arcabuz una de las sartas de carne seca, entre perplejo y resignado.

En el interior de una de las chozas encuentran una inmensa olla de barro colmada de sopa o algo que parece sopa. En torno a la olla les esperan precisamente trece cuencos de madera, dispuestos para un banquete jamás celebrado. Nadie se inclina para tocarlos porque, como todo el mundo sabe, como Tomás sabe, los bárbaros chichimecas son capaces de llegar al extremo de envenenar sus propios víveres para diezmar a los viajeros imprudentes. Miran en silencio los filetes de carne de ciervo, la sopa de verduras, los trece cuencos vacíos y listos para ser usados, y luego continúan la búsqueda.

—Este condenado pueblo tiene ojos… —repite Tomás.

Y sin embargo, piensa Juan, tampoco ahora es cierto. Nadie los está mirando. Dios tiene los ojos cerrados, o no tiene ojos siquiera. Solo el coyote los escruta desde cierta distancia, sentado sobre sus patas traseras. Iluminado por la luz del mediodía, su hocico parece sangrar, gota a gota, sobre la tierra.

Se reúnen en el centro del poblado. Ese punto donde solo debería haber un calvero de tierra en el que encender hogueras, o ejecutar danzas de guerra, o hacer lo que sea que hacen los indios cuando no están asesinando cristianos.

Pero el corazón de este poblado no está vacío. En lugar de un círculo de cenizas apagadas encuentran una cabaña rectangular más grande que las demás, construida con una voluntad y un esmero que no parece cosa de indios. A través del enramado de las paredes se filtra una luz tenue, tal vez levemente oscilante, tal vez levemente viva. Los hombres se consultan unos a otros con la mirada, entre sorprendidos y acobardados. Tomás ya está en la puerta, alzando su espada con teatralidad.

—Yo sueño este lugar —murmura el negro Felipe.

—Pues deja de soñar y cállate de una vez, pagano del carajo —le interrumpe Tomás. Y luego, volviéndose con arrogancia al resto, añade—: Y ahora, a ver quién tiene arrestos de acompañarme.

Pero es Juan quien se adelanta sin desenvainar la espada y empuja la puerta con suavidad, casi como pidiendo permiso. Dentro no hay nadie, o mejor dicho hay menos que nadie, esa soledad que envuelve los lugares que alguna vez han contenido muchedumbres y ahora están vacíos; el suelo de arcilla cubierto por esteras de carrizo sobadas por el uso, y tajos de madera dispuestos a modo de bancos, y una especie de lámpara encendida que pende de la techumbre, y un adoratorio de piedra blanca bañada por la luz. Al fondo, enmascarada por la penumbra que va y viene, una sombra que parece un hombre crucificado y es solo una estatua de madera, un hombre de madera crucificado a una cruz también de madera, los rasgos dolorosos tallados salvajemente, como a cuchilladas, y los ojos hechos de cantos rodados blancos, y la barba y el cabello remedados con pelos crespos y ensortijados que parecen vellos púbicos, que son tal vez vellos púbicos, y los dientes, su inmensa dentadura infernal, improvisada con puntas de flecha de obsidiana, como si el crucificado al mismo tiempo amenazara y sonriera, y sobre la cabeza un casco español puesto del revés, y el cuerpo de palo cubierto por una especie de pañoleta de mujer manchada de sangre, y sangre embadurnando las llagas de las manos y los pies, como lágrimas resecas, y sangre también goteando una costra negra en el suelo, en forma de ofrenda que las moscas picotean con paciencia. Es un Cristo, lo más parecido a un Cristo que los salvajes chichimecas han podido concebir, y los hombres se van quitando lentamente los cascos y se santiguan al verlo, como si reprobando su imagen monstruosa la estuvieran también, de alguna forma, venerando.

Si cada brazo de una cruz es una flecha, entonces esas flechas señalan a dos puntos opuestos al mismo tiempo. Juan podría decidir que Cristo apunta al sur, es decir, precisamente al lugar del que proceden, pero en su lugar decide que continúa apuntando al norte, siempre al norte. Las cruces del

campamento español marcaban el camino para encontrar el campamento indio y el Cristo del campamento indio señala una cordillera infranqueable, en cuyas cumbres ni los hombres ni las plantas encuentran arraigo. Es una sierra que no se puede atravesar y ellos la atraviesan. No hay senderos en la roca desnuda y ellos, vacilantes, casi sonámbulos, tienen que inventarlos. Los caballos se resisten a sortear los derrumbaderos de piedra y hay que fustigarlos hasta que ambos, hombres y monturas, acaban extenuados y se preparan para resistir otra noche lejos del calor del fuego. Las aristas de piedra tienen el color del almagre y afloran en escarpaduras verticales semejantes a tubos de órgano o a pináculos de catedrales; parecen seguir creciendo todavía con su velocidad mineral, con el silencio con que crece el cabello de los muertos.

Si una cruz es una flecha que apunta hacia el norte, piensa Juan, entonces este es el camino correcto, el único camino posible.

Si este es el único camino posible, entonces el indio Juan atravesó, por fuerza tuvo que atravesar, la misma sierra. Se detuvo quizás ante los mismos obstáculos. Durmió ovillado en los mismos abrigos de roca. Sufrió bajo el mismo sol y se dejó empapar por la misma lluvia y tiritó aplastado bajo la misma noche invernal.

Si el indio Juan se detuvo ante los mismos obstáculos; si sufrió y durmió y tiritó bajo la misma lluvia, bajo el mismo sol; si guiado por la fuerza de su fe sobrevivió sin víveres y en completa soledad a la soledad de la sierra, entonces esa fe debía de ser inmensa. Porque fue su fe la que lo trajo hasta aquí. Hasta tan lejos o incluso mucho más lejos.

Juan se detiene para mirar a su alrededor las agujas de roca, que improvisan contra el ocaso equilibrios precarios. Mira las cimas desnudas castigadas por el sol y el viento de la mañana a la noche, sin el consuelo de una sombra, un árbol desmañado, un cactus raquítico. Contempla la resistencia que la naturaleza opone a ser atravesada, a ser comprendida, y en esa resistencia ve el rostro de Juan. La fuerza de Juan. La voluntad de Juan, también hecha de roca. El camino es difícil y la tierra despiadada, pero le fortifica la convicción de que se limita a seguir la senda antes trazada por él: que solo está ahí para recordar lo que Juan ya dejó atrás, los paisajes que contempló, los desfiladeros donde la voluntad de Juan, la indomable voluntad de Juan, no flaqueó siquiera durante un instante. Las heridas que se hizo en los pies, otra vez, meses o años después, abiertas.

En cierto sentido también él está solo, piensa Juan. Peor que solo. Veinte pasos a su espalda, formados en una columna que se estira cada vez más, le

siguen sus hombres. Sus hombres que caminan como ancianos o como muertos. Sus hombres que no parecen haber envejecido dos semanas sino un año, cien años; el desierto vacío de árboles y vacío, también, de tiempo. Los minutos y las horas que nada significan para la piedra y el polvo, solo para la vida, siempre a un paso de ser cadáver, carne ofrendada al sol, huesos, al fin polvo.

Sus hombres cociéndose en el infierno de sus petos de hierro.

Sus hombres arrugando el ceño bajo el sol rabioso.

Sus hombres rogando, suplicando la orden de regreso.

Dicen que las dos semanas prometidas pasaron hace mucho más de dos semanas.

Dicen que seguramente el indio Juan encontró un paso que les aguarda también a ellos, tal vez leguas al este o leguas al oeste.

Dicen que el indio Juan fue asesinado por los indios mucho tiempo atrás.

Dicen que las cruces son flechas que señalan, que imploran, que exigen la necesidad del regreso.

Dicen que las cruces nada significan; que las cruces son solamente cruces.

Dicen que el indio Juan nunca existió y ellos sí, ellos existen, ellos son reales y tienen hambre y frío y miedo de no volver a ver a sus seres queridos.

Dicen que el indio Juan está loco.

Dicen que ellos están locos también.

Acampan en un terregal tan blanco y tan yermo que parece un paisaje caído desde la luna, y cuando al fin ven la propia luna alzarse y brillar sobre sus cabezas, se sienten reflejados en ella como en un espejo. Están enharinados de polvo y sucios y se embozan en sus cobijas como un ejército de monjas o de fantasmas. Apenas quedan víveres. Sus cabezas están llenas de eso, de la comida y la bebida que falta. No se escucha un solo ruido y el frío parece más frío en mitad del silencio. Tal vez comienzan a hablar por eso: para engañar el hambre. Para disolver el frío. Pero son sus palabras las que se disipan rápidamente en el aire, en vaharadas espesas y calientes. Por primera vez no hablan de escudos de oro ni de minas de plata ni de encomiendas de indios. Solo se conforman con hablar de su pasado, es decir, del diminuto rincón de Castilla que los vio nacer. Un pasado del que llegan pocos barcos y ninguna carta. En sus relatos ese lugar parece el mismo: una aldea miserable, de horizontes estrechos y caminos que no van a ningún lugar, pero también, en cierto sentido, capaz de cierta belleza. Y ahora, en la oscuridad de esta tierra salvaje, recuerdan esa belleza, que necesita la distancia de todo un océano para ser contemplada. Hablan del sol de su niñez, el sol de Castilla,

que precisamente a esta hora debe de estar calentando el otro lado del mundo. Hablan de familiares que esperan, hablan de ciertos molinos en los que cierta noche se hicieron hombres, hablan de romerías humildes consagradas a santos humildes, que murieron martirizados por causas que en ninguna otra parte del mundo se recuerdan; hablan de cantos regionales y de vinos de la tierra y de una cama para cuatro hermanos. Todas esas imágenes están clavadas en la fecha de su partida, como los mapas están clavados en un determinado tiempo, en un determinado rincón del mundo. Tal vez por eso en sus palabras el tiempo parece como congelado, sus hermanos pequeños siguen siendo niños que juegan infinitamente en los corrales de sus casas, jugarán y jugarán sin crecer nunca, hasta que ellos regresen; y sus jóvenes esposas, si las tienen, serán eternamente jóvenes y eternamente esposas, y los esperarán siempre con la misma paciencia en la misma esquina de Castilla, con la mesa puesta y la honra intacta. Hasta el negro Felipe batalla con su español oscuro y vacilante para recordar su pueblo, su tribu, su bárbaro concepto del hogar, y al escucharlo se diría que incluso su aldea de paganos y caníbales es un lugar natural y bueno, casi humano.

—¿Y vos, capitán? ¿Vos tenéis también una esposa que os espere?

Juan no responde. Tiene los ojos convenientemente cerrados y desde la oscuridad de sus párpados se limita a escuchar en silencio, sin añadir ni preguntar nada. Poco a poco sus hombres se van quedando callados o dormidos. Juan abre los ojos y mira de nuevo sus rostros, o al menos lo que la noche deja ver de sus rostros. Son niños que han envejecido veinte años, y a la luz de la luna sus recuerdos parecen cosas sólidas, reales, contra las que podrían recostarse para dormir.

Esa noche Juan sueña con Juan. No se parece al Juan del retrato. Recuerda haber pensado: Cuánto ha cambiado. Lleva una túnica blanca y de las manos y los pies descalzos le manan goterones de sangre. Hace un gesto con la mano. Quiere que se acerque. Se arremanga la túnica y se inclina sobre su oído, como si quisiera participarle un secreto. Le dice algo. Recuerda la sensación de escuchar su voz, sus palabras. Pero al despertar ha olvidado ese secreto.

Simón dice que seguramente asesinó a un hacendado rico, puede que al mismo gobernador. Pedro está convencido de que es el único dueño de la única llave que abre cierta cámara oculta en la selva, y en esa cámara, el oro amonedado de cien generaciones. Santiago sostiene que sin duda ha de ser uno de esos brujos aztecas que, según testimonios dignos de fe, son capaces

de abatir el mundo con un solo soplido de su cuerno de hueso. Tomás dice que todo es un malentendido, un inmenso, un terrible malentendido, puede que una orden mal cursada o mal comprendida o mal transmitida, alguien que cree que otro alguien ordenó algo que en realidad no mandó o mandó de otro modo o mandó sin pensar, porque a poco que se reflexione se comprende que ningún indio merece la vida de un solo cristiano.

Juan niega con la cabeza. Dice que las razones no importan. Dice que él no va a decirles esas razones pero que tiene, en cambio, diez razones de oro para cada uno de ellos, y en cada una de esas razones la efigie acuñada de su Majestad Carlos, que Dios guarde. Sí, lo han oído bien: no cinco razones, sino diez. Diez para cada hombre y cinco para el negro Felipe: eso dice. Que el oro viene de arriba y que las órdenes también vienen de arriba y que los de arriba nunca se equivocan, o si lo hacen, ellos, los de abajo, jamás llegan a enterarse. Así que si quieren acompañarlo, tendrán que olvidarse de las explicaciones y conformarse con el oro.

Dos semanas, dice.

Solo dos semanas más, suplica.

Los hombres se miran unos a otros, sin decir nada. Luego miran a su capitán. No el rostro de su capitán. No su boca, no sus ojos. Solo el costal de tela que cuelga a su espalda. Miran el costal y si pudieran mirarían aún más lejos. Más adentro. Porque ahí, en perpetuo balanceo, debe de aguardar el oro que se les debe. Al menos ciento veinte monedas de oro: quién sabe si más. Las escuchan sonajear con cada trote de su caballo, clamando como una esperanza.

El caballo de Santiago corcovea y se detiene. Bartolomé descabalga de un salto y le revisa, una a una, las cuatro patas. Luego se vuelve a Juan y grita, haciendo bocina con las manos.

—¡Es la herradura, capitán!

Y luego:

—¡Siga, siga, ahora le damos alcance!

Pero el resto de los hombres acuden en su ayuda. Doce hombres para examinar la pata de un único caballo. Juan les lleva casi un tiro de arcabuz de distancia y se detiene para mirarlos. Forman un círculo que gesticula furiosamente, como si la pata herida del caballo los enojara mucho. No es capaz de escuchar lo que dicen, pero tal vez puede imaginarlo.

No hablan de sus caballos.

Hablan, quizás, de los víveres que escasean y del agua que escasea y de su paciencia, que empieza a escasear también.

Hablan de esas dos semanas que parecen no terminar nunca.

Hablan del número de días que llevan cabalgando y se esfuerzan por dividirlos, con sus torpes matemáticas, entre las diez monedas de oro que se les adeuda.

Hablan de molinos, romerías humildes, cantos regionales, camas para cuatro hermanos; de vinos de la tierra y niños que esperan y mujeres que también esperan.

Hablan de ese indio que no existe más que en la cabeza de su capitán.

Hablan de la locura de confiar la vida de trece caballos, doce hombres y un negro al sueño de un único hombre.

Hablan de las noches cada vez más frías, tiritando en ventisqueros desolados, y de un capitán que se niega a encender el fuego incluso allá donde solo los buitres pueden verlo.

—¡Ya está, capitán! ¡Esperadnos!

Y otra vez ponen en marcha sus caballos, los doce con el paso emparejado, lentos como perros reprendidos. Todavía intercambian algunas palabras entre dientes y algunos gestos débiles, apenas insinuados. Se esfuerzan por no mirar los ojos de su capitán, que pendiente arriba los aguarda.

Nosotros no somos asesinos, dicen mientras lo encañonan con sus arcabuces. No somos ladrones, dicen, ya con las manos revolviendo dentro de su morral de tela. No somos traidores a la Santa Madre Iglesia ni a su Majestad el Rey ni a esos papeles tan encumbrados que lleva consigo y que como buenos castellanos y buenos cristianos respetamos. Pero mucho menos somos locos. Si creyó eso, que lo seguirían hasta el fin del mundo, hasta el fin de los tiempos, entonces el único loco es él, dicen. Él, loco, y quizás también ese indio que busca, si es que de verdad existe y si es que de verdad llegó tan lejos como se le supone. Ellos están ya cansados de suponer y creer y van a tomar el único camino en el que todavía les queda un rastro de fe: el regreso. Así que no son asesinos y no van a matarlo y no son ladrones y no van a robarle, puede estar tranquilo; pero si no tiene la boca cerrada ni las manos quietas, si comete cualquiera de las locuras a las que los tiene tan acostumbrado, si se resiste siquiera un poco, entonces sí, entonces tendrán que matarlo y será solo porque él les obliga. ¿Lo ha entendido? Mírenos a los ojos y responda, capitán del infierno, ¿lo entiende?

Juan no contesta nada o contesta con un gesto. Sigue sentado en una laja de piedra, mientras alrededor sus hombres —¿sus hombres?— vienen y van, registrando su montura y sus ropas. Toman su arcabuz, toman su espada, el

puñal que esconde en la caña de la bota. Toman su ración de tasajo, su odre medio vacío. Los papeles rubricados por los hombres del visorrey, que Pedro manosea con impaciencia, buscando en ellos quién sabe qué. Su bolsa de monedas.

Tomás parece haberse erigido en cabecilla y coordina el reparto del botín con gestos ampulosos. No están robando, de ningún modo. Solo vienen a cobrarse lo que es justo, lo que les fue prometido, y también unos cuantos escudos más, por las molestias. Los suficientes escudos para vaciar la bolsa, ni uno más ni uno menos. Y así, a cada hombre le tocan diecisiete monedas y están felices, y al negro Felipe le tocan cuatro y está más feliz todavía, y queda todavía un puñado de moneditas de plata y de vellón que solo tras extenuantes cálculos y pendencias lograrán repartir entre todos. Tan pronto como el oro empieza a fluir de unas manos a otras, parecen perder definitivamente interés en él. Apenas lo miran. Sujetan sin firmeza los estoques y los arcabuces, como si de golpe se hubieran convertido en simples cayados o aperos de labranza.

Juan piensa en su sueño. Una vez más intenta recordar las palabras del indio Juan, sin conseguirlo.

—Diecisiete escudos —murmura de pronto, y todos se vuelven, sobresaltados. Solo entonces se acuerdan de apretar con la misma fiereza sus arcabuces, sus espadas.

Tomás se acerca a él a pasos lentos y calculados.

—¿Qué es lo que decís?

—Diecisiete escudos. Al negro deben tocarle los mismos que al resto.

Los hombres se ponen muy serios y luego rompen a reír y luego se ponen serios de nuevo.

—¿Y eso por qué?

—Porque ha cabalgado hasta aquí, como todos nosotros.

—Así que porque está aquí.

—Sí.

—¿Y qué os importa a vos este negro que os apunta con un arcabuz, como todos nosotros, y es por cierto más feo que todos juntos?

—Quién dice que me importe.

Los soldados ríen de nuevo, como si a fin de cuentas todo se tratara de una broma. Pero Tomás se queda un rato pensativo. Dispone otra vez en corro a los hombres y les pide que vuelvan a adelantar la mano y de cada mano separa una moneda. Luego llama al negro Felipe.

—Dime una cosa, negro. ¿Cuántas monedas pagaron por ti la primera vez que te vendieron?

—¿Mí?

—Tú, claro, no voy a ser yo. Yo habré venido al mundo porque mi padre putañeaba con mi madre, pero al menos no lo hice para que me vendieran al peso en el mercado, como un ternero.

—Mí trece escudos.

—¡Así que trece escudos! Pues ahí tienes, van once. A eso lo llamo yo hacer las Américas. Con las cuatro que ya tienes, un total de quince. Quince para ti y dieciséis para nosotros. No vamos a pelearnos por una moneda de diferencia, ¿verdad, negro?

—No, señor.

—¿Es que no vas a dar las gracias?

—Gracias.

—Pero no me las des a mí. Dáselas al capitán, asno, al capitán, que Dios sabe por qué le ha gustado tu cara de negro.

—Gracias, capitán.

Antes de partir, ya ensillados los caballos y aprestados los hombres para el regreso, Tomás se acerca. Tiene un retal de tela en la mano. Juan continúa sentado sobre la misma piedra, con los ojos puestos en el suelo, así que Tomás tiene que arrodillarse para que sus miradas se encuentren.

—Todavía me pregunto qué diablos hizo ese indio que vale tanto dinero, capitán. ¿Forzó a una doncella? ¿Quemó una iglesia? ¿Le rebanó el pescuezo al maldito virrey?

Juan considera durante unos instantes su respuesta.

—Podría decirse que es un rebelde.

—¡Así que otro rebelde! ¿Sabéis una cosa, capitán? A su modo incluso vos sois un rebelde. También queréis cambiar el mundo. Si no, que se lo digan a ese negro.

Espera a que Juan diga algo, pero Juan no abre la boca.

—Y decidme, ¿contra quién se alzó ese indio? ¿Contra vos acaso?

—No.

—¿Contra Dios?

—No estoy seguro.

—Entonces solo se rebeló contra otro hombre.

—Supongo que sí.

—¿Y quién tenía razón?

—No lo sé.

Tomás sonríe con tristeza.

—No lo sabéis. ¿Y sabéis por qué no lo sabéis? Porque vos, con todos vuestros papeles y vuestros sellos y dignidades, no sois para esos hombres tan ilustres más que el mozo de los recados.

Luego le venda los ojos y le dice que cuente hasta mil, si sabe, y que solo entonces se quite la venda. Si se la quita antes, lo matarán. Si descubren que intenta seguirlos, lo matarán. Si por ventura acaba encontrando al norte un rastro de civilización y tiene el mal tino de contar lo que acaba de suceder, lo matarán. Por lo demás, le desean sinceramente suerte, le desean larga vida y salud y que encuentre a su indio rebelde y le dé su castigo, si de verdad es eso lo que ambos merecen. Luego le dicen adiós. ¡Adiós, capitán! La palabra capitán repetida en doce bocas, no se sabe si como ironía o como signo póstumo de respeto. Juan escucha la percusión de los cascos de los caballos contra la piedra. Escucha un tintineo metálico a su derecha. Escucha el graznido de un pájaro. Escucha el viento y una voz que se pierde a lo lejos, escucha su propia voz repitiendo números, y al llegar a setecientos cincuenta y seis se arranca la venda. Ve junto a él su propio caballo, y sobre el caballo un arcabuz cebado y dos alforjas, y en las alforjas provisiones para varios días. En el horizonte, derivando hacia el sur, los doce puntos negros de doce jinetes que se alejan. Y brillando en la tierra, junto a sus botas, un puñado de monedas de oro esparcidas por el suelo. Las atesora cuidadosamente en el hueco de su mano, sin necesidad de contarlas: sabe que a él también le han tocado dieciséis.

Más al norte el mundo se simplifica. Allá donde vuelva la vista todo es piedra y cielo, por encima o por debajo de su cabeza siempre piedra o cielo, barrancos que trepan hacia el fondo de la tierra o riscos que descienden hasta las estrellas. Pernocta en un abrigo en la roca que no es mucho más grande que un ataúd e inscritos en la bóveda encuentra un puñado de antiguos pictogramas, casi borrados por el tiempo. El indio Juan también durmió en esta cueva. No sabe si lo decide o lo descubre. Juan durmió en esta cueva. También él miró hacia arriba, justo antes de cerrar los ojos, para contemplar los mismos dibujos, trazados con asombro infantil. Juan vio, Juan está viendo ahora, esquemas de hombres rígidos como espantapájaros y animales que ya no existen o existen apenas. Parientes lejanos de su caballo galopando en la roca desde antes de la llegada de los cristianos a esta tierra; puede que desde antes de la llegada de Dios. Todo lo que queda de la humanidad está resumido en esta cueva, en esta rúbrica trazada sobre la piel del mundo y en este último hombre que la contempla y después la olvida y sigue su camino.

Ha decidido no pensar en nada. Que sus pensamientos tengan de pensamientos lo mismo que los garabatos de la cueva tienen de seres humanos. Un cazador debe parecerse a la presa que persigue, debe pensar como ella, debe convertirse, en cierto sentido, en lo cazado, y solo ahora que camina a solas y sin propósitos puede sentirse próximo al indio Juan. Ser el indio Juan. Porque él no se detuvo ni dio marcha atrás en ningún momento. No se rindió. De alguna forma atravesó ese río que parece que no puede ser atravesado y ascendió por ese despeñadero que serpentea hasta el cielo, aunque seguramente su caballo —¿tenía el indio Juan un caballo?— también se encabritaba y se resistía a dar un paso más, como ahora se resiste el suyo. También el indio Juan se resistió. Se negó a languidecer en una humilde escribanía de México o como eterno sirviente de los monjes de una congregación anónima. No esperó a que las cosas vinieran a sus manos. No se limitó a soñar con que el mundo cambiara: simplemente lo hizo cambiar. No se rebeló contra Dios ni contra los hombres, como creía Tomás: solo contra el mundo. Vino hasta aquí para construirlo con sus propias manos. Tal vez, para construir esas cosas que anhelaba, tuvo que destruir otras. Se acuerda de pronto del Cristo que encontraron en el campamento chichimeca: un Dios grandioso y terrible, inspirado por un hombre también grandioso y tal vez terrible. Hace falta ser terrible, hace falta ser en cierto sentido un Dios, una versión disminuida de Dios, un propósito de Dios hecho carne, para llegar hasta aquí con la sola fuerza de su fe y sus manos desnudas. Para atravesar los confines del mundo y seguir adelante.

Tampoco Juan va a detenerse. Tampoco él va a rendirse. Está aquí para algo que quizás no tiene que ver con el oro y ni siquiera con la justicia. Progresa hacia el norte como guiado por un oscuro instinto, sin hacer planes ni medir consecuencias, sin racionar ni los alimentos ni el agua ni decidir qué hará cuando lo encuentre. Solo importa eso: encontrarlo. Quiere vaciar su cabeza como se vacía, sorbo a sorbo, la cantimplora que un jinete lleva consigo al desierto. Él es ese jinete y es también esa cantimplora que ahora mismo cuelga de la grupa de su caballo, cada vez menos pesada. Él es ese jinete y esa cantimplora y también el indio Juan.

Hasta que un día, puede que dos semanas después de la deserción de los soldados, un día, en fin, que parece como cualquier otro, el mismo sol y el mismo caballo, la misma piedra y el mismo cielo por encima y por debajo de su cabeza, los pensamientos regresan de golpe. Corona un picacho en el que, sin darse cuenta, había cifrado ciertas esperanzas, puede que las últimas que le quedaban, y desde lo alto ve más montañas que derivan hacia el norte, y

tras ellas un llano que parece el mismo del que procede, y en ese llano el brillo de ningún fuego. Una tierra que parece recién salida del horno del Creador y es insensible al sufrimiento de los hombres. Desmonta de su caballo y se sienta en la roca para mirar ese horizonte donde no hay nada que ver. Y entonces sí, entonces piensa al fin en las personas y en los objetos que lo han llevado hasta ahí, piensa en el indio Juan que tal vez tomó otro rumbo o volvió atrás o lleva ya mucho tiempo bajo tierra, y piensa en las dos semanas que tal vez fueron mucho más de dos semanas, las flechas que tal vez no eran auténticas flechas, los hombres crucificados para nada, y se acuerda de su propio hogar, y de otras cosas y otras personas en las que no quiere pensar y que toca solo lateralmente, como se acaricia una calentura rozándola apenas con la lengua.

La noche ha comenzado a caer. Siente el primer estremecimiento de la última hora de la tarde. Esta es, decide, la última vez que pasará frío en su vida. A su lado se retuercen dos mezquites encorvados. Tarda mucho en abatirlos con su espada y mucho más en hacerlos astillas y encender la hoguera. Esta noche come caliente por primera vez en mucho tiempo —¿cuánto tiempo?— y se entrega a la caricia del fuego como al calor de una esposa que creíamos perdida, y mira las llamas brillando como un último relámpago de humanidad que iluminara una tierra sin dueño.

Juan mira ese fuego ardiendo para nadie.

Juan mira las pavesas ascendiendo en el aire y más tarde desapareciendo.

Juan mira el cielo oscuro y la tierra más oscura todavía.

Y de pronto, en un punto exacto de la negrura, una luz que se enciende, que tiembla un poco, que se vigoriza y crece. Una luz quieta, también, a su espalda, y otra luz más en un lugar que parece por encima de su cabeza, y otra en el flanco opuesto, más próxima y más luminosa todavía, como si las estrellas descendieran sobre la tierra para incendiar el mundo; como si la noche hubiera abierto de pronto sus párpados para mirarlo, incandescente y terrible. Su caballo comienza a relinchar y patalear, y alguien silba o grita en la distancia, y Juan casi se arroja sobre la hoguera para apagarla a puntapiés furiosos, pero cuando lo consigue ya es tarde, el fuego parece haber encontrado en la noche un espejo en el que multiplicarse, y a su alrededor seis hogueras, diez hogueras, quince hogueras encendiéndose al mismo tiempo, algunas lejanas como estrellas y otras tan próximas que puede escuchar el chisporrotear de los leños. Son los salvajes chichimecas; los monstruosos, bárbaros, sanguinarios chichimecas de los que hablaba Tomás, que habitan las montañas que no pueden ser habitadas y ahora esperan, esperan en el silencio

de la noche, esperan al calor de sus hogueras, esperan no se sabe qué, pero esperan.

Pasa el resto de la noche en vela. En el fulgor de las llamas ve concertarse las pesadillas que no está soñando; ve árboles que lo acechan y ve moverse sombras que son en realidad rocas detenidas desde el origen de los tiempos e imagina perpetrarse en la oscuridad una y otra vez las muchas muertes que lo esperan, su cuerpo flechado, degollado, mutilado, espetado en una estaca, salvajemente escalpado. Comienza a rezar entre dientes, y su propio rezo parece transformarse en la oscuridad en un conjuro indígena. Escucha un arbusto agitado por el viento que no sopla, una mano enemiga donde solo hay aire; un coyote que aúlla en la lejanía y lo reclama con su voz vagamente humana. No amanece todavía, no va a amanecer nunca, y entonces, en el mismo momento en que lo comprende, amanece al fin: el sol despunta tras las crestas de roca y se derrama igual sobre su rostro y sobre la grupa de su caballo y sobre las hogueras a punto de apagarse y sobre la muchedumbre de indios que lo rodean como pájaros a punto de emprender el vuelo, cada vez más nítidos y azulados por la luz del alba. Indios que duermen. Indios que se ponen en pie. Indios que parecen hacerle señas con las manos desnudas o con sus hachas de obsidiana. Indios al este y al oeste, al sur y al norte. Indios encaramados a los peñascos o trepados a los árboles o simplemente esperando junto a las hogueras, con sus tocados ceremoniales y sus pinturas para la batalla.

Juan aprieta sin convicción su arcabuz. Abraza ese pedazo de hierro que no le salvará la vida, que no llegará a disparar siquiera. Contempla a los indios formarse en columnas de a tres, blandiendo armas difíciles de identificar en la distancia, y luego los ve emprender la marcha con paso disciplinado, solemne, como procesionarios en rogativa. En uno de los flancos, cuatro indios portan en parihuelas un bulto inmóvil —¿el caudillo de su tribu? ¿Un hombre herido?— y en el opuesto una docena de indios esgrimen pequeñas antorchas blancas. Se acercan. No disparan sus arcos ni aúllan furiosamente ni cargan a la carrera a través de las peñas, pero igual se acercan.

Ceba el arma, con las manos temblorosas. Le llegan, sonando directamente desde el pasado, las palabras que un compañero de armas le susurró muchos años atrás, la víspera de su primer combate. Nunca, nunca disparéis antes de ver al enemigo el blanco de los ojos: apresurarse más es desperdiciar pólvora.

Pero antes de distinguir el blanco de los ojos tiene tiempo de ver otras muchas cosas. Paso a paso ve al caudillo de su tribu, al hombre herido, convertirse en una talla de madera transportada en andas, y las manos de los indios blandiendo armas que no son armas, que parecen, que son pequeñas cruces de madera, y las antorchas blancas que se tornan cirios piadosamente encendidos, y la talla de madera que toma la forma de una Virgen cubierta por un manto de cáñamo y por ramilletes de flores blancas, y allá donde dirija la vista no ve ni un solo arco, ni una macana, ni un escudo, ni hachas de piedra; solo cirios y flores y devotos que alzan al cielo sus plegarias y cruces.

Juan arroja lejos de sí el arcabuz. Alza las manos en gesto de súplica o de reverencia y se pone en pie para recibir a la comitiva que se acerca. Están tan próximos que puede ver el blanco de sus ojos y aun contar los dientes de sus sonrisas. Camina hacia a ellos a pasos lentos. No dice nada. Y al llegar hasta él, cuando están al alcance de su mano, los falsos guerreros se detienen como fulminados, dejan caer a ambos lados las cruces y los cirios, y bañados en lágrimas se prosternan para besar el cuero de sus botas.

—Padre… Padre…

VI

Beber agua, comer pan – Primera muda de serpiente
Trono de un rey menor – Primer apóstol del Reino
Un hombre alguna vez llamado Diego – Convertirse en el propio esclavo – Cabalgar un pájaro – Una daga dibuja el mundo
Ovejas descarriadas – Un ángel a caballo

El poblado espera a media jornada de distancia, al pie de un roquedo en el que tiene la sensación de haber acampado días atrás. Mira a su alrededor los guijarrales deslumbrantes bajo el sol y los riscos que improvisan contra el horizonte equilibrios precarios y los espinazos de roca que parecen escamas de un dragón gigantesco, para quien tenga a bien creer esa clase de cosas, y siente que cada una de las imágenes le toca de una manera íntima, como solo nos tocan los rasgos de un rostro ya contemplado. Y sin embargo nunca antes ha estado aquí: cómo habría podido hacerlo sin encontrar al mismo tiempo las cien o doscientas chozas que se desparraman por su falda. Una cuadrilla de niños corretea a su alrededor, entre risas y empellones. A veces se envalentonan y se aproximan al forastero hasta tocar un pliegue de su capa de gamuza, o una de sus manos extraordinariamente blancas, y luego salen riendo y aullando como cachorros de coyote.

A la sombra de sus cabañas, muchachas con el torso desnudo remiendan tejidos o muelen concienzudamente vainas de mezquite. Levantan tímidamente los ojos de la labor, como sin pretenderlo. Juan aminora un poco el paso para contemplar sus rostros, sus pechos bañados por el sol. Se sorprende de encontrar mujeres hermosas y mujeres vulgares y también mujeres feas, como en todas las regiones de la tierra.

—Todas vírgenes. Todas María —murmura uno de los ancianos que lo acompañan, con una mezcla de orgullo y reverencia.

Luego le conducen al interior de una de las cabañas y le ofrecen bocados de manjares extraños y no del todo desagradables.

—Tú mucho pan, mucho vino. Mucho vino, pan, vino, pan, vino, pan…

Señalan una a una todas las escudillas, los búcaros de barro sin cocer. Llaman vino a todos los brebajes y pan a todos los sólidos, ya sean frijoles rojos, filetes de ciervo o tunas hervidas. Así que Juan come pan de muchos sabores y formas y bebe un vino caliente y espeso.

—Mucho pan, mucho vino… Pan y vino bueno…

Los indios conocen las palabras «pan» y «vino» y «bueno». Juan las escucha aflorar cada tanto en su conversación, casi irreconocibles en sus bocas, entreveradas con muchas otras palabras desconocidas, que parecen tener menos de voz humana y más del mugido de las bestias. Intenta seguir el curso de su diálogo saltando de una palabra española a otra, como piedras solitarias que nos permiten atravesar un río. No está seguro de lograrlo. Escucha o cree escuchar la palabra «infierno», y «cielo» y «reino» y «Dios». La palabra «amor». La palabra «cristiano»: sobre todo esa. Porque ellos son cristianos, dicen o parecen decir, y lo repiten hasta tres veces, golpeándose el pecho con la mano abierta. Cristianos y no salvajes.

Salvaje: por alguna razón la palabra que mejor pronuncian.

—¿Quién os ha enseñado todo eso?

—Padre… Padre enseña.

Pero también ellos tienen preguntas. Pronuncian con torpeza, como aves que se esforzaran en reproducir la voz humana, y sus manos siempre están dispuestas para apuntalar los significados, un poco por detrás de las palabras. Quieren saber de dónde viene, y para indicar «dónde» fingen otear el horizonte en todas las direcciones. Quieren saber si también él es un discípulo de su Padre, y con la palabra «discípulo» permanecen en pie y con la palabra «Padre» se arrodillan. Quieren saber cómo se llama, qué nombre escogió para él su madre, y para acompañar «madre» remedan unos pechos y acunan brevemente el aire. Y cuando Juan por fin contesta, al escuchar a Juan decir el nombre de Juan, vuelven a inclinarse dócilmente para besar sus manos, el faldón de la camisa, la puntera de sus botas.

—Padre… Padre… —repiten.

Juan los aleja con dulzura, con una leve sacudida de su mano. Sí: él también se llama Juan. Y está ahí para encontrar a su Padre, cueste lo que cueste. ¿Pueden ayudarle? ¿Podrían ellos acaso decirle dónde se oculta?

Permanecen un instante en silencio, como si reflexionaran. Al final, un anciano con el cuerpo cubierto de conchas y aretes se adelanta. Señala hacia el norte.

—Casa —dice—. Casa de Dios.

—Llevadme allí.

Se reúnen en el centro del poblado. Ese punto donde solo debería haber un calvero de tierra en el que encender hogueras, o ejecutar danzas de guerra, o hacer lo que sea que hacen los indios cuando no están asesinando cristianos. Pero el corazón de este poblado no está vacío. En lugar de un círculo de cenizas encuentra una cabaña rectangular más grande que las demás,

construida con una voluntad y un esmero que no parece cosa de indios. A través del enramado de las paredes se filtra una luz tenue, tal vez levemente oscilante, tal vez levemente viva.

Juan se aproxima al umbral. Mira primero la puerta cerrada y luego uno a uno los rostros de los indios que han salido a recibirlos. Indios jóvenes, indios viejos, indios enfermos, indios alegres, indios indiferentes a todos y a todo, pero ni rastro del indio Juan.

—¿Quién es vuestro Padre? ¿Dónde está?

—Casa de Dios —repite uno de los ancianos, señalando el portón.

El anciano murmura unas palabras en su lengua, y dos jóvenes empujan la gran puerta de madera. Dentro no hay nadie, o mejor dicho menos que nadie, hay esa soledad que envuelve los lugares que alguna vez han contenido muchedumbres y ahora están vacíos; el suelo de arcilla cubierto por esteras de carrizo sobadas por el uso, y tajos de madera dispuestos a modo de bancos, y una especie de lámpara encendida que pende de la techumbre, y un adoratorio de piedra blanca bañada por la luz. Y al fondo, enmascarada por la penumbra que va y viene, una sombra que parece un hombre crucificado y es solo una estatua de madera, un hombre de madera crucificado a una cruz también de madera, los rasgos dolorosos tallados salvajemente, como a cuchilladas; tal vez un poco menos salvaje, un poco menos doloroso de lo que recordaba. Alguien ha vestido al ídolo con una túnica de lino deshilachada y le ha calzado unas viejas sandalias de cuero español. Son las ropas del indio Juan. Lo sabe en el mismo momento en que las tiene ante sus ojos: antes incluso de que los indígenas se las arrebaten al Cristo para ponerlas en sus manos, en una ofrenda grave y silenciosa.

—Padre —dicen al fin y sonríen.

Juan toca con curiosidad el paño lleno de desgarrones y remiendos, tan raído que en algunos puntos deja transparentar la sombra oscura de sus dedos. Toca también las sandalias ennegrecidas, sus suelas casi completamente desgastadas por la mordedura del llano y de la sierra. El mismo llano, la misma sierra. Y al término de ese viaje, las ropas del indio Juan, abandonadas en la orilla del camino como una primera muda de serpiente.

—Padre… —repiten.

Lo miran fijamente. Miran la túnica en sus manos y luego la camisa llena de polvo y tierra que lleva puesta. Miran los ojos de Juan, la indecisión de Juan, hasta que Juan al fin comprende. Se sienta sobre uno de los tajos de madera y se quita lentamente las ropas hechas harapos; las botas en cuyo interior se cuecen todos los olores del desierto. Deja en el suelo su espada, su

arcabuz, la daga que oculta en la caña de sus botas. Un indio lo ayuda con la izquierda, luego con la derecha; otro ya se agacha con las sandalias listas. Dos más situados a su espalda, indicándole que suba los brazos —cielo, cielo, dicen—, y entonces la túnica cayendo sobre su cuerpo, ajustándose a su cuerpo como una espada se ajusta a su vaina. Siente su calor, el último calor del indio Juan, tocando su piel. A su lado, dos hombres de rodillas forcejean para ajustar sus botas a los pies de madera del Cristo.

Junto al altar hay una especie de sitial de madera, que en algo recuerda a la sillería de un coro o al trono de un rey menor. Dos hombres lo conducen ahí y le indican que se siente. En el mismo momento en que lo hace, todos los presentes se arrodillan.

—¡Padre, Padre! —gritan los fieles.

Pero Juan no es su Padre. Se lo repite una vez más: no es su Padre. Lleva ese nombre, Juan, porque así lo quiso su madre y sus ropas solo porque así lo han querido ellos, pero ahí acaban todas sus semejanzas. Precisamente por eso, porque no son la misma persona, ahora necesita encontrarlo, ¿entienden? Necesita encontrarlo. ¿Pueden ellos ayudarlo?

Escuchan sus explicaciones en silencio. Se miran unos a otros, consternados. Intercambian algunas palabras en su lengua. Nadie dice nada. Juan insiste con mayor vehemencia. Hablo de vuestro Padre, dice. Habla del hombre que les enseñó todo lo que saben. De aquel que llevaba puestas esas mismas ropas. ¿Dónde puede encontrarlo? ¿Acaso se esconde ahí, en algún lugar del poblado?

Al fin uno de ellos niega con la cabeza.

—No… Padre poblado no…

—¿Cuándo se fue?

Vuelven a consultarse con la mirada, con aire afligido.

—¡Solo quiero saber cuándo se fue! ¿Entendéis? ¿Se ha ido? ¿Se ha ido o no se ha ido?

—¿Adónde? —pregunta el mismo indio, a punto de llorar.

Y Juan no sabe qué contestar.

Al principio cree que es solo un salvaje más. Apenas le presta atención: un hombre corriente que se apoya en la jamba de la puerta, puede que más alto que el resto, puede que con un poco más de señorío. Viste una especie de jubón desflecado, lleno de remiendos y descoseduras y parches de diferentes colores, como si alguien hubiera querido improvisar un ropaje cristiano zurciendo restos de harapos. Lleva también un viejo zurrón de piel de cabra,

como los que usan los pastores y algunos peregrinos. Sobre la cabeza un inmenso sombrero de paja, semejante a la rueda de un carro, le vela el rostro. Pero de pronto el hombre corriente alza la cabeza, y entonces Juan ve emerger debajo del ala de su sombrero una barba rubia. Una barba rubia, y una piel blanca y encarnada por el sol, y una sonrisa rígida que parece como tallada en el rostro.

Sin dejar de sonreír, el hombre blanco da dos palmadas y grita algunas palabras misteriosas. Es un mensaje breve y seco, que sin embargo tiene un impacto inmediato en los salvajes. Antes de que haya acabado de hablar, todos se han precipitado ya a la salida de la iglesia —¿la iglesia?— y cerrado el portón tras de sí. Lo que queda dentro es el Cristo vestido con sus ropas y Juan vestido con las ropas del Cristo y el hombre blanco que parece vestido con los restos de las ropas de al menos diez hombres. Su sonrisa no se ha ensombrecido en ningún momento; una sonrisa tan amplia y tan rígida que parece debatirse entre la bondad y la fiereza.

—Tenéis que disculparlos, capitán… Son gente de paz, pero también inocentes como niños…

—¿Qué es lo que les habéis dicho?

Hace un gesto vago con la mano, que barre las palabras recién pronunciadas.

—¡Ah…! Nada importante. Puede que insinuara que vos estabais cansado del viaje, y que cuando estáis cansado no obráis milagros sino tormentos… —ríe débilmente, como pidiendo disculpas—. Ya le dije que son gente de paz… y también inocentes como niños.

—¿Quién sois?

La sonrisa del hombre se intensifica, o quizás se hace más profunda.

—Desde luego no aquel al que buscáis.

—¿Y a quién busco?

—Vos buscáis al Padre… ¿Por qué me preguntáis lo que ya sabéis?

Su sonrisa se ha borrado por primera vez, pero algo de su fuerza parece haberse trasladado a los ojos. Al brillo de sus ojos.

—¿Queréis decir el indio Juan?

—Si gustáis llamarlo así.

—Entonces ¿sabéis dónde puedo encontrarlo?

El desconocido tarda un tiempo en hablar. Mira alternativamente a Juan y su costal de tela. Da vueltas al sombrero entre sus manos

—Y vos, ¿sabéis acaso dónde puedo encontrar papel?

—¿Papel?

—Sí, papel… Para escribir. Papel, pergamino, una maldita tabla de arcilla. Lo que tengáis.

Juan rebusca en su costal. Se le ocurre pensar que las instrucciones para encontrar al Padre son tal vez demasiado complicadas y necesitan ser puestas por escrito. Tal vez quiere consignar un mensaje cifrado: algo que los salvajes, que acaso están escuchando al otro lado de las paredes, no puedan entender. Tal vez está a punto de componer un plano que lo lleve hasta el refugio del Padre. Pero cuando finalmente encuentra su atado de papeles, el hombre no hace nada de eso. Casi se los arrebata de las manos. Besa el lazo que los ciñe y se limita a guardarlos en su pechera, como se guarda un tesoro.

—¡Dios le bendiga! No sabe cuántas veces he soñado con unos papeles blancos y limpios, como estos…

Juan no tiene tiempo de hacer preguntas, porque con el mismo golpe de voz, como si ambos temas estuvieran estrechamente relacionados, el hombre añade que por desgracia el Padre se ha marchado. Durante mucho tiempo permaneció ahí, en ese poblado, esperando, esperando. Parecía que no se marcharía nunca. ¿Qué esperaba? Os esperaba a vos, dice. Precisamente a vos.

—¿A mí? ¿El Padre, me esperaba a mí?

—Sí, a vos. Pero no paséis cuidado. Yo os ayudaré a encontrarlo. Os diré por dónde se fue…

Juan mira la mano del hombre, su dedo índice, que parece a punto de señalar en alguna dirección.

—Aún no me habéis dicho quién sois —dice, sin dejar de mirar la mano.

—¡Ah! Yo no soy nadie. Solo uno de sus hijos… Todos nosotros somos hijos suyos, ¿no lo sabía? Puede que incluso vos lo seáis también…

Un niño ha trepado hasta el ventanuco próximo para asomarse al interior de la iglesia. Juan ve sus ojos redondos y brillantes, espiando en la penumbra. Su sonrisa. Parece feliz, como solo son felices ciertos momentos en ciertas infancias.

—Ellos creen que soy el Padre, ¿verdad? —dice, señalando el ventanuco —. Un enviado del Padre al menos. Por eso me han vestido con sus ropas.

El hombre tuerce la cabeza. Dice primero que no, y luego que sí, y luego que no está seguro. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que sabe él sobre estos indios? Lleva tanto tiempo entre ellos, se lamenta, y todavía no es más que un extraño. Solo Él sabía entenderlos. Solo Él podía. Incluso es posible que solo Él quisiera. A veces parecía que podía estar dentro de su cabeza, de la cabeza de todos estos salvajes, incluso sin palabras. Si él pudiera ahora explicarle lo

que Padre hacía. De lo que era capaz. Si tuviera las palabras adecuadas. ¿Cómo podría él, un simple hijo suyo, un hombre diminuto al fin y al cabo, hacerle entender lo que él mismo no ha llegado a entender del todo? Podría decirse que sabía cómo hacerlos suyos con un solo movimiento de la mano. A todos esos salvajes, que antes de su llegada no hacían más que comer carne humana y asesinarse los unos a los otros. Podría decirse que Padre era capaz de penetrar en sus sueños. Sí, eso hacía; los tocaba en sus instintos, en sus pasiones más primarias, más irracionales. Y también sabía arrebatar esas pasiones usando una sola palabra. Una mirada. Es todo cuanto necesitaba, dice el hombre mientras da vueltas y vueltas a su sombrero: una mirada. Porque al principio no conocía la lengua de esos salvajes, y tuvo que predicar así, con señas, con miradas. ¿Puede Juan imaginarlo? Un hombre transmitiendo el misterio de la Trinidad con una mirada. Con un gesto. Y que ese gesto baste. Que tenga más fuerza que siglos de discusiones entre teólogos y filósofos. Porque aun así, aun sin palabras, acabó llegando hasta el fondo de sus almas bárbaras, sus almas paganas, sus almas atormentadas. Y allá adentro, en ese lugar oscuro, fue capaz de sembrar a Dios.

Juan sigue sus razonamientos con dificultad. Pasado un tiempo ni siquiera está atento a las palabras. Solo al modo en que el desconocido las pronuncia, como si las escupiera o le quemaran en la boca. Asiste a sus movimientos bruscos y enérgicos, que combinados con su ropa hecha jirones le confieren un cierto aire ajuglarado y festivo. Contempla su rostro: el modo en que puede pasar de la alegría a la pesadumbre en un solo instante. Son sus pasiones, y no las de aquellos indios, las que parecen arrebatadas. Como si antes de marcharse, el Padre hubiera prendido un fuego dentro de él que todavía no se hubiera apagado.

—En cuanto a vos —está diciendo ahora—, supongo que creen que sois uno de los emisarios del Padre… Y ya ve que, a su modo, no les falta razón. Es por Él que estáis aquí… Él quien os envía. Ya os dije que Él os espera, que os ha estado esperando todo este tiempo.

—Eso es imposible. El indio Juan… Quiero decir, el Padre, no podía esperarme, porque no sabe nada de mí. Hasta hace muy poco ni siquiera yo sabía que vendría aquí.

El hombre se encoge de hombros.

—Pues de alguna manera Él lo sabía. Él lo sabía. Sabía que ellos no lo dejarían tranquilo. Que no le permitirían continuar su Obra. Que mandarían a otro y a otro y a otro, hasta que… Porque vos estáis aquí para eso, ¿verdad? Para prenderlo…

—No sé de qué estáis hablando —dice Juan, apartando la mirada.

Sonríe con desgana.

—No sabéis de qué estoy hablando… Y sin embargo, es así. Estáis aquí para acabar con él. Pero no os preocupéis: no es mi labor deteneros. Yo no quiero juzgaros… ¿Cómo podría juzgar alguien algo, en este mundo? Y menos que nadie, yo. Porque yo también llegue aquí del mismo modo, igual que vos. Igual que vos. ¿No lo habíais adivinado? Yo soy vos… Al menos lo era. También yo llegué aquí, dispuesto a todo. Pero luego vi, luego vi…

Se interrumpe.

—¿Qué visteis?

Hace un gesto que abarca la iglesia, y puede que también el pueblo que rodea la iglesia. El mundo que rodea el pueblo.

—Vi su Obra.

Se llamaba Diego de Fraga. Siempre habla de sí mismo así, en pasado. Al menos de cierta parte de sí mismo. Del hombre que fue antes de llegar aquí; antes de conocer al Padre. Él ya no es más ese hombre. Se llamaba Diego de Fraga y no tenía dos cuartos en el bolsillo y era todo lo bueno y todo lo malo que se puede ser en las Indias cuando no tienes dos cuartos en el bolsillo. Sobre todo lo malo. Porque se llamaba Diego de Fraga pero tenía por mal nombre Diego de Daga, por lo natural y hasta necesario que se le hacía sacarla a relucir a la menor ocasión. Cuando se refiere a la menor ocasión, explica, está hablando de muy poca cosa. Cuando se refiere a la menor ocasión está pensando, por ejemplo, en un jugador que dice lo que no debe en la mesa de juego, pero también en un jugador que no dice absolutamente nada, y que aun en silencio lo mira —lo miraba— del modo que no debía. Parece poca cosa, una mirada, pero a él siempre le pareció un asunto muy serio. No eran esa clase de miradas que sirven para explicar el concepto de la Santísima Trinidad a un puñado de salvajes; no tenían, por supuesto, esa fuerza, pero tampoco eran cualquier cosa. Hay miradas, dice, que lo mandan a uno al Diablo, y él sabía cómo interpretar esas miradas, y sabía también cómo atajarlas: con dos pulgadas de acero en el pecho. Así era. Así vivía. Trajinó, maleó, hirió, mató. De la religión no sabía gran cosa. Lo justo para entender que decirle a alguien que tenía nariz de judío o catadura de hereje reconciliado era razón suficiente para tentar a la muerte; y también lo justo para saber que una vez esa muerte se producía, debía acogerse a sagrado. Más de una vez le tocó pasar una noche, a veces hasta una semana, cercado por los alguaciles en una iglesia de la ciudad de México. Afuera lo rodeaban los alguaciles y adentro los curas y frailes, que querían convencerlo de quién sabe

qué cosas. Hombres que hablaban de pobreza con cálices de oro en la mano; de temperancia deslizando sus manos repugnantes en lo oscuro del confesionario. Esa era por aquel entonces toda su relación con la Iglesia. A veces, claro, también rezaba. Le pedía a Dios una docena de escudos con que cambiar de vida, pero Dios no escuchaba. Al menos eso creía entonces. Porque Dios, el Padre se lo ha enseñado, siempre escucha. Siempre nos da lo que le pedimos, sobre todo cuando sabemos pedirle las cosas que debemos. Acaso Dios sabía entonces algo que él mismo solo puede saber ahora: que ni doce ni doscientos ni un millón de escudos habrían bastado para salvarlo. Para cambiar de vida solo debía hacer precisamente eso: cambiar de vida. Y cierto día, cierta noche, en una taberna infecta, sucedió. Vio entrar por la puerta a un hombre que no había visto nunca antes. Un hombre muy rico o con maneras de muy rico. En aquella taberna que olía a orines y a vómito y a pulque. Uno de esos caballeros encopetados, que pertenecen a esa clase de hombres que saben hacer más daño con la lengua que con las manos. Las manos de aquel sujeto, dice aquel que una vez respondió al nombre de Diego, eran por cierto blancas, limpias, melindrosas. Jamás habían dado muerte a un hombre: podría jurarlo. Pero su lengua. Sus palabras. Lo recuerda sentado frente a él en una mesa manchada de sangre y de vino, una mesa que no es digna de Vuestra Merced, diría él, un tanto apurado, pero al hombre no le importaba o dijo que no le importaba. Hablaron durante toda la noche. Más bien el hombre habló. Sabía que lo llamaban Daga. Sabía muchas cosas y tenía muchas ideas también. Un encargo para él. El encargo, dice el hombre a quien las peores lenguas conocían como Diego de Daga, vos podéis imaginarlo. Tenía que llegar aquí y hablar con él y prenderlo, o matarlo. Nunca me dieron instrucciones precisas. ¡Los de ahí arriba nunca hablan claro!, ¿no os parece? Es más cómodo para ellos no hablar claro. Se limitan a decir a los de abajo cuál es el problema. Les dicen que sería terrible que cierto hombre siga predicando, que continúe inoculando su veneno, que tenemos que hacer algo, tenemos que hacerlo, y los de abajo entienden…, ¿qué entienden? Nunca dicen la palabra matar. No quieren mancharse la boca. Solo mancharnos a nosotros las manos, dice. Y nosotros nos las manchamos, claro. Al menos él estaba dispuesto a manchárselas. Estaba dispuesto a mancharmelas, repite. El encargo lo llevó de México a Zacatecas y de ahí a la sierra, o lo que es lo mismo, de ahí al infierno. Vino acá. Vino acá, cuando la Obra del Padre apenas estaba empezando. ¿Cuánto tiempo hace de eso? No es capaz de recordarlo. Quién lo sabe, y a quién le importa. Llegó y basta. Todo es más sencillo de lo que creemos. El mañana llega, el ayer se va: a eso se reduce

todo. Al menos eso es lo que piensan los salvajes. ¿Sabéis que ni siquiera tienen una palabra en su lengua para nombrar esa cosa tan sencilla: tiempo? Tierra y polvo y cielo: eso es todo cuanto existe para ellos. El tiempo es algo que se camina, como el mundo. El pasado es algo que se aleja y el futuro algo que se acerca y el presente algo que se intenta aferrar con ambas manos, sin lograrlo. Suena absurdo, admite, suena, quizá, ridículo, pero ¿acaso pueden estar ellos seguros de lo contrario? Si ahora, en mitad de este desierto, le preguntara a Juan en qué año se encuentran ¿no le temblaría la voz en la respuesta? ¿Qué importan acá los años, los reyes, las efemérides? Si le dijera que en Castilla ya no reina Carlos sino su hijo Felipe, ¿qué cambiaría? Y si después de ese Felipe, que llamaremos segundo, viniera un tercero, ¿entonces qué? Si supiera, en fin, todo eso ¿qué cambiaría? ¿Qué le importa a él como convengan contar el tiempo, los que tengan a bien contarlo? La propia noción de año, de fecha, resulta inconcebible en este desierto. ¿Año después de qué? ¿Año después de quién? Acá no vino ningún Cristo. Lo más parecido a Cristo fue, precisamente, el Padre. Tal vez el Padre merezca eso: su propio año. Su propia cronología. Aunque es justo recordar que el Padre no creía en el tiempo. Al menos no como suelen creer los hombres. Cada día es el Día del Juicio: eso decía. Pero no importa. El hecho es que él conoció al Padre y lo hizo, claro, el Día del Juicio. Habló con Él. Tal vez estén hablando todavía ahora, precisamente ahora, en esa parte del mundo donde según los salvajes quedan los hechos pasados. A su espalda, siempre a su espalda. Le dijo que había venido a matarlo. Pero el Padre no tuvo ningún miedo. Simplemente se sentó a su lado y habló y habló. Habló toda la noche y todo el día: habló bajo el sol y bajo las estrellas. Ojalá pudiera recordar esas palabras. Todo cuanto él diga ahora, intentando recordar lo que el Padre dijo, no será más que ruido de hojarasca: el soniquete con que los árboles tratan de imitar la canción del viento. Cáscaras de huevo, secas y rotas, donde hubo una vez un pájaro. El Padre hablaba un poco así, a través de imágenes. Uno podía ver frente a sí todo cuanto nombraba: ver cómo lo iba señalando con la punta de la lengua. El hecho es que el Padre habló, quién sabe durante cuánto tiempo, y mientras lo escuchaba olvidó que algo llamado sueño existía. Le dijo que el mundo estaba podrido y la tierra, su tierra, maldita. Vos conocéis el mundo como yo, dice Diego que dijo el Padre, y vos sabéis, también, que entre el mundo y el Infierno ya no hay ninguna diferencia; que en las cúpulas de las iglesias se pintan pesadillas llameantes para aterrar a los fieles, pero que en verdad bastaría con disponer un espejo; una vidriera que reflejara todo lo que los hombres tienen de monstruos. Los encomenderos que crucifican a los indios

insumisos. Los hombres que matan por oro. Los sacerdotes que embarcan a sus mancebas haciéndolas pasar por madres o hermanas. Toda la creación gime a una, dijo, y a una sufre también dolores de parto. Habló de ese parto que estaba por suceder; de la necesidad de alumbrar un nuevo mundo. Este es mi nuevo mundo, dijo señalando a los indios que lo rodeaban, y este nuevo mundo es solo el comienzo. Y Diego de Daga, el hombre al que le faltaban dedos para contar a todos los hombres que había matado, decidió envainar la espada y esperar. Voy a creer en vuestras palabras, dice que dijo. Pero si os apartáis de ellas, aunque solo sea la uña de un dedo meñique, aunque traicionéis no más que una sola letra, os mataré. El Padre solo sonrió. ¿Puede Juan comprender qué clase de persona era el Padre? ¿Alguien a quien amenazamos con la muerte y sonríe? Eso hizo el Padre: sonreír. Y jamás se apartó del sentido de sus propias palabras. O, según se mire, se apartó tantas veces que no pudo llegar a contarlas, porque a cada rato le asaltaban nuevas ideas, ideas brillantes, revelaciones que lo cegaban con su resplandor de fuego y más tarde lo dejaban aturdido durante días o semanas. Tras sus iluminaciones todo él parecía arder; resultaba intolerable mirarle a los ojos, abismarse en los ojos que habían visto tan luminoso y tan profundo, igual que puede quemar la luz del sol incluso rebotada en el agua. Luego volvía en sí, preñado de ideas nuevas y con hambre de llevarlas a cabo. Decidía, por ejemplo, que debían enterrar y devolver a las entrañas de la tierra todo oro, toda plata o todo rubí que hubiera en el poblado, pues el hombre solo debe tener hambre de pan. Instituyó como moneda cierta especie de conchas que aquí pueden encontrarse en los vados de los ríos, y tras un tiempo también esas conchas las arrojó lejos de sí, diciendo que igualmente eran oro, oro blanco, pero oro al fin y al cabo. Desterró de su mundo la moneda, el puro concepto de la moneda, que según él derramaba tanta sangre como el mismo hierro, e hizo que todas las tierras pertenecieran a todos los hombres y que estos vivieran unidos y en común, y se repartieran el maíz y los frijoles según la necesidad de cada uno. Decía que nada hemos traído a este mundo y nada sin duda podremos sacar, así que teniendo sustento y con qué cubrirnos, deberíamos estar satisfechos. Cada mañana se sentaba bajo una higuera a impartir justicia, que no era justicia de hombre sino de Dios, pues todo cuanto decía no era más que un eco de lo ya anunciado en el Evangelio. A veces, es cierto, negaba una cosa que había afirmado la víspera o decía un día que todo hombre podía hacer y comer cuanto quisiere, y al siguiente que quien no aceptaba la azada, tampoco había de aceptar el pan. Estas contradicciones no le inquietaban. Decía que no debíamos ser esclavos de nuestras propias

palabras ni aun de nuestros pensamientos. Ser libres de la opinión de otros, y aun libres de la propia opinión. Decía también que cuanto Él quería traer a nosotros no podíamos todavía llegar a entenderlo: que nos daba a beber leche y no alimento sólido, porque aún no éramos lo bastante hombres para digerirlo. Y así fue como el hombre que alguna vez se había llamado Diego de Daga, ese bellaco que cierta noche de ebriedad había degollado a un desconocido porque le pareció que, aun tras la expresión grave, se estaba secretamente riendo de él; ese malnacido, se convirtió —¿podéis creerlo?— en su primer apóstol. Decidió entregar su vida al Padre, con la misma pasión con que antes le quitó su vida a otros. Y durante mucho tiempo —¿cuánto tiempo?— estuvo a su lado, viendo crecer su Obra, piedra sobre piedra. Ese mundo que estaba llamado a sustituir al otro. Hasta que un día, una mañana que en nada parecía diferenciarse del resto, el Padre lo llamó a su diestra. Fue entonces cuando se lo dijo. Le dijo que por desgracia su tiempo en este lugar había dado a su fin y debía continuar su camino. Que había llegado el momento de dejarlo solo. Y el hombre que había alzado su espada lo mismo contra mujeres que contra niños y ancianos perdió la compostura por primera vez en mucho tiempo y lo reclamó tomándolo por la pechera. Su voz era desesperada. Le dijo que no podía abandonarlos; no ahora. Le repitió lo que tantas veces Él mismo había dicho: que su trabajo ahí aún estaba lejos de concluir. El Padre se desasió con suavidad del garfio de su mano, casi sin darle importancia, y lo tomó de la mejilla. Le dijo que tenía razón, que el mundo que había alumbrado estaba todavía por formarse, por crecer, pero que eso no era más que el principio. Que su Obra apenas comenzaba, que con ese primer poblado apenas acababa de poner los cimientos de algo, y que si algún día quería llegar a edificar sus muros y techarlo con tejas debía partir inmediatamente. Solo así sería hallado por los que no le buscaban y se manifestaría a los que aún no preguntaban por Él. Además, ¿quién decía que esa empresa que había iniciado no alcanzaría conclusión a su debido tiempo? Para eso quedaba él, dijo. Esa sería su misión, su apostolado. Iba a heredar nada menos que un mundo, y debía estar a la altura de ese regalo. También dijo que Juan o alguien semejante a Juan vendría; que el pasado seguiría enviando sus esbirros, pues estaba escrito que quienes viven piadosamente en Cristo padecerán persecución. Llegaría un hombre con el propósito de prenderlo, de asesinarlo, pero nada grave había en ello, pues Él bien sabía que ese hombre que había de llegar no lo prendería y no lo asesinaría. Que si esta Obra que ahora Él iniciaba era cosa de hombres, se destruiría sin que fuera fuerza tocarla; pero que si era de Dios, nadie conseguiría abatirla. Eso dijo. Y

eso hace él desde entonces: esperar. Eso hago yo desde entonces, dice: espero. Pero no espera mano sobre mano. Procura, tal y como el Padre le instruyó, seguir trayendo a la tierra la justicia de Dios y cavando más profundo los cimientos de su Reino, porque todo lo que queremos levantar hacia el cielo debe estar primero firmemente sembrado en la tierra. Eso dice ese villano que un día fue Diego de Daga, temido y odiado en todos los rincones de la Nueva España; asesino de hombres, mujeres y niños; responsable de tantas muertes que los dedos de las manos no bastan para resumirlas. Eso dice, y clavando sus ojos en los ojos de Juan le pregunta si acaso es capaz de entender alguna cosa de todo cuanto ha dicho, y luego sonríe.

Juan asiente. Asiente todo el tiempo. Pero ¿realmente entiende? A veces diría que sí y otras veces le parece estar escuchando los desvaríos de un loco. Sus gestos súbitos, arrebatados, tienen algo que recuerda a los gestos furiosos del ciego; al modo en que predicaba desde su púlpito sobre labradores y serpientes. También él mira hacia delante, siempre hacia delante, como si nada más existiera; mira lo que todavía no está con los ojos igualmente enceguecidos o ausentes, sin que un solo pedazo de realidad se interponga. Mientras habla, el apóstol del Padre lo lleva de un lado a otro, tan rápido que apenas puede seguir su paso. Hay tantas cosas que Juan debería conocer. La carpintería, el horno alfarero, la curtiembre, el obrador. También los telares, el molino. Los campos de cultivo, que aquí llaman «tierra de Dios» y rinden fruto para todos los hombres sin distinción. Incluso disponen de una herrería; qué le parece, salvajes que treinta años atrás solo sabían golpearse con piedras y huesos y hoy aprenden a forjar sus propias azadas, sus propias sierras, sus propios clavos.

Juan ve hombres y mujeres arrodillados sobre los surcos de la tierra para desgranar frijoles y otros que tejen sarapes de esparto o sandalias de cuero. Un muchacho golpea furiosamente un yunque; otro descorteza troncos o acarrea cestos o amasa adobe. Ve una cadena de mujeres que se van pasando una pella de arcilla y cómo cada una de ellas deja en la masa su diminuto sello: una moldea las asas, otra hace incisiones con su buril, otra la remoja en un balde de agua. Para cuando el barro llega a las últimas manos, es ya una vasija ornada con geometrías y dibujos misteriosos, y solo falta cocerla en el obrador. Ve frente a la Casa de Dios un coro de treinta o cuarenta niños cantando en un latín improbable, acompañados de tambores y chirimías de hueso, y a una especie de indio sochantre que agita su báculo al compás de la música. Por lo demás no se oye una voz humana: solo el martilleo de las herramientas y el revoloteo de los guajolotes en sus corrales.

El apóstol del Padre continúa hablando. Habla con voz ominosa del tiempo terrible de su gentilidad, cuando se dedicaban a emborracharse y dispararse flechas y devorarse los unos a los otros, como animales que vagan por la llanura. Pero Juan ya no lo escucha. Solo tiene oídos para el silencio. Solo ojos para los indios que pululan de un lado a otro llevando o trayendo cosas en respetuoso silencio, a veces incluso con una leve sonrisa en los labios, con la precipitación y el recato de monjes industriosos. Parecen felices. Parecen humanos. Más humanos de lo que nunca le llegaron a parecer los indios que vio trabajar en las encomiendas, excavar en las minas, sufrir clavados a sus cruces. Se diría que están satisfechos. Que no esperan de sí mismos ni del mañana nada que no tengan de hecho ya entre las manos. Y no parece haber entre ellos hombres superiores ni hombres inferiores: son simplemente eso, hombres. Hombres que tal vez trabajan como esclavos, pero lo hacen en un mundo sin señores, en un mundo de esclavos para sí mismos que por esa razón son, de alguna manera, libres. Mirándolos comprende qué es lo que el indio Juan vio aquí. Qué es lo que quiso hacer; lo que tal vez logró. Es el sueño de un hombre que por su ambición y belleza parece casi divino: fundar un mundo que contra todo pronóstico siga girando sin el combustible de la plata y el oro. Un mundo en el que sea solo lo humano cuanto se gana y cuanto se pierde.

Atado a una de las vigas de la fragua encuentra su propio caballo, comiendo resollante de un pesebre de madera. Junto a él está sentado un indio, con la boca entreabierta y la atención clavada en su inmensa cabeza. Hace ademán de adelantar la mano para tocar su hocico, despacio, pero al final no se atreve. Cuando ve al Padre y al apóstol se levanta bruscamente, como sorprendido en falta.

El hombre alguna vez llamado Diego ríe, señalando su cara de asombro. Le explica a Juan que hay que ser comprensivos con él: es el primer caballo que ve en su vida.

—¿Verdad que sí, Marcos? ¿Verdad que nunca antes habías visto un caballo?

El indio afirma con la cabeza, sin dejar de mirarlo.

—No… Yo oír.

—¿Oír? —pregunta Juan.

Asiente con energía.

—San Pablo…

—¿San Pablo?

—Caballo cae San Pablo…

El apóstol sonríe con orgullo.

—Como veis, son indios bien instruidos en la fe y en la historia sagrada. Probad, probad, ¡preguntadle lo que se os antoje!

Juan duda un momento. Adelanta una mano para acariciar las crines del caballo, completando el movimiento que el indio no se atreve a hacer.

—Dime, ¿imaginabas el caballo así?

El indio no se vuelve para mirarlo. Ni siquiera pestañea. Sus ojos son dos alfileres negros ardiendo a la luz del sol, semejantes en todo a los ojos de los caballos.

—No, Padre.

—¿Cómo lo imaginabas?

Tarda mucho tiempo en contestar, como si el asunto mereciera una reflexión profunda.

—Pájaro —dice al fin.

—¿Pájaro?

—Pájaro grande.

El apóstol ríe exageradamente.

—¡Así que un pájaro! ¡San Pablo cabalgando un pájaro, nada menos! Están un poco locos, estos indios… Pero son buenos. La mayoría al menos. Marcos, por ejemplo, es bueno… ¿Verdad que tú eres bueno, Marcos?

El indio asiente con convicción.

—Yo bueno. Yo puro. No castigo. Yo Jesús.

Y luego, ante la risa del apóstol que no se apaga, repite:

—No castigo. Yo Jesús. Yo Jesús.

En algún momento, el apóstol parece perder interés en Juan. Se ha sentado sobre el polvo, ha sacado de su zurrón el atado de papeles y ahora se inclina sobre ellos con gesto de profunda meditación. Su mano derecha, y a veces su mano izquierda, vuelan sobre el papel como pájaros furiosos. Juan se acerca cautelosamente. Es un dibujo. Tiene un carbón cortado a cuchillo en la mano —en las manos—; un carbón que viaja de la mano derecha a la izquierda y de la izquierda de nuevo a la derecha, y que en el camino deja sobre el papel algunos trazos rápidos, dispersos, tan súbitos e impredecibles como sus gestos. Tan pronto está trazando las cejas de un indio como salta al contorno de una choza o dibuja la sombra de un árbol antes de dibujar el árbol. Parecen solo garabatos, chispas de tiniebla en medio de la blancura casi intolerable del papel, pero en algún momento comienzan a concertarse formas, volúmenes, figuras. Dibuja lo que ve, o más exactamente, parece estar dibujando lo que el propio Juan ve: el obrador donde se cuecen las cerámicas y el muro de adobe

sobre el que se apoya y el niño pacífico y silencioso que los observa desde el suelo. Moscas que viajan de un objeto a otro, como esquirlas negras. Pero luego comienza a dibujar al propio Juan mirando esas mismas cosas, en primer plano, y de pronto, como si se hubiera puesto detrás de los ojos de un pájaro, quién sabe si detrás de los ojos del mismo Dios, se dibuja a sí mismo mirando a Juan; a sí mismo inclinado sobre el papel, con expresión reconcentrada.

—Es mi pasión —dice sin detenerse, sin levantar la vista—. Dibujar nuestra Obra. Dar testimonio de ella. El Señor dice que debemos dar testimonio de la luz, de todo cuanto hemos visto y oído. Y Él no quiso que yo alcanzara el conocimiento de las letras humanas, pero en cambio me dio esto.

Y luego, alzando súbitamente los ojos y abriendo los brazos, exclama:

—¡Cuánto he soñado encontrar pergaminos, papeles, lo que fuera…! Llegué a dibujar… Me avergüenza decirlo. Llegué a llenar de dibujos el libro del Padre…

—¿El libro del Padre?

Asiente rápidamente, sin mirarlo. Y sin mirarlo también, sin dejar de dibujar ni un momento, desliza la mano libre en su zurrón y se lo tiende. Es un volumen de tapas negras y encanecidas por el moho, con los bordes magullados y maltratados como una reliquia demasiado santa. Es, de hecho, una Biblia. Es la traducción de la Biblia del indio Juan, ya concluida, y Juan sopesa el libro durante algún tiempo en sus manos, sin atreverse a abrirlo. Pero lo abre al fin. El libro del que Juan aprendió todo cuanto sabe; todo cuanto cree. El libro que despertó el furor del inquisidor y del visorrey. Solo queda abrirlo y al final lo abre. Y dentro encuentra una Biblia en español, escrita con una caligrafía afiebrada y feroz, tan rabiosa que casi parece hacer sangrar la hoja. Una Biblia con algunas citas subrayadas al desgaire, con algunas páginas dobladas, con algunas páginas arrancadas, pero entre todas esas letras ningún margen; entre las letras garabatos pintados con carbón, con tierra, con savia, tal vez con sangre, jaurías de figuras que pululan entre los párrafos, entre las líneas, entre las palabras, un aluvión de formas que se entrelazan en una celosía interminable. Ve, como si descifrara el tímpano de una iglesia, algunas formas conocidas y otras misteriosas; ve indios que tejen cestos e indios que cosechan calabazas e indios que rezan de rodillas; ve el interior de una cabaña de paja; ve una mujer desnuda bañando en el río a su hijo también desnudo; ve guajolotes y tocados de plumas y flautas de hueso. A veces, para redondear una figura o dar sombra a un objeto, el dibujo se apoya en la línea sinuosa del texto o incluso tacha alguna palabra: un borrón

sobre la palabra misericordia; sobre la palabra amor. Ve niños que corretean, entre risas y empellones. Ve un hombre llorando sobre la tumba de otro hombre. Ve una mazorca madura, que parece cuajada de dientes humanos, y una dentadura humana que parece hecha de granos de maíz. Una sonrisa. Unos ojos abiertos, unos ojos cerrados. Unos labios fruncidos en un gesto que parece el de besar o el de escupir o el de soplar una llama. Ve el ciclo de la vida, una mujer que da a luz en el Génesis, en medio de indecibles padecimientos, y un niño que repta, que gatea, que se pone en pie para caminar desde el Éxodo en adelante, que se viriliza página a página y al fin copula piadosamente en los Evangelios —su falo dibujado como una cruz; su esposa hueca como un sagrario o un tabernáculo—; ve otra vez a esa mujer, la misma mujer, dando a luz en el libro de las Revelaciones, en medio de indecibles padecimientos. Y ve también muchas otras cosas que no acierta a entender o explicar. Ve el esqueleto de un caballo muerto, lijado por la arena. Ve una cárcel o la idea de una cárcel, y dentro tres presos hacinados que languidecen de hambre o de pena o de asco. Ve un carro tirado por mulas que transita por el corazón de una batalla. Ve una ermita de madera y luego una catedral de piedra y por último una catedral de hierro que sin embargo las llamas devoran. Ve a un hombre a caballo que asola la llanura y reparte esperanza y muerte. Ve una página completamente tiznada de negro, como si guardara luto por algo o por alguien. Ve hincada en la tierra una cruz hecha de dos arcabuces atravesados y a un caballo también negro que aguarda. Ve una inmensa serpiente que repta por el desierto, y a cientos de hombres y de mujeres y hasta niños que se agarran como pueden a sus escamas. Ve una pirámide de mujeres muertas ascendiendo desde el fango de la tierra hasta el fango del cielo. Ve el desierto y la cicatriz negra que lo atraviesa. Ve a un hombre que grita desde lo alto de un púlpito o un estrado y debajo cientos, puede que miles de hombres que lo sujetan sobre sus espaldas, casi aplastados por su peso. Y aun ve más: ve armas de otro tiempo, campesinos, iglesias, monedas de oro, amaneceres, guerreros. Ve una piara de dioses demoníacos, los ídolos muertos de la comunidad chichimeca, ardiendo en una inmensa pira; un fuego que se enciende en los Hechos de los Apóstoles y ya no se apaga, en lo que queda del libro; un fuego que quema, que purifica a algunos de los miembros de la tribu, quién sabe si todos los miembros, hombres y mujeres que se retuercen de dolor entre las llamas, y en las últimas páginas ve también, como paridos de pronto por una pesadilla, hombres sin brazos y hombres sin piernas y hombres con las cuencas de los ojos vacías y hombres que son abiertos en canal y sale de ellos, agazapado, el Enemigo; ve cuchillos

que viajan de la mano a la carne y de la carne a su vaina, y ve también decapitaciones, torturas, flechamientos, a hombres que se ahogan en el agua y a hombres que se ahogan en las llamas, como si el Diego de Daga de otros tiempos hubiera emergido del pasado para atormentar el presente.

De pronto el propio Diego, el hombre que fue Diego y ahora es apóstol del Padre, le arrebata el libro. Pasa las páginas con urgencia, como enardecido.

—Esto no es lo que a vos os interesa… Lo que a vos os interesa… es esto.

Le devuelve el libro, abierto por el Génesis. Y en él, en una página vacía o casi vacía, se topa con un rostro humano, ocupando toda la hoja. Es el Padre. Lo sabe sin necesidad de que su apóstol abra la boca. Lleva puestas sus ropas y está sentado en una silla que parece el trono de un rey menor y desde ese trono reina con un aire vagamente terrorífico. Es el Padre el que da miedo. Los ojos de ese Padre. Brillan desde el fondo de su retrato con un resplandor intolerable, del que no parece capaz ningún pigmento. Tienen la vaciedad y la dureza de los espejos y de ciertas gemas, y permanecen perpetuamente abiertos, como si carecieran de párpados. Como si carecieran, también, de mirada, si es que eso es posible. Ojos que se dirigen hacia delante, siempre hacia delante, en persecución del Cristo venidero en que habrá de convertirse, o tal vez en persecución de las figuras que se debaten fieramente en los márgenes del libro. El Padre contemplando esos habitantes pavorosos de los sueños de Daga sin juicio ni sufrimiento alguno, sin admiración y tampoco sin rechazo, como se contempla un futuro que ya se conoce y en nada nos afecta.

Está atardeciendo. Lentamente los trabajos cesan y las fraguas apagan sus fuegos. Las alfareras que componían la cadena se ponen de pronto en pie, como orquestadas por un toque de corneta inaudible, y se disuelven en la muchedumbre de indios que regresan a sus chozas. En la tierra quedan abandonadas sus vasijas a medio hacer, o más bien treinta versiones de la misma vasija en diferentes fases del proceso, desde que nace como una simple masa de barro hasta que ya está lista para aplacar nuestra sed. Solo el apóstol permanece inmóvil, inclinado sobre sus papeles. Dibuja los trabajos que cesan, los hornos que apagan sus fuegos, las alfareras que se disuelven en la muchedumbre de indios que regresan a sus chozas.

Y entonces, en las callejuelas cada vez más desiertas, Juan escucha algo que parece el mugido de un animal o el sufrimiento de una bestia. Mira en todas las direcciones, hasta que cree descubrir su procedencia: un redil que se divisa a lo lejos, en uno de los costados del pueblo.

—¿Qué es eso?

—Son las ovejas —dice el apóstol, sin levantar la vista del papel.

—¿Ovejas? ¿Aquí?

—Sí. Ovejas.

Juan se dirige hacia allí, preguntándose cómo habría hecho el indio Juan para llevar consigo su propio rebaño de ovejas castellanas. Por el camino se cruza con un anciano que viene meneando la cabeza.

—Puros no —le dice señalando hacia atrás, con tristeza—. No María, no Jesús.

Juan aviva el paso, tal vez porque ya sabe lo que va a encontrarse. Un redil empalizado con estacas que doblan la estatura de un hombre. Dos centinelas montan guardia en el portalón, provistos de arcos y lanzas. Y al otro lado, entre las rendijas, ensombrecidos por el sol que se aleja, atisba cuerpos. Fragmentos de cuerpos. Ve los últimos dibujos de Diego encarnarse sobre la tierra, como si los márgenes del Apocalipsis hubieran parido al fin sobre el mundo su galería de monstruos. Ve indios sin brazos e indios sin piernas e indios con las cuencas de los ojos vacías, todos aún vivos, todos errando como sonámbulos en torno al mismo circo de polvo, algunos arracimados contra las estacas y otros llorando y otros abrazándose con sus cuerpos mínimos o rehuyéndose los unos a los otros, rendidos por el asco o por la vergüenza.

—Qué es esto —dice con voz helada.

No hay interrogación en su voz: solo condena.

Los centinelas se miran unos a otros, confundidos. Están buscando la palabra adecuada, sin encontrarla.

—Esto agnus, Padre —dice uno de ellos.

—Agnus —repite el otro, muy serio.

—Agnus —murmura Juan sin mirarlos, como ido.

—Oveja —dice al fin uno de ellos—. Esto oveja, Padre.

—¡Oveja! —Confirma el segundo con una sonrisa, contento de haber dado al fin con la palabra adecuada.

—Oveja —repite Juan—. Cómo que oveja, malnacidos. Qué carajo decís.

La última frase la pronuncia casi en un grito. Tal vez por eso los indios que pasan comienzan a arremolinarse en torno a Juan. Algunos sonríen. Miran a Juan, entre divertidos y perplejos. Otros tironean débilmente de los pliegues de su túnica, tratando de explicar a Juan lo que Juan no entiende.

—Oveja —repiten, con paciencia didáctica—. Oveja. No María, no Jesús.

Juan los aparta con brusquedad.

—No son ovejas, bellacos, son hombres. ¿Entendéis? ¡Hombres!

Y entonces una voz dura, una voz familiar, retumbando a su espalda.

—Son ovejas —dice Diego de Daga—. Ovejas descarriadas.

Aprieta en la mano izquierda el carbón afilado, como se empuña una daga. No está mirando a Juan ni tampoco a los prisioneros, que comienzan a temblar y a gritar al oír su voz. Mira el cielo, el último resplandor de la tarde, como si en él leyera las palabras que está por decir.

Dice que él no tiene el don de las letras, pero que le consta que está escrito que ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles, y que todo árbol que no arroje buen fruto será arrojado al fuego.

Dice que Dios disciplina al que ama y azota a todo el que recibe como hijo, y que el hijo al que un Padre no disciplina ni azota no es en verdad hijo, sino bastardo.

Dice: Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y échalo lejos de ti.

Dice: Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti, porque mejor te es que perezca uno de tus miembros que no todo tu cuerpo sea arrojado a la Gehena.

Dice: A los que están fuera de vosotros, Dios juzgará. Quitad, pues, a los malvados de entre vosotros.

Dice que el miembro que peca ha de ser cortado no sea que corrompa el cuerpo y que el miembro de la Iglesia que peca ha de ser cortado con él, no sea que corrompa la Iglesia.

Dice que la tierra que produce espinos y abrojos es reprobada y está próxima a ser maldecida y su fin es ser quemada.

Mientras habla, mientras su voz cae con las primeras sombras de la noche, Juan ha dejado de mirar a los prisioneros. Prefiere examinar, uno a uno, el rostro de los indios que escuchan a Diego de Daga. Indios que aprueban, indios que se embelesan, indios que ríen. Indios que cierran serenamente los ojos, como transportados o mecidos por sus palabras. Incluso indios que cantan, cubriendo con sus canciones los lamentos y los gritos. Entre todos esos indios pacíficos, satisfechos, comprensivos, solo unos ojos dolorosamente abiertos. Solo una expresión de horror. Es una india de piel atezada; una india que tal vez le recuerda vaga y dolorosamente a alguien. Tiene la boca entreabierta, como petrificada en un rictus de pavor: un gesto en el que no hay sorpresa sino solo la constatación de algo que ya se sabe y no por ello es menos intolerable. Ella tampoco mira a los prisioneros. No mira a los indios. No mira al cielo. Solo mira hacia atrás. Lo mira a él. Dentro de él. Quién sabe si a través de él. Mira de un modo terrible, como se miran las cosas terribles que han sucedido y las cosas más terribles aún que están por

suceder; unos ojos de los que se ha evaporado toda voluntad y toda belleza, que han visto el horror y están llenos de él y son por tanto insoportables de mirar, o que tal vez han visto el horror y por eso mismo están vacíos y ese vacío es aún más insoportable. Ojos que ya no reflejan nada, que son lo que queda de la compasión cuando se le borra la fe; la libertad cuando se le resta la justicia; la voluntad cuando carece de manos y voz. La esperanza menos la esperanza.

Ocurre después de la salida de la luna, antes del canto del gallo. Juan se viste en la oscuridad, precipitadamente. Recoge su costal, su arcabuz, la espada. Se desliza sobre las esteras de carrizo con los pies descalzos y las botas en la mano. Empuja sigilosamente la puerta de la choza, que cruje con un ruido seco. Durante un tiempo que parece inmenso permanece clavado junto a la puerta, prestando atención a los ruidos de la noche. Solo el crepitar distante de una hoguera; el gañido de un coyote.

Encuentra a su caballo atado al alpendre de la fragua, vagamente iluminado por la lividez de la luna. Se apresura a apretar las cinchas, a cruzar el arcabuz sobre la cerviz del caballo y a atar el costal al borrén de la silla. Entorpecido por la oscuridad, tarda mucho en lograrlo. Siente que cada uno de sus movimientos viene acompañado por ruidos y sonajeos; que sus brazos y piernas pesan como la piedra. Pero al final salta sobre el caballo, y espoleándolo con un leve tirón de las riendas, se dirige hacia el sur.

No llega a salir del pueblo. Detiene al caballo justo a la altura de la última choza. Durante algún tiempo mira el camino de regreso, o lo que la noche deja ver de él. Ve la dentadura mellada de la sierra y el polvo del llano blanqueado por la luna y ve los trabajos sufridos para llegar hasta aquí, los hombres que lo abandonaron en la montaña, las hogueras nunca encendidas, los indios crucificados y las minas de plata y los caminos que conducen a su pasado. Y cuando ya ha llegado hasta ahí con su pensamiento; cuando está de nuevo en el montón de escombros que fue su casa, otra vez solo, otra vez esperando una merced del virrey que no llega, sacude la cabeza y hace virar su caballo.

Encuentra a los dos centinelas flanqueando el portalón del redil, armados con antorchas. Se aproxima a ellos con señorío o lo que él cree que es señorío, muy envarado sobre su caballo.

—Abrid la puerta y soltad a los hombres —dice, con voz firme.

Ellos titubean.

—¿Padre?

—¿Es que no me habéis oído? Soltad a los hombres. ¡Las ovejas! ¡Soltad las malditas ovejas!

—Ellos no querer, Padre… Ellos impuros todavía…

—He dicho que abráis la puerta. Es mi voluntad.

Se apresuran a descorrer la aldaba. Juan se inclina para tomar una de sus antorchas y entra en el redil sin descabalgar. Lo primero que siente es la bofetada del hedor en la cara. Luego, a la luz cambiante de la antorcha, comienza a reconocer los primeros rostros enflaquecidos, sus cuerpos enmarañados, enrojecidos por el resplandor del fuego y por la sangre seca. Hombres y mujeres que parpadean, confundidos, recién retornados del sueño a la realidad de su encierro.

Juan agita furiosamente la antorcha.

—¡Escapad! ¡Escapad!

Algunos gimen, sin moverse. Otros, tal vez aterrorizados por la inmensa sombra del caballo, gritan. Otros vuelven sus ojos enceguecidos y sus manos hacia Juan.

—Padre… Padre… Perdón, Padre…

—¡Escapad! ¡Vamos, escapad! ¿Es que no me oís? ¡Escapad!

Al otro lado de la empalizada comienzan a escucharse voces humanas, pisadas. Distingue, a través de las rendijas, los resplandores de más antorchas y cuerpos que se acercan. Los cautivos continúan ovillados en el suelo, como bestias que ya han claudicado ante su insignificancia. No se ponen en pie porque no pueden. O porque no quieren. Porque no saben. Porque comprenden que todo está ya perdido o por el contrario tienen miedo de perder algo que todavía les pertenece. Pero el hecho es que no se ponen en pie, solo lloran, solo gritan, solo se rebozan en el polvo y se cubren unos a otros los rostros con las manos.

Juan mastica una maldición y pica espuelas con un puntapié rabioso. Se arroja al galope hacia la noche; galopa evitando las antorchas que vienen y van en la oscuridad; galopa con su túnica ondeando a ambos lados, como las alas rendidas de un ángel; galopa hacia el norte, hacia el norte, siempre hacia el norte, mientras a su espalda los últimos gritos se apagan.

VII

Obstáculos que un hombre no puede saltar – Ascuas de piedra
Beber del lecho de un pensamiento – Un sueño que no revela cosa alguna – Otro sueño, más parecido a la muerte
Indios que no parecen indios – Siete ciudades y trece colonias
Tente en el aire – El rey ha muerto, viva el rey
Una lengua semejante a un río – Irse con Dios – Monjes díscolos
Una bodega humana – Cloaca a tres voces – Ella aún espera

Un hombre que cabalga es un hombre que piensa deprisa, piensa Juan, más bien deprisa, mientras cabalga. Alrededor siente restallar sus pensamientos como resplandores de relámpagos, luces entrecortadas en un mundo intermitente. Ve, a la luz de esos relámpagos, fragmentos de cielo azul. Un cactus solitario. La osamenta de un coyote. Una bandada de pájaros que componen una flecha o la idea de una flecha. Un montón de rocas afiladas que emergen de la nada, y con ellas la duda de si su caballo tendrá tiempo de saltarlas, y al fin el caballo que salta por encima de la duda y de las rocas. Estampas del páramo demacrado por el sol, un poco borroso a través de los ojos que le lagrimean por la carrera. Y le parece ver también, como atropellándose a su espalda, algunos destellos del mundo que abandona. Un indio que martillea un hierro al rojo vivo. Una cuadrilla de niños que corretean a su alrededor, entre risas y empellones. Una cadena de mujeres que llevan un montoncito de barro desde el útero de la tierra hasta el calor del horno. Un indio que mira aterrorizado la cabeza de su caballo, que duda muchas veces si tocarlo, que adelanta la mano, que la retrasa, que la adelanta de nuevo, y al fin, en un instante de coraje o de locura, lo toca; el indio que descubre que tras ese tacto no hay nada, ninguna hechicería ni ninguna maravilla. Y entonces, las estacas de la empalizada. Los dos centinelas. El redil. Las ovejas. Las ovejas, al fin.

Pensar demasiado deprisa cansa, marea un poco. Cada vez que se detiene a comprobar si lo siguen —no lo siguen; quién querría— siente cómo se le aflojan las piernas. Trata de pensar otra cosa: tal vez de no pensar nada en absoluto. La tierra palpita a su alrededor, vertiginosa como el paisaje de un sueño. Los pensamientos, los recuerdos se desvanecen poco a poco. Todo menos las ovejas, que de alguna forma se quedan. Las ovejas, otra vez. La enorme cerca que las rodea, impenetrable y terrible, como un obstáculo sobre

el que su caballo no podrá saltar, sobre el que su memoria no podrá saltar, sobre el que su conciencia no saltará tampoco nunca. Si fue Juan quien levantó esa cerca, piensa, si fue él quien aceptó o toleró o incluso inspiró ese algo que vio suceder al otro lado, ¿entonces qué? Pero no fue Juan, decide, no pudo ser él. Cómo podría. Él, que venía preñado de tantos sueños hermosos, no habría sido capaz de hacerlo. O si lo hizo fue por los motivos correctos, persiguiendo fines que hoy ya no resultan discernibles; no para encerrar, no para castigar, no para atormentar a toda esa carne marchita. Solo Diego pudo hacerlo. Son los hombres como Diego los que echan por tierra los propósitos más lúcidos: son los segundones, piensa, son los emuladores, los mercenarios; son los estúpidos, los satélites, los ciegos, los mediocres; los iluminados que no brillan con luz propia, sino que se limitan a rebotar, como la luna, el esplendor del sol. Abre otra vez la Biblia del Padre, desliza los ojos por sus márgenes llenos de penitencias y tormentos, y se pregunta qué fue primero, si los dibujos de los crímenes o los propios crímenes. Si es la pluma la que sigue a la espada o la espada la que imita el rasgueo de la pluma.

Mira largamente el horizonte, otra vez desde la altura de su caballo. Contempla las lomas cuarteadas que derivan hacia el norte. Más allá está el Padre. Recuerda las palabras que el Padre dijo, o las palabras que Diego dice que el Padre dijo: que su Obra tan solo comenzaba, que apenas había puesto los cimientos de algo, y por eso debía partir inmediatamente hacia el norte. Para edificar sus muros. Para cubrir el techo de su Obra. Juan tiene que creer en algo y decide creer en eso. Cree en esas palabras que no ha oído. Cree en esos muros, en ese tejado: en ese sueño que ya se ha hecho piedra en algún lugar. Él va a encontrar ese lugar. Ese sueño. Algún día le servirá para refugiarse del sol, del frío, de la lluvia; descansará a la sombra de esos muros, bajo el techo de la promesa del Padre. Y en el momento de picar espuelas no se siente más pequeño que los hombres que ha visto cabalgar en pos de un puñado de oro o un pellizco de honra.

El tiempo es algo que se camina, había dicho Diego de Daga. Se acuerda de pronto de sus palabras. El pasado es algo que se aleja y el futuro algo que se acerca y el presente algo que se intenta aferrar con las manos. Tierra y polvo y cielo: eso es todo cuanto existe.

¿Cree Juan en esas palabras? No sabe qué pensar. Ni siquiera está seguro de lo que significan. Solo sabe que cuando finalmente alcanza el malpaís no es capaz de discernir cuánto tiempo ha pasado. Han pasado, más bien, lugares: una cadena de cerros, un bosquecillo de árboles raquíticos, un pedregal semejante a un osario abandonado. Amaneceres y ocasos, que en su

memoria parecen también paisajes inmóviles, estaciones de un itinerario. Recuerda, también, una torrentera seca que su caballo olisqueó de cabo a cabo, buscando una hilacha de agua. No la había. Ni agua, ni tampoco forma de contar el tiempo.

Todo es más sencillo de lo que creemos, había dicho Diego de Daga. El mañana llega, el ayer se va; a eso se reduce todo. Los salvajes, que tienen veinticinco palabras para nombrar sus flechas, no han necesitado una sola para nombrar esa cosa tan esencial, tan asombrosa: el tiempo.

¿Es en verdad el tiempo algo tan asombroso, tan esencial?, se pregunta Juan, desde la altura filosófica de su caballo. ¿Es más real que el vuelo de una flecha? ¿Que el milagro de que esa flecha se clave precisamente en el pájaro con que soñamos?

Frente a él se extiende el malpaís, como una respuesta inmensa o una postergación o una cancelación de su pregunta. Ni el tiempo ni las flechas parecen significar nada en esa tierra ilimitada y muerta: medir el tiempo de su desolación para qué, disparar al aire sin pájaros para qué. La misma palabra «tierra» se vuelve inútil. Hasta donde abarca la vista no hay algo semejante a tierra, solo viejos restos de coladas de lava, escupidas las unas sobre las otras en una especie de oleaje inmóvil; solo bulbos de roca negra, solo fósiles de ríos, esqueletos de lagos, solo conos de volcanes y salpicaduras eternizadas en el suelo. Esas ascuas de piedra son las leguas que le quedan por recorrer; los días que le quedan por atravesar. Y los atraviesa, a despecho de su caballo, que no quiere, que se encabrita, que se rasguña y se hace sangrar los cascos al tratar de hincarlos en la roca. Su caballo, como descalzo en un sembrado de cristales.

En algún punto, el malpaís se transforma en noche. Acampa en cualquier parte, pues todas son iguales, y tiembla ante un fuego diminuto, sostenido por un puñado de musgos y líquenes, la única vida que se aferra a las hendijas del suelo. Luego el sol despunta tras los domos de lava y el malpaís vuelve a ser todo luz y destellos de esa luz rebotando y multiplicándose en los cristales de roca, y más tarde, puede que unos minutos más tarde, el sol se pone de nuevo y las rocas alargan sus sombras hasta oscurecer el mundo y apenas hay tiempo para encender el fuego y ya es de día de nuevo, el lecho del malpaís velado por una especie de resplandor sanguíneo y Juan arrastrando del ronzal a su caballo, reacio como un alma que es conducida al infierno.

Dos semanas, piensa.

Solo dos semanas más, suplica.

Atraviesa fragmentos de suelo, fragmentos de tiempo. Atraviesa también fragmentos de la vida del Padre. Lo ve a su lado, compartiendo la misma espera. Hace alto en el mismo lugar insignificante donde Juan se detiene. Se calienta con la misma hoguera. Se turnan para beber de la misma cantimplora, cada trago como una cruel contribución a la sed del otro. Lo ve dormir o intentar dormir, asediado por el frío. Lo ve entrecerrar los ojos, cegados por el viento. Tironea de su caballo con la misma obstinación, con la misma paciencia. Pero no, es imposible: el indio Juan no tenía, no tiene caballo. Lo ve, pues, tirar de sí mismo; la brida de la voluntad llevando a su cuerpo más lejos de lo que el cuerpo puede.

Juan piensa en su propio cuerpo. En el límite de su cuerpo. En si ese límite quedará más acá o más allá del límite del viaje.

Piensa en el viaje.

Piensa en el malpaís, que no se acaba. En la tierra sin límites y sin tierra.

Piensa en el reguero de sangre que se escurre de las patas de su caballo. La fuerza con la que hay que tirar de él para que dé otro paso.

Piensa en el peso de sus alforjas. Piensa en el peso del sol. Piensa en el peso de su cantimplora, cada vez más ligera en el cinto y más pesada en la conciencia.

El hambre es un lugar que alcanza hasta donde abarca la vista. La sed es un paisaje de contornos ásperos y rumbos concéntricos, un aguijón latiendo en sus sienes. Juan habita ese paisaje. Comprende, con los ojos llenos de sol y de piedra, que no logrará traspasarlo nunca. El horizonte parece retroceder a cada paso, como una fiebre que se dilata en todas las direcciones. La tierra que se desenrolla ante él no es tierra sino las coordenadas de un mapa: un atlas de una ambición tal que en cada uno de sus pliegues se resumen provincias, continentes enteros, mundos desconocidos. Una vida entera no bastaría para recorrerlo. Y sin embargo hay que intentarlo. Hay que tirar del ronzal de su caballo y arrastrarlo a través de las escombreras de roca y a través del vértigo de la sed y a través de los días y de las noches como quien se extravía en el interior de un calendario. El caballo no camina, está cansado, relincha con tristeza. En algún momento Juan arroja lejos de sí la cantimplora vacía, porque para qué, y el caballo se vuelve para verla volar, por un instante, en el cielo sin pájaros. Luego, el caballo muere. Sucede así de rápido: está mirando la cantimplora y al instante siguiente está muerto. Para cuando se derrumba sobre las rocas ya no queda una sola traza de carne: solo un revoltijo de huesos lijados por la arena y por el sol. Juan mira esos huesos, iluminados por infinitos amaneceres. La brida que todavía sostiene en la

mano, asiendo la nada. Recuerda de pronto que nunca le dio un nombre. Viajó en su lomo durante tantas jornadas llamándole solo así, caballo, y ahora está muerto. ¿Debe enterrar sus huesos?

Mira el mapa que se extiende hasta el horizonte, y todavía más allá, los márgenes imposibles que nunca alcanzará. Un pergamino hecho jirones, casi un harapo, en cuyos desgarrones y remiendos uno podría detenerse y morir de soledad. Eso es lo único que le queda por hacer, morirse, y lo comprende con helada indiferencia. Frente a él la muerte, y qué importa. Lentamente se deja vencer sobre el suelo, como si él también se hubiera convertido en un puñado de piedras. Registra su morral, en busca de lo imposible, un último sorbo de agua donde no puede haberla, agua con que llenar esa boca que es todo lengua y arena. Solo encuentra unas tiras de tasajo que enardecen su sed y el libro del Padre. Acostado sobre la osamenta del caballo sin nombre abre el libro. Se esfuerza por leer, deslumbrado por el sol. No mira los dibujos: solo los versículos de letra apiñada y menuda. Algunos han sido subrayados o tachados o rodeados por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde su mirada se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos. Pasa las páginas atropelladamente, dejando que sus ojos salten de subrayado en subrayado. Ha seguido los pasos del Padre hasta aquí y ahora sigue la estela de su lectura, se deja resbalar dentro del libro sujeto por su mano.

Lee: Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reposar la cabeza.

Lee: He aquí que yo envío a mi mensajero delante de tu faz, que preparará tu camino.

Lee: Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos lo que está por venir.

Mientras lee; mientras sus labios áridos y cuarteados se separan para repetir las palabras del indio Juan, las palabras del Señor, pasan nubes y estrellas y atardeceres. Se hace de noche y de día y de noche de nuevo. El cielo parpadea y a cada parpadeo, nuevas palabras señaladas, rasguñadas hasta hacer sangrar la hoja.

Lee: En el mundo tendréis aflicción, pero confiad; yo he vencido al mundo.

Lee: El que halla su vida, la perderá; y el que la perdiere por amor a mí, la hallará.

Lee: Oh, amados, no ignoréis esto, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día.

En su sueño sabe que está soñando. En su sueño hay trigales maduros mirando al sur en lugar del llano pelado y muerto que atraviesa mirando al norte. En su sueño no hay tampoco lugar para la sed. Solo ve al Padre frente a él y el Padre le está hablando con su boca sin límites, pero Juan se tapa los oídos con ambas manos, porque sabe que no es el Padre quien habla, sino solo su sueño. No quiere escuchar y no escucha. Solo mira. Mira los ojos duros e inciertos del Padre. Sus manos blancas. Su lengua. La lengua del Padre convertida en una espada de doble filo, que al mismo tiempo que acaricia el mundo también lo acuchilla y lo hiere. Al fin, esa lengua de doble filo se envaina de nuevo en su boca. El Padre calla. El Padre calla y extiende hacia Juan su mano izquierda, santa o terrible. Acaricia sus párpados cerrados.

Duerme de nuevo, dice la voz que Juan no escucha.

Y entonces Juan despierta.

Escucha el relincho de su caballo muerto. Pero un caballo muerto no relincha, y en consecuencia, Juan tampoco se levanta. Ni siquiera abre los ojos. Permanece ovillado en una hendija de las rocas, esperando, esperando, esperando qué. Espera que su caballo deje de relinchar; que de una vez se resigne a la muerte. Quizá él también debería resignarse. Pero esto último lo piensa oblicuamente, con la voz de los pensamientos asordinada por la sed o el cansancio. Tal vez esto es estar muerto, susurra esa voz. Tal vez la muerte consiste en hablar, en pensar, en relinchar infinitamente, y hacerlo solo para que otros muertos nos escuchen. Tal vez. Y entonces, cuando ya está a punto de convencerse, escucha una voz sonando por encima de su propia voz. Palabras que no pertenecen a su caballo ni a sus pensamientos.

—¡Ramón! ¡Ramón, ven para acá! Todavía respira.

Escucha pisadas. Un campanilleo como de reses o de fantasmas. Alguien le besa los labios. Es un beso frío y líquido, que le hace toser muchas veces y escupir un buche de agua contra la tierra.

Se llaman Ramón y Miguel y son hermanos, o más exactamente hermanos de madre e ignorantes de la identidad de dos padres distintos. Trabajan de caporales en la hacienda de don Pablo Cigüenza, y es a ese trabajo al que el señor debe la fortuna de estar vivo. Porque es un hecho que nunca o casi nunca toman la cañada vieja, cuando han de llevar el rebaño lo hacen siempre por la Coyotada o por Cuencamé o por Pedrero Grande, a veces incluso por

Tierra Generosa, pero nunca o casi nunca por la cañada vieja; y ya ve el señor que esa tarde, por razones que para ellos mismos no son del todo claras, acabaron tomando la cañada vieja que nunca o casi nunca toman. Fue precisamente en esa cañada que lo encontraron, o mejor dicho que lo encontraron los caballos, pues de pronto desobedecieron las riendas para venir a olfatear un bulto de harapos rebozados por el polvo. Ese bulto era el señor, acaba aclarando Miguel, como si Juan no lo hubiera imaginado ya, y dice que a su modo de ver fue también ventura o providencia o mero azar, o qué sabe uno qué fue, que lo encontraran antes que los coyotes, ¿no le parece?

Están sentados los tres en torno al fuego, comiendo tortillas de un comal de barro. A su alrededor las ovejas pastan indolentemente, iluminadas por las últimas luces de la tarde. Juan mira alternativamente los rostros de sus dos salvadores, y no es capaz de hacerlos corresponder con nada ni nadie que haya conocido hasta entonces. Ni siquiera está seguro de si son españoles o indios. Al hablar parecen castellanos, castellanos pobres y vacíos de toda propensión o arrogancia, pero castellanos al fin y al cabo; hombres que hubieran heredado de Castilla la lengua y de los indios cierto aire atribulado y sombrío. Sus sombreros no son del todo españoles, pero hasta donde sabe no son indígenas tampoco. Mira sus rostros y esos rostros no parecen decir mucho, o bien dicen cosas contradictorias. Algunos de sus rasgos podrían encontrarse, despiezados, en hombres venidos de Castilla o Andalucía, pero el resultado general es incierto, levemente aindiado, como cuando se edifica una iglesia con planos venidos de España y una vez puesta piedra sobre piedra resulta tener pese a todo un no sé qué de indígena. También sus palabras parecen tener ese deje; un eco ajeno que a veces es una especie de música en el fraseo y a veces una pronunciación vagamente nasal o ciertas expresiones que Juan nunca ha escuchado y quién sabe de dónde vienen. Usted, lo llaman todo el tiempo: usted, dicen, usted debería comer otra tortilla, usted perdonará lo pobre de nuestro ofrecimiento, usted es verdaderamente un hombre afortunado, y se refieren a él en tercera persona, como si no estuviera presente o al menos no del todo. Juan se pregunta si prescinden del vos y del vuesa merced porque le tienen demasiado respeto o porque no le tienen ninguno.

Los hombres medio hermanos y medio indios continúan hablando, mientras Juan come tortillas y bebe a largos tragos de la espita de la cantimplora. Dicen que el señor debería tener cuidado de no darse a caminar por la llanada así, sin tino y sin provisiones y para colmo sin caballo. Aunque para serle francos nunca supieron de ningún viajero que se hubiera extraviado en el malpaís, que después de todo no es tan grande como para que no pueda

recorrerse de cabo a rabo en un par de días. ¿De dónde es que venía el señor, si pueden preguntárselo?

Juan señala a su espalda. Con la voz todavía estrangulada por la sed y los padecimientos les explica que lo último que vio fue un pueblo de indios que quedaba al sur.

—¿Un pueblo de indios, hacia el sur?

Los dos medio hermanos se miran por un instante, por debajo del ala de sus sombreros.

—Se me hace que se refiere a Nombre de Dios.

—No, cómo crees. Eso para más bien hacia allá. Y San Bartolomé tampoco ha de ser, porque queda para el otro lado.

—Tienes razón.

—Para mí que ha de ser la antigua misión de San Juan.

—Pero eso tampoco. Esa misión la abandonaron hace un buen puñado de años. Y la que el señor visitó todavía aguantaba en pie, ¿verdad?

Juan asiente.

—Sí, bastante en pie.

—¿Lo ves, Ramón? No puede ser San Juan, que está yerma como quien dice desde siempre. Ha de ser alguna otra cosa que no conocemos. O que el señor anduvo dando vueltas y vueltas y extravió el rumbo y ahora quién sabe de qué es de lo que habla…

Todavía discuten durante algún tiempo. Juan los escucha, adormecido por el fuego. De vez en cuando extiende una mano desmayada para alcanzar la cantimplora. Ya no tiene sed, pero le queda algo así como un eco de la sed, una urgencia de sentir la cantimplora llena y fría al alcance de la mano. En algún momento, los hombres sacan dos toscas pipas de madera y comienzan a fumar tabaco despaciosamente. Fuman como solo ha visto fumar a los indios durante sus ceremonias rituales. Entonces después de todo sí son indios, piensa, mientras la conciencia se le va escurriendo lentamente.

Cuando abre los ojos ya es noche cerrada y los hombres siguen despiertos junto al fuego, turnándose con mucha reverencia una damajuana de barro. Se la ofrecen en un gesto solemne y grave, y Juan la manosea un rato antes de decidirse a echar un trago. Es mezcal, aclaran. Y como Juan no da señas de entender, se echan a reír. No ríen desde la altura. Más bien ríen como el niño que contempla un prodigio o una maravilla.

—Pero ¿es verdad entonces que el señor nunca probó el mezcal?

—Nunca.

—¡Ah! Qué envidia nos da… Quién recordara el primer trago de mezcal, ¿verdad, Ramón?

Y Ramón, soñador:

—¡Ah…! ¡Quién recordara tan atrás…!

Le juran por la bienaventuranza de la Virgen de Guadalupe dos cosas: que no ha probado nada más repugnante en su vida y también que no se conformará con dar un solo trago.

Y resulta tal y como dicen. El primer trago es en efecto repugnante, y el segundo es como dejar entrar por la boca un animal vivo, y el tercero y el cuarto y el quinto es como sentarse a acariciar el espinazo de ese animal, cada vez más tranquilo y más quieto en sus entrañas.

—¿Sabe qué? Estábamos por preguntarle acá mi hermano y yo si el señor es gachupín o criollo, pero sabiendo que apenas le da el primer tiento al mezcal no cabe duda de que es usted gachupín.

Juan parpadea, confundido. Los hombres vuelven a reír, con la misma inocencia:

—¡Ah, qué gachupín hay que ser para no conocer la palabra «gachupín»!

Le explican, con paciencia rústica, que llaman gachupín a quien viene de España y criollo al español que se cría en la colonia. Y hasta donde tienen observado, el señor puede presumir de ser el gachupín más gachupín que han visto nunca; el campeón de los gachupines. Si no fuera por el lugar en que lo encuentran, dirían que apenas acaba de dar el primer paso en los muelles de Veracruz, todavía mareado por el vaivén del barco.

Juan no sabe si es un cumplido o una burla, así que esboza un gesto que también queda a medio camino de la gravedad y la sonrisa.

—Y ahora, si no se le hace indiscreta la pregunta, díganos, ¿qué hace el señor por estos parajes caídos de la memoria de Dios?

Juan acaricia las tapas de la Biblia del Padre. Considera, durante un primer instante, decir la verdad, y después considera el modo más apropiado de mentir o al menos de contar esa verdad solo a medias. Al fin comienza a enhebrar una historia confusa, fragmentaria, titubeante, sobre una docena de soldados que se dirigían en busca de las Siete Ciudades, y luego alude a un imprevisto que los separa y extravía: un imprevisto que tan pronto parece una tormenta, un motín o un asalto de los indios insumisos. Miguel y Ramón lo miran con las bocas abiertas.

—¿Dijo que iban buscando el camino a las Siete Ciudades?

—Sí.

—Perdóneme la pregunta y la insistencia, señor, pero ¿cómo es eso de las Siete Ciudades? ¿Se refiere a las Siete Ciudades de Cibola y la Quivira, el reino dorado? ¿Ese cuento de viejas?

Antes de que Juan tenga tiempo de responder, Ramón se adelanta.

—Cómo va a referirse a la Cibola, Miguel. Seguramente… El señor debe de estar hablando de las Trece Colonias, ¿no es eso?

Juan hace un gesto que puede significar cualquier cosa, pero que es, en la penumbra rojiza del fuego, un sí. Ramón se lanza entonces a hablar con entusiasmo de las Trece Colonias, un lugar —o trece lugares— próspero y lleno de riquezas y oportunidades, a tenor de lo que ha oído contar, y que por tanto no debe de hacer desdoro a esas ciudades de pedrerías y alhajas con las que soñaban los primeros conquistadores. Menciona una colonia llamada Virginia, y otra Georgia, y dos Carolinas, una en el norte y otra en el sur, e incluso una tal Maryland, que según le parece entender significa «Tierra de María»: sabe Dios por qué los ingleses tienen esa afición a bautizar sus tierras con nombres de mujer. Y hablando de los ingleses, lo peor de estas colonias es precisamente esto, los mismos ingleses que las fundan y habitan e infectan con su ralea protestante.

De pronto Ramón se interrumpe, como sorprendido en falta.

—No será el señor protestante, ¿verdad?

—No. Soy católico.

—¿Ni tampoco religioso?

—No. Solo soy un soldado.

Ramón y Miguel vuelven a mirarse. Parecen aliviados. Les llevó a engaño sus ropas, aclaran.

—¿Mis ropas?

Juan piensa en ellas por primera vez en mucho tiempo. A la luz de la hoguera mira la túnica larga y sucia del Padre, su cinto de cuero sin curtir, sus sandalias.

—Sí. Creíamos que era uno de esos ermitaños tan humildes y tan piadosos que se van a vivir al desierto, porque el mundo se les hace poca cosa.

—No soy un religioso —repite Juan, mientras atiza el fuego—. Solo soy un soldado.

Y ni él mismo sabe si está diciendo la verdad.

A la mañana siguiente se despiden en la encrucijada del camino real. Antes de separarse lo aprovisionan con un odre de agua y unas raciones de maíz y frijoles, y Juan insiste en pagarles con una moneda de oro. En el momento de llevársela al bolsillo la miran y remiran por ambos lados, como

si el oro o los dibujos inscritos en el oro fueran para ellos alguna clase de maravilla.

—Hay algo más que me gustaría preguntarles —dice Juan al fin, cuando están a punto de separarse—. Vuesas mercedes… Perdónenme lo crudo de la pregunta, pero ¿vuesas mercedes son indios o españoles?

La expresión «vuesas mercedes» los hace sonreír, pero el resto de la pregunta les borra la sonrisa. Lamentablemente, confiesan mirando al suelo, no son ni lo uno ni lo otro. Lo único de lo que pueden estar seguros es de que su madre era cambuja: de ahí en adelante, lo que fuera el padre de cada uno es solo una suma de conjeturas y pareceres, especulaciones nacidas del examen de sus rasgos, que como el señor habrá comprobado no son demasiado definidos, y por tanto estériles para cábalas. ¿Cambuja?, pregunta Juan. Miguel sonríe con tristeza. Ah, dice, qué cosa tan complicada es explicarle a un gachupín lo que es un cambujo, pero lo intentaremos. Un cambujo, dice, es el hijo de un chino y de una india; pero no un chino de la China, claro, acá no hay chinos de la China, como podrá imaginarse; hay otra clase de chinos, que es el modo al que llamamos al hijo de un mulato y de una india: está sobreentendiendo que no hay que explicarle al señor que el mulato es el hijo de un blanco puro y una negra también pura. Claro que aquí eso de la pureza es más bien tesoro de difícil hallazgo. El caso es que su madre era cambuja, ese es el único hecho incontrovertible de la ecuación: o casi incontrovertible, porque según dicen los decires el padre de su madre podría no haber sido chino, sino un zambo prieto, o incluso un negro de piel inusualmente pálida, y entonces su madre ya no sería cambuja, sino zamba. Pero van a suponer —lo han hecho así toda la vida— que su madre esté en lo cierto y sea, a fin de cuentas, cambuja. El asunto de sus hombres ya es harina de otro costal. Del padre de Miguel solo saben que era calpamulato, o al menos eso era lo que él decía, es decir, hijo de sambaigo y de lobo, que como todo el mundo sabe son a su vez hijos de la unión de cambujo con india y de salta atrás con mulato. Si tal fuera, el propio Miguel sería por fuerza tente en el aire, aunque también cabe la posibilidad de que su padre no fuera calpamulato sino lobo a secas, lo que convertiría a Miguel en, veamos, Miguel, ¿en qué te convertiría? No sé si hay un nombre para eso, confiesa el propio Miguel, rascándose el cogote. En cuanto a Ramón, por desgracia su madre no ha sabido darle razón de la casta de su padre. Lo que sucede entre hombre y mujer había tenido lugar en su caso deprisa y en lo oscuro, por lo que pocos cálculos podían sacarse del color de la tez: pero, por aquello de simplificar las cosas, habían preferido creer que

era calpamulato y convenir que Ramón era tente en el aire, al igual que —como parecía probable— fuera su hermano. ¿Ha comprendido el señor?

—He comprendido —dice Juan, por decir alguna cosa.

Durante algún tiempo nadie habla. Tres hombres detenidos en la orilla de la carretera, las ovejas que se apiñan inquietas en el páramo sin hierba: todos parecen esperar alguna cosa. Al fin, Juan se decide a hablar de nuevo.

—A propósito. Por casualidad no habrán visto a este hombre, ¿verdad?

Miguel y Ramón levantan sus ojos de las ovejas para contemplar el extraño libro que Juan les tiende.

—¿Quién es?

—Un indio. Se llama Juan, aunque también se hace llamar Padre.

—¿Un indio, dice?

—Sí.

Ellos niegan con la cabeza en silencio, sin levantar la vista del retrato.

—Pues a mí no se me hace indio. Mírele la piel, los ojos. Yo diría que es ladino. Probablemente apiñonado o zambo.

—¿Se te hace? Yo no le daría tanto negro a la mezcla. Como mucho es chino. Puede que incluso tente en el aire.

Juan abre la boca y después la cierra.

—Sí —resuelve al fin Ramón—. Tienes razón. Juraría que es un tente en el aire.

Y luego levanta la vista para mirar a Juan, con un brillo distinto en los ojos.

—¿Por qué lo busca? No le habrá hecho al señor alguna cosa mala. Mire que los tente en el aire son engañadores.

Juan tarda un instante en responder, confundido.

—Pero ¿no eran ustedes tente en el aire también?

Asienten al unísono.

—Sí que somos. Por eso, con más razón ha de creernos, porque sabemos de lo que hablamos. Háganos caso: los tente en el aire son engañadores. Todo el mundo lo sabe.

Antes de despedirse le dicen que encontrará la ciudad a dos leguas de distancia. La palabra «ciudad» lo hace sonreír. Piensa que los dos medio hermanos exageran, como exageran a veces los hombres de campo, que creen montaña la diminuta colina que preside su aldea y catedral una ermita sin retablos ni párroco. Espera precisamente eso: una ermita todavía por consagrar; una aldea de chozas de adobe y paja recién construida, sembrada precariamente en plena tierra de indios, como una semilla que podría dar

algún fruto o desaparecer tragada por el polvo de la frontera. Tal vez una misión franciscana. Tal vez la primera cata de una mina humilde, todavía más fértil en disgustos que en plata. Pero recorre las dos leguas y al cabo encuentra lo imposible, una ciudad de veras, que parece llevar décadas o siglos asentada en el llano. Ve algunas chozas de adobe y de paja, sí, pero también palacios de sillería y balcones de forja, conventos de muros encalados, un jardín donde la naturaleza parece como domesticada o rendida. Emergiendo entre los tejados, las dos torres de la catedral, una catedral cristiana, aquí, en el corazón de la tierra indómita, aquí, rodeada de salvajes y de cactus y de páramos que ni siquiera los soldados terribles de Pedro de Alvarado fueron capaces de hollar.

Es imposible, piensa.

Es imposible, dice a nadie, en voz alta.

Y sin embargo. Sin embargo, dice o piensa, tal vez todo esto no sea más que una nueva señal del Padre. Otra huella de sus enseñanzas. Quién sino él habría podido traer el mensaje de Cristo hasta esta tierra sin memoria. Qué otra voluntad podría concertar el esfuerzo de las manos suficientes para erigir esta iglesia inmensa, lo bastante grande como para dar techo a la ambición más desmedida de cualquier hombre. Y esas manos, piensa Juan mirando en derredor, ya no son blancas ni negras ni indias, o lo son todo al mismo tiempo: basta mirar a los transeúntes que vienen calle arriba y calle abajo, hombres y mujeres que podrían ser indios y al mismo tiempo no, de ningún modo; ve tonos de piel que nunca antes ha visto, aleaciones ensayadas de todas las razas imaginables; ve un proyecto de indio con los cabellos claros y una negra que tal vez no sea negra del todo tendiendo la ropa y un blanco o casi blanco que viaja dentro de un carruaje con una peluca blanca también, y persiguiendo el carruaje unos niños que tienen la piel del color del vellón y que podrían ser los hijos de todos y de nadie, como si Dios hubiera revuelto las camadas de todas sus criaturas y las hubiera retornado a la tierra sin orden ni propósito.

Se pregunta si este es el mundo con que el Padre soñaba; esta la igualdad entre las razas que predicaba. Un mundo donde lo español ha acabado imponiéndose de alguna forma pero lo ha hecho sobre los cimientos de lo indígena, como un eco que se resiste a silenciarse por completo. Cómo explicar de otro modo las pipas que tantos blancos llevan entre los dientes, con sus cazoletas manteniendo encendido el fuego de los ritos paganos, o aquellos que son llevados a hombros de sus criados, en palanquines que en algo recuerdan a las parihuelas de los antiguos caudillos. Hombres por lo

demás respetables con las cabezas tocadas por pelucas encanecidas, como los flecheros chichimecas presumen de las cabelleras de sus enemigos muertos, y mujeres que parecen castellanas bebiendo en sus balcones tacitas de algo que parece chocolate indio. Y todos ellos ataviados con ropas inverosímiles, atuendos de fantasía, como llovidos desde la imaginación de un loco o de la corte de algún reino lejano; casacas llenas de lazos y botones y capas que se arrastran hasta el suelo y sombreros amarquesados y ridículos. Ve pasar una ronda de soldados extraños, que en algún momento han renunciado a sus armaduras y cascos, y a su lado un puñado de mujeres que parecen aprestarse para alguna clase de batalla dentro de sus corsés y sus basquiñas; como si los hombres hubieran renunciado a proteger su cuerpo y las mujeres defendieran con más vigor el suyo, acorazadas de faldas inmensas y refajos, armadas de quitasoles y abanicos y guantes blancos. Solo los religiosos parecen no haber cambiado. Los ve caminar por un costado de la calle con las mismas tonsuras, los mismos hábitos, el mismo gesto resignado. Ellos y también el burro que ve dar vueltas y vueltas en torno a la noria de un trapiche, un burro que es igual a todos los burros que ha visto hasta ahora, haciendo girar la misma rueda, enceguecido en la misma carrera sin propósito.

Se detiene frente al pórtico de la iglesia, sobrecogido por las figuras labradas en su fachada; una pululación vertiginosa de cuerpos y zarcillos, tan abigarrada que no deja hueco para un santo más. Dentro encuentra columnas imposibles, enflaquecidas en su base y más anchas conforme ascienden hacia las bóvedas, y un retablo lleno de doraduras y hojarasca. Incluso el Cristo parece haber cambiado: sufre en la misma cruz pero lo hace con un ensañamiento desconocido, contorsionado por el horror y empapado de sangre. Se arrodilla a sus pies y reza, o al menos lo intenta, pero las palabras y hasta los pensamientos se le quedan en los labios. Está vacío. Solo puede pensar en el indio Juan y en ese otro Cristo que vio sufrir de un modo semejante, tan lejos de aquí que podría confundirse con un sueño.

Un sacristán pasa a su espalda y le dice que aún no es hora de limosna: que regrese más tarde. Quiere preguntarle a qué se refiere, pero no es lo bastante rápido y el sacristán sí, el sacristán ya está muy lejos, atareado con el encendido de los cirios y con los preparativos del oficio que está a punto de comenzar. Haciendo cola frente al confesionario aguardan una hilera de mujeres, como zurcidas las unas a las otras por la devoción o el aburrimiento. Al pasar junto a ellas siente el peso líquido de sus miradas. Una anciana se acerca sin acercarse del todo. Extiende el brazo cuanto puede y deja en el hueco de su mano una moneda de plata. Ni siquiera llega a rozarlo; solo siente

el tacto tibio de la moneda y tras ese tacto nada, la anciana que se refugia detrás de su mantellina y regresa a la fila. Es una moneda extraña, con la efigie de un rey del que nunca ha oído hablar. Ese rey también aparece tocado por una especie de peluca o cabellera ajena, como si los indios no se hubieran conformado con imponer sus bárbaras costumbres en la Colonia, y de alguna forma hubieran logrado sembrarlas también al otro lado del océano.

Juan sale a la luz del pórtico. Es día de mercado, y la plaza de la catedral está tomada por los mercaderes y sus tendajones de madera y de lona. Algunos hombres comen y beben en las almuercerías, entre los humos de las cocinas ambulantes y los gritos de los mercaderes. Otros regatean el precio de cierta fruslería o simplemente pasean acariciando el género con la punta de los dedos. Juan evita a los vendedores de pulque y las freidurías de tamales y encuentra al fin lo que está buscando, un puesto que es apenas cuatro estacas desmedradas cubiertas de cáñamo, y en el suelo un arcón abarrotado de ropas viejas. Registra dentro con paciencia hasta dar con una capa, una casaca raída, unos calzones y unas botas resobadas, que aunque feísimas no desentonan demasiado con la insólita idea del decoro y la elegancia de esta tierra.

La dueña del comercio es una anciana con la boca fruncida en una mueca de desagrado que parece imposible borrar. Con la esquina de esa boca dice un precio que Juan no entiende o que entiende a medias, así que prefiere tenderle su bolsa de monedas, sin hacer preguntas. La anciana mira con desconfianza su túnica de mendigo y luego las manos sucias con que ha estado escarbando en el género, y con más desconfianza aún la bolsa de monedas. Va sacándolas una a una, mira y remira sus efigies, las frota contra la manga, muerde o intenta morderlas con su boca desdentada. No se fía. ¿De qué no se fía? Solo parece encontrar alivio cuando da con la limosna de plata que acaban de obsequiarle.

—Así que este es nuestro rey —dice Juan tentativamente, señalando la moneda elegida.

Eso parece, contesta la anciana, de pronto suavizada por el hallazgo de la moneda. Eso parece, repite, pero a veces lo que parece no es gran cosa comparado con la realidad. Las noticias llegan con tanto atraso a la Colonia, y no digamos las monedas donde van inscritos los nombres de los reyes, que no es raro arrodillarse en América ante un rey que en España lleva meses o años bajo tierra. Así que sí, por lo que a ella respecta ese Carlos III está vivo y reinando todavía, y será su rey mientras lo sigan diciendo las cartas y los barcos.

—Es lo que yo siempre digo —murmura con un amago de sonrisa, mientras le retorna la bolsa de monedas—. Si la muerte llegara de Madrid, viviríamos todos hasta que se nos cayera el último diente.

—No —dice la vendedora de atole.

—No —dice un aguatero a quien sorprende en mitad de su faena.

—No —dice una dama desde detrás de su abanico.

—No lo he visto en mi vida —dice el ventero en cuya posada pasa la primera noche.

Todos acompañan sus negativas de explicaciones que Juan escucha a medias: no, siento que se le perdiera a usted el criado; no, no he visto a este cambujo, a este lobo, a este jíbaro, a este torna atrás; lo lamento, para mí todos los calpamulatos son iguales. Sus bocas llenas de palabras nuevas, de expresiones nuevas, incluso de gestos nuevos; hablan su misma lengua, no cabe duda, pero al mismo tiempo no su lengua, en absoluto su lengua, como no son iguales las aguas de un río en su nacimiento y en su desembocadura. Y Juan en el mercado, en los jardines, en los hospitales, en las puertas de palacios y chozas, de iglesias y pulquerías; a través de los días y de las noches, en los arrabales y en las haciendas, escuchando sonar las aguas de ese río.

—No.

—Lo lamento.

—Apuesto mi peluca a que ese que busca no es indio sino coyote.

—Me temo que va a tener que procurarse otro criado.

Y él, abriendo y cerrando una y otra vez el mismo libro.

—Gracias, gracias, gracias.

Es un mendigo acurrucado en lo profundo de un callejón, contra un montón de leños que huelen a orines. Juan le tiende, envuelto en un petate, las ropas del Padre. El mendigo las examina con escepticismo, da vueltas a sus muchas manchas y desgarraduras, como si comparara su propia pobreza con la del último dueño de esa túnica maloliente y no estuviera seguro del diagnóstico. Al final parece que acepta el obsequio, con un breve gesto de cortesía.

—A propósito —dice Juan, cuando ya se aleja—. Usted no conocerá a este indio, ¿verdad?

—¡Ah! Ya se lo llevaron, señor —dice el mendigo, tan pronto como le pone el libro frente a los ojos.

—¿A quién?

—Pues a él mismo. Al Padrecito.

—¿El Padrecito?

—Se lo llevaron ya.

—¿Adónde?

Señala vagamente un rincón de la ciudad que queda a su espalda. Juan acierta a pensar que está señalando al norte.

—Pues al calabozo. Mucho lo buscaba y al final le dieron gusto, señor.

—¿Al calabozo? ¿Por qué?

El mendigo parece rebullirse en su rincón, hacerse más pequeño. Yo, señor, no sé nada. Yo, señor, no tengo la culpa de nada. Yo, señor, también mendigo soy, justo es reconocerlo, pero aunque pobre no soy como él; le juro por la Virgen de Guadalupe que no meto mis narices en problemas. Perdóneme, señor; ya sé, señor, que jurar está mal. No sé lo que digo. Yo, ya ve, no hago más que estar aquí, extendiendo el hueco de mi mano, así, sin molestar ni nada, sin clamar locuras ni majaderías, sin alborotar ni revolucionar a los transeúntes. Yo, señor, tan solo estaba aquí sentado, preguntándome si no se le estaría haciendo demasiado pesada esa bolsa que lleva, y si no habría en ella algún pesito que no vaya a echar en falta. ¿Sí? Pues vaya con Dios.

El edificio es un antiguo convento de clausura, que con escasa imaginación ha sido acondicionado como cárcel de la villa. Las ventanas están enrejadas con los mismos barrotes que impedían a las monjas descolgarse hasta las tentaciones del siglo, y su huerto es ahora un patio lóbrego en el que los presos hacen la ronda. Juan espera junto al torno que alguna vez despachó buñuelos y hojaldres, atendido por un soldado que solo consiente en llamar al alcaide a cambio de una moneda. Mientras aguarda, escucha resonar algunas voces rebotando en las paredes de adobe y de piedra. No son, como Juan habría esperado, lamentos y confesiones arrancadas en el potro de torturas, sino gritos que a veces parecen de júbilo, y también maldiciones, y envites de naipes, y risas enloquecidas clamando en una especie de celebración furiosa.

El alcaide es un hombre viejo y minúsculo, que camina lastrado por el peso de muchas preocupaciones. Tiene unos ojos pequeños y entristecidos, velados por unos lentes redondos. Desde detrás de sus cristales examina a Juan de arriba abajo, mientras niega con la cabeza. El poco entusiasmo que lo animaba parece haberse evaporado de golpe.

—Usted no es el alguacil de la Real Cárcel de Corte —dice, y no se sabe si lo pregunta o lo afirma.

—No. Yo solo…

El alcaide lo interrumpe con un gesto de su mano derecha. Es terrible, murmura, terrible. Llevan ya cuatro meses esperando a los alguaciles que han de trasladar cierta cuerda de presos para ser ejecutados en la Ciudad de México. ¡Cuatro meses! Y en ese tiempo los presos en cuestión han tenido la ocurrencia de seguir comiendo, y bebiendo, y ocupando el poco espacio libre que le queda, y mientras tanto él, el desventurado de él, ¿qué es lo que puede hacer? ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Cree acaso el virrey que su cárcel, una modesta y oscura cárcel en una modesta y oscura villa de provincia, puede sostener a todos los criminales de la Colonia?

Durante unos instantes no dice nada más, ni levanta la vista de la puntera de sus zapatos. Parece cansado, y lo siguiente que hace es encargarse de confirmarlo. Estoy cansado, dice al fin con su vocecilla ridícula. Soy un hombre muy ocupado y muy cansado. Haya venido para lo que haya venido, dice dirigiéndose a Juan por primera vez, lo cierto es que no tiene tiempo para esto. No está buscando un carcelero, ni un ordenanza, ni mucho menos un nuevo preso. Eso es, de hecho, lo último que necesita en este momento: otro preso. La cárcel está tan abarrotada que teme que baste enjaular un alma más —¿tienen acaso alma, esos malnacidos?— para que el edificio entero se venga abajo. A veces, confiesa alzando los ojos, ha soñado con eso. Los alguaciles de la Cárcel de Corte llegarían al fin, dentro de un año o de un millón de años, qué importa, y en el lugar donde alguna vez se alzaron sus paredes no encontrarían nada. Su prisión convertida en un montón de escombros. Su prisión tragada por las entrañas de la tierra, cayendo y cayendo hasta ir a parar al mismísimo infierno, que es al fin y al cabo el destino de todos los allí presentes. Eso es lo que piensa de su prisión. Lo que piensa de sus presos. Lo que piensa, incluso, de sí mismo, pues en sus fantasías él también es engullido por la tierra, acompañado de su catálogo de monstruos. Se ve cayendo infinitamente, confundido con ese rebaño de asesinos, bellacos y locos; juntamente con los ebrios y los perezosos, con los parricidas y uxoricidas y alborotadores, con ladrones y mendigos, con bandidos e imbéciles de condición. Y ese pensamiento, ya ve, no le quita el sueño. Al infierno con todo. Al infierno, también, con él mismo. Así que si viene a confesar un crimen, más le vale que contenga los remordimientos todavía unos días más y se descargue en un confesionario o en el presidio de algún pueblo vecino. En esta ciudad ya tienen todos los malhechores que necesitan y alguno de añadidura.

Juan se esfuerza en tranquilizarlo. No ha venido a llevarse a los criminales de los que habla, es cierto, pero tampoco está ahí para causar problemas. Solo busca a un viejo amigo que según le consta se encuentra allí, preso por cargos de vagancia y vida desordenada, y con mucho gusto pagará la multa que le corresponda.

Detrás de sus cristales, los ojos del alcaide relampaguean por primera vez:

—¿Quiere decir que ha venido para llevárselo con usted? ¿Que va a sacarlo de aquí?

—Sí.

El alcaide da una palmada rápida.

—¡Guardia! ¡Este hombre quiere llevarse a uno de nuestros monstruos! ¡Lléveselo abajo, antes de que cambie de idea!

Mientras tanto, Juan ha abierto el libro por la página del retrato e intenta mostrárselo. El hombre en cuestión se llama Juan pero se hace llamar el Padrecito, dice, aunque también responde al nombre de Padre, y al de indio Juan, y hasta donde sabe tiene más o menos este aspecto.

El alcaide se echa a reír, sin molestarse en mirar el dibujo. ¿De verdad cree que conoce siquiera a la mitad de los hombres que viven aquí? Si fuera capaz de recordarlos a todos, sería un fenómeno de la naturaleza: podría dejar su cargo y ganarse la vida arrastrándose de feria en feria, pregonado en una barraca de circo como el increíble hombre memorioso. Si conociera la vida o los crímenes de cada uno, aunque fuera de forma deficiente y aproximada, entonces tendría en su cabeza todas las historias del mundo: al menos las más miserables, las más fétidas, las más abyectas. No, amigo mío, dice tomándolo del brazo y acompañándolo hasta la escalinata: deberá ser usted el que busque a su protegido allá abajo. Y por el amor de Dios, murmura, prométame que hará todo lo posible por encontrar a ese desgraciado.

Juan había previsto un complejo laberinto de galerías y mazmorras, tal vez incluso cámaras de tortura, pero solo encuentra una escalera de piedra que desciende directamente hasta las celdas de los presos. El carcelero lo precede con una lámpara de aceite y cierto aire resignado. Escucha, cada vez más enardecidos, los gritos que están como encerrados allá adentro, y al destrabar la última puerta siente la bofetada del hedor en la cara, tan intenso que podría tener un color —el color de un cuerpo humano consumido por el fuego— y la consistencia de un puño en el estómago. Por los laterales se filtra una luz enfermiza, manicomial, que llena de luz algunos cuerpos y eclipsa otros y cuadricula el suelo con la sombra de los barrotes. Recuerda en algo a la sentina de un barco, un lugar condenado a la podredumbre y a la oscuridad

eterna para mantener a flote el resto. O a la bodega de un castillo donde lo que se añejaran no fueran vinos y licores sino seres humanos. Eso es exactamente lo que parece, una bodega humana, harapos de hombres amortajados por la atmósfera espesa y la humedad y el frío; cientos de cuerpos abatidos o furiosos o idiotizados o sonámbulos, aguardando el momento de ser descorchados y revelados a la luz del sol.

Juan avanza por el corredor, mirando a ambos lados la sucesión de rostros apiñados. Algunos hombres fuman cigarros. Otros permanecen ovillados en un rincón o sobre un puñado de paja, temblando de fiebre o de frío. Algunos se alivian en unas barricas serradas por la mitad que hacen las veces de letrinas: toneles con las duelas mohosas que fermentan su fetidez el tiempo que los carceleros gusten, hasta que consienten desaguarlas. Hay también hombres que barajan apasionadamente mazos de naipes y hombres que discuten y hombres que ríen y hombres que esconden una bota de vino al paso del carcelero y otros que se ejercitan asidos a los barrotes o que cantan o que susurran. Un anciano que juguetea con un perrito. Un sarnoso que se rasca furiosamente. Un hombre gordo que alza en su escudilla un mendrugo de pan negro y finge que es la sagrada forma y ríe de forma atronadora antes de hacerla pedazos y desmigarla entre los fieles. En una celda que es todo penumbra y paja ve clarear, por un instante, el cuerpo blanco de un joven desnudo sobre el jergón, un muchacho que se entrega al sol que se filtra por el ventanuco con abandono y cierto aire distraído, oferente como un gato o una odalisca. Son hombres adultos y otros casi niños y algunos ya ancianos, lampiños y barbudos, sanos o a un paso de la tumba, pero siempre o casi siempre de piel atezada y maneras aindiadas. Algunos examinan a Juan desde la profundidad de sus ojos embrutecidos y vinosos, pero la mayoría le dedica apenas un vistazo, o no se vuelve siquiera. Siguen enfrascados en sus juegos, en sus silencios hoscos, en sus plegarias, en sus bromas.

Juan llega hasta el fin del corredor, muy lentamente, y luego gira sobre sus talones y desanda el camino, más lento todavía. Lleva abierto el libro por la página del retrato, y cada cierto número de rostros examinados vuelve la mirada al dibujo, como la pluma que cada tanto ha de aprovisionarse en su tintero. Se detiene en algunas celdas particularmente atestadas; en ciertos cuerpos que no se vuelven a la luz. En ninguno de ellos encuentra rastro del Padrecito. Se detiene junto a la puerta de ingreso, meneando la cabeza. El carcelero le dedica una mirada tristísima, inconsolable.

—¿Entonces el señor no se lleva ninguno?

Antes de que Juan pueda contestar, se escucha una voz en la celda que queda inmediatamente a su espalda.

—¿El señor está buscando al Padrecito?

Juan se gira con brusquedad. El que ha hablado es un hombre que aguarda sentado en uno de los toneles, con los pantalones arremangados. Tiene una barba espesa y cierto aspecto de forajido, y lo mira con una expresión que no se sabe si es de concentración o de profundo esfuerzo.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre tarda en contestar, como si tuviera todo el tiempo del mundo. En cierto modo lo tiene. Toma un puñado de paja con el que se limpia vigorosamente, y luego usa esa misma paja ennegrecida para señalar el libro.

—Es eso lo que lleva pintarrajeado en sus papeles, ¿no? El hocico de ese pobre desgraciado.

Juan se aprieta contra los barrotes.

—¿Lo conoce? ¿Sabe dónde está?

El hombre se abrocha los pantalones, fingiendo una reflexión profunda. Luego mira a los dos hombres que lo flanquean. Los tres sonríen con cierto descaro.

—¿Y qué ganamos mis compadres y yo con decírselo?

—Con mucho gusto me haré responsable de su multa. Quiero decir, de la multa de los tres.

Los hombres ríen ruidosamente, pero hay cierta tristeza, cierto cansancio en su voz. Al fin le explican que, llegado este momento de su vida, ni el oro ni la intercesión de un desconocido puede hacerles mucha diferencia. No están ahí ni por vagancia, ni por hurto, ni por encamarse con niñas, delitos todos ellos redimibles con un poquito de voluntad y un muchito de pesos, sino por bandolear en el camino real y degollar a un corregidor que por otra parte se lo tenía bien buscado y merecido, y ya se sabe que los crímenes de sangre solo se pagan con más sangre. Su porvenir, dicen, no es mucho más largo que la cuerda de una soga y que la escalera de un cadalso. ¿Entonces qué es lo que quieren?, pregunta Juan, anhelante, y los tres bandidos se encogen de hombros. Quieren lo que nadie salvo Dios puede darles, y por debajo de eso, nada. Juan aprieta los barrotes con más fuerza. ¿Significa eso que no van a ayudarlo? El primer hombre niega con la cabeza lentamente, sin borrar del todo la sonrisa. No: solo significa que van a ayudarlo, pero lo harán por nada. Quieren dejar claro ese punto. Lo ayudan por nada. Lo ayudan porque sí. Porque quieren y solo porque quieren, ¿está claro? Está claro, dice Juan, y se dispone a escuchar.

Esta es su celda. Este es el montón de paja donde dormía. La cobija piojosa con que se cubría. El barril donde cagaba. Este, repite el primer bandido, es el lugar donde clamaba día y noche sus muchas locuras. Estas cuatro paredes estaban cansadas de escucharlo, y también nosotros. También nosotros, confirman el segundo y el tercer bandido. Sobre todo nosotros. Porque están acostumbrados a convivir con gentes de mal andar, y con asesinos de toda condición y catadura, pero no con locos. Y el Padrecito era, sin duda, un loco. Tal vez lo soltaron por eso. Porque un día, sí, lo soltaron. Él no parecía ni contento ni triste; tomó el camino de regreso al mundo con la misma serenidad con que había llegado a esta celda. Durante algún tiempo, dice el primer bandido, creyeron que era un hombre afortunado: ahora no están seguros. Al fin y al cabo ese mundo al que ha regresado es un basural, un vertedero, un excremento. Aunque claro, también lo es esta cárcel. La cárcel es, como si dijéramos, la letrina adonde van a parar los excrementos que apestan demasiado incluso para esa inmensa letrina que es el mundo. Nosotros somos los excrementos de los excrementos, dice el segundo bandido. La parte hedionda que la propia inmundicia se avergüenza de llamar suya. Somos la mierda de la que la misma mierda se libraría si pudiera, completa el tercer bandido, si los zurullos tuvieran conciencia y algo así como dignidad o sentido de la vergüenza. ¿Nosotros tenemos dignidad, conciencia, sentido de la vergüenza? Sí y no. Depende de a quién se le pregunte. Por aquí hay de todo: hombres que hemos ido a parar al fondo de la letrina porque somos unos hijos de perra malnacidos o porque lo es el mundo en que nacimos. Y hay también quien llega aquí con algo semejante a la dignidad y la pierde porque la letrina de la letrina que es el mundo apesta demasiado. El Padrecito también apestaba, en un sentido físico al menos. Su mierda apestaba como la de todos; su sudor, su orina, su boca, apestaban no menos que el sudor y la orina y la boca de cualquiera. Sus palabras apestaban también; murmuraba locuras que se les pudrían dentro de los oídos, y a veces tenían que golpearlo, sí, lo tundían a bofetadas y patadas hasta que se callaba o se dormía. Por eso, cuando al fin lo liberaron, todos fueron un poco más felices. La letrina de la letrina que es la cárcel pareció, al menos durante un tiempo, oler un poco mejor. Ellos mismos parecían más limpios, aunque salta a la vista que es justo lo contrario; que cuanto más tiempo pasan cociéndose en la sopa fría de su propio sudor, de su propia ranciedad, por fuerza han de oler un poco peor. El caso es que un día el Padrecito se marchó. ¿Cuánto hace de eso? El primer bandido dice que no hace memoria del tiempo; que acá, entre estas cuatro paredes, el tiempo solo se mide por los barriles de excrementos, cada

vez más llenos hasta que un día están vacíos. El segundo bandido dice que el tiempo es un lujo de los poderosos. El tercer bandido añade que el tiempo es un lujo de los poderosos y de los prestamistas. El primer bandido retoma la palabra para decir que el tiempo es un lujo de los poderosos y los prestamistas y los religiosos, todos ellos también porquería, mierda parida por mierda que pare más mierda, aunque no esa clase de excremento que va a parar a la cárcel ni a letrina alguna. El segundo bandido dice que el tiempo no existe. El tercero dice que, a su parecer, no existe el tiempo ni tampoco existe Dios, y la creación está organizada a imagen y semejanza de esta cárcel, es decir, sin otra ley que la del azar. El azar y la estupidez, concluye el primero. Eso es, dice el segundo. Bien dicho, dice el tercero. En fin, continúa el primer bandido, adelantándose de nuevo; lo único que puede sacarse en claro es que el Padrecito fue liberado, en algún momento entre el comienzo de la creación perpetrada por ese Dios que seguramente no existe y este preciso instante en el que están hablando. ¿Saben acaso ellos por qué lo encarcelaron? El tercer bandido afirma con la cabeza. Fue por mendigo, dice. Por arrastrarse de puerta en puerta pidiendo la voluntad y por dormir debajo del puente de la villa y en pesebres y cuadras. El segundo bandido no está de acuerdo, o al menos no del todo. Fue por mendigo y también por loco; porque no se conformaba con arrastrarse de puerta en puerta pidiendo la voluntad, sino que además iba contando que lo habían ordenado sacerdote en el desierto y repetía sus desvaríos a todo aquel que tuviera orejas para escucharlo. Fue por mendigo y por loco, concluye el primer bandido, pero también por revoltoso y alborotador, porque esas locuras que se le pudrían a uno dentro intentaban, de un modo u otro, mover a los hombres a la rebeldía y al desacato. ¿Qué era lo que decía? ¿Cuáles eran esas locuras?, insiste Juan, y esas locuras son tantas y tan variadas que por primera vez las voces de los bandidos se enrevesan, se solapan y se confunden. Decía por ejemplo, vea usted la ocurrencia, que era menester una ley que no hiciera distingos entre blancos, indios y negros; que los hombres solo debían diferenciarse unos de otros por el vicio y la virtud. Decía que sus Majestades Carlos III de España y Luis XVI de Francia y todos los monarcas grandes y pequeños que le venían a la cabeza estaban depravando la justicia con sus poderes absolutos, que solo a Dios corresponden. Decía que había llegado el tiempo de romper las cadenas de los esclavos, cadenas que podían estar hechas de hierro pero también de miedo, de supercherías, de ignorancia. Esas eran las peores; las que estaban hechas de ignorancia. Había que romperlas a golpes de martillo, pero no un martillo cualquiera. Ese martillo era algo que el Padrecito llamaba razón, aclara el

primer bandido. Ese martillo, confirma el segundo bandido, era una cosa llamada ciencia. Ese martillo no eran más que los dislates de un loco, resuelve el tercer bandido, con un manotazo al aire. Que estaba loco queda fuera de toda duda, o al menos eso convienen los tres. Era la suya una locura que miraba en una única dirección: hacia el futuro. Hablaba del futuro como algunos hombres hablan de su pasado: como si fueran las páginas de un libro ya escritas. En esas páginas leía lo que estaba por ocurrir. Algún día todo sería ciencia y técnica y razón, signifiquen esas palabras lo que signifiquen, y cuando eso ocurriera, decía, cárceles monstruosas como esta serían derribadas y no quedarían de ellas piedra sobre piedra. Y la cárcel, aclaran los bandidos, no le parecía monstruosa porque él estuviera en ella, o porque hubiera hombres como nosotros en el mundo, no, eso no le preocupaba lo más mínimo; era monstruosa solo por cómo estaba construida, porque los presos vegetaban en ella sin ningún provecho y sin ningún fin, sin dejar ningún legado a la sociedad más que la sangre de sus crímenes. Eso decía. Que no tenía sentido que las naciones impidieran las asociaciones de cincuenta personas, por temor a rebeliones y escándalos, y en cambio constituyera por ella misma dentro de sus prisiones asociaciones de cientos, miles, tal vez millones de hombres despreciables que ningún bien hacían, que no eran más que bocas que consumían inútilmente, manos que no trabajaban, espaldas que ninguna carga llevaban, tiempo desperdiciado, como asnos que se sacuden el ronzal y ya no tiran de la noria del mundo. Llegaría un día, dicen los bandidos que decía el Padrecito, que las cárceles serían grandes talleres donde los criminales devolverían a la sociedad, multiplicado, cuanto primero le habían arrebatado. Sacarían un rendimiento a cada día de sus vidas, a cada minuto, cada segundo, el tiempo de los relojes subdividido hasta encontrar en él cada vez más instantes útiles. ¡Ah! Cuánta pendejada. Porque hablaba, sí, de relojes, no uno, sino muchos relojes, no solo en lo alto de los campanarios sino también en los ayuntamientos, en los talleres de trabajo, en los colegios, en las cárceles, claro, sobre todo en las cárceles, un reloj en cada hogar y también en el corazón de cada hombre, muchos relojes que en realidad serían solo uno, el latido de un único cuerpo. Del mismo modo que había una anatomía para el estudio del cuerpo, decía, pronto nacería una anatomía que se ocuparía de las sociedades: cada nación se constituiría como un inmenso cuerpo, un ejército donde cada soldado, cada miembro, cada voluntad minúscula, se entrelazaría para formar un único propósito. ¿Cuál era ese propósito? Ellos no lo sabían, y quizás el propio Padrecito tampoco. Solo sabía esto: que algún día las naciones serían inmensos talleres, una industria

producida por hombres para generar más hombres, hombres cada vez mejores, y que eso, el trabajo, se convertiría en la providencia de los pueblos modernos; haría en ellos las veces de moral, llenaría el vacío de las creencias y pasaría por ser el principio de todo bien. Al menos eso es lo que repetía día sí y día también. El trabajo, decía, debería ser la religión de los pueblos. ¿Puede imaginarlo?, pregunta el tercer bandido, con voz socarrona. El Padrecito, al menos, podía. Imaginaba Nueva España entera convertida en un taller de proporciones monstruosas, en el que el esfuerzo de cada hombre y cada mujer tendría su función cuidadosamente atribuida. Claro que el Padrecito ni siquiera creía en el virreinato de la Nueva España, aclara el primer bandido; para él Nueva España era, en sí, un inmenso error, empezando por el nombre, qué era eso de Nueva España, gritaba a veces enfurecido, por qué tenían que llamarse España, vieja o nueva, pero España, que sesteaba tan lejos y tan estúpida y tan blanca al otro lado del océano. Por él podía irse a la mierda España con su camada de gachupines; si ellos presumían de haber reconquistado su tierra a los moros, lo propio habían de hacer acá los indios y enviar de retorno a sus conquistadores; deberían construir todos juntos su propia nación, perseguir sus propios fines, enviar Europa entera al infierno. Repetía también aquella frase tan socorrida para todo, ¿cómo era? Ah, carajo, ya recuerdo. Dios está muy alto, el rey en Madrid y nosotros aquí. Eso era lo que decía. Yo he venido a redimiros, mexicanos de México, clamaba de pronto a cualquier hora, generalmente cuando todos dormíamos y no teníamos el cuerpo para sediciones; he venido a liberaros de las cadenas de la ignorancia y de las cadenas de los esclavos y de las cadenas de la metrópoli, y entonces teníamos que molerlo a palos, para que se callara o se callara. Una vez, dice el primer bandido riendo, tuvo la ocurrencia de encaramarse hasta el tubo por el que los carceleros desaguan nuestra mierda. Qué le parece: puso su boca en esa especie de trompeta, en ese desaguadero infecto —un tubo de metal que la propia mierda evitaría tocar si pudiera— y la usó a guisa de altavoz para arengar a la ciudad: para decirles que aunque no lo creyeran ellos también estaban en una cárcel, ellos también eran prisioneros de una España lejana y de las voluntades de unos pocos. Decía que en las letrinas hay también algo de Dios. ¿Qué querría decir? El caso es que a nosotros todos esos gritos nos dieron risa pero también, al cabo de unas horas, mucho sueño, y tuvimos que bajarlo a palazos para que nos dejara dormir. Es cierto, confirma el segundo bandido riendo. Vaya si lo es, ríe el tercero. Hasta que un día, simplemente, lo pusieron en la calle. ¿Por qué lo hicieron? Fue por mendigo, dice el segundo bandido;

porque el rancho no alcanza para todos, y él era de los pocos, puede que el único, que no tenía una hermana o una esposa o hasta una hija que viniera a compartirle un mendruguito de pan. El tercer bandido no está de acuerdo, o al menos no del todo. Fue por mendigo pero también por loco; porque si pasaba una noche más acá íbamos a acabar matándolo a coscorrones, acuérdate de que tú mismo lo dijiste: que daba lástima, pero con la lástima y todo íbamos a tener que madrugárnoslo. Fue por mendigo y por loco, concluye el primer bandido, pero también por revoltoso y alborotador: porque los carceleros se dieron cuenta de que hacía menos daño predicando por las calles que trompeteando sus locuras por el altavoz de las letrinas. Sea como fuera, ya no está aquí. Se fue, dice el primer bandido. Se fue, dice el segundo bandido. Se fue, dice el tercer bandido, y hay, quizás, un cierto deje de tristeza en sus voces. ¿Saben ellos acaso adónde se fue? Se encogen de hombros. ¿Qué les importa? Bastante tienen con saber dónde estarán ellos dentro de unos días, unos meses a lo sumo; secándose al sol en las horcas de la Ciudad de México. Esté donde esté ese desgraciado, dice el primer bandido, será en un lugar mejor que el que a ellos les espera. Aunque ahora que lo piensa bien, le parece que en sus delirios decía algo de dirigirse al norte. Retirarse al mero desierto, ¿no es así, muchachos? Es verdad, dice el segundo bandido. Algo me quiere sonar, murmura el tercero. Sí, ya lo recuerdo; decía que el mundo aún no estaba preparado para sus enseñanzas, qué le parece, que éramos semejantes a niños a los que había que dar a beber leche y no alimento sólido, porque aún no éramos lo bastante hombres para digerirlo. Que se andaría por el desierto, como los ermitaños, en tanto que maduráramos, y que allí a nada ni a nadie necesitaría, pues su sola razón le bastaba para diagnosticar y curar las flaquezas del mundo. Decía también que tal vez el Diablo enviaría contra él las tres tentaciones de Cristo en el desierto. ¡No dijo eso!, interrumpe el segundo bandido. No lo dijo pero lo pensó, contesta el tercero. Es cierto: lo pensó, admite el segundo, meneando la cabeza. Es que no sé si le dijimos que el Padrecito se creía sacerdote; de ahí le viene el nombre, claro, Padrecito, quería que lo llamáramos siempre Padrecito, como si él fuera nuestro párroco y nosotros sus fieles. Decía que nada sabíamos: que si Cristo volviera a nacer ante nuestros ojos, los canónigos de México lo enviarían al quemadero ante nuestra burla o nuestra indiferencia. Repetía que estaba por llegar un perseguidor que no sería ejecutor ni verdugo sino discípulo suyo. ¿Acaso eres tú ese redentor, compañero?, pregunta el primer bandido con voz burlona. ¿Eres ese discípulo que esperaba? Ah, qué cosas tenía, el Padrecito. Y fíjense que aun con todo logró que nos tomáramos un poco en serio las locuras que

decía. Al menos así seguimos diciéndole: Padrecito. Como si fuera el padre o el sacerdote de alguien. Se diría que a veces se creía Dios mismo, interviene el tercer bandido. Pero Dios, ya lo dijo al empezar, no existe. No existe Dios y no existe el tiempo, concluye el primer bandido, lanzando un escupitajo contra la paja. El tiempo es un lujo de los poderosos y de los prestamistas y de los religiosos, y la creación está organizada a imagen y semejanza de esta cárcel, es decir, sin otra ley que la del azar y la estupidez. Eso es, dice el segundo. Bien dicho, dice el tercero.

Volver, al fin, al mundo. El temor repentino de contemplar ya para siempre ese mundo como una inmensa cloaca cuyos detritos más hediondos alguien tiene que esconder y enterrar. La cárcel como el aparato excretor del mundo, piensa Juan, y el mundo, por qué no, como el aparato excretor de Dios. Pero antes una sucesión de pasillos y calabozos que parece no acabar nunca, el carcelero que lo conduce por un camino nuevo, tal vez porque se dirige a alguna puerta trasera; tal vez porque entretanto la prisión ha seguido creciendo, multiplicándose hasta lo imposible. Es el pabellón de mujeres. A través de la luz taciturna de las ventanas, Juan ve sus rostros sucediéndose a ambos lados, como relámpagos blancos en el curso de la noche. Hay mujeres que juegan a los naipes y mujeres que discuten y mujeres que rezan el rosario en la penumbra y mujeres que ríen y otras que susurran o que cantan o que gimen. Dos muchachas se despiojan mutuamente, como monos amaestrados y silenciosos. Apoyada contra los barrotes, una anciana teje una especie de bufanda interminable, una bufanda demasiado larga para abrigar un cuello humano. En una celda que es todo penumbra y paja ve clarear, por un instante, el pecho blanco de una mujer que amamanta a su hijo. Son mujeres adultas y otras casi niñas y algunas ya viejas o viejísimas, con los cabellos largos o afeitados al rape, sanas o a un paso de la tumba, pero siempre o casi siempre de tez morena y maneras aindiadas. Algunas examinan a Juan desde la profundidad de sus ojos embrutecidos y vinosos, o le tiran un beso desganado, pero la mayoría le dedica apenas un vistazo, o no se vuelve siquiera. Siguen enfrascadas en sus juegos, en sus silencios hoscos, en sus plegarias, en sus bromas.

Entre todas ellas, solo unos ojos dolorosamente abiertos; solo una expresión de horror. Es una mujer de piel atezada, que tiene la boca entreabierta, como petrificada en un rictus de pavor; un gesto en el que no hay sorpresa sino solo la constatación de algo que ya se sabe y no por ello es menos intolerable. No mira a sus compañeras. No mira al carcelero. No mira la libertad inalcanzable tras los barrotes. Solo mira hacia atrás. Mira a Juan.

Dentro de Juan. Quién sabe si a través de Juan. Mira de un modo terrible, como se miran las cosas terribles que han sucedido y las cosas más terribles aún que están por suceder; unos ojos de los que se ha evaporado toda voluntad y toda belleza, que han visto el horror y están llenos de él y son por tanto insoportables de mirar, o que tal vez han visto el horror y por eso mismo están vacíos y ese vacío resulta aún más insoportable. Ojos que ya no reflejan nada, que son lo que queda de la compasión cuando se le borra la fe; la libertad cuando se le resta la justicia; la voluntad cuando carece de manos y voz. La esperanza menos la esperanza.

Juan se aprieta contra las rejas. Señala con mano temblorosa no a la mujer, sino la mirada que viene como cosida a esa mujer.

—¿Cuánto? —pregunta.

El carcelero se detiene. La lámpara continúa oscilando en su mano, llenando de claros y sombras su rostro de extrañeza.

—¿El señor quiere pagar su multa? ¿La multa de esa mujerzuela?

—¿Cuánto? —repite Juan.

El carcelero dice una cifra ridícula. Una cantidad tan pequeña que no se expresa en oro ni en plata sino en vellón. Juan desliza sus dedos dentro de la bolsa y le tiende una moneda cualquiera, sin mirarla.

—Eh, tú —dice el guardia, haciendo sonar la llave dentro de la cerradura —. Ven acá. Estás a punto de tener mucha suerte.

Pero la muchacha, la mujerzuela, no viene todavía. Solo hace durar un poco más su mirada de horror, y eso es todo.

—¿Es que no me has oído?

Tampoco ahora obedece. Su mirada se ha transformado en otra cosa. Ya no hay horror, o al menos no solo horror: ahora también hay rabia. Hay indignación. Hay desprecio. La muchacha que no quiere ser salvada, o al menos no así; no por esa moneda chiquita. No por la caridad ni la compasión de nadie. Tal vez por eso se aparta de pronto, lejos de las rejas por fin abiertas. Se escabulle entre la muchedumbre de mujeres hasta confundirse con ellas; una prisionera más, en nada diferente a sus compañeras de suerte.

—¡Tú te lo pierdes, ramera! —grita el carcelero, blandiendo furiosamente su manojo de llaves.

Luego, más calmado, se dirige a Juan. Así son las mujeres que viven en la prisión, explica con afán didáctico. La mayoría al menos. Prefieren llenar la panza a cuenta del cabildo en lugar de sudar un trabajo como Dios manda. Él conoce bien a esa pordiosera, y a todas las que son de su calaña: con mujerzuelas como ella todo dinero es dinero perdido. Apostaría la mano a que

dentro de dos semanas la tendrían de vuelta, con las mismas ganas de holgazanear y un pecado más en la conciencia.

Juan no dice nada. Lentamente se separa de la reja, resignado. El carcelero sigue reteniendo la moneda en la palma de su mano, con expresión de súplica.

—¿El señor no quiere probar a llevarse otra? Las tengo más bonitas y menos ingratas…

VIII

Mendigos sin rostro – Insensatez para Dios
Herencia de un padre muerto – Un águila se opone a su cárcel
Juguete para un niño futuro – Nuevas banderas para un mundo viejo – Pobre mesa y humilde techo – Muchas piedras y algunos huesos – El patrón acaba de marcharse porque usted acaba de llegar – Días o años – El patrón y el Patrón
Campesinos crucificados – Nosotros y el fuego

En el fondo del morral, solo cinco monedas. Ha gastado las restantes en provisiones para el viaje y en nuevas ropas y en una posada mal ventilada junto a la catedral. Incluso se ha hecho con una peluca blanca —todos los caballeros de ley tienen una o incluso dos de repuesto, señor, insistió el sastre— que ahora lleva torpemente encasquetada en la cabeza, como una segunda cabellera. En todos estos lugares —en la sastrería, en el almacén, en la posada— los empleados muerden sus monedas antes de aceptarlas y niegan con la cabeza al mostrarles el retrato del Padrecito. Apenas se molestan en mirarlo. Porque ellos no tratan con chusma ni con ermitaños locos ni con reclusos de la cárcel virreinal ni con mendigos, dicen, así que mucho menos pueden recordar sus caras. Los mendigos, parecen decir, no tienen rostro. Los mendigos tienen solo manos extendidas para limosnear y capas raídas y enfermedades repugnantes, de las que hay que protegerse con unas cuantas varas de distancia y la intercesión de ciertos santos. Juan guarda lentamente el libro, mientras frente a él el sastre, el almacenero, el posadero se entretienen todavía un poco más de tiempo, escudriñando la efigie medio borrosa de las monedas que acaba de tenderles. Y ahora está aquí, con las alforjas llenas y la peluca ladeada sobre la cabeza y solo cinco monedas en el fondo de su morral: insuficientes para comprar un caballo o una bestia de carga. Solo queda, pues, caminar, seguir caminando hacia el norte, siempre hacia el norte, casi arrastrando el equipaje; Juan convertido en su propio caballo, una montura que no va a detenerse nunca.

Pero ¿por qué no detenerse? ¿Por qué seguir caminando, en pos de las huellas de ese hombre que es delincuente, y mendigo, y tal vez loco? Juan no está seguro de la respuesta. O tal vez conoce esa respuesta con una parte de sus pensamientos que no se atreve a mirar a la cara, si es que los

pensamientos tienen cara. Solo sabe o cree saber esto: el camino no ha terminado.

Al fondo de su morral, revuelto con las cinco monedas de oro, el libro del Padre, y entre las páginas cerradas, entre los dibujos feroces del apóstol, algunos pasajes subrayados o tachados o rodeados por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde la mirada del Padre se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos. Juan toma el libro y pasa las páginas atropelladamente, dejando que sus ojos salten de subrayado en subrayado. Ha seguido los pasos del Padre hasta aquí y ahora sigue la estela de su lectura, se deja resbalar dentro del libro sujeto por su mano.

Lee: He aquí que yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad.

Lee: Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase ignorante para llegar a ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es insensatez para Dios.

Lee: Pues todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.

Lee: Lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios y lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte.

Lee: Se acerca la hora en que cualquiera que os mate creerá que rinde servicio a Dios.

Apenas ha dejado atrás los arrabales de la ciudad cuando le da alcance un carruaje. Más que un carruaje es una tartana miserable, semejante en todo a un carromato de comediantes o titiriteros, con la cubierta hecha de pellejo de vaca y una pareja de mulos enganchados al tiro. Encaramado al pescante hay un niño que de ningún modo puede sobrepasar los diez años, manejando con aplomo las riendas. Lleva sobre la cabeza un sombrero inmenso, un sombrero que no puede corresponder a una cabeza tan pequeña y que es tal vez la herencia de un padre muerto o un legado para un hijo futuro. Tiene la piel enrojecida por el sol y la mirada de los niños que se han expuesto demasiado tiempo a las obligaciones de sus mayores: una mirada en la que no cabe ninguna claudicación al alborozo o al juego. Solo un brillo mortecino que ya anticipa algo del anciano en que habrá de convertirse.

—¿Adónde va? —pregunta el niño, emparejando el trote de los mulos al paso de Juan.

Juan, demasiado fatigado para hablar, se limita a señalar el horizonte al que el carro y él mismo se dirigen. El niño aprueba gravemente con la cabeza, como si sin pretenderlo Juan hubiera dado con la respuesta correcta. Luego se queda mirando sus provisiones, demasiado pesadas para ser arrastradas por el esfuerzo de un único hombre.

—¿Tiene el señor algo de beber?

Juan rebusca entre sus alforjas el odre de vino. El niño, la manecita diminuta del niño, reclama el odre con un gesto remotamente autoritario. Luego detiene el trote de los mulos para dar un trago largo, de hombre sediento. Antes de devolverle el odre se seca las mejillas imberbes con la manga de la camisa.

—Suba —dice sin apenas mirarlo, con la misma autoridad y el mismo gesto.

Dentro de la tartana viajan algunos sacos de grano, tinajas de pulque y de atole, sartas de tornachiles. Incluso una gallina que viene adormecida entre la paja, dentro de su jaulita de madera. Pero hay, en efecto, un poco de espacio libre para que Juan acomode sus alforjas y se acomode él mismo, usando el morral como almohada.

—¿Adónde se dirige usted? —pregunta cuando el niño arriero da un chiflido y las mulas comienzan a trotar de nuevo.

—Al norte —responde, usando solo una esquina de la boca.

Y es todo cuanto dirá durante los cuatro pueblos siguientes.

Desde la tartana Juan ve sucederse sembrados y eriales, aldeas mezquinas, ermitas de adobe. Ve atuendos que nunca antes había visto y hombres también, en cierto modo, nuevos; hombres que son cada vez menos indios y cada vez menos españoles también, si es que eso es posible. Al pasar tiene tiempo de contemplar fragmentos de sus rostros, escuchar fragmentos de sus conversaciones. Es el suyo un acento, decide, que no se parece a ninguno de los acentos del orbe. La tierra que atraviesa es una tierra distinta de aquella de la que procede y al mismo tiempo idéntica: las mismas manos miserables ocupándose en las mismas azadas, las mismas horcas, las mismas yuntas de bueyes; nuevas casacas y nuevos sombreros para oponerse al viejo sol, el mismo sol de siempre, que late como una penitencia sobre la espalda de los hombres. Cada vez que ve a un mendigo o a un peregrino orillado en la cuneta, Juan se vuelve anhelante para escudriñar su rostro. Por lo demás, casi todos los parajes que recorren son llanuras y cerros desiertos y eras estragadas por el sol. Mundos desolados donde no hay nada que mirar ni registrar: solo el ruido de los cascos haciendo retemblar la tierra, y las ruedas del carro que

rebotan contra los morrillos del empavesado, y la voz del niño arriero —una voz que instante a instante parece vigorizarse, hacerse más profunda— murmurando interjecciones en el lenguaje primitivo de los mulos. Cada tanto, la gallina abre sus ojos diminutos y negros para volver a cerrarlos, mecida por el sopor del viaje. Comienza a llover, una lluvia delgada y tímida que resuena contra la cubierta de la tartana como tal vez resuenan las paletadas de tierra contra las cajas de los muertos. Deja de llover y sale el sol y luego se oculta de nuevo. En el horizonte se forma un nublazón denso y oscuro, como si el destino al que se dirigen tuviera algo de noche o de tormenta.

Y entonces, de pronto, Juan escucha un repique de campanas que parece muy próximo, aunque en ese momento están atravesando un paraje sin aldeas ni iglesias. Las campanas tocan a rebato y mezcladas con el tañido del bronce resuena un grito desgarrado, a medio camino del dolor y de la euforia. Las campanas y con ellas el grito —pero por ninguna parte hay campanas; en ningún lado gargantas humanas ni espadañas de piedra— enmudecen de pronto. Tras una revuelta del camino, el coche se topa con un escuadrón de soldados ataviados con uniformes blancos y sombreros negros, que desfilan hacia el norte. Llevan recargados en el hombro mosquetes que a Juan le parecen muy sofisticados, con una especie de cuchillitos clavados en sus cañones. El primero de los soldados sujeta la jaula de un pájaro y dentro de la jaula ningún pájaro, solo una cabeza humana que parece haber echado a volar de su cuerpo; una cabeza ya para siempre emancipada de ese cuerpo. Ve la melena larga y blanca del decapitado, colgando sin ningún propósito. Los rasgos serenos, como sorprendidos en mitad del sueño. La boca abierta, congelada en un grito: tal vez precisamente ese grito que Juan acaba de escuchar, rebotado y amplificado por los ecos del valle. Parece la cabeza de un sacerdote, los ojos tal vez todavía abiertos de un sacerdote que espera o reza o sueña, y ese padrecito, piensa Juan, podría ser tal vez el Padrecito. Pero las mulas aprietan el paso y los soldados y la jaula y la cabeza quedan atrás, sin que Juan tenga tiempo de leer sus rasgos.

Deténgase, dice al cochero, y el coche no se detiene. Se asoma al pescante y repite la orden y el muchacho que sujeta las riendas ni siquiera se vuelve, sus ojos fijos en el camino donde todavía están por suceder tantas cosas.

—Es la cabeza del Padre de la Patria —explica por debajo de su sombrero, descargando un fustazo innecesario sobre el lomo de las mulas.

Y luego:

—Es la guerra.

Y aun después:

—Es el momento.

El momento de qué, querría preguntar Juan. Pero no lo pregunta. Siente repentinamente una sacudida parecida a la del vértigo, un cierto regusto a sangre en la boca, el bamboleo del carro que de pronto parece el mismo bamboleo de la cabeza en la jaula y de la jaula en la mano del soldado, un ir y venir de ideas y de imágenes y de fragmentos del paisaje que se escurre a través de la ventanilla, y su cabeza, la cabeza de Juan, convertida en la cabeza del Padrecito —¿la cabeza del Padrecito?—. Los ojos abiertos de Juan que son ahora sus ojos, lo que esos ojos muertos verían si pudieran ver, tan pronto los barrotes de la jaula como los morrillos del camino o el gris del cielo, mecidos por el compás del viaje. Piensa: Estoy borracho. Y luego: Estoy soñando. Estoy enfermo. Bajo la peluca cana —esos cabellos postizos, tan parecidos a los cabellos blancos del muerto— su cabeza parece hervir. Hierve también la tierra. La lluvia que de pronto se descuelga con brutalidad, tormentosa y súbita; agua contra la cubierta de la tartana y agua contra el empedrado del camino y agua contra los árboles y contra los pensamientos. Agua delante y detrás de sus ojos. Agua vomitada por el cielo para lavar el mundo. La lluvia como un resplandor o una clarividencia lenta o un don que parece acelerar las cosas, los árboles que se suceden a ambos lados de la carretera, cada vez más rápido, y los charcos de fango que borbotean en el suelo, y el coche que traquetea y ruge sobre ellos y al fin vuela, casi vuela; la locura de un viaje que no termina nunca. La noche cayendo de pronto sobre sus ojos y sobre el paisaje, y al otro lado, como personajes llovidos de una pesadilla, soldados que se aprestan para el combate a la luz de las antorchas o de los faroles o de los relámpagos; soldados con uniformes blancos y soldados con uniformes azules y soldados que no tienen más uniforme que sus ropas de campesino. Dentro del coche, dentro de su jaula, la gallina ha abierto al fin sus ojos feroces y bate las alas, desesperanzada o rabiosa; alas que parecen crecer hasta inundar y más tarde rebosar los barrotes, como un águila que se opone a su cárcel e inicia al fin su caza en una noche sin tregua. Águilas graznando en la angostura de sus jaulas, en la jaula del coche, en la jaula infinita del mundo, sin resistirse por más tiempo a su naturaleza de rapaces. Afuera alguien muere, acosado por su pico corvo o por las balas. Los primeros disparos. Los primeros truenos. Alguien muere y ese alguien, antes de morir, grita. La muerte es un ruido que se interrumpe de pronto. Y por detrás de la muerte, otras muchas voces, arengas, órdenes: soldados que vienen y van a ambos lados de la carretera, que toman posiciones, que ceban sus mosquetes, se santiguan. Ve ondear en el aire, un instante, el estandarte de

la Virgen de Guadalupe. Ve un arma a punto de ser disparada. Ve a un hombre muerto. Luego no ve nada. Los párpados que se cierran sin voluntad ni resistencia, como si cayera sobre ellos la muerte del muerto, y el mundo que sigue deslizándose poco a poco en el sarcófago del coche, en forma de ruidos confusos y sin embargo singularmente precisos. Escucha disparos. Escucha gritos que se derraman como lluvia y gotas de agua que repiquetean como gritos. Escucha una voz que clama: Viva el Ejército Trigarante, y: Viva México, y: Mueran los gachupines. Y los gachupines mueren, tal vez, en algún lugar que queda fuera del carro. Escucha el rumor de su sufrimiento, restallando en la noche como el látigo del arriero en la grupa de las mulas. Viva Fernando VII, dice una voz, estrangulada por la agonía, y una voz entera contesta: Muera el mal gobierno, y: Muera España, y: Muera la tiranía, voces que resuenan como un eco de la voz del Padrecito. Sus palabras, de pronto, en otras bocas. Los hombres luchan por la tierra que Juan no puede ver y en su propio cuerpo una lucha también, un dolor intenso en las sienes, en el pecho, en los brazos, sus brazos temblando cada vez más fuerte, como si no fueran suyos o lo fueran apenas, su cuerpo en batalla contra su cuerpo para que de esa batalla quede, como único superviviente, una idea: Es la guerra. Es el momento. Es el final. Y entonces, al fin, la voz del cochero que se alza de pronto para contestar a esos pensamientos —pero cómo va a pertenecer al niño esa voz tan profunda, de hombre grave—; la voz del cochero, en fin, respondiendo: No, no es el final. Es el comienzo.

El comienzo de qué, querría preguntar Juan. Pero no lo pregunta.

Creyó que estaba a punto de morir. Estuvo, tal vez, un tiempo muerto. Pero ahora es de día de nuevo y el cielo es azul y el coche está detenido en algún lugar. Una voz solícita: Hemos llegado, señor. Juan tarda en comprender el sentido de esas palabras. Dentro del coche las mismas cosas, los sacos de grano, las tinajas de pulque y de atole, las sartas de tornachiles. La misma gallina adormecida entre la paja, dentro de su jaulita de madera. Juan que va recuperando poco a poco la conciencia de su cuerpo, su cuerpo de nuevo suyo, las piernas que lentamente le obedecen y le sostienen para bajar a tierra. Da unos pasos todavía vacilantes hacia el cochero. Se frota los ojos deslumbrados por el sol, como quien se desempolva el rastro de un sueño. Y bajo su sombrero, el rostro del cochero, que todavía tiene la fusta en la mano y le señala la puerta de una fonda. Juan contempla durante un tiempo que parece inmenso su semblante fruncido, la piel exangüe, como papel de biblia que hubiera ardido en un incendio sin humo ni consecuencias. Hemos llegado, señor, repite el anciano con su voz levemente aflautada, infantil, y Juan

asiente con energía y sin convicción. Sí: han llegado. Lentamente, con un esfuerzo póstumo, el anciano se encarama de nuevo al pescante. ¿Es que no se queda el señor?, pregunta Juan, antes de verlo partir. Oh, no: de ningún modo. Él se marcha: su viaje ha terminado. Tantos años llevando provisiones y viajeros, explica el anciano; tantos años, dice, compitiendo con los gringos, que han llenado las carreteras de México de diligencias que viajan más deprisa y más barato; esos años, ah, han sido más que suficientes. Porque contra los gringos uno no puede competir. Contra los vecinos del norte, dice, contra los dólares, contra los números, contra la realidad, uno no puede hacer nada. Es hora de regresar, concluye, mientras efectivamente azuza a los mulos y los conmina al regreso. Juan lo ve partir sin hacer un solo movimiento, sin pronunciar una sola palabra de despedida; un viajero que queda clavado en mitad de la plaza de un pueblo desconocido, con sus valijas ungidas de polvo y su rostro de desamparo. Visto de espaldas, el sombrero del anciano ya no parece inmenso, ni grande siquiera: solo un sombrero vulgar y corriente, tal vez levemente anticuado, como la herencia de un padre muerto o un juguete para un hijo futuro.

La plaza está desierta, paralizada por el calor. Es apenas un rectángulo de polvo, presidida por una fuente seca. Algunas casas de cal y adobe; algunos soportales de madera. En mitad de la nada, un perro derrumbado al sol, abandonado a un sueño cuya inmovilidad recuerda a la muerte. Ni siquiera su cola se mueve. Lo único que parece mostrar algo parecido a la vida es un paño raído que cuelga del balcón de la fonda, mansamente distraído por el viento. Es una bandera descolorida y maltratada, a ratos verde y a ratos blanca y a ratos roja y a ratos todos los colores al tiempo, al arbitrio de la brisa. En el centro, el dibujo de un águila rampante sobre un nopal: un águila que en algo recuerda a la gallina encerrada en su jaula de madera y a los emblemas de ciertos dibujos aztecas.

De pronto, en un ángulo de la plaza, vida. Dos niños que permanecen detenidos a la sombra de uno de los soportales y atienden con asombro a cada uno de sus gestos. ¿Estaban ahí desde un principio? Juan se aproxima lentamente. Escucha los susurros que se dirigen el uno al otro.

—Para mí que es un gringo.

—O un lord británico.

—A mí se me hace más bien un juez.

Están mirando su peluca blanca. Juan se la aparta bruscamente, comprendiendo que de alguna forma acaba de convertirse en un equipaje innecesario. Mientras habla con ellos la aprieta y la retuerce entre sus manos,

como si fuera un cuerpo vivo. Les pregunta si por ventura pueden decirle cuál es el nombre del lugar donde se halla y los niños se lo dicen y hasta repiten una, dos, tres veces. Ese nombre no significa nada para Juan. Luego les pregunta si por ventura saben darle razón de la batalla que acaba de presenciar, tan solo unas cuantas leguas al sur, y los niños intercambian miradas de perplejidad antes de responder que no saben de qué ejércitos, de qué batallas, de qué muertos les habla. Por último pregunta por la bandera. Los ojos de los niños se quedan por un instante como envueltos en ese pedazo de trapo. Es la Bandera, responde uno de ellos, con sencillez. Es la Bandera, confirma el segundo. ¿La bandera de qué? Ellos no parecen entender su pregunta. La Bandera es la Bandera. La Bandera es la bandera de la república. La Bandera es la bandera de todos nosotros, dicen; la bandera de nuestra tierra. ¿Y cuál es su tierra? ¿Cuál esa república?

—Está borracho —murmura uno de los niños.

Pero así y todo intentan explicarle a ese borracho con trazas de gringo, o de lord británico, o de juez enloquecido por el desierto, de qué república, de qué tierra hablan. Emplean la palabra «emancipación». Emplean la palabra «justicia». Emplean la palabra «México», como si fueran aztecas revividos. Así que esta ciudad se llama México, dice Juan al fin, intentando poner en orden las cosas, y los niños ríen con cierto deje desdeñoso. Oh, no ha entendido nada, el juez. Su pueblo, acaban de decírselo, se llama de este modo y de este otro. Pero México, dicen, la Bandera que están contemplando, es mucho más que eso. Abarca el pueblo, claro, pero también el siguiente, y el siguiente, y el que queda después del siguiente. México es el nombre de la montaña más alta a la que se sube y de la hondura más profunda a la que se baja. México es el horizonte y también el horizonte que se contempla cuando se llega al horizonte. Podría cabalgar semanas en una dirección o en la contraria y no encontraría más que México, México, más México por todas partes. Porque México es una tierra infinita, una tierra que solo parece acabar en los mapas.

Eso dicen, los niños, y luego callan. Solo se escucha la respiración gravosa del perro; un lamento que parece bombeado desde el lecho de una pesadilla. De pronto Juan se acuerda del Padrecito. Las palabras del Padrecito, cuyos ecos todavía parecen rebotar en las paredes de la cárcel de la villa. Yo he venido a redimiros, mexicanos de México, dijeron los bandidos que decía el Padrecito; he venido a liberaros de las cadenas de la ignorancia y de las cadenas de los esclavos y de las cadenas de la metrópoli. Juan mira a su alrededor, la plaza chica y miserable, las paredes llenas de desconchones, las

balconadas de las que cuelgan retales de paños humildes, y se pregunta si este es el reino que el Padrecito aspiraba a construir.

—Os enseñaré algo.

Ha comenzado a registrar su morral. Mientras extrae el libro, mientras pasa apresuradamente las páginas, les explica que está buscando a un hombre. Un hombre que es o parece un mendigo.

—¿Un mendigo?

Sus ojos brillan con cierto escepticismo. Los mendigos, parecen decir, no tienen rostro. Los mendigos tienen solo manos extendidas para limosnear y capas raídas y enfermedades repugnantes, de las que hay que protegerse con unas cuantas varas de distancia y la intercesión de ciertos santos. Tal vez no sea exactamente un mendigo, acaba concediendo Juan; digamos más bien que es un peregrino o un ermitaño o un viajero humilde. Se hace llamar el Padrecito.

—¿El Padrecito? —pregunta uno de los niños—. ¿Es un cura?

—Algo así.

—¿Algo así?

Juan reflexiona un momento.

—No es un cura

Y luego:

—Pero lo parece.

Y aun después:

—Tal vez en cierto sentido sí es un cura.

Para entonces ya ha hallado la página del retrato. Los niños se inclinan sobre el libro con una curiosidad distraída y levemente burlona, dispuestos a echar un único vistazo y contestar no. Pero ese único vistazo basta para borrar el desdén de sus miradas y lo obsceno de sus risas.

—¡Es el Patrón! —exclama el primer niño.

—¡Es el Patrón! —exclama el segundo.

—¡El mero Patrón! —insiste el primero, como si no hubiera quedado claro.

Y por un momento se llevan reverencialmente las manos a la cabeza, buscando descubrirse el sombrero que no tienen.

El Señor tiene que disculparnos. No sabíamos que usted. No sabíamos que vuecencia. No sabíamos que su señoría buscaba al Patrón. Si nos hubiera dicho, desde el comienzo, que era uno de los hombres del Patrón, entonces nosotros. Nosotros no nos habríamos reído. Nosotros habríamos colaborado. Nosotros habríamos ayudado a su señoría en todo cuanto fuera menester y

aun un poco más lejos. Pero no sabíamos que. Creíamos que. Llegamos a pensar que. Pero no. Estábamos equivocados. Su señoría es, sin duda, uno de los capataces del Patrón, uno de los cobradores del Patrón, uno de los apoderados del Patrón. Si nos hubiera dicho. Si hubiéramos sabido. Pero no sabíamos. Tan solo díganos qué necesita y entonces nosotros haremos lo que esté en nuestra mano para. ¿Encontrar al Patrón? Ah, ojalá pudiéramos ayudarlo con eso, y con todo lo que su señoría disponga y mande y ordene. Pero el Patrón, usted sabe, vuecencia sabe, su señoría sin duda muy bien sabe, ah, el Patrón, el Patrón, quién puede decir dónde se encuentra. Tal vez en este mismo momento inspecciona la marcha de una de sus muchas fábricas. Tal vez da instrucciones a sus capataces. Tal vez tiene un mapa abierto sobre la mesa y en ese mapa mira justamente este pueblo, apenas un pellizco de papel que no basta ni para asentar su dedo. Cómo encontrar al Patrón si todo lo que está viendo con sus ojos es el Patrón. Porque de alguna forma es así, todo le pertenece, la tierra que pisan, el aire que respiran, el agua que alimenta sus eras de trigo y sus plantíos de algodón y sus dehesas de reses. Sus posesiones abarcan el pueblo, claro, pero también el pueblo siguiente, y el siguiente, y el que queda después del siguiente. Suyo es el horizonte y también el horizonte que se contempla cuando se llega al horizonte. Podría cabalgar días en una dirección o en la contraria y no encontraría más que al Patrón, el Patrón, los dominios del Patrón por todas partes. Una porción del mundo no tan grande como el propio México, claro, pero en cualquier caso tan grande. Más grande de lo que la imaginación de un hombre puede concebir. Más grande de lo que ellos, hijos de peones que de alguna forma son también hijos del Patrón, son capaces de soñar. Y por eso él, vuecencia, su señoría, su excelencia, tiene que perdonarlos, porque al fin y al cabo así es como son, insignificantes como una piedra o como un árbol que crece en mitad de las tierras del Patrón, entre otros tantos árboles y piedras iguales. Su señoría no debe enojarse. Su señoría debe aceptar sus disculpas y su pobre mesa y su humilde techo, si es que así lo requiere. Y cuando al fin encuentre al Patrón no olvide decirle que acá, en este rincón del mundo que es servidor de usted, en este pueblo cuyo nombre el mismo Patrón tal vez haya olvidado o traspapelado o confundido con el nombre de otros tantos pueblos iguales, se le espera y honra con un fervor del que acaso no tenga noticia. Aunque a nosotros se nos hace que el Patrón ya lo sabe todo; que no se cae ni un solo pelo de nuestras cabezas sin que él lo sepa y consienta…

Ha encontrado al Patrón y el viaje no termina. Ha encontrado al Patrón y ahora el Patrón, el cuerpo del Patrón, se prolonga en todas las direcciones. Es

posible acampar en la punta de uno de sus dedos y gastar toda una jornada en alcanzar las colinas de sus nudillos. Atraviesa las tierras del Patrón como una pulga habita el continente de un perro, ignorando tal vez que algo llamado perro existe. Recorre caminos que corren a través del Patrón y duerme a la sombra de unos árboles que los peones del Patrón plantaron y bajo la luz del mediodía ve brillar los muros encalados de un pueblo que el Patrón también hizo sembrar, como los árboles. El pueblo ofrece, como modestos frutos, una cantina llena de desconchones. Unos campos de algodón. Un molino que también es el Patrón, como el río que lo mueve. Atravesado en el camino sestea otro perro famélico que no pertenece a nadie, y en su cuerpo constelaciones de pulgas y quién sabe si caminos y bosques y más pueblos y más perros que duermen y seres humanos que nunca llegaremos a conocer. En la puerta de la cantina esperan unos aldeanos envueltos en ponchos, derrengados sobre sus mecedoras de madera. Sobre la cabeza les pesa un inmenso sombrero, que parece pesarles un poco más cuando Juan pregunta por el paradero del Patrón. Un silencio. El Patrón. El Patrón, repiten al fin, con un hilo de voz, los que se atreven a mirar el retrato que les tiende. Fuman más aprisa. Retienen entre los dedos cigarros que son puras brasas y se tienden unos a otros una damajuana de barro sin cocer. El señor quiere saber dónde está el Patrón, dicen, y es una lástima que ellos no puedan ayudarlo. No pueden ayudarlo porque el Patrón podría estar en cualquier parte. Es, claro está, un hombre rico, tan rico que en toda su vida no ha hecho dos noches bajo el mismo tejado. Porque todo esto es suyo. Hacen un gesto vago que abarca los caminos de polvo, el horizonte encendido por el calor, el perro que duerme. El Padre tiene tantas tierras y tantas heredades y tantas peonadas que a duras penas puede conocer el nombre de todos los pueblos que contiene su hacienda. Al menos eso es lo que cuentan. Una vez, años atrás, el Patrón estuvo ahí mismo, a la puerta de la cantina, ¿puede el señor creerlo? Estuvo sin saber dónde estaba. Plantado justo donde ahora está el señor. Ahí mismo. Hasta entonces nunca antes lo habían visto. Se habían limitado a tratar con sus capataces y sus alguaciles y sus cobradores de rentas. Pero ellos lo reconocieron de inmediato. Era el Patrón y se había perdido en sus propias tierras. No sabía cómo salir de sí mismo. Había echado a cabalgar por capricho, o tal vez para descubrir cómo era su hacienda por debajo de la piel de los mapas, y había acabado ahí, frente a su modesta cantina, pidiendo razón del camino de regreso. Y ellos le dieron esa razón, y él les arrojó una moneda de oro, y luego no volvieron a verlo. Solo a sus capataces y sus alguaciles y sus cobradores de rentas, que sí recuerdan el nombre de este

pueblo y si hace falta hasta el nombre de cada uno de ellos. Las tierras que ocupan. Los pesos que deben al patrón.

Juan les pregunta por el camino que Juan tomó.

Juan les arroja una moneda de oro.

Juan carga sus alforjas y sigue el camino que le indican, al norte, siempre al norte.

El pueblo también es el Patrón, piensa cuando se aleja, y sus habitantes son las manos encallecidas del Patrón, los zapatos manchados de fango del Patrón. También ellos pertenecen a la tierra, como mojones que nacen y mueren hincados al mismo suelo. Solo el perro es libre, vive en el centro de su libertad de mendigo, y por eso, porque nadie más puede, echa a correr tras los pasos de Juan. Lleva las orejas gachas y una cierta esperanza en la mirada, como quien ha recibido muchas piedras y también algunos huesos.

La tierra del Patrón se parece a todas las tierras que ha conocido hasta ahora. Un lugar en el que se cumplen las mismas leyes universales, a saber, que todas las cosas codiciadas tienen propietario, y aun las sobras de esas cosas hay que reunirlas con esfuerzo. En el costado del camino ve pícaros y maleantes, ve ranchos arruinados, ve unos pocos hombres que mandan y otros muchos que obedecen. Mujeres que llevan botijas de agua y pucheros de loza mientras sus maridos, sus hijos, sus hermanos se inclinan sobre los surcos del arado con las mismas herramientas de siempre y sudan el mismo sudor de sus antepasados. Sus rostros le resultan familiares. Tiene la sensación de haberlos encontrado antes, días o años atrás, como quien llevara toda una noche jugando con distintas barajas y recibiendo en suerte los mismos naipes.

Pero hay también, en la tierra siempre idéntica a sí misma, ciertas novedades que Juan constata con sorpresa. En una de las aldeas de adobe que se pudre al lado de la carretera encuentra un campanario arruinado, y en ese campanario un inmenso reloj de agujas; un reloj detenido, pero reloj al fin y al cabo. Cada tanto, clavados en el suelo, postes de madera que sujetan larguísimos alambres negros, como cuerdas para tender la ropa en las que ninguna ropa se tiende y nada sucede. Solo sirven para que descansen los pájaros. Arriba descansan los pájaros y debajo trabajan los hombres, sufren los hombres. Refulgiendo bajo el sol, un camino que parece una sutura abierta en la tierra; una cicatriz hecha de metales y maderas cruzadas, deslizándose hasta el horizonte. Juan sigue ese camino. Cuando lo ven pasar, los campesinos agitan sus sombreros en la distancia. ¿Qué es lo que están haciendo? Le dicen que tenga cuidado. Le dicen que no sea necio. Apártese, compadre, gritan. Por el amor de Dios, apártese. Ese camino, comprende Juan

al fin, no es en realidad un camino. Como las cuerdas que atraviesan el cielo, está hecho por el hombre pero no para el hombre. Y lo que sea que recorra ese camino efectivamente acaba llegando, caravanas de humo y de metal que surcan la tierra como un barco surca el océano. ¿Por qué el mar no pertenece a nadie y sin embargo no hay tierra tan miserable como para carecer de dueño? Se hace a un lado para escuchar su resoplido casi animal, su tormenta de quincalla, el penacho de humo negro y el polvo del llano que se levanta por un momento para nublar el mundo.

Humo también en el horizonte, ascendiendo en espirales lentas. Son las chimeneas de Juan, las fábricas de Juan. Al menos una de ellas. Se alza como una catedral de ladrillo, templo de un nuevo culto consagrado al metal y al fuego. Juan aguarda frente al arco de entrada con el sombrero entre las manos, como un nuevo devoto. A su alrededor ve hornos de fe, batanes, martinetes; molinos movidos por la nada. Sus sacerdotes están enfadados, están sucios, están hambrientos. Salen a toque de sirena a un patio cuadrado, con la gorra calada y los mandiles cubiertos de grasa. Fuman nerviosamente colillas que casi les queman los dedos, y ese pellizco de tabaco es el único hilo que los mantiene unidos al pasado. A ratos parecen sacerdotes y a ratos presidiarios. Son, quizás, presidiarios, habitando una nueva cárcel llena de luz y de propósitos, tal y como el Padrecito había previsto. Trabajan formando inmensas cadenas donde cada sacerdote, cada obrero, cada preso repite el mismo gesto hasta el infinito. Por un momento Juan se acuerda del modo en que los indios del Padre modelaban sus vasijas de barro, en una cadena que empezaba y ya no terminaba nunca. En lo alto de la nave central, un inmenso reloj de agujas que subdivide el tiempo hasta encontrar en él cada vez más instantes útiles, y los presidiarios que lo miran con resignación o esperanza. Los ve alimentar sus fraguas, sus volcanes de óxido, y producir en ellas objetos extraños, objetos tal vez innecesarios, tal vez demenciales. Se diría que el único propósito de la fábrica es construir piezas que mantendrán en pie la fábrica. La fábrica perpetuándose a sí misma, como si el hierro tuviera su propia voluntad, sus propios propósitos. ¿Es esa la voluntad del Patrón, esos sus propósitos?

Pero el Patrón tampoco está allí. Al menos Juan no es capaz de encontrarlo. Toca puertas grandes y pequeñas, toca portones de madera, rejas de hierro. Hace sonar aldabas, bocinas, timbres, campanillas de latón. Se entrevista con guardias y gerentes, con capataces y obreros. Aguarda junto a la garita del vigilante; en pasillos alfombrados y en despachos. Y en esos despachos, en esas garitas, en esos pasillos, siempre las mismas respuestas, o

según se mire, siempre una respuesta diferente. Lamentablemente el Patrón no puede recibirlo. Lamentablemente el Patrón es un hombre muy ocupado, que no puede atender su petición, sea esta la que sea. El Patrón no está. El Patrón no sabe quién es usted. El Patrón tiene una reunión muy importante esta mañana y no debe ser molestado. El Patrón no da trabajo a vagos ni a pordioseros. El Patrón no ha llegado todavía. El Patrón acaba de marcharse. A veces, combinaciones enloquecidas de las mismas respuestas. El Patrón es un hombre muy ocupado precisamente porque no puede atender su petición. El Patrón no está porque el Patrón no sabe quién es usted, sea usted quien sea. El Patrón acaba de marcharse porque lamentablemente usted acaba de llegar y continuará fuera mientras usted sea un vago y un pordiosero.

Y sentado en esos despachos, de pie en tantos pasillos, detenido junto a aldabas y timbres y campanillas y llamadores de hierro, Juan espera. Da vueltas entre sus manos al libro del Padre, siempre dispuesto a mostrar el rostro del Patrón a tantos gerentes, vigilantes, capataces, obreros. Algunas veces lo abre y echa un vistazo distraído a sus versículos de letra apiñada y menuda. Algunos han sido subrayados o tachados o rodeados por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde la mirada del Padre se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos. Pasa las páginas atropelladamente, dejando que sus ojos salten de subrayado en subrayado. Ha seguido los pasos del Padre hasta aquí y ahora sigue la estela de su lectura. Se deja resbalar dentro del libro sujeto por su mano.

Lee: Sé vivir en la pobreza y sé vivir en la abundancia. En todo lugar y en todas las circunstancias, he aprendido el secreto de hacer frente tanto a la hartura como al hambre, tanto a la abundancia como a la necesidad.

Lee: El alma del perezoso desea y nada alcanza; mas el alma de los diligentes prosperará.

Lee: No vivimos ociosamente entre vosotros, ni comimos gratis el pan de nadie, sino que con sudor y fatiga trabajábamos de noche y de día para no resultar gravosos a ninguno de vosotros; y no porque no tuviéramos derecho, sino porque queríamos daros en nosotros un ejemplo que imitar. En efecto, cuando todavía estábamos entre vosotros, os dimos esta norma: Que si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma.

Lee: Y yo os digo: haceos amigos con las riquezas mal adquiridas, para que, cuando os falten, se os reciba en las moradas eternas.

Lee: Siervo malo y perezoso, ¿sabías que quiero cosechar donde no he sembrado y recoger donde no he esparcido? Debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros para que, al volver yo, retirase lo mío con intereses. Quitadle, pues, el talento, y dádselo al que tiene diez. Porque a todo aquel que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

Lee: Las riquezas de un hombre son el rescate de su vida, mas el pobre no tiene medios para rescatarse.

Y así, pasan días o años.

¿Pasan días, años? ¿Es posible pasar días y años así, sentado en un despacho, de pie en un pasillo? Es, tal vez, imposible, pero a Juan no se lo parece. Pasa, en cualquier caso, el tiempo suficiente para que reunirse con el Patrón parezca algo que no va a suceder nunca. Y entonces sucede. No hay razones, al menos no razones que Juan conozca, pero un día las mismas preguntas, las mismas personas lo llevan a un despacho lujoso y no a la puerta de la calle. Juan se sienta en una butaca de fieltro rojo y espera un tiempo inmenso, tal vez cinco minutos. Esos cinco minutos pasan como si fueran días o años. Ahora que está a punto de lograrlo, su voluntad parece más débil que nunca. ¿Qué va a decirle? ¿Por qué ha llegado hasta aquí? ¿Viene a prenderlo o a arrojarse a sus plantas, como uno más de sus discípulos? Todos esos guardias, esos chupatintas, esos obreros. ¿Son ellos sus discípulos?

Al fin un hombre aparece al otro lado de la mesa. No es el Patrón. Es un hombre diminuto, ridículo, con un bigote dibujado a tijera. Tal vez el secretario del Patrón, que le ofrece una mano muy pequeña y muy fría. Luego alza las cejas y su rostro compone la expresión de esperar alguna cosa. Estoy buscando al Patrón, explica Juan a esas cejas que se levantan. Yo soy el patrón, responde el secretario. A su espalda, un reloj de pesas da las doce horas del mediodía de quién sabe qué día y qué año. Juan tarda esas doce campanadas en hablar de nuevo, con voz trémula.

—Usted no es el Patrón —dice.

—Claro que soy el patrón —repite el patrón.

Juan registra su morral. El cuerpo del patrón da un respingo, se endurece en su silla. Mientras Juan rebusca, abre silenciosamente una de las gavetas de su escritorio y desliza su mano dentro. Solo parece relajarse cuando ve a Juan sacar un libro de pastas antiguas y remaches de hierro, que deja sobre la mesa abierto por la primera página. Usted no es el Patrón, repite, y hay algo mecánico en su voz; algo que recuerda a la voz del reloj. Usted no es este

hombre. El patrón se inclina sobre el retrato. Se echa a reír, ya completamente aliviado.

—Ya comprendo —dice sin dejar de reír.

Cierra la gaveta y abre otra que está en el lado opuesto. Saca una pitillera de oro.

—¿Un cigarro? ¿No me lo acepta?

Ya comprendo, repite el patrón, con el cigarro colgando de su boca. Sin duda ha habido algún tipo de confusión, explica. Usted no busca al patrón. Usted busca al Patrón. Juan parpadea, confundido. ¿Es que hay alguna diferencia? Mucha más de la que cree, insiste el patrón. Usted quiere ver al Patrón, y esperaba encontrarlo aquí, claro. Pero el Patrón no está aquí. El Patrón nunca ha estado aquí, ¿comprende? Me sorprendería que recordara mi nombre. ¿Qué es lo que estoy diciendo? ¡Me sorprendería incluso que recordara que esta fábrica existe! Porque si usted fuera el propietario de toda esta comarca, amigo mío, ¿gastaría su vida aquí, en este miserable despacho? ¿Se sentaría en esta silla? Si el Patrón ha reunido tantos pesos, si ha construido este imperio, es precisamente porque nunca se conformó con permanecer sentado en ninguna parte. ¿Dónde puede encontrarlo entonces? ¡Ah! ¿Y quién podría responderle a esa pregunta? Solo el Patrón, dice el patrón. Pero para preguntar al Patrón primero tendría que encontrar al Patrón. Y el Patrón puede estar en cualquier parte. Tal vez en este mismo instante inspecciona la marcha de otra de sus muchas fábricas. O tiene un mapa abierto sobre la mesa y en ese mapa está mirando justamente ese edificio, que ni siquiera recuerda haber construido. Incluso ha escuchado decir que el Patrón vive en la mera línea del ferrocarril. ¿A usted eso se le hace o no se le hace posible? Pues es lo que cuentan. Gente conocedora. Secretarios de secretarios de hombres que una vez le estrecharon la mano al Patrón. Cuentan que vive en uno de sus trenes, del sur para el norte y del norte para el sur. Siempre en movimiento. Que desde ahí lo controla todo, los controla a todos, como si fueran parte de su propio cuerpo. Aunque tal vez sea solo una forma de hablar, claro. Quién puede entender lo que el Patrón piensa; lo que el Patrón dispone. Eso está diciendo el patrón, con el rostro velado por el humo de su cigarro: un humo no más extraño que el humo de la fábrica o el humo de las caravanas de hierro. Así que le recomienda que sea lo que sea el asunto que viene a tratar con el Patrón, se resigne ya a no encontrarlo. ¿Qué ganancia sacará con seguir buscándolo? Ninguna ganancia. No cree exagerar al decirle que un siglo no le bastaría para encontrarlo. De hecho, si lo piensa fríamente, admitirá que ya es un milagro que haya llegado hasta ahí. ¡Cuántas

negligencias han tenido que producirse para que yo esté sentado con usted en este despacho!, exclama. Para que usted pueda reunirse conmigo, un hombre tan ocupado… Y sin embargo, yo mismo, fíjese lo que le digo, yo mismo no he llegado a ver al Patrón más que una vez en la vida. De eso hace ya algunos años, pero todavía lo recuerda. Como si estuviera sucediendo ahora mismo, ante sus ojos. Así lo recuerda. ¡Qué hombre! ¡Qué voz! Juan, claro, nunca ha escuchado la voz del Patrón, y teme que no llegue ya a escucharla nunca… Aunque algo me dice, continúa el patrón, que usted no va a rendirse tan fácilmente. Que pese a sus consejos e indicaciones va a continuar intentándolo de todos modos, mientras le quede un rastro de sangre en las venas. Y eso, ya ve, esa clase de obstinación, le gusta. En cierto modo me recuerda al Patrón, dice el patrón. Así que qué sabe uno. Después de todo tal vez sí llegue a encontrarlo. En cierto modo, en un sentido muy abstracto, claro, hasta se asemeja un poco al Patrón. También él siguió adelante cuando todo se le hacía imposible. ¿Sabía que cuando comenzó a amasar su fortuna era apenas un mendigo y solo tenía el hueco vacío de su mano, y ningún peso con que llenarlo? ¿Qué le parece? ¡La mano del Patrón, suplicando limosna! Pues parece que fue tal que así. Al menos eso le dijo el mismo Patrón. Le mostró su mano desnuda, su mano vacía, y le dijo: Al principio tenía solo esto. Ahora, continuó señalando sus fábricas y sus haciendas y sus dominios sin límite, tengo el mundo. Eso dijo. Así que después de todo puede que no haga mal en seguir buscándolo. Es la clase de cosas que el Patrón haría: no rendirse nunca. Y si me permite un consejo… Tal vez sea una pendejada lo que voy a decir. Tal vez lo sea, sí, pero debería probar en la vieja fábrica de hilados de algodón. Está a treinta o treinta y cinco kilómetros de aquí, pero… Sí: kilómetros. En la tierra de los algodonales. Dicen que en esa fábrica empezó todo. Que cuando comenzaron a construirla el Patrón no era más que un peón que ponía piedra sobre piedra, y que para cuando estuvo terminada la fábrica ya era suya. Por eso, porque el algodón le dio el primer aventón en su carrera, dicen que le tiene un afecto especial. Al menos eso cuentan. Gente conocedora…

Juan aprieta una vez más su mano pequeña, su mano tan fría, que también parece estar hecha de hierro. No necesita preguntar nada más. Sabe que esa fábrica solo puede estar esperándolo al norte.

A la salida del pueblo ve a un puñado de hombres sentados a la sombra de una tapia, dando palmas y tocando la guitarra. Una muchacha baila entre ellos con los ojos cerrados, como quien se mece al compás de un sueño. Juan está a punto de preguntarles si la fábrica de algodón está ya cerca, pero algo en su

felicidad, en el baile a ciegas de la muchacha, le contiene. No sabe que son los últimos seres humanos que verá en toda la jornada. Se lleva la mano al ala del sombrero y continúa su camino.

Más allá encuentra algunas aldeas yermas. Un pozo seco, una fuente seca. Un arroyo también seco, salpicado por huesos que quizá pertenecieron a reses sedientas. La carretera se desliza entre tierras que alguna vez fueron de sembradura, agostadas por el calor. Un horizonte sin maíz y sin esperanza, gobernado por espantapájaros que parecen campesinos crucificados. Hace noche en una de las aldeas abandonadas. No hay hiedra ni yerbas creciendo en los zaguanes y las paredes continúan limpias y encaladas, como si sus habitantes fueran a regresar en cualquier momento. Enciende fuego en uno de los hogares y bebe café en la penumbra de la casa deshabitada. Piensa en quiénes serían sus dueños, y piensa en el Patrón, en esa fábrica donde nadie le espera y al mismo tiempo todos le obedecen, igual que rezamos a un Dios que se manifestó una sola vez y para siempre. Por último se acuerda de pensar un poco también en sí mismo, mientras apura los posos del café. Como siempre que vuelve los ojos hacia dentro, se rinde pronto. Tiende su estera directamente sobre el suelo, tibio por el calor del fuego. De madrugada escucha el silbido del viento tras las vigas del techo y un rumor que parece como de conversaciones antiguas, y la mañana llega sin ningún gallo que la anuncie.

La carretera palpita bajo el sol del mediodía. Los colores y formas del mundo hierven en el horizonte, como figuras de cera derretida. El calor pone frente a los ojos de Juan cosas que no están y hace desaparecer otras que sí están, y cuando en una de las vueltas del camino distingue al fin a otro ser humano, todavía tarda muchos pasos en convencerse. Es un muchacho joven, con un hatillo en la espalda y rubor campesino en la cara. También él se dirige a la fábrica de algodón. Parece contento de encontrar compañía. Así mataremos el aburrimiento de la travesía con un poco de plática, ¿no le parece, señor? Juan dice que está de acuerdo y emparejan el paso. Caminan hombro con hombro, a través de la tierra trastornada por la sed.

—¿Qué es lo que ha pasado por aquí? —pregunta Juan, señalando otra aldea arruinada que sale al encuentro de la carretera.

—Es la sequía, señor. Vino un año malo y se marchó otro peor.

El muchacho le cuenta que nació en uno de los pueblos que quedan al sur. Ese pueblo, dice, tampoco existe ya. Con sus habitantes sucedió lo que sucede con los convidados a una boda: que a cierta hora de la madrugada acaba el festejo y cierran la pulquería o la taberna o donde quiera que sea que se hayan

reunido, y entonces cada uno marcha para su lado y ya no vuelven a encontrarse. Eso pasó con su pueblo. Con los vecinos de su pueblo. Claro que festejo, festejo, lo que se dice festejo, ellos no lo conocieron nunca, ni le consta que lo conocieran sus padres, ni los padres de sus padres. Lo que está claro es que el pueblo tuvo años mejores: eso ni quien lo dude. Pero es un hecho que la tierra no fue buena nunca, dice el muchacho, y que los delegados del gobierno no fueron mejores. Hace cinco años que les expropiaron las tierras comunales para dárselas al Patrón, solo porque no tenían los papeles en regla. Papeles es cierto que no tenían ni los tuvieron nunca: lo que sí tenían era la tierra. Desde que era pequeño el mundo. Desde entonces era que la tenían. Pero ellos les dijeron que la tierra no bastaba como prueba y el Patrón se la quitó.

Juan se detiene en mitad del camino. El muchacho le habla al aire hasta que se da cuenta y se vuelve para mirarlo, como fulminado a seis o siete pasos de retraso.

—¿Dije algo que le incomodó, señor?

—No. Es solo que ese Patrón del que habla… ¿No se referirá usted a este hombre?

El muchacho se inclina solo un momento sobre el retrato. Se aparta bruscamente, como si estuviera cansado de mirarlo.

—Pues sí, señor, a él es justamente que me refiero. ¿Acaso no lo conoce?

—¿Y está seguro de que fue él quien le quitó sus tierras?

El muchacho lo mira de arriba abajo. Contesta con lentitud.

—Pues bastante seguro, señor. No es una cosa que se olvide ni con la que se bromee.

Juan se disculpa apresuradamente. No era eso lo que quería decir. Lo que intenta explicar es que el Patrón es un hombre importante: alguien con muchas responsabilidades. ¿No podría pues ocurrir que esa injusticia que les han hecho la perpetrara otra persona en su nombre, sin el conocimiento del Patrón? El muchacho ladea la cabeza. ¿Otra persona, sin el conocimiento del Patrón? Ahí no sabría decirle. A él se le hace que no se les cae un solo pelo de la cabeza sin que el Patrón lo sepa y consienta, pero quién sabe. A lo mejor es como el señor dice. Si lo hizo él o quienes fuera que lo hicieran, pues no me corresponde a mí decirlo, añade. Sea como fuera, hecho quedó. Solo sabe que si no fue cosa del Patrón, al menos sí pueden estar seguros de que fue a él a quien le rindieron los frutos. Los terrenos le cayeron a las manos, como si dijéramos, porque el Patrón tenía los papeles que a ellos les faltaban.

Luego, tras un largo silencio, dice que lo que más le dolió es que la tierra parecía contenta de cambiar de dueño. Que ya desde la primera cosecha al Patrón le nacieron unos elotes grandes y encarnados como nunca habían visto ni él ni los suyos. Después llegó la seca y el pueblo se murió. Ya venía muerto desde que les quitaron las tierras, pero con la seca no quedó de otra que enterrarlo. Unos vecinos se fueron a Coahuila. Otros a Torreón, a Monterrey. Pero el hecho innegable es que se marcharon.

—¿Y usted?

—¿Yo, qué?

—Usted, ¿qué es lo que viene a hacer a la fábrica?

—Ay, ¿pues yo qué he de hacer, señor? Lo mismo que usted. Andar a rogarle trabajo al Patrón…

En la orilla del camino encuentran un granero desportillado y una docena de peones que comen a su sombra. Al verlos aparecer, los hombres se quitan los sombreros y se los llevan al pecho. Uno de ellos, bigotón y ceremonioso, se pone en pie para convidarlos. Juan mira sus sarapes recosidos, las humildes tortillas que desenvuelven con solemnidad litúrgica. Son muy pobres. La suya es esa clase de pobreza que se ve lastimada tanto si se acepta la invitación como si se la rechaza. Juan y el muchacho aceptan.

También ellos van a la fábrica de algodón. También ellos buscan trabajo. ¿Qué otra cosa puede hacerse, en estos tiempos?

Nada puede hacerse, claro. Solo caminar. Caminan ahora los doce, los catorce juntos. Van ocupando todo el pavimento de la carretera, con sus hatillos y sus petates acomodados a la espalda. Desde los campos roturados, desde las aldeas que continúan vivas, los campesinos detienen su labor para mirarlos.

—¿Adónde es que se dirigen, compadres?

—A la fábrica de algodón

—¿Es que allí hay trabajo?

—Habrá de haberlo.

Algunos sacuden la cabeza y siguen removiendo la tierra. Pero otros dejan caer azadas y carretillas y corren hasta alcanzarlos. O llevan todavía echadas al hombro sus herramientas, como si en lugar de dirigirse a la ciudad se dispusieran para la siembra. Los hay jóvenes pero también viejos. Son veinte hombres, treinta hombres. Cincuenta hombres. Algunas mujeres aguardan en el costado de la carretera. Les dan de beber botijos llenos de vino y de agua. Les dan de comer pan. Hacen la señal de la cruz en la frente de los caminantes, para que Diosito interceda y el Patrón tenga piedad de ellos. Al

fin y al cabo el Patrón también debe de tener un alma y un corazón. Y ha de tener también, si es su voluntad, suficiente fábrica para emplear en un día a un centenar de hombres más, sin hacer demasiadas preguntas. Son ya, de hecho, un centenar de hombres. Un centenar de hombres y también un puñado de mujeres, porque algunas, tan pronto como acaban de persignarlos, se persignan ellas mismas y se echan a la carretera. Caminan hombro con hombro. ¿Es que acaso quieren también ellas trabajar en la fábrica del Patrón? Hablan del Patrón. Hablan de tierras expropiadas. Hablan de acequias y canales de riego que solo vienen a besar las tierras del Patrón. Hablan de rebaños que ya no están autorizados a abrevar de los ríos a los que sus antepasados pusieron nombre y molinos y puentes. Hablan de impuestos. Hablan de deudas. Hablan de los peones acasillados al latifundio del Patrón, sembrados también ellos en la tierra como elotes que no llegarán a espigar. Y luego sacuden la cabeza, como si apartaran un mal pensamiento, y dicen: Ojalá el Patrón tenga tantita piedad de nosotros.

Son trescientos hombres y mujeres. Trescientos seres humanos. Somos trescientos, piensa Juan, y solo le alcanza la cabeza para pensar así, en plural, de tantos brazos y piernas y voluntades como ve dirigirse en su mismo rumbo. No se acuerda del indio Juan, o se acuerda apenas. Recuerda, en cambio, las afrentas del Patrón, las limosnas del Patrón, como si las hubiera visto con sus propios ojos. Son un millar y todos han visto las mismas cosas con los mismos ojos. Al llegar al pueblo siguiente, hombres y mujeres salen a recibirlos entre vítores y aplausos, y un puñado de niños corretean alborozados para tocar las manos de los soldados. No son soldados, son campesinos, pero marchan como si lo fueran. Una mujer preñada se agrega a ellos, sujetándose el vientre inmenso. También ella quiere trabajo, dice. Trabajo para ella y trabajo para su hijo. Dice que quieren ser escuchados. Dice que quieren pan. El alcalde del pueblo, endomingado y solemne, los ve pasar desde lo alto del balcón de la casa consistorial. Agita el sombrero y dice algunas palabras a las tropas que desfilan. ¿Qué es lo que dice? Nadie lo escucha. En la cabecera, un hombre con aspecto de forajido ha trepado a lo alto de una carretilla y grita algunas consignas con el brazo en alto. Es a él a quien escuchan. ¿Quién es ese hombre? Grita: ¡Viva el Patrón! ¡Muera el latifundio!, y las voces se propagan como aire o como fuego. Es el Compadre, grita alguien casi en la oreja de Juan. ¡Es el Compadre! ¡Viva el Compadre!, repiten una, cien voces, y el Compadre, todavía desde lo alto de su carretilla, continúa gritando. La muchedumbre corea su nombre. Luego lo aplaude. Alguien dispara al aire un tiro que suena como un asentimiento. Sus manos,

las manos fugaces del Compadre, parecen bailar sobre sus cabezas: azuzar o calmar los ánimos de quienes le escuchan, como un titiritero sabe controlar la voluntad de sus marionetas. ¡Tierra y libertad!, grita el Compadre con su voz sin temblor, y ese grito repetido como un eco en dos mil gargantas. ¿Dos mil gargantas? Hasta el niño aún no nacido parece gritar. ¿Qué es lo que gritaría ese niño, si gritara?

Está anocheciendo. Han encendido hogueras para calentarse en la orilla de la carretera. Han encendido antorchas. Cirios de iglesia. Lámparas de petróleo. Unas ancianas que parecen amortajadas en sus rebozos negros reparten escudillas de barro, salpicadas de alimentos humildes. No hay comida para todos. Solo llega la bebida: damajuanas de pulque y de mezcal que corren de mano en mano y no se vacían nunca. Ocho mil manos. Diez mil manos. Beben con los ojos cerrados y cierta expresión de inocencia, como si el aguardiente los amamantara. Como si fueran sus propios rebaños sedientos, saltando por encima de las cercas y las estacadas para abrevar en el río largamente anhelado. El alcohol que alcanza y la comida que no alcanza. Tienen hambre. Tenemos hambre y estamos borrachos, piensa Juan, enjugándose con la manga el pulque que le corre por la barbilla. Tierra y libertad y pan gritan, gritamos. Desde los terrados de las casas próximas hacen explotar cohetes de fiesta, como si celebraran la romería de algún santo patrón. ¿Qué santo, qué patrón? Algunos hombres apuntan al cielo con sus pistolas, con sus carabinas, y disparan salvas en honor de ese santo anónimo. ¿De dónde han sacado sus carabinas, sus pistolas? Nosotros procesionarios. Nosotros devotos de qué. Nosotros soldados. Un arma. La mujer embarazada dice que quiere un arma. Dice que su hijo también la quiere. ¡Armas!, gritan los hombres, suplican los hombres. ¡Armas y pan!, gritamos.

En la lejanía divisamos las luces de la fábrica, brillando como un fuego remoto. Ahí, emboscado en la oscuridad, nos espera el Patrón. ¿Qué es lo que espera? ¿Qué es lo que esperamos? Si no se cae un solo pelo de nuestras cabezas sin que él lo sepa, ¿cómo podría Él ignorar las cinco mil cabezas, las diez mil cabezas que se dirigen a su encuentro? Porque vamos a su encuentro. Tenemos hambre y armas. Tenemos alcohol. Lo que no tenemos es miedo. Lo que no tenemos es justicia. Corremos campo a través revelados por la luna, por el fuego. Las luces de la fábrica, como un faro que nos guía en la oscuridad. Como una hoguera en torno a la que gravitan las polillas. Las polillas somos nosotros y las polillas, a veces, vuelan demasiado cerca del fuego. Vuelan y vuelan hasta que ellas son también fuego. Pero la muerte no es nada, la muerte no es el final. Es el principio. Un principio de algo. El

principio de qué. La mujer embarazada que se desnuda a la luz de la luna, a la luz del fuego, y grita hasta ensordecer el mundo. Algo que comienza. La mujer dando a luz directamente sobre la tierra y debajo de su falda ninguna carne: solo cartuchos, pistolas, balas. Un rifle acunado en su regazo. Un hijo de hierro que viene a nacer en un mundo también de hierro.

Más cohetes explotando en el cielo, iluminando el cielo. No son cohetes: son disparos. Un hombre muerto. ¿Somos nosotros ese hombre? Soldados de uniforme parapetados detrás de acequias y tapias. Soldados que nos disparan. ¿Somos nosotros esos soldados? No; no lo somos. No nosotros. Ellos son federales y nosotros somos hombres. Somos el pueblo y tenemos armas y tenemos armas porque tenemos hambre. La comida no alcanza y la tierra tampoco alcanza, pero el hambre sí, el hambre basta; es suficiente razón para matar a un hombre. Eso es quizás lo que hemos venido a contarle al Patrón. Venimos a rogarle. A suplicarle que también él muera. Lo llamamos por su nombre y el Patrón no contesta. Derribamos la verja de entrada y el Patrón no nos recibe, lamentablemente el Patrón no puede atender nuestra petición, y nosotros irrumpiendo en naves y despachos para ser escuchados, el Patrón tan ocupado y nosotros tan hambrientos, tan borrachos, nosotros arrojando por el aire papeles que no entendemos, el Patrón que acaba de marcharse porque nosotros acabamos de llegar y permanecerá fuera mientras seamos vagos y pordioseros. ¿Hasta cuándo seremos vagos y pordioseros? ¿Hasta cuándo estará ausente el Patrón?

Por todas partes, obreros que huyen. Obreros que se unen a nosotros. Obreros que defienden al Patrón, el inmenso vacío que ha dejado tras de sí el Patrón. Obreros que parecen vivir por primera vez. Obreros que mueren. Obreros que mueren y nosotros que morimos y el Patrón que también muere, el Patrón, al fin, la muerte del Patrón, al fin, una muerte como cualquier otra después de todo, solo un hombre, después de todo, su cuerpo ovillado tras el escritorio, sosteniendo un revólver de plata que no llegará a ser disparado, el Patrón aplastado contra el suelo, el Patrón suplicando, el Patrón orinándose los pantalones, ¿vieron qué coraje se gasta el Amo, muchachos?, algunas risas, algunos insultos, nuestros brazos que lo arrastran escaleras abajo, hasta devolverlo al nivel del suelo; el placer de verlo de rodillas sobre la tierra que nos fue arrebatada, escuchar su voz anciana rogando, su voz ya muerta o casi muerta clamando por debajo de los golpes, tengan tantita piedad de mí, y nosotros que no tenemos comida ni tenemos tierra ni tenemos piedad tampoco, cómo podríamos, tenemos armas, sí, tenemos madres y padres que murieron sin quien les hiciera justicia, claro, tenemos deudas, rebaños

sedientos, hambre; tenemos manos y en las manos la sangre del Patrón, pero piedad ninguna, su cuerpo que es alzado por encima de nuestras cabezas y los ojos del Patrón abriéndose por última vez, el Patrón que parece clavar sus ojos en todos nosotros, el Patrón que te mira también a ti, y su muerte que no es un final, sino un nuevo comienzo. El principio de algo. El principio de qué. El principio del fuego. Una lámpara de petróleo arrojada contra un costado de la fábrica y el fuego que arranca justo ahí pero no solo ahí, el fuego que viene de todas partes, empieza en la boca de nuestros fusiles y dónde termina no se sabe, prende en la urdimbre de los telares y en los escritorios y en las alfombras, se deleita en el cuerpo engrasado de las máquinas, arrecia tras los cristales de las lucernas, y nosotros que tenemos que retroceder unos pasos para no ser también fuego, polillas cautelosas, nosotros que regresamos a la noche y desde la noche contemplamos el trabajo de las llamas. Y en esas llamas vemos algo que no habíamos visto. Vemos la fábrica devorada por su propia claridad y nos vemos a nosotros mismos recobrados de la negrura, enrojecidos como criaturas hechas por y para la tierra. Vemos nuestros cien mil rostros sudorosos y sucios. Vemos a un anciano empuñando una carabina herrumbrosa. Vemos a un niño o casi niño con el rostro salpicado de sangre. Vemos a una mujer con un relámpago de crueldad en los ojos. Vemos dónde empiezan y terminan nuestros cuerpos, nuestras manos, nuestra voluntad de hierro hecha mil pequeñas voluntades que de pronto vacilan o dudan. Hombres que se miran unos a otros aterrados por la magnitud de su propia rabia, otra vez singulares y siervos. Juan mirando el cuerpo del Patrón abandonado sobre la tierra, agigantándose y achicándose ante sus ojos, como transfigurado por el temblor del fuego. Juan mirando sus propias manos. Juan mirando el rifle que esas manos sujetan. El arma que cae al suelo y la fábrica que no cae todavía, toda la noche ardiendo luminosa y eterna, y sus llamas subiendo hasta donde nunca soñaron llegar los hombres.

IX

Crucifixión del Señor – Un pueblo huérfano y un nuevo padre – Cabalgar sin caballos – Ni campesinos ni soldados
Viva la revolución, mueran los revolucionarios
Un retrato de la revolución – Juicio de Dios
Ni revolucionarios ni revolucionarios
Naufragio de un sueño – Un pueblo cuyo nombre no importa
Una página guarda luto – Caricia póstuma
Una cruz al fin y al cabo – Un caballo domado

Duermen al raso, como los convidados a una boda que se niegan a abandonar el lugar donde al menos por una noche fueron felices. ¿Son ellos felices? El festejo termina y ellos esperan algo, pero no se sabe qué. Amanece y el sol ilumina por igual los cadáveres de campesinos y federales. Las ruinas humeantes de la fábrica y tras ella el horizonte tan lejos, tan imposible como siempre. Jinetes que galopan de un lado a otro, pululando por la tierra que alguna vez perteneció al Patrón, el cuerpo que fue parte de su cuerpo. ¿Qué hay ahora de esa tierra, a quién pertenece, en la carne de quién duermen y esperan?

Porque el Patrón ha muerto, recuerdan. El Patrón ha muerto, repiten, con la incredulidad de quien anuncia que ha muerto el mismo Dios. Y ahora contemplan su obra: un corro en torno al cadáver de Dios. Hombres y mujeres que se quitan lentamente sus sombreros, todavía corteses, todavía minúsculos ante el cuerpo entumecido y mutilado del Patrón. No dicen una sola palabra. Permanecen apoyados en las culatas de sus rifles, como si de nuevo fueran campesinos descansando sobre sus aperos de labranza.

Solo una voz que se eleva. Juan de rodillas junto al cadáver, volviendo su rostro desfigurado a la luz del sol. Juan limpiando cuidadosamente la sangre con un pañuelo y luego suspendiendo el gesto. No es el Patrón, dice lentamente, y no se sabe si hay condena o consuelo en sus palabras. Tiene que repetirlo todavía dos veces más para que el resto reaccione: no es el Patrón. No es el Patrón. Sus asesinos paralizados en el mismo gesto, en una perplejidad que parece contigua al sueño. No entienden, o tal vez es Juan quien no entiende. Claro que es el Patrón, dice al fin uno de aquellos hombres, escupiendo en el polvo. Ya lo creo que es el Patrón, dice un muchacho, apenas un niño, dando un puntapié contra la pierna del muerto. El Patrón, el Patrón, el hijo de la chingada del Patrón. Pero Juan niega todavía

con la cabeza, mirando el rostro de ese hombre demasiado viejo, demasiado blanco.

Puede que sea el patrón, concede finalmente Juan mientras se pone en pie, pero no es el Patrón. ¡Claro que es el señor Patrón!, grita una mujer, a medio camino de la indignación y del desprecio. El *señor* y la mayúscula ligados a su nombre todavía, acompañándole hasta lo profundo de la tumba. Sabré yo quién es el hombre que me quitó las tierras, dice otro. A mí me quemó la casa. Mató de sed a mis vacas. Ordenó la muerte de mi hermano; por más que se lo coman los gusanos y se le pudran las tripas, nunca se me va a olvidar su cara. Las voces que se solapan, que afirman lo imposible: este es el Patrón, nosotros lo matamos, muera el Patrón, viva la Revolución, viva la Revolución. Juan se revuelve todavía contra la evidencia, pero ya nadie lo escucha. Alguien ríe. Está borracho, dice. ¿Está borracho? No hay tiempo de decidirlo: los campesinos ya están alzando el cadáver ensangrentado sobre sus hombros, lo conducen hasta el pie de un poste de telégrafo como se lleva a un ajusticiado a la picota o un cordero a la piedra de sacrificio. Venida de quién sabe dónde, una soga. La soga que vuela, muchas manos concertadas en un mismo esfuerzo, y el cuerpo del Patrón —¿el cuerpo del Patrón?— que se eleva, se eleva sobre sus cabezas, hasta quedar penduleando boca abajo; también ahora, en el momento de su muerte, más alto que ninguno. El Patrón que parece retorcerse unos instantes, que se columpia todavía ante la mirada impasible de sus hijos, las manos arañando el aire, como el último estertor de un crucificado sin cruz y sin brújula.

Durante el resto del día los campesinos saquean los despojos de la fábrica. Se llevan cualquier cosa: escritorios chamuscados, lámparas descoyuntadas, un tapiz milagrosamente salvado del fuego. Una bobina de cable que para nada sirve ni servirá. Un telar mecánico que necesita casi veinte hombres para ser arrastrado quién sabe adónde. Alguien desnudando a un muerto para llevarse su casaca, sus botas, una leontina de plata. Hombres y caballos vagando como sonámbulos por las ruinas todavía humeantes. Y otros hombres, muchos hombres, que reparten rifles viejos y cartucheras y se enrumban al norte, en busca de otra fábrica, otro Patrón, otro sueño.

Juan permanece sentado al pie del poste, como una plomada que marca el epicentro de una catástrofe, una roca inmóvil en el corazón de un mundo que se derrumba. El cuerpo del Patrón gravita todavía un poco sobre su cabeza, sacudido por la brisa. En las rodillas de Juan el libro abierto por la página del retrato y sus ojos que viajan de vez en cuando del cadáver al dibujo y del dibujo al cadáver. Es una precaución inútil, pues no hay en sus rasgos —en lo

que queda de sus rasgos ninguna afinidad, ninguna duda en la que cimentar su esperanza. Aunque tal vez «esperanza» no sea la palabra adecuada, se dice. Porque si el indio Juan fuera realmente el Patrón; si sus manos hubieran contribuido entre otras muchas a matarlo, entonces, entonces qué. Qué significaría su viaje. Qué sentido darle a todo lo que ha vivido hasta ahora, cómo saber si después de todo amaba al indio Juan o lo despreciaba, si celebra su muerte o la reprueba. Nadie para decirle si este mundo era el mundo con el que soñaba, ese edificio al que faltaba ponerle paredes sobre los cimientos y tejados sobre las paredes para que fuera perfecto. Todo es mucho más sencillo si el Patrón es solo el Patrón y el indio Juan está en cualquier otra parte, quién sabe si por encima o por debajo de la tierra, pero en otra parte. Y al mismo tiempo mucho más difícil, porque entonces hay que volver la vista atrás, hacia el sur; hay que repasar cada elección y cada desvío de su camino, cada jornada en la ciudad o en el desierto, cada diminuta conjetura, tratando de dar con ese instante en que equivocó el rumbo y el indio Juan dejó de ser el indio Juan.

Un niño, ajeno al tráfico de hombres que vienen y van, se ha sentado a su lado. Mordisquea un elote seco y mira, por encima de su hombro, el retrato inútil.

—¿Quién es? —pregunta con su vocecilla de esclavo.

Juan permanece clavado unos instantes más en el mismo gesto. Abre la boca. La cierra.

—No lo sé —dice al fin.

El niño aprueba enérgicamente con la cabeza, como si no saberlo fuera lo más natural del mundo. Pero no se mueve. Sigue comiendo su elote y sigue mirando ese rostro sin nombre, solo un dibujo al fin y al cabo.

Se suman tres o cuatro muchachos más, como imantados por sus palabras. Uno de ellos lleva un cigarro en la boca y un rifle tan alto como su cuerpo. Apenas le basta echar un vistazo al libro para hablar.

—Es el Compadre —dice con sencillez, sin quitarse el cigarro de la boca.

Juan mira al muchacho y luego al libro y luego al muchacho de nuevo.

—No es el Compadre —comienza a explicar con toda la calma que es capaz de reunir—. Es…

Pero no acaba la frase, porque no tiene nada que decir.

De pronto más hombres, más mujeres. Campesinos que abandonan un cuadro de marcos dorados sobre la tierra o unas botas de montaña prácticamente nuevas para apiñarse en torno al libro. El libro que comienza a viajar de mano en mano, no menos maravilloso que el propio Patrón. Los

niños que se alzan de puntillas y los jornaleros que tocan sus pastas con fascinación analfabeta, con las manos manchadas de fango o de sangre, y al fin miran el retrato.

—¡El Compadre! —dice un anciano, y se santigua.

Y entonces, como si la lengua del viejo hubiera tocado una palabra sagrada, todos claman al tiempo.

—¡Es verdad! ¡El Compadre! ¡Sí, es el Compadre!

El Compadre, piensa Juan, como quien recibe un latigazo. El Compadre. Escucha otra vez los ruidos de la víspera, su eco todavía retumbando en la llanura. La voz del pueblo coreando su nombre, Compadre, Compadre, Compadre. Lo ve o lo recuerda en la lejanía, encaramado a la carretilla para lanzar su arenga, tan pequeño y tan borroso en la distancia que podría ser cualquier hombre. Lo ve más cerca, medio rostro velado por su inmenso sombrero de palma; un sombrero que podría esconder cualquier rostro. Lo ve, por último, luchando muy cerca, tan cerca que bastaría adelantar un brazo para tocar su cuerpo; pero para entonces ya ha anochecido en sus recuerdos y la noche es impenetrable y ese cuerpo no es un cuerpo sino una conjetura.

El Compadre, piensa.

El Compadre, recuerda.

Recupera el libro con brusquedad. Lo alza por encima de su cabeza, para que todos lo vean. Dicen que ese hombre es el Compadre. ¿Están seguros? Se lo pregunta a todos, a cada uno de esos hombres y mujeres que parecen en éxtasis ante su imagen, no menos sagrada que el mismísimo semblante de Cristo. Casi lo grita. ¿Están seguros?, repite. ¿Lo jurarían con la mano diestra sobre una Biblia, por ejemplo esta Biblia?

Los campesinos, los soldados, guardan silencio por un instante. La pregunta se les antoja estúpida. Ya no miran el retrato: miran a Juan. Cómo no estar seguros de lo que han visto sus ojos, parecen decir. Lo dicen: Cómo habríamos de estar equivocados en esto, señor. Ellos no saben de libros ni de pinturitas, dice uno de los hombres, pero lo que no admite duda es que saben bien quién es el Compadre. Porque no olvidarán el rostro del Patrón por más que se lo coman los gusanos y se le pudran las tripas, pero mucho menos olvidarán el rostro del Compadre, así lo suba el mismo Dios a su Paraíso. Y lo que pueden jurar es que el Compadre tiene un solo rostro y ese rostro lo están mirando justamente ahora, pintado en esos papeles que tienen delante. ¿Va a dudar eso el señor? ¿Que el Compadre tiene un solo rostro? ¿Que el Compadre es el Compadre?

Y entonces Juan pregunta lo que no tiene respuesta posible. Quiere saber quién es el Compadre, de dónde viene, cuál es su nombre de pila. Si ese nombre no es, por casualidad, Juan. Pero nadie sabe darle razón de orígenes ni de nombres. Ya le dijimos, el Compadre es el Compadre. Es como nosotros: no tiene otra madre que la tierra ni otro padre más que el sudor. Su nombre es el nombre de todos. El Compadre nació en Monterrey o en Torreón, en las plantaciones de agave de Durango o en los trapiches de Morelos: eso qué importa. La tierra es solo una y los hombres son uno solo también. El Compadre es el padre de todos y cada uno de ellos. El Compadre es un servidor y un servidor. Nosotros, dicen, somos el Compadre. Usted busca al Compadre y el Compadre está aquí y acá y allá. Si usted dispara una carabina, si da vivas a la revolución y mueras a los opresores, usted es el Compadre también. El Compadre lidera la revolución desde siempre, desde mucho antes de que la revolución empezara. Puede que mucho antes de que el propio Compadre naciera. ¿Dónde está la revolución? Pues ahí mismo está el Compadre. Eso dicen, o dicen algo parecido, y luego callan.

Y la revolución, Juan lo sabe bien, solo puede estar al norte.

A la revolución se llega siempre demasiado tarde o demasiado temprano. Es difícil, es tal vez imposible, alcanzarla en el momento preciso. A veces Juan se topa en el camino con un rancho quemado o con el cadáver de un hombre atravesado en la cuneta y comprende que el Compadre acaba de marcharse. Otras veces no hay nada, ni haciendas destruidas ni patronos muertos, y eso solo puede significar que el Compadre no ha llegado todavía. Llegará más tarde o no llegará nunca: quién puede decirlo. Solo queda caminar. Caminar más deprisa. Nunca lo bastante deprisa para alcanzar esa promesa que se desplaza sobre caballería, sobre raíles, sobre cables de telégrafo.

Y sin embargo, intentarlo. El sueño de la revolución precipitándose a ciegas hacia el futuro, como un carruaje sin guía y hasta sin caballos, si es que un carruaje semejante es posible. Sí, es posible: justo en este instante Juan acaba de ver pasar a su lado una diligencia que era todo máquina y todo hierro, galopando por la carretera sin otro motor que la voluntad humana. Ese coche sin caballos es la revolución. La revolución es ese coche y el horizonte al que ese coche se dirige.

Abandona una aldea en la que nada saben del Compadre y otra en la que saben demasiado. El Compadre, le cuenta un muchacho con el brazo en cabestrillo, es una esperanza. El Compadre es el Diablo, murmura un sacerdote, sin detenerse apenas. El Compadre es nuestro redentor, confiesa

una mujer desde detrás de los postigos. Y así, uno tras otro, hasta agotar todos los rostros del pueblo. El Compadre es una calamidad no menos terrible que la sequía y los patrones. El Compadre es México, el alma de México. El Compadre es un sueño, pero como todos los sueños está fabricado con la materia de la pesadilla. El Compadre es el pasado o es el futuro. El Compadre es un muchacho muy apuesto, dice, soñadora, una niña que vende limonadas en la plaza mayor; el Compadre mata federales y patronos pero ante todo y sobre todo rapta muchachitas hermosas y yo quisiera ser una muchachita hermosa, o que el Compadre creyera que soy una muchachita hermosa, aunque fuera solo unos días, siquiera una única noche, ser hermosa para el Compadre una noche completa, y en las entrañas creciendo un niño bravo y apuesto como su padre. El Compadre, murmura un anciano, el Compadre no es más que una leyenda que se cuenta a los niños para que se acuesten temprano.

Juan continúa caminando, sin procurar comprender. Se limita a seguir al Compadre porque ya no puede hacer otra cosa. Lo ha seguido todo este tiempo, incluso cuando creía que lo reprobaba o traicionaba. Pero no lo reprobaba, no lo traicionaba. Hizo arder una fábrica que parecía coincidir con el sueño del Compadre pero que al fin resultó ser un obstáculo que el propio Compadre odiaba. Le contrataron para destruir el mundo del Compadre, la Obra del Compadre, y sin embargo está aquí, convertido en su único testigo. Él, piensa, es el testimonio vivo de que un indio llamado Juan inició un camino que todavía no ha terminado. Y ahora está aquí, ha llegado tan lejos, contemplando su vida como se contempla un camino sin bifurcaciones ni atajos; una senda que siempre ha conducido al Compadre, que siempre conducirá, quizás, al Compadre.

Solo queda caminar. Caminar más deprisa. Nunca lo bastante deprisa para responder sus preguntas. Para saber si ese mundo que ve ante sus ojos es ya el reino del Compadre o solo los medios necesarios para fundarlo. Atrás quedan los hombres ahorcados en las encrucijadas y muros descascarados por las descargas de los piquetes y mujeres que alzan sus manos blancas al cielo. ¿Son ellos también la revolución? A veces Juan se sorprende contemplando sus cadáveres hinchados por el sol como si no existieran del todo: solo el pellejo sanguinolento e inútil que una serpiente debe dejar atrás para seguir viviendo. Otras veces no puede evitar sentir una compasión infinita por cada uno de esos cuerpos anónimos, inocentes o culpables, y entonces ya no le parecen simples mudas de piel. De pronto se convence de que la revolución no tiene piel alguna, mejor dicho, de que la revolución es solo su piel y nada

más que su piel: más allá de las víctimas no hay nada. La revolución es el propio cadáver que la revolución produce.

En una encrucijada de caminos encuentra a una docena de hombres que conversan en torno a una hoguera. Algunos llevan ropas humildes y cartucheras cruzadas en el pecho y otros uniformes raídos, enharinados por todos los colores de la llanura. No se sabe si son campesinos disfrazados de soldados o soldados que se disfrazan de campesinos. Al ver a Juan, intercambian algunas palabras en voz baja. Uno de ellos, que podría ser un sargento federal o un guerrillero con cierta autoridad sobre los otros, se levanta desganadamente. Lo apunta con su rifle, pero algo en su gesto deja claro que lo hace sin verdadera convicción, como quien se hastía de una partida de naipes demasiado larga y a pesar de todo se empeña en mantener las maneras del juego.

—¿Con quién está usted? —dice, con una voz que pretende cierto desafío —. ¿Con el gobierno o con los revolucionarios?

Juan reflexiona un instante.

—Estoy con los hombres —dice.

Los medio soldados y medio campesinos, hombres al fin y al cabo, se echan a reír.

—Ah, qué vivito el gachupín —dicen.

No le preguntan nada más. Le tienden una bota de vino y le hacen recomendaciones contradictorias. No vaya hacia allá, dicen. Está lleno de soldados. Luego señalan la dirección opuesta. Tampoco vaya hacia allá. Está tomado por los revolucionarios. Al cabo de un rato parecen olvidarse de él. Mientras dura el fuego hablan de amores contrariados, de ciertas recetas de guiso, del tabaco americano, que puede ser el mejor o el peor del mundo; de corridos en los que está compendiado todo lo bueno y lo malo que hay en esta vida. Después pisotean las cenizas todavía calientes, toman sus carabinas y sus sombreros y se despiden con cierta ceremonia. Juan los ve partir hacia el sur, no sabe si a favor o a contrapelo de la revolución, pero marchar de todos modos.

Recorrer el camino de la revolución, piensa Juan, se parece a remontar un río a contracorriente. Primero las aguas calmadas, unánimes, todas fluyendo parejas hacia la misma desembocadura; luego los primeros meandros, los primeros requiebros, torceduras, divisiones; el agua cada vez más enérgica y ruidosa que no se precipita tanto por donde quiere como por donde puede. El mismo río que a veces se separa en dos o en tres o en veinte, en bifurcaciones

llenas de rabia y espuma, y entonces la necesidad de decidir qué cauce es el correcto, cuál afluente y cuál río verdadero; cómo saber, de hecho, que algo llamado río verdadero existe.

Viva la Revolución, gritan los hombres del Compadre.

Viva la Revolución, gritan los enemigos del Compadre.

Viva la Revolución, gritan otros hombres, a quienes el Compadre ni les va ni les viene.

Para encontrar al Compadre basta con seguir sus flechas, sus señales. Una fábrica incendiada es una flecha. Un palacio saqueado es una flecha. Un patrono desangrándose en una acequia es una flecha también. A veces encuentra en el costado del camino hileras de cuerpos colgados de los postes de telégrafo, oscilando como sacos. Son hombres que no eran lo bastante revolucionarios. O tal vez revolucionarios que no eran lo bastante hombres. Alguien ha claveteado en sus pecheras letreros en que los muertos confiesan sus crímenes. Yo aprovisioné de grano a los federales. Yo oprimí a mis trabajadores. Yo creí que esta tierra era mía. Yo no fui un verdadero revolucionario. Juan se queda mirando durante mucho tiempo esos cuerpos y las palabras suspendidas en esos cuerpos, como quien contempla un acto divino cuya intención no puede comprenderse ni tampoco cuestionarse. Todos los letreros tienen la misma caligrafía. Es la letra del Padre. Juan no duda ni un momento en reconocerla. El mismo pulso afiebrado y feroz con que transportó al castellano la palabra de Dios; tantos versículos de letra apiñada y menuda, tantos pasajes subrayados y tachados y redondeados por un círculo de tinta, que solo ahora parecen cobrar significado.

Recuerda: No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra.

Recuerda: Hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con las ovejas y los bueyes, tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas. Y dijo a los vendedores de palomas: Quitad esto de aquí. No hagáis de la casa de mi Padre un mercado.

Recuerda: El que no usa la vara no ama a su hijo, pero el que lo ama le prodiga corrección.

Recuerda: El ángel echó la hoz afilada sobre la tierra y vendimió la viña de la tierra y arrojó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. Y fue pisando el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos.

El Compadre tiene su propio lenguaje: un idioma que amigos y enemigos han tenido tiempo de aprender en sus carnes. Visitar un pueblo significa destruirlo. Una misa significa un consejo de guerra. Los campesinos que defienden a sus terratenientes son frutos podridos y los terratenientes cizaña o malas yerbas y los curas son zorros o urracas o víboras o coyotes y sus iglesias nidos o madrigueras. Salir de caza significa visitar esos nidos, esas madrigueras. Plantar un árbol quiere decir ahorcar a un hombre. Podarlo consiste en encontrar uno a uno a los carrancistas que una vez lucharon codo con codo en sus filas para fusilarlos frente a la tapia del cementerio. Eso, fusilar al enemigo, también tiene un nombre: hacer una fotografía. Vengan aquí, compadres, dicen que dice el Compadre, vengan a que les tome un retrato. Y esa fotografía los aquieta para siempre, sus rostros inmortalizados en el gesto de morirse, las bocas torcidas y los cuerpos desmadejados y las ropas cribadas por la sangre y por los boquetes de los tiros de gracia.

Viva la Revolución, dijeron tal vez esos hombres en el último instante, con sus bocas ya para siempre cerradas.

Viva la Revolución, gritó el piquete de fotógrafos.

Viva la Revolución, dicen que dijo el Compadre, justo antes de picar espuelas.

¿Cuándo sucedió todo eso?, pregunta Juan mucho después, al llegar al pueblo quemado, a la tapia descascarillada, al árbol del ahorcado, para calcular la ventaja que le lleva el Compadre. Y aquellos que escuchan sus preguntas dudan tan solo un instante.

—Échele un par de semanas —responden.

Ya nadie tiene una opinión sobre el Compadre. Ante la mención de su nombre los campesinos aceleran la marcha o miran el suelo o dan un pajuelazo sin necesidad a sus burros. Ante el retrato del Compadre se cruzan de brazos y se cierran los postigos y se cierran también los ojos. Los niños salen corriendo. Las mujeres se refugian un poco más hondo debajo de sus rebozos. Las ancianas chasquean la lengua y sus rostros fruncidos y remotos se balancean de un lado a otro, como si negaran. Los hombres dicen que ellos no saben nada de política: solo son eso, hombres humildes que se conforman con labrar la tierra y no desean saber nada de lo que pasa más allá de su aldea.

Los pocos que se atreven a hablar lo hacen en la sombra, en la lobreguez de un corral o en el rincón más solitario de una cañada. El Compadre, susurran esas voces, el Compadre, sabe usted, se ha vuelto loco. ¿Es que no sabe que arrasó el pueblo vecino solo porque noches atrás habían dado asilo a

los federales? ¿Acaso no ha oído contar cómo hizo fusilar a docenas de revolucionarios que militaban en sus propias filas solo porque su revolución no llegaba tan lejos como debía? El mismo trato para los neutrales, para los indiferentes, para aquellos que no iban ni a favor ni a contrapelo de la revolución. Ojalá fuerais fríos o calientes, cuentan que les decía el Compadre con voz solemne, antes de meterles el tiro en la cabeza: Así, puesto que sois tibios, y no fríos ni calientes, os vomitaré de mi boca. Cuentan también que ordenó ejecutar a quien había sido su mejor amigo, el general Tagle, solo porque el general Tagle, que era por cierto un hombre bragado y corajudo como pocos, se había apartado tantito así de lo que él pensaba. Pero cómo no apartarse siquiera una migaja de lo que el Compadre pensaba; cómo seguir correctamente sus muchas órdenes si estas por otra parte no paraban de cambiar. Porque a cada rato, en cada pueblo que visitaban y tras cada balacera que sufrían, le asaltaban ideas nuevas, ideas brillantes, revelaciones que lo cegaban con su resplandor de fuego y más tarde lo dejaban aturdido durante días o semanas. Tras sus iluminaciones todo él parecía arder; resultaba intolerable mirarle a los ojos, abismarse en los ojos que habían visto tan luminoso y tan profundo, igual que puede quemar la luz del sol incluso rebotada en el agua. Luego volvía en sí, preñado de ideas nuevas y con hambre de llevarlas a cabo. Primero había dicho por ejemplo que el Buen Jesús estaba con ellos; que si Dios hubiera hecho nacer a su hijo en un establo de México en lugar de en un establo de Belén, ese mismo Cristo habría luchado y padecido y muerto en sus filas. Luego dijo que el silencio de Cristo era sospechoso. Eso dijo: sospechoso. Que todo silencio era, al fin y al cabo, una forma torcida de hablar: una voz cómplice de los poderosos y los explotadores. Luego, tras otra de sus iluminaciones, añadió que Cristo no era un cómplice del Mal sino el Mal mismo: que no había muerto para expiar los pecados de los hombres sino para perdonar y justificar y sostener los pecados de los caciques de la tierra, y de esos otros caciques del cielo que son los sacerdotes. Cuentan incluso que en cierto pueblo saqueó la parroquia. Tomad y comed todos de Él, porque este es su cuerpo, dijo arrojando a las manos hambrientas del pueblo el cáliz de oro y las muchas pedrerías del sagrario. Luego celebró un juicio sumario contra la talla del Cristo crucificado. Hizo subir al púlpito a docenas de testigos para que testimoniaran contra ese trozo de madera, que según era su costumbre, callaba. Y al fin él mismo había subido a la tribuna, Biblia en mano, para declamar unas palabras que ese Dios ahora silencioso había pronunciado a través de su siervo Pablo —Los esclavos que se sometan a sus amos en forma habitual; que traten de

complacerlos y no los contradigan, dijo el Compadre que dijo Pablo que dijo Dios; que no roben a sus patrones sino que se muestren dignos de toda confianza, y así atraerán elogios sobre la doctrina de Dios, nuestro Salvador —. Aún leyó muchos otros dichos y pasajes que condenaban al acusado, porque el Compadre conocía muy bien las Sagradas Escrituras, como un militar que sabe mejor que nadie las estrategias y pensamientos de su enemigo. Cuentan también que hizo fusilar a ese enemigo allí mismo, bajo los techos de su propia casa; el piquete cuadrándose contra el retablo para reventar a balazos la imagen del Cristo. Su cuerpo resuelto en una tormenta de astillas y de serrín para retornarlo a lo que siempre había sido en realidad: apenas un trozo de madera.

En una encrucijada de caminos encuentra a una docena de hombres que conversan en torno a una hoguera. Algunos llevan ropas humildes y cartucheras cruzadas en el pecho y otros uniformes raídos, enharinados por todos los colores de la llanura. No se sabe si son campesinos disfrazados de soldados o soldados que se disfrazan de campesinos. Al ver a Juan, intercambian algunas palabras en voz baja. Uno de ellos, que podría ser un sargento federal o un guerrillero con cierta autoridad sobre los otros, se levanta desganadamente. Lo apunta con su rifle, pero algo en su gesto deja claro que lo hace sin verdadera convicción, como quien se hastía de una partida de naipes demasiado larga y a pesar de todo se empeña en mantener las maneras del juego.

—¿Con quién está usted? —dice, con una voz que pretende cierto desafío.

—Estoy con los hombres.

Nadie ríe. El sargento federal, el guerrillero con cierta autoridad, tampoco lo hace. No depone la actitud ni tampoco el rifle.

—Acá todos somos hombres —explica con cansancio—. Así que si usted lo es, tenga coraje y contéstenos nomás.

Juan mira uno a uno todos los rostros, como suplicando una señal que no llega. Al fin se confía al recuerdo del Compadre:

—Con los revolucionarios.

Pero ellos no parecen satisfechos:

—No chingue, eso ya lo sabemos: con quién va a estar si no. Pero díganos de una vez a quién le va, si a los villistas o a los carrancistas.

Juan reflexiona un instante.

—Le voy a México.

Los medio soldados y medio campesinos, mexicanos al fin y al cabo, se echan a reír.

—Ah, qué vivito el gachupín —dicen.

No le preguntan nada más. Le tienden una frasca de tequila y le hacen recomendaciones contradictorias. No vaya hacia allá, dicen. Está lleno de villistas. Luego señalan la dirección opuesta. Tampoco vaya hacia allá. Está tomado por los carrancistas. Al cabo de un rato parecen olvidarse de él. Mientras dura el fuego hablan de los buenos hombres que han visto morir y de los canallas que han visto tenerse en pie; hablan de las mujeres norteñas, que son, qué duda cabe, mucho más hermosas pero menos dispuestas que las del sur; de la Virgen de Guadalupe, que concede sus bendiciones a uno y otro bando, según tenga el humor. Después pisotean las cenizas todavía calientes, toman sus carabinas y sus sombreros y se despiden con cierta ceremonia. Juan los ve partir hacia el sur, no sabe si a favor o a contrapelo del Compadre, pero marchar de todos modos.

En lo alto del cerro una iglesia quemada: el campanario derrumbado, las vigas como las cuadernas retorcidas de un pecio, los santos maltratados y macheteados y balaceados en el suelo. En las ruinas del ábside todavía es posible distinguir la mesa saqueada que una vez fue el altar, renegrida por el fuego, y en la hornacina que cobijaba al Cristo alguien ha erigido una carabina ataviada con un poncho campesino. Esta es nuestra nueva religión, dicen que dijo el Compadre, en el momento de dar la casa de Dios al fuego. Porque fue el Compadre quien destruyó la iglesia, quien arrimó los bancos y los escaños para alimentar el fuego y quien jugó a disparar con su 30-30 a la campana cuando todavía pendía de su espadaña. Ding. Al principio solo tenía esto, dicen que dijo mientras alzaba su rifle por encima de la cabeza, para que todos lo vieran: ahora, continuó, tengo el mundo. Dicen también que mientras las llamas se tragaban la nave central el Compadre gritó, más alto aún que la voz del fuego, que Dios no existía; que no era más que un sueño soñado por los ricos para alimentar las pesadillas de los pobres. Dios es una idea muy vieja, dijo exhibiendo su rifle al pueblo, y acá venimos a que tengan ideas nuevas. Ideas como esta. Ideas que sean sueños para nosotros y pesadillas para ellos. Dicen también que, mientras la iglesia ardía —y ardió, en verdad, durante muchas horas; durante una noche completa y parte de un día—, el Compadre habló y habló, sin cansarse nunca. Dijo que hasta ese instante él también había creído, y pensado, y hasta soñado: que había sentido piedad o esperanza o rabia por ese cadáver uncido a dos maderos cruzados. Ahora, dicen que dijo el Compadre, sé la verdad. El único Dios, dijo señalándose la tripa, es este. El único milagro, añadió alzando su mano derecha, está aquí. El único Paraíso, el único Infierno, dijo abarcando con esa mano la iglesia en

llamas —y puede que también el pueblo que rodea la iglesia; el mundo que rodea el pueblo—, es este.

Juan pasea entre los escombros viendo emerger, cada tanto, una sotana rasgada o un santo sin cabeza o la mano abrasada de un hombre. En el pórtico intacto encuentra tres espantapájaros desarbolados; tres espantapájaros que son, en realidad, tres sacerdotes fusilados. Visten sus casullas ceremoniales, manchadas de tierra y de sangre, y aún caídos en el suelo sus asesinos se han molestado en encasquetarles de nuevo sus bonetes y engarfiarles en la mano los misales. Alguien ha hecho colgar de sus cuellos descoyuntados tres letreros de cartón y en ellos se leen borrosas un puñado de palabras, como si los curas, aún muertos, hablaran.

Amé el diezmo más que a la Iglesia, dice el primero.

Amé a la Iglesia más que a Cristo, murmura el segundo sacerdote muerto.

Amé a Cristo más que a los hombres, confiesa el último.

El nombre del pueblo no importa. Es un pueblo semejante a tantos otros, con sus casitas encaladas, con su parroquia y sus huertos y su plaza chica, con sus corrales de tierra y sus tapias de adobe, con su cantina. En el umbral de esa cantina sestea un borracho que es igual a todos los borrachos y Juan se detiene para repetirle la misma pregunta de siempre. Abre el libro. Le muestra el retrato. El borracho apenas reacciona: solo parpadea un instante. Lo mira desde la profundidad sanguínea de sus ojos vinosos y no dice nada. Luego señala un punto concreto del pueblo. Su gesto tiene la naturalidad de quien señala la dirección del mingitorio.

—¿Qué hay ahí? —pregunta Juan, todavía sin entender.

—El Compadre —dice el borracho, y luego cierra los ojos y continúa abanicándose las moscas que le puntean la cara.

Y entonces lo ve. El Compadre, o los hombres del Compadre. En la distancia son apenas un puñado de puntitos blancos, cien o doscientos puntitos blancos e inmóviles que casi llenan el pequeño camposanto. Juan se aproxima lentamente, como si después de tanto camino recorrido quisiera demorar el momento de concluir el viaje. Paso a paso va distinguiendo sus carabinas hincadas en el suelo como cayados. Sus ropas campesinas cruzadas por cananas. Algunos lloran en silencio. Otros contemplan la tierra removida con expresión remota. Todos tienen los sombreros apretados contra el pecho y rodean la fosa recién excavada. Apenas levantan la vista para mirarlo cuando se suma a ellos y a sus gestos de respeto; el sombrero estrujado en su mano derecha.

Uno a uno examina sus rostros desamparados, sucios de lágrimas y de polvo y de sangre. Ni rastro del Compadre. Luego mira el féretro humilde, en el que parecen despedir a un compañero caído en combate. Clavados sobre la tierra, dos rifles atados que componen una cruz improvisada.

—¿Quién es el muerto? —pregunta en un susurro al hombre más próximo.

El soldado le devuelve una mirada enajenada, de huérfano reciente. Es todo cuanto Juan necesita para entender: una mirada.

En la oscuridad de su morral, el libro del Padre, y entre sus páginas cerradas, la página más oscura todavía que el Padre tiznó y empapó y enluteció completamente con su tintero. Juan se acuerda de pronto de esa página anochecida que tantas veces le intrigó y de los versículos subrayados que la acompañan.

Recuerda: Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.

Recuerda: Toda la carne es como la hierba y toda la gloria del hombre como flor de la hierba; se seca la hierba y la flor se cae, mas la palabra del Señor permanece siempre.

Recuerda: Porque donde hay testamento, necesario es que ocurra la muerte del testador.

No puede ser el Compadre. Es todo cuanto piensa mientras dos hombres se escupen las palmas de las manos y toman las palas y terminan de cavar la fosa. Este no es el entierro del Compadre. Esta no es su tumba. Estas cuatro tablas de madera no son su reino. Y sin embargo, los hombres lloran como si lo fuera. Y sin embargo los hombres, sus hombres, murmuran que lo han visto morir en sus brazos. Ese cadáver es el cadáver de la Revolución. ¿Quién lo ha matado? Ninguna bala, ninguna traición, ninguna batalla. Simplemente el Compadre se cayó de su caballo, explica uno de los hombres con la voz quebrada, señalando el animal que permanece atado a la cerca del cementerio. Quién iba a decirlo: su propio caballo. El viejo Trueno. Porque el Compadre tenía tantos enemigos y era razonable que cualquiera de ellos hubiera acabado acertándole en la cabeza. Su enemigo era la Iglesia. Su enemigo eran los federales. Su enemigo eran aquellos hombres que se llamaban a sí mismos revolucionarios y no eran, a poco que rascara uno, verdaderos revolucionarios. Su enemigo eran los enemigos del pueblo, que son, por cierto, infinitos. Y sin embargo tuvo que matarlo precisamente Trueno, que a ratos parecía su único amigo: el único que siempre entendía adónde el

Compadre quería ir y pues hasta allá que lo llevaba. Es cierto que estaba muy embriagado cuando montó, que apenas se sostenía sobre sus talones, pero si uno lo piensa fríamente, cuándo fue de otro modo. Cuándo fue la última vez que vieron al Compadre sobrio. Y es cierto también que de un tiempo a esta parte Trueno se había vuelto más bravo de lo que solía, que solo consentía que el Compadre lo montara y aun entonces se encabritaba a menudo y tiraba coces y galopaba con tanta vehemencia que el mismo suelo le parecía huir bajo los cascos. Ese caballo, cada vez más rápido y cada vez más bravo y cada vez más loco, como la misma revolución. El Compadre era el caballo que el jinete de la revolución dejó de saber montar. El Compadre era Trueno, y solo Trueno podía acabar con Trueno.

Juan escucha sus explicaciones en silencio. Mientras lo hace observa al propio Trueno, que permanece junto a la cerca del cementerio. Visto en la distancia, pastando con ese aire pacífico y vagamente meditabundo, no parece un caballo bravo, ni mucho menos un caballo capaz de matar a un hombre. Hay algo irreal en las palabras de los soldados, algo de cuento que se narra en el curso de la noche y a la luz del fuego parece tener un no sé qué de verdadero, pero al día siguiente, iluminado por el sol, aparece como lo que es: solo un cuento de viejas. Eso son las palabras de los hombres del Compadre, piensa Juan; decide Juan. Cuentos de viejas, porque el Compadre no puede estar muerto. O tal vez sí, admite. Tal vez el compadre de alguien efectivamente ha muerto, y esta es su tumba, y estos sus hijos, pero ese alguien no es, no puede ser el auténtico Compadre. De ningún modo el hombre que busca, que ha perseguido a lo largo de tantos pueblos y desiertos y ciudades. Para demostrarlo registra la alforja de su caballo y toma el libro. Al ver brillar las letras doradas de la Biblia en la cubierta, los ojos de algunos guerrilleros relampaguean de rabia o de sospecha. Pero no va a musitar ninguna oración, ningún latín: solo busca la página apropiada para mostrarles el retrato del Compadre.

Cinco o seis cabezas abandonan el rictus solemne del duelo para asomarse al libro abierto. Sus bocas y sus voces henchidas de asombro. ¡Es el Compadre!, susurran. ¡El vivo retrato del Compadre! Uno de ellos pasa suavemente su dedo mugroso por las arrugas de tinta del rostro, en una caricia póstuma.

—¿Cuánto pides por él? —susurra, como quien codicia una reliquia santa —. ¡Te doy un peso!

—No está en venta —contesta Juan, devolviendo el libro a su alforja.

—¡Te doy dos pesos!

—¡Diez pesos!

—¡Te doy cincuenta pesos!

Las palas clavadas en el túmulo de tierra removida. Cuatro hombres asegurando el féretro con cuerdas y más tarde bajándolo con delicadeza, casi con mimo. El cuerpo del Compadre depositado en el lecho de la fosa. Y tras ese gesto, un largo silencio. Los hombres se miran unos a otros, interrogantes. El momento incómodo de no tener ninguna otra cosa que hacer, ningún cántico que entonar, ninguna plegaria, ningún sermón. Ninguna esperanza de vida futura, pues han hecho toda una revolución para demostrar que esas plegarias, esos cánticos, esos sermones, nada significan: que después de esta vida no hay otra que la justifique. Y ahora ese hombre que aspiraba a destruir el sueño de la religión está esperando para ser santificado en la tierra, sin sacerdote y con una cruz hecha por rifles, pero cruz al fin y al cabo.

Entre los hombres que esperan con sus ropas blancas y sus cartucheras, Juan distingue un pequeño bulto negro. Es una mujer muy joven y muy frágil, cuya belleza parece marchitarse dentro de su vestido de luto. Dos hombres con aspecto de lugartenientes o de caudillos menores la flanquean y la sostienen por los brazos, como si temieran que se derrumbara dentro de la fosa.

¿Quién es esa mujer? Juan pregunta en un susurro a la oreja más próxima. Es la Viudita, contesta el propietario de esa oreja. ¿La Viudita? Sí; la Viudita. La última noviecita del Compadre. Porque el Compadre ha dejado tras sí muchas viudas, dice; muchas mujeres que ahora lloran desconsoladas su pérdida y seguirán llorándola mientras vivan.

Juan la mira con ojos nuevos. Mira los suyos: ojos sin lágrimas. Porque los dos hombres le ofrecen, cada tanto, su hombro para llorar, pero la Viudita no llora. Sus piernas humildes, de labradora o acaso de lavandera, se sostienen sobre unos zapatos acharolados y finos, tal vez demasiado finos, y basta verla para saber que es la primera vez que calza zapatos de fiesta en toda su vida. Juan mira durante mucho tiempo su cuerpo, un poco torcido, como una flor con el tallo quebrado. Mira su carne, o lo que el vestido deja ver de su carne: esa carne que tal vez el Compadre acarició y besó y lamió. Intenta mirarla con sus ojos. Mirarla tal y como el Compadre la miró por primera vez, con los ojos del deseo y no con los ojos de la piedad. No está seguro de conseguirlo.

En algún momento alguien da la señal. Entonces los enterradores se escupen de nuevo en las manos y comienzan a devolver al agujero, pacientes, la tierra que primero le han quitado. Juan escucha el tamborileo de las

paletadas contra la madera y se pregunta cómo se escuchará esa última lluvia desde allá adentro; qué pensarían los muertos del modo en que los alejamos de nosotros, si los muertos pensaran alguna cosa.

Todos aguardan inmóviles ante la fosa cada vez más pequeña, cada vez menos fosa, como si esperaran el milagro de la resurrección. Solo la Viudita se niega a aguardar ese milagro. De pronto, cuando apenas ha comenzado la labor de los enterradores, se suelta del brazo de sus acompañantes. La muchedumbre se aparta respetuosamente para dejarle paso. Antes de apartarse, a Juan le parece que sus ojos, los ojos de la Viudita, se detienen durante un instante en los suyos. Una mirada fugaz, breve como un pensamiento; tan breve que un instante después de sucedida ya no parece real. Luego la ve alejarse lentamente, casi trastabillando con sus zapatos demasiado finos. Se imagina, por un instante, caminando a su lado. Tal vez tomándole del brazo, como sin duda hizo tantas veces el Compadre. ¿Qué le preguntaría a la Viudita? ¿De qué hablarían, si hablaran?

Primero se va la Viudita. Luego, acabada su labor, los enterradores, con las palas recargadas al hombro. Uno a uno, los hijos del Compadre se encasquetan los sombreros en silencio y también se marchan, apretando en sus puños las monedas que gastarán en la cantina. Esta noche beberán muchos vasos de tequila y aguardiente, y entre trago y trago se contarán unos a otros, tal vez, historias del Compadre; huérfanos que ríen y lloran al mismo tiempo y que no dormirán o dormirán muy poco antes de trepar de nuevo a sus monturas para pasear su pena y su rabia por los pueblos próximos. Ninguno parece acordarse de Trueno ni tampoco de Juan. La tumba cada vez más solitaria, hasta que no queda nadie que la mire. Solo Juan, mirándola. Solo Juan en pie, preguntándose si ese túmulo de tierra es verdaderamente el final del viaje.

Sí, se responde a sí mismo. El viaje termina aquí, en un pequeño cementerio de un pequeño pueblo, en una región miserable cuyo nombre no importa. Es aquí donde escogió detenerse el Compadre y aquí, también, donde debería detenerse él.

Y sin embargo, se dice. Sin embargo, tal vez todo no sea, después de todo, más que un inmenso error. Recuerda las muchas veces que el Padre ha parecido muerto o vencido o barrido de la faz de la tierra, para luego continuar caminando. Recuerda las muchas confusiones que lo han llevado, tras tantos titubeos y requiebros, hasta este mismo lugar. Recuerda al Padre sobreviviendo, contra todo pronóstico, entre los salvajes chichimecas. El Padrecito pudriéndose en esa cárcel de la que nadie salía y de la que acabó

saliendo. Recuerda al Patrón muerto que no era, después de todo, el auténtico Patrón. Quién le dice que no está sucediendo eso precisamente ahora. El Compadre, al menos el auténtico Compadre, no puede estar muerto. No solo porque sea absurdo imaginarlo cayendo de su caballo; absurdo imaginarlo cayendo, en verdad, de parte alguna. No solo porque nadie más que Dios —una versión disminuida de Dios, un propósito de Dios hecho carne— habría podido llegar tan lejos con la sola fuerza de sus manos desnudas. No puede estar muerto porque si lo estuviera todo el viaje carecería de sentido. Así que Juan se agarra al asidero de esa esperanza, como quien se confía a un madero flotando en la deriva de un naufragio.

Atado a la cerca del cementerio espera Trueno, con su piel negra refulgiendo con las últimas luces del atardecer. Aguarda muy quieto, como si rumiara su duelo o reflexionara. Nadie ha querido hacerse cargo de él: nadie le ha aflojado la brida ni le ha concedido la gracia de descerrajarle un tiro entre los ojos. Solo Juan se acerca, lentamente al principio. Posa con suavidad la palma de su mano en el cuello. El animal apenas se mueve. Tranquilo, Trueno, tranquilo, murmura Juan, como tal vez tantas veces antes hizo el Compadre. Parece que va a dar una coz, pero no la da. Parece que va a revolverse de pronto contra Juan, contra el intento de Juan de montarlo de un salto, pero no lo hace. Al fin se atreve a trepar a la silla y Trueno acoge su peso sin sorpresa y sin resistencia, como se acepta la compañía de un viejo camarada de armas.

—Vamos, Trueno —dice suavemente, y Trueno echa a andar con la obediencia de un caballo de feria.

En el horizonte, el sol ha comenzado a declinar y ya apenas toca el túmulo de la sepultura. Juan retorna el sombrero a su cabeza, pica espuelas y escoge no mirar atrás. Al salir del pueblo escucha el rasgueo de una guitarra y los primeros corridos que comienzan a llegar desde la cantina, ya un poco resbaladizos por el alcohol. En la distancia apenas acierta a descifrar la letra, pero sabe muy bien lo que cuentan: historias sobre hombres y mujeres que mueren para que la verdad de su canción les sobreviva.

X

Habitar el interior de un corrido – La cáscara vacía de unos ojos
Cabalgar un caballo y cabalgar una enamorada
El largo camino a casa – Una víctima de la revolución
Acoger las balas – La hora del ángelus
Cuarenta y ocho sueños – Crucifixión de un sueño
Entre visillos – Deseo de un marido – Tres plomos en la tripa

Lo que viene después no sucede exactamente en el tiempo. Es la historia de un retorno, o ni siquiera una historia. Juan volviendo sobre sus pasos, dando vueltas y más vueltas en torno al lugar donde perdió el rastro del Compadre, como un lebrel que gira en círculos cada vez más amplios hasta cobrar la pieza perdida. Pero Juan no va a encontrar nada, y en cierto modo incluso él lo sabe. Solo pueblos donde ya ha estado, los mismos rostros inescrutables y los mismos camastros estrechos en las mismas fondas, pesebres donde el caballo del Compadre mastica la misma alfalfa. Viniendo de la plaza mayor, una plaza que siempre es más bien chica y más bien triste, el rumor de las mismas canciones. Y Juan se siente recorrer el paisaje de una de esas canciones, habita el interior de un corrido donde vienen a suceder las mismas cosas, el bandido muriendo una y otra vez en la voz de cada hombre, escoltado por cada guitarra; la muchacha siempre joven y siempre sola que llora su amor inconsolable y eterno. Y el Compadre sigue efectivamente muerto en cada pueblo, muerto o ya desaparecido para siempre, qué importa; el Compadre como un sueño que todos compartieron a lo largo de una noche particularmente larga. Ahora es de día de nuevo. El sol ilumina la tumba del Compadre, enterrado en cada cementerio. Fusilado frente a cada tapia. Al Compadre, sabe usted, nos lo mataron los federales, acá mismo. Fueron otros revolucionarios, los hombres de Carranza: yo lo vi con mis propios ojos. Al Compadre, escúcheme bien, al Compadre lo asesinaron sus propios hombres, como a Cristo lo crucificaron sus hermanos. El Compadre que estuvo aquí y allá, habló de esto y de lo otro, y dijo en el preciso instante de sus muchas muertes otras tantas últimas palabras.

—Podrán matarme a mí, pero no detener la revolución.

O bien:

—He sido un hombre leal que el destino trajo al mundo para luchar por el bien de los pobres y hasta hoy, el día de mi muerte, no he traicionado ni

olvidado jamás mi deber.

O bien:

—No me dejen morir así… Digan que dije algo.

El Compadre convertido en una idea. El Compadre, un espantajo que sacudir para asustar a los niños que no se duermen: verás si el Compadre te lleva consigo, cargado en la grupa negra de su caballo negro. El Compadre como un habitante más de los retablos, un santo profano al que agradecer la paz que no llega, la libertad que no llega, las tierras que todavía no llegan pero llegarán, muy pronto: viva el Compadre y viva la revolución y viva el gobierno. La revolución que no se detiene y no avanza tampoco, un caballo bravo que encadenamos a una noria exhausta: el caballo que gira y la rueda que gira y la ilusión del movimiento que llena las manos del molinero de harina amarilla. Imágenes de lo ya vivido que acuden al paso de Juan: jirones de una revolución que es todo palabras y sonrisas y festejos. Cohetes de feria en lugar de disparos y promesas que los campesinos mastican en sus hogares, a falta de pan. ¡Viva la revolución!, siguen gritando con la espalda doblada sobre el surco del arado, con la cabeza doblada bajo el sol; de rodillas bajo el sol y sobre la tierra para cosechar algodón o sembrar elotes. ¡Muera el latifundio!, gritan todavía, casi afónicos de felicidad, y el cacique que no se cansa de sonreír ni de ser feliz tampoco. Revolucionarios también los cobradores de impuestos y los banqueros y los delegados del gobierno que siguen inaugurando puentes y repartiendo papelitos que algún día serán pedazos de tierra, y los campesinos que guardan todavía esos pequeños tesoros debajo de sus jergones, como quien deja pudrirse una esperanza. Viva la revolución, repiten, aunque ellos mismos ya están, de hecho, muertos: muertos que sonríen y cantan durante la recogida de la cosecha y se emborrachan religiosamente el día de pago.

Hasta que un día. Un día que quizás no es un día, sino una noche o un fragmento de la noche: un momento en que quizás Juan no puede dormir, y se revuelve en el camastro estrecho de otra fonda estrecha. O una anochecida que acampa al raso en mitad de la nada y contempla, como comprendiendo, el brillo de su propia hoguera, las formas del fuego que cambian sobre la tierra que no cambia. Ese día, esa noche, de un modo u otro, Juan se rinde. Horas más tarde se topa con otro campesino, un campesino con azada y sin fusil, con sombrero y sin tierra y sin esperanza, y le formula una pregunta distinta. Unas palabras en las que por primera vez no hay espacio para el Compadre. Hay que romper el círculo por alguna parte, y Juan comienza por una simple pregunta. Y la respuesta a esa pregunta le lleva a atravesar al galope el círculo

que él mismo ha trazado; un regreso que esta vez sí es, en cierto modo, un viaje y una historia. Esa misma noche llega, como sonámbulo, al principio de esa historia. Es el cementerio donde descansa el cuerpo del Compadre. Es, a solo un centenar de pasos, la casa de la Viudita. Todo en ella parece detenido, expectante: dos gallinas inmóviles que duermen como hundidas en sus propios cuerpos; un perro atado al alpendre que ladra con indolencia. Juan desmonta de un salto, se dirige a la puerta. Sus pasos no son suyos. De otro, son de otro sus pies y los ojos que lo miran todo o todo lo que la oscuridad creciente deja ver: el umbral humilde y el huerto marchito y la muchacha que sale en camisón a recibirlo, sosteniendo un quinqué. La mujer no parece sorprendida. No parece nada: ninguna expresión en su rostro que revele una intención humana. Solo hace un gesto con la mano libre, que podría ser de invitación o de reproche. Luego desaparece tras la estera de cuentas que vela la puerta. Juan se queda todavía unos instantes en pie, indeciso. El perro, que entretanto ha abandonado toda pretensión de fiereza, camina hasta él, le huele las manos. Por lo demás, no hay ningún cambio ni ningún ruido. Ve, frente a él, el apaciguamiento de la cortina, sus cuentas remeciéndose cada vez más débilmente, hasta detenerse. Solo entonces, cuando ya parece que no, decide que sí quiere entrar.

La primera noche la muchacha le pide que no le haga daño. Es todo cuanto dice, no me hagas daño, mientras lo espera ya desnuda, su cuerpo bellísimo y frágil en medio de la fealdad de todas las cosas, las dos manos escondidas tras la espalda y esas manos apoyadas en el filo del camastro, como si tuviera miedo de caer. Quién no tiene miedo a caer alguna vez, piensa Juan, como soñando. Quiere decirle a la muchacha que no es necesario, que lo que sea que está a punto de suceder puede aplazarse o no suceder nunca, pero tiene puestos en la cara todavía los ojos de otro, la voluntad, la determinación de otro, y también cierta impresión de retorno, de hacer las cosas dos veces, infinitas veces, una piedra que se hunde sin fin en el agua, su caída replicándose en círculos cada vez más remotos. Su cuerpo —el cuerpo de Juan, que se acerca— como la imagen de otro cuerpo rebotada en un espejo, un cuerpo que no juzga ni es libre del todo, títere de sí mismo, y así, como en ese espejo, se contempla caminando hacia la muchacha, cuántas veces antes ha recorrido esos pasos, cuántas veces junto a ella, se pregunta, cuántas noches y no noches se ha aproximado como se aproxima ahora hasta tocar su carne, que tiembla en la pobreza sin frío y sin esperanza de su cuarto. Los ojos de la muchacha, otra vez, frente a los suyos, o las ruinas de esos ojos frente a los suyos, sus ojos huecos, sus ojos vacíos, la cáscara vacía de unos

ojos, una mirada que ha muerto y ahora quizás renace, los ojos abiertos y la boca abierta y en esa boca un sabor que ya conoce y el recuerdo de cierto placer, la renovación de cierto rito, el acto sacrificial de dejarse vencer hasta el lecho, en un ir y venir de sombras multiplicadas por la luz del quinqué.

Es entonces cuando lo dice.

—No me haga daño.

Y Juan obedece. O quizás no, quién sino la muchacha podría decirlo, y la muchacha no habla, no gime, no respira apenas; Juan tratando de encontrar en sus movimientos cierta delicadeza que huye, el recuerdo de cierta ternura, un vestigio de luz, el peso de su cuerpo como un gesto que se impone, que la somete sin palabras, y la muchacha que lo soporta todo con la boca ligeramente entreabierta, todo su cuerpo abierto, su sexo abierto como una llaga que jamás cicatriza, una carne que puede ser traspasada y herida infinitas veces, y los ojos, abiertos, entonces los ojos, y en los ojos de la muchacha los ojos de Juan, y en los ojos de Juan los ojos de la muchacha, que parecen desbordarse y trasvasarse en la penumbra del cuarto, una claudicación a la negrura en la que no hay sorpresa sino solo la constatación de algo que ya se sabe y no por ello es menos intolerable. No mira al techo. No mira la luz del quinqué que se apaga. Solo le mira a él. Dentro de él. Quién sabe si a través de él. Mira de un modo terrible, como se miran las cosas terribles que han sucedido y las cosas más terribles aún que están por suceder; unos ojos de los que se ha evaporado toda voluntad y toda belleza, que han visto el horror y están llenos de él y son por tanto insoportables de mirar, o que tal vez han visto el horror y por eso mismo están vacíos y ese vacío es aún más insoportable. Ojos que ya no reflejan nada, que son lo que queda de la compasión cuando se le borra la fe; la libertad cuando se le resta la justicia; la voluntad cuando carece de manos y voz. La esperanza menos la esperanza.

La segunda noche. La tercera noche. La cuarta y la quinta y la sexta noche, con sus respectivas mañanas, y luego con sus tardes. Y a partir de la séptima noche, el séptimo día, los días y las noches ya sin número. Juan que no vuelve a dormir en el camastro estrecho de alguna fonda del camino sino en el jergón estrecho de la Viudita, junto a su cuerpo estrechísimo también, tan delgado que parece siempre de perfil. Al alba, la muchacha se desliza para prender la lumbre y calentar las tortillas, cuando hay tortillas, y recolar el café, cuando hay café. Juan, todavía orillado en la cuneta de su sueño, la ve hacer en silencio desde debajo de las cobijas. Más tarde comerá las tortillas y beberá el café, mientras la muchacha limpia la loza en un balde con arena o

pone a secar la ropa o desgrana elotes. No dicen una sola palabra, apenas se miran, pero en ese no decirse y no mirarse hay cierta clase de comunicación, la misma que existe entre dos animales que se tienden juntos al sol. Luego Juan gruñe alguna cosa, se seca la barba con la manga de la camisa, toma el sombrero del gancho de la puerta y sale al polvo de la carretera. Al principio encuentra debajo del ala de los sombreros que pasan algunas miradas torvas, el gachupín, parecen decir esas miradas, solo un maldito gachupín le faltaría el respeto al Compadre de esa manera, cabalgando su caballo y cabalgando también su enamorada. Pero al cabo de unos días ni siquiera eso importa. Lo ven sudar en el huerto de la muchacha, tajar su leña, recomponer los adobes revenidos de las paredes, eternizarse en mandados llenos de sudor y de vergüenza, y se sienten un poco aplacados en su rabia. Un blanco que sufre es alguien que parece sufrir dos veces. Cierta ocasión, muchos días más tarde —¿cuántos días?—, incluso lo convidan en la cantina del pueblo, y Juan hace durar su copa de aguardiente a sorbos cortos y cumplidores. Le hacen hablar, y escuchan entre maravillados y burlones los cuentos que Juan lleva atravesados en la mollera, patrañas que tienen cierto sabor a crónica de Indias y a leyenda de viejo y a desvarío de loco. Habla de aztecas revividos y de pestes que asolan la tierra y de remotos virreyes y carabelas y encomiendas. Habla de misiones que no son misiones, pues no pueden presumirse ni en las tabernas ni en los puertos ni en los corredores de palacios y casas fuertes. Habla de la tumba solitaria de un perro que él mismo cavó con sus manos. Habla de una mujer que yace enterrada bajo las ruinas de otra taberna que en algo recuerda a esta: un cadáver al que nadie se molestó en dar sepultura. Esas fabulaciones les producen mucha risa pero al cabo de un tiempo también, no saben por qué, cierta tristeza, sus ganas de reír como el contenido de una botella que sorbo a sorbo también se acaba vaciando, y escuchan el fin del relato como arrepentidos y corridos de vergüenza, sin levantar la vista de sus propios vasos.

Con la noche, Juan regresa. Con dinero o sin él, Juan siempre regresa. Con la camisa sucia o sucísima, con algo que decir o con el mismo silencio con que partió, otra vez en el zaguán de tierra pisada, y la muchacha que espera con el quinqué en la mano y su propio silencio, una luz y un silencio que es como una mano tendida en la oscuridad. Juan se agarra de esa mano para traspasar la puerta. Dentro, la casa tiene algo de hogar pero también algo de templo, y mordisquean juntos alguna sobra del almuerzo, reunidos en torno al altar doméstico que es toda mesa donde se comparte el agua y el pan. Del techo mal retejado se escurren a veces algunos restos de lluvia —cinco

goteras, haciendo repicar el fondo de cinco calderos de estaño—, pero también esos calderos tienen algo de bautismal y sagrado; cuatro paredes para protegerles de las tormentas y del frío y de los patrones. A veces Juan trae consigo un capazo de piedras, escogidas pacientemente en la orilla del río, y gasta todavía unas últimas horas de sueño en empavesar el piso de tierra, como si vivir a ras de suelo no fuera suficiente. La mujer lo observa ya desde la cama, con seca resignación; lo ve sudar y resoplar y maldecir, hincado de rodillas en una plegaria que nadie escucha. Luego apagan la luz, o mejor, la dejan encendida, y se desnudan y entreveran con cierta tosquedad humana, cierta precipitación, un temor de no se sabe qué.

Un día —una noche— ella murmura cierta belleza diminuta en la oreja de Juan. Otro, cuando la cosa ha terminado o parece haber terminado, adelanta una mano para acariciar su mejilla, su cabeza, el pecho todavía resollante. Juan mira durante mucho tiempo la mano que ha dejado escapar esa terneza. Si piensa algo, no lo dice. La noche siguiente llega tan borracho que no puede tenerse sobre sus botas, y es la muchacha la que tiene que quitárselas, las botas, y la camisa manchada de vómito y de tierra, y el cinto de cuerda, y es ella también quien al fin se encarama sobre su cuerpo para cabalgarlo sin urgencia, en un viaje silencioso y lento. Desde lo profundo de su borrachera Juan ve el cuerpo de la muchacha cimbreándose con un hambre propia, la boca entreabierta en algo que podría ser una sonrisa y la mirada llenándose de alguna cosa, algo que no se sabe lo que es pero que brilla como el quinqué que ella prende cada noche, para guiarlo en el largo retorno a casa.

A veces el Compadre está entre ellos, un obstáculo inmenso en el centro de su silencio. Juan lo ve de pronto, sentado en el taburete vacío y comiéndose con los ojos las tortillas que la muchacha prepara y comiéndose también a la propia muchacha, que está de espaldas y finge no notar nada. Esos días todo se hace más complicado, es más amargo el café y más chiquito el cuarto y más áspero el tacto de sus cuerpos, que se topan y estorban en todas partes. El suelo se vuelve de pronto infinito y comprende que no acabará de empavesarlo nunca, porque no hay piedras bastantes en el río, no hay piedras bastantes en el mundo entero, para borrar la humildad de su piso de tierra. Ella pasa el resto de la mañana sentada en una vieja mecedora, encastillada en su silencio, contemplando la luz polvorienta que entra por la ventana. Quién sabe lo que ve ahí. Lo que imagina o lo que recuerda. Tal vez ella también ve al Compadre, piensa Juan mientras toma su sombrero. Tal vez es su regreso aquello por lo que suspira cuando suspira. Luego, ya desde el polvo de la carretera, se vuelve para mirar el reflejo de su cara en la ventana.

Los ojos de la muchacha le atraviesan como atraviesan el cristal, sin advertirlo. Se diría que acaricia el reposabrazos de su mecedora como si tentara en él el calor de la mano de un hombre.

Durante el resto del día, Juan busca quien le dé ocupación, con el sombrero apretado contra el pecho. Trabaja o no trabaja bajo el mismo sol inclemente. Limpia los corrales o ara la tierra o encamina por sus cañadas las reses de algún hacendado que es, como todos los hacendados en los últimos tiempos, también un revolucionario. Antes de regresar a casa se detiene en la cantina para beber uno o dos vasos de aguardiente, todavía con el Compadre sentado a su espalda o ayudándole a apurar los tragos. Se acuerda, de pronto, de aquel primer mezcal que los dos medio indios y medio hermanos le dieron a probar en el malpaís, en tiempos tan lejanos que se diría que hay que desenterrarlos. Piensa en eso, en cadáveres que se desentierran. En hombres que no están del todo muertos ni completamente cubiertos de tierra.

Y entonces el regreso a casa. El regreso a casa y en ella el fantasma del Compadre y la muchacha esperando con su quinqué en lo alto. Escucha su propia voz preguntando por el Compadre, con el aliento embarrado por el mezcal. Su nombre rompiendo el silencio, por primera vez. Pregunta como si de pronto hubiera decidido reemprender su búsqueda, a través de la geografía minúscula de la casa. Cada esquina sin barrer, cada jícara de barro, cada montón de cobijas, puede ser un lugar en el que aceche su fantasma. Quiere saber si esa era la mecedora donde solía sentarse el Compadre. Qué alimentos prefería, qué bebidas, qué orilla de la cama. Pregunta si él también se quedaba a veces absorto mirando la ventana, contemplando al otro lado del cristal todo y nada. Si alguna vez nombraba la tierra y la vida que había dejado atrás, muchas leguas al sur. Cuáles eran las cosas que hablaba y los gestos que hacía y las cosas que tocaba; y entre esas cosas está la muchacha, porque a veces Juan la imagina así, una cosa más sobre la que el Compadre dejaba apretada la mano todo el tiempo, como un niño que asfixia el juguete que más quiere. ¿Era ella, la muchacha, lo que el Compadre más quería? ¿Era el Compadre lo que la muchacha más quería, lo que más quiere todavía? Pero esas preguntas, tal vez las únicas que importan, no llega a formularlas nunca. Y la muchacha se resigna a contestar todas las demás con sencillez y algo de vergüenza.

Dice:

—Se sentaba allí.

O bien:

—De este lado.

—Bebía mezcal hasta caer redondo; mejor dicho, bebía mezcal hasta que eran los demás quienes caían redondos, y él reía.

—Le gustaba reír.

—Le gustaba la carne de borrego, cuando la había.

—Le gustaba matar.

Y parece que va a decir algo más, pero no, se muerde el labio y eso es todo, le gustaba matar, le gustaba matar y ya, la muchacha que sigue limpiando los trastes con arena o fregoteando la mesa con su mandil o sentada en esa mecedora donde, si han de creerse sus palabras, no era el Padrecito quien se sentaba.

Otro día, entreverados en la cama —la mano de ella detenida en una caricia inmóvil sobre su mano; la cabeza acostada sobre su pecho—, él pregunta cómo era. ¿Cómo era qué?, contesta ella, tal vez sabiendo, pero todavía sin querer saber. Cómo era, repite él, monótono. Cómo era aquello. Cómo era el Compadre ahí. Precisamente ahí. Cómo era el Compadre en ese mismo lugar. En la cama, se entiende. Sobre ella, bajo ella, dentro de ella. Detrás de ella. La muchacha tarda mucho en contestar. Su cuerpo parece de pronto muy lejos, aunque persista todavía la caricia, el abrazo, su melena derramada como una medusa negra sobre su pecho. Era distinto, reconoce al fin; pero distinto cómo. Y distinto de qué. Era, contesta ella. Cómo podría decirle. Era, digamos, algo que sucedía por un tiempo y luego no dejaba nada. Como una semilla que cae en tierra sin arar. No sabe si se explica —no, no se explica—. Cogía como un soldado, reconoce al fin. Y luego, recapacitando: Cogía, a veces, como un soldado, y otras veces como un cura.

—¿Como un cura?

—Sí.

Aquella noche no preguntará nada más; pero otro día, un día de café amargo y habitación chiquita y mecedora frente a la ventana, un día que vuelve con el aliento embarrado por el mezcal, retornará al diálogo interrumpido, como quien recobra el cabo de una cuerda. ¿Cómo coge un soldado? ¿Cómo coge un cura? Ella reflexiona o finge que reflexiona. Dice que a los soldados se les reconoce porque al comenzar tienen un pronto bravo, un cierto arrancar con fiereza, como quien devora con hambre atrasada, y esa hambre a veces hace daño, cómo decirlo, un daño que se siente a medias en el cuerpo y a medias en otra parte; coger con un soldado es, al principio, como no estar, apenas ni la miran a una, como si el soldadito cogiera con uno de sus compadres o con su propio fusil y ya. Pero luego, cuando la cosa dura —a veces, la cosa dura—, o mejor dicho, cuando la cosa termina y empieza esa

otra cara del coger que no es coger sino simplemente estar, los soldados pueden transformarse en otra cosa. Son, de pronto, niños, a los que la guerra devuelve, aunque solo sea por un instante, a los brazos de sus madres. Ella tiene por bien sabido que eso es, en definitiva, en lo que piensan los soldados; aunque se las den de machitos y den vivas a esto o a lo otro, piensan nomás en sus madres, aunque a menudo solo se den cuenta en el momento de morir, cuando la vida se les va por la herida y claman delirios e imposibles, es entonces cuando los más llaman a sus madrecitas, como niños que se lastiman de tanto jugar a la guerra. Es así, más o menos, como coge un soldado, primero como quien come y luego como quien llora, o mejor, primero como quien mastica y luego nomás como quien mama.

¿Y cómo, si puede saberse, cogen los sacerdotes?

Aquí el rostro de la muchacha se agria. Los sacerdotes, dice, cogen de otro modo, como se manosea una cosa santa, con olor a perfume y a incienso y a prevención de no se sabe qué clase de cosas, con un detenimiento, con una delectación que de tan limpia como es acaba teniendo en el fondo del asunto algo muy sucio, algo que se le pudre a una por dentro, por más que el sacerdote en cuestión sonría y te acaricie la coronilla de la cabeza y rece al terminar una plegaria para ambos. Así era como cogía el Compadre, a veces como soldado y a veces como cura; es decir, a veces como si ella fuera puta y a veces como si fuera madre y otras veces como si fuera santa.

—Entiendo —contesta Juan a la oscuridad. Pero en realidad no entiende. Entiende tan poco que apenas unos minutos después, cuando comiencen a desnudarse y sus cuerpos se esfuercen en tomar el mismo rumbo de cada noche, ya no van a lograrlo. El error está tal vez ahí, en el mismo esfuerzo; por primera vez entre ellos el esfuerzo de algo, la exigencia de mirar las cosas desde fuera, el pequeño imposible de mirarse a sí mismos desde fuera y desde lo oscuro. Sus cuerpos extraviándose en el paisaje de la cama chiquita, destinados a no encontrarse más o a encontrarse con brutalidad o torpeza. En los gestos de Juan una voracidad que no se sabe a quien pertenece, o sí se sabe pero mejor no decirlo, no recordarlo; sus manos que tienen de pronto algo de garra que se aferra a la carne, como si también ellas, las propias manos, estuvieran presas de la voluntad de otro. Es así como la toma esa noche, con las manos de otro, la boca de otro, el sexo de otro, y al terminar ella misma parece también otra y está muy lejos y muy callada. Ha acampado entre ellos un silencio pesado y triste, de respiraciones que suenan ajenas y vergüenza de no se sabe qué.

Y entonces, de pronto, escucha sollozar a la muchacha. Comienza a hablar escudada en la oscuridad, tan cerca y tan lejos de Juan. Su voz está contando una historia. En esa historia hay revolucionarios que desfilan calle arriba y calle abajo, muy envarados sobre las monturas de sus caballos. Desfilan sin necesidad, solo para que las muchachas casaderas y no casaderas puedan mirarlos. Uno de esos hombres es el Compadre. Una de esas muchachas es la muchacha. Y al principio es así, el Compadre que desfila con sus hombres y ellas que les salen al paso, uniformadas de domingo para pelear la guerra de juguete del amor. Entre todas las muchachas, el Compadre se fija justamente en ella. Al pasar a su lado se toca ceremoniosamente el ala de su sombrero y hasta el caballo tuerce la vista para mirarla. Ella, claro, también lo mira. Luce tan gallardo entre sus hombres, con su camisa sucia y sus botas sucias, condecorado por el polvo del camino. No llegan a cruzar una sola palabra, pero seguramente el Compadre hace sus averiguaciones, y a la noche siguiente lo tiene en el zaguán de la casa, con el resto de un cigarro entre los labios. Ha venido para robársela, y la muchacha recuerda que al escuchar el trote de su caballo sobre las piedras del portal sintió tristeza y alegría al mismo tiempo. Pero entonces su padre. Su padre irrumpiendo en la historia. Sentado en su mecedora, levantándose con una escopeta en las manos. Hay una conversación breve entre los dos hombres, que la muchacha no escucha o no recuerda. Lo que sí recuerda es que la escopeta temblaba en las manos de su padre y que ni siquiera tuvo tiempo de amartillarla. El Compadre devolvió el revólver a su cartuchera en el mismo instante en que el cuerpo de su padre se desmoronaba sobre la mecedora. Las manos se le quedaron muertas agarrando todavía la escopeta, tan fuertemente que hubo que enterrarlo con ella. El Compadre terminó de fumarse su cigarro sin prisas y le dijo que esa noche ya ni modo, que se le habían quitado las ganas, pero que más adelante volvería a visitarla. Que debía estar dispuesta para eso y para todo. También dijo que si tenía algún hermano que quisiera venganza, pues ya sabía dónde encontrarlo: en el mero corazón de la guerra. Pero a ella solo le quedaban dos hermanos que de hombres no tenían más que el bigote. Ni de arrancarle la escopeta al cadáver de su padre fueron capaces. Luego la guerra se los llevaría a ellos también, cobardes y todo, a morir cada uno en nombre de un general diferente.

Y ella se quedó allí.

Ella está, todavía, allí, dentro y fuera de la historia al mismo tiempo, acostada en la cama a la que el Compadre habría de regresar tantas veces. Muerto su padre y acobardados sus hermanos, no tuvo ni siquiera que robarla.

Se limitaba a pasarse por allí cuando quería y cuanto quería, como un hombre que regresa a la misma cantina para ponerse borracho. El Compadre era un monstruo. El Compadre, dice con la voz chapoteando en el llanto, era un malvado. Si él supiera, cuánto daño había hecho el Compadre, en aquella tierra y en aquella casa. Había fusilado a hombres que no lo querían ni bien ni mal y ahorcado a campesinos que no se metían con nadie y prendido fuego a iglesias solo porque no le gustaba lo que predicaba su párroco. A ella también, a su modo, la había quemado y fusilado muchas veces, en aquella cama, sin concederle siquiera la gracia de una venda en la cara. Ella también, dice, es una víctima de la Revolución. Hasta que un día, y ese día llegó más tarde que pronto, el Compadre murió. ¿Ella lo vio? No; pero lo supo en el acto, lo sintió aquí —y en la oscuridad, Juan no sabe si se señala las tripas, la cabeza, el corazón—. Y después, pasado el tiempo, escuchó el trote de un caballo sobre las piedras del portal, y la muchacha sintió terror y odio al mismo tiempo. Era un forastero, que traía su mismo caballo y sus mismas maneras y hasta ciertas semejanzas en la compostura y el rostro. Lo vio desmontar, jaleado por los ladridos del perro, y por un momento temió que fuera él y se le hubieran equivocado las entrañas. Pero entonces. Entonces qué. Entonces apareciste tú, dice la muchacha, con la voz estrangulada por el recuerdo. Y luego calla.

Durante unos instantes Juan comparte ese silencio. Trata de imaginarlo. El Compadre disparando a un hombre inocente, a cientos de hombres inocentes. El Compadre forzando a una muchacha. El Compadre, un malvado. Esas imágenes le producen alivio y miedo al mismo tiempo. El miedo de haber recorrido un camino que después de todo no merecía la pena; solo el rastro de un villano. El alivio de que después de todo ese camino lo haya llevado al lugar donde está, en aquella cama demasiado estrecha, tocando a la muchacha más adentro de lo que el Compadre nunca creyó capaz.

—¿Y cómo cojo yo? ¿Cómo soldado o como cura? —pregunta al fin.

La muchacha ha vuelto. La muchacha, que estaba tan lejos, de pronto ha sonreído. Está tan oscuro que Juan no acierta a vislumbrar ni siquiera el rectangulito de la ventana y sin embargo sabe esto: que la muchacha sonríe. Siente a dos palmos de distancia su sonrisa y más cerca aún el vuelo de su mano, que se aproxima hasta rozarle la cara.

—Tú no eres así —escucha decir a esa sonrisa—. Tú eres bueno…

A veces, después de coger como un soldado o como un cura, el Compadre caminaba hacia la ventana. Todavía desnudo o a medio vestir, pero siempre con su revólver en la mano. Apartaba la cortina con el cañón y miraba

largamente las sombras que acechaban al otro lado. ¿Qué es lo que miraba? ¿Qué esperaba? Eso la Viudita, que entonces no era aún la Viudita, no sabría decirlo. Parecía esperar a alguien. Al menos eso es lo que respondía, cuando la muchacha preguntaba: Estoy esperando a alguien. Alguien que tenía que llegar y que nunca llegó.

—¿Te esperaba a ti? —pregunta la Viudita en la oscuridad.

—No lo sé.

—A mí me da que sí. Que te esperaba a ti y que te esperaba para matarte.

—Tal vez era yo quien venía a matarlo —contesta Juan, y su propia voz le parece extraña.

—Ah, no —dice ella con voz amarga—. Tú no eres de los que disparan. Tú eres más bien de los que acogen las balas.

Y Juan se pregunta cómo habría recibido al Compadre. ¿Habría sido capaz de disparar después de todo? ¿Se habría arrodillado ante sus plantas, como uno más de sus discípulos?

Ahora es Juan quien se sienta en la mecedora. Él quien mira por la ventana. Al otro lado del cristal ve caer nieve, hojas secas, lluvia, atardeceres. Ve el horizonte ardiendo en el crepúsculo y el mismo fuego abatiéndose sobre la espalda de los hombres en la recogida y en la siembra. También sobre su espalda, sobre su azada, sobre su sombrero. Ve la tierra escupiendo mazorcas de maíz y hombres que las cosechan y mujeres que las desgranan. Ve pasar rebaños famélicos, camino de sus pesebres vacíos. Pasa también el delegado del gobierno, un delegado distinto cada año pero siempre el mismo bigote y el mismo traje capitalino; agita la mano en señal de saludo desde el coche, sin apearse nunca. Tras ese coche, tras la estela de su promesas, corren los campesinos. La tierra, nuestra tierra, dicen. Toda esa tierra puesta sobre sus ropas blancas, en forma de polvo que el coche del delegado deja tras de sí. Es cosa hecha, dice la mano del delegado. Es cosa hecha, cuestión de días, confirman los periódicos, los correos, los entendidos. Los expertos están midiendo y remidiendo la tierra que habrán de repartir; es mucha tierra pero son también muchos hombres y hay que tener paciencia; apenas dos semanitas más de espera. ¿Acaso ellos, que fueron capaces de derrocar tiranos y significarse en tantas batallas, no serán ahora lo suficientemente hombres para tener una migaja de paciencia?

Viva la Revolución, contestan ellos.

Viva la Revolución, suplican.

Juan y la muchacha tienen paciencia pero también mucha hambre. Venden el caballo del Compadre para arrendar un rasguño de terreno y unos cuantos

hectolitros de grano. Algún día, cuando el coche del delegado se detenga, tendrán tierra suficiente para perderse y no encontrarse; pero de momento tienen solo eso, una parcelita de tierra exhausta en la que germinan algunas hileras de maíz. Juan ve, desde la ventana, esas mazorcas todavía verdes. Ve el espantapájaros que se yergue desmañado entre ellas, torcido y solitario como un auténtico ser humano. Se ve a sí mismo esgrimiendo torpemente la azada, arañando la tierra con una esperanza inverosímil, como quien zarandea un cadáver. Hubo un tiempo en que esa torpeza despertó la risa de los lugareños, tal vez incluso la celebraban un poco. Ahora ya no despierta nada. Si acaso una cierta sensación de inquietud; la que produce contemplar a un tullido afanándose en un gesto cotidiano pero imposible. Se ve, a sí mismo, inútil como un tullido, y a la muchacha llevándole botijas de agua, rastrillos, pañuelos húmedos. Un cesto de mimbre en cuyo fondo languidece el vestigio de un almuerzo. Se ve de nuevo solo, a la hora del ángelus, prendiendo un cigarro —un hábito nuevo, traído de quién sabe dónde— y mirando en dirección a su casa, y en esa casa su ventana, y en esa ventana su propio rostro.

Ve también desde esa ventana cosas que todavía no son pero que tal vez lleguen a ser, por qué no, dentro de solo dos semanas. El delegado deteniéndose al fin. El gobierno posando sus ojos, su inmenso dedo, sobre el diminuto rincón del mundo que es su pueblo. Su parcelita creciendo cuanto abarca la vista, tan vasta que solo puede recorrerse a caballo, y para ello un caballo, dos caballos, las caballerizas destartaladas puestas de nuevo en pie y en ellas un caballo para él y otro caballo para ella y una docena de caballos para los mayorales. Las hileras de mazorcas tupiéndose hasta reventar de grano y la muchacha hinchándose también, el cuerpo flaquito de la muchacha que parecía seco como la tierra pero no, ni la mujer ni la tierra estaban desiertas, florece su cosecha y florece también su hijo, algo que ver crecer ante la vida que se detiene. Ve eso: la vida, que se detiene. Su hijo ya buen mozo, con su propio caballo y sus propios motivos, dando órdenes aquí y allá a cien, puede que doscientos capataces. Y sentados tras el cristal de la ventana ella y él, todavía ella y él, viejos pero no, los ojos jóvenes y satisfechos de ver crecer el mundo que construyeron con sus manos.

¿Eso bastaría? Si ese fuera el destino que lo aguardaba desde el principio, ¿habría comenzado el viaje?

Todo lo ve desde la ventana: todo excepto al Compadre. Es decir, ve la ausencia del Compadre en todas partes. Y esa ausencia no es ni buena ni mala: como ausencia que es, no significa nada. Hay que aceptarla sin

reproches, como no puede cuestionarse la duración de la noche o la longitud del desierto. El Compadre convertido en una pregunta o en muchas preguntas y Juan sin una sola respuesta. A veces abre el libro y mira largamente su retrato, con la misma extrañeza con la que mira el horizonte. Recobra algunos fragmentos del pasado, escenas que hay que exhumar laboriosamente, como si procedieran de otra vida o le hubieran sucedido a otra persona. Piensa en todos los pasos que le han llevado hasta aquí y se pregunta en qué momento extravió el camino, si es que de verdad se extravió; si es que alguna vez hubo un camino. ¿Es esto la vida? ¿Es este el mundo que le corresponde, o ha llegado hasta él por casualidad, como quien se despeña creyendo que camina? Ve el cuerpo del indio crucificado y una catedral de piedra y una fábrica de hierro purificada por la claridad del fuego. El Compadre, que a veces parecía bueno y a veces malo, o quizás era bueno y malo al mismo tiempo, capaz de incendiar las injusticias del mundo y de asesinar al padre de la muchacha, sus manos redentoras hurgando debajo de sus ropas, dentro de su cuerpo. Mira frente a él —la tierra sin esperanza y sin grano; los campesinos susurrando viva la Revolución, como quien llora y se pregunta si este es el mundo perfecto que el Compadre esperaba. Mira a su espalda —la cama con las cobijas revueltas; la muchacha arrodillada frente a la hornilla para avivar el fuego— y se pregunta si esta es la vida con la que él mismo soñaba.

Un día, el delegado del gobierno se detiene. Baja de su coche, ceremonioso. Trae consigo buenas noticias que son en realidad un rimero de papeles que casi nadie en el pueblo es capaz de leer. Son mapas y números y escrituras que hay que firmar aquí y aquí. Pero no son solo papeles. Esos papeles representan algo. Miles y miles de yuntas de tierra que desde hoy pertenecen al concejo; tantos miles que al escucharlo los campesinos alzan sus cabezas al mismo tiempo, como si no hubieran entendido bien. Y no han entendido bien. Porque esas miles de yuntas no corresponden a las tierras de regadío, ni a las vegas de tierra buena, ni hay en toda su extensión ni un arroyo ni apenas un lagrimeo de agua que las fecunde. El Patrón, que todo lo quería, no había querido nunca esta tierra. Más que tierra es desierto: se la quitan al desierto y se la dan a ellos. Pero ni siquiera el gobierno puede quitarle al desierto lo que es suyo.

El delegado dice que entiende sus razones, mientras les extiende la pluma para que firmen. Más aún: las entiende muy bien. Tienen derecho, claro, a presentar una reclamación por escrito. El gobierno está siempre dispuesto a escuchar a sus campesinos, o mejor dicho, está dispuesto a leer lo que tengan que decirle quienes sepan escribirlo. Entretanto les deja ese pedacito de

desierto, para que lo mimen y cuiden y hagan con él lo que un campesino hace con la tierra. Para la respuesta oficial, dice, para que el gobierno envíe sus peritos y agrimensores y especialistas, habrá que aguardar todavía un poco más, acaso dos semanitas de espera; pero hombres corajudos como ellos, hombres que han ido sangrando sus heridas por tantos cerros, ¿no serán lo suficientemente hombres, ah, para tener tantita paciencia?

Algunos hombres resultan no ser lo suficientemente hombres. Dicen viva la revolución por última vez, se encasquetan sus sombreros y toman la carretera del norte. Juan los ve caminar sin volver la vista atrás, con sus petates y sin sus esposas. Ya no regresan nunca, o regresan transfigurados, mirando las cosas desde una estatura distinta, un lugar que parece quedar un poco más arriba de lo que alcanza la vida de un hombre. Traen consigo ropas nuevas y maneras de señorito. Máquinas extrañas que desmotan el algodón sin usar las manos y que aran la tierra sin necesidad de bueyes. Maletines llenos de fajos de papeles verdes, que por muy ligeros que parezcan son en realidad muy pesados; tal vez porque representan otra cosa, como los papeles del delegado equivalían a todo un desierto. El norte, dicen, el futuro está en el norte, lo que quiere decir que ellos permanecen clavados en el pasado. Y en ese futuro ya no hay Siete Ciudades, ni tampoco Trece Colonias, sino nada menos que cuarenta y ocho, cuarenta y ocho estados y cada uno de ellos más rico que un país al completo. Dicen que allá hay esperanza. Dicen que allá hay trabajo. Dicen que allá las mujeres son más fáciles y bonitas; mujeres con cabellos dorados y los ojos azules; mujeres con la piel tan blanca que uno las enrojece solo con mirarlas, ya no digamos con tocarlas. Juan escucha embelesado los relatos que esos emigrantes traen consigo; relatos difíciles de comprender, porque se cuentan con un acento distinto y hasta con palabras nuevas, crecidas muy lejos de esta tierra.

Más tarde, en la cama demasiado estrecha, abrazado al cuerpo desnudo de la muchacha, repetirá en voz alta algunas de esas historias, tal vez magnificadas por su imaginación o por su esperanza. Habla de rumbos remotos donde al parecer no hay ciudades de oro, como alguna vez había escuchado contar, pero sí ciudades de hierro, ciudades de cristal, ciudades hechas de luces que brillan toda la noche, sin humo ni llama. Un mundo en el que florece un oro que no se ve y no se toca pero que de todas formas es oro y de todas formas crece, como en esta tierra florece el desierto.

La muchacha lo escucha hablar de esos lugares maravillosos y lejanos, ensombrecida por un presentimiento. No dice nada. Se adormece acunada por esos sueños que no sabe por qué, detrás de los párpados cerrados, adquieren la

consistencia de una pesadilla. Juan no duerme. En su lado de la cama los pensamientos se suceden tan deprisa que le sorprende que en el suyo la muchacha pueda cerrar los ojos siquiera. Sigue pensando en el oro, pero también en todo lo que no es oro, en la tierra sin fruto y en el hogar sin fruto, piensa en el hambre, las tortillas cada vez más delgadas y la carne cada vez menos carne y el hambre cada vez más larga, una certeza que dura todo el día y parte de la noche. Agitarse en la cama en mitad de la noche y sentir la ausencia del Compadre también en el estómago. Y contra esos pensamientos nada o apenas nada; solo una esperanza chiquita y muy lejana. Juan que para lograr dormir se esfuerza en recobrar el nombre de algunos de esos reinos fabulosos, tal y como recuerda haberlos oído nombrar. Sus nombres repetidos como un antídoto o un conjuro; como ovejas saltando el valladar de su insomnio.

Arizona… Conéctica… Tejas… Oclajoma… Niu Yorc… Luisiana…

En su sueño el Compadre también está muerto. Parece que se mueve, que está a punto de hacer o de decir alguna cosa, pero no: es solo obra del viento que agita sus ropas. Lleva puesta su casaca de revolucionario, su sombrero charro, sus botas y sus espuelas de hierro. De hierro también los clavos que lo mantienen sujeto al travesaño. Los brazos extendidos en un abrazo que no cesa, como un dios que exhibe su humanidad ante el mundo. Mira su rostro velado por la sangre. Mira su boca, esa boca que no volverá a abrirse nunca, y adentro aquellas palabras con filo que nunca herirán sus oídos. Mira su mano, convertida en un puro sarmiento de huesos y ligamentos resecos. Su mano clavada todavía a la cruz y clavada también al gesto de señalar el camino del norte.

Sucede antes de que cante el gallo. Antes, incluso, de que la Viudita despierte para recolar el café y calentar las tortillas. La ventana es todavía un rectángulo negro, oscuridad dentro y fuera de la casa y Juan ya en pie, sombra entre sombras, deslizándose fuera de la cama. Manos buscando y encontrando a tientas el libro, su sombrero, el morral ya aprovisionado para el viaje. Pasos sin ruido, amortiguados por el piso de tierra —porque el piso nunca dejó de ser de tierra; solo algunas porciones empavesadas por una cuadrícula de morrillos blancos, como si a Juan se le hubiera acabado en algún momento el oro o la esperanza—. Debajo de la hornilla, la lata oxidada, y Juan que la abre y separa solo un puñadito de monedas antes de devolverla a su rincón.

Juan en el umbral.

Juan volviéndose un instante para mirar por última vez el cuerpo de la mujer que duerme, o más bien el trozo de tiniebla donde la mujer tal vez duerme.

Juan alzando su mano en esa oscuridad, como encubriendo una despedida.

Juan empujando sigilosamente la puerta de la casa, que cruje con un ruido seco. Juan clavado en el umbral durante un tiempo que parece inmenso, prestando atención a los ruidos de la noche.

Afuera brilla la luna. Su luz blanquea tenuemente los campos roturados, la grava del camino, los muros encalados del pueblo. A su espalda, los árboles del huerto arrojan sombras fantasmales, como flechas que se dirigen y se clavan en una dirección precisa. Hacia allí se dirige Juan: hacia esa dirección precisa. Mientras camina le parece sentir en la espalda el peso de una mirada que ya conoce, espiándolo desde los visillos. Una mirada que no por familiar se hace más liviana. La siente mientras se aleja y mientras el sol despunta tras las montañas y también mucho más tarde, cuando en una revuelta del camino el pueblo, y con él la casa, desaparecen.

Al fondo de su morral, revuelto con el puñado de monedas de níquel, el libro del Padre, y entre las páginas cerradas, entre los dibujos feroces del apóstol, algunos pasajes subrayados o tachados o rodeados por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde la mirada del Padre se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos.

Recuerda: Tu deseo será para tu marido, y él tendrá dominio sobre ti.

Recuerda: Si ves entre los prisioneros una mujer hermosa, te prendas de ella y deseas hacerla tu esposa, la llevarás a tu casa, se rapará la cabeza y se cortará las uñas, se quitará el vestido de cautiva, se quedará en tu casa y llorará a su padre y a su madre durante un mes. Luego podrás unirte a ella. Si deja de gustarte, le darás la libertad, pero no la venderás por dinero ni sacarás provecho alguno, pues ya la has humillado.

Recuerda: La mujer es más amarga que la muerte, porque ella es un lazo; su corazón es una red y sus brazos son cadenas. El que agrada a Dios escapará de ella, pero el pecador será apresado por ella.

Un pueblo de la comarca, esa misma tarde, cuando su viaje apenas ha comenzado. Está sentado en una de las mesas, cuchareteando meticulosamente un plato de potaje. Antes ha preguntado al mesero, uno a uno, el precio de todos los platos y de todas las cervezas. Lo más barato es el

potaje, contestó el mesero, sin dejar de secar la loza. Y fue potaje, y cerveza de la casa.

Al principio, cuando escucha su voz, tarda un poco en comprender de dónde proviene. En un rincón mal iluminado de la cantina, como momificado en la sombra, aguarda un anciano vestido con un poncho de lana. Es un guitarrista ciego, con la nada de sus ojos clavada en la pared opuesta. Un único movimiento: su mano derecha, que se desliza para acariciar la panza de la guitarra.

—¿Adónde es que va, muchacho? —grita, los ojos ciegos clavados en un lugar que queda mucho más arriba de la cara de Juan—. ¿A los Estados?

Juan afirma con la cabeza. Luego rectifica.

—Sí.

—Es que usted es el gachupín, ¿verdad?

—Sí.

—El que anda arrimado a la viuda del Compadre.

Juan no contesta. Ya ha acabado su potaje y apurado su cerveza, pero todavía juguetea con la cuchara, como esperando algo.

—Y dígame, muchacho, ¿es que ya le dio miedo que el Compadre regrese y le meta tres plomos en la tripa?

Juan deja caer la cuchara sobre la mesa. Se levanta perezosamente, rebañándose la barba con la servilleta. Habla dando la espalda al ciego.

—El Compadre está muerto.

—Ah, no, no, no… El Compadre muerto no está, claro que no, no señor… Yo lo he visto…, ¿sabe…? Lo he visto…

A Juan le tiemblan las manos mientras deja sobre la mesa el medio peso; mientras se pone su sombrero y empuja las puertas de la cantina. Antes de salir todavía tiene tiempo de oír, de ver una vez más, al anciano que se señala los ojos arrasados por el blanco.

—Con estos ojos, ¿entiende…? Con estos ojos, yo lo veo…

XI

Todo tranquilo, gracias a Dios – Cabalgar una serpiente
Un quinqué que se apaga – Ciudades y estrellas
Chinga tu madre – Segundo apóstol del Reino
Donde dije digo digo Diego – Un viaje de la noche a la noche

El tren nunca llega a su hora. Eso le advierten en el último pueblo: que se provea de paciencia, y de tequila. No tiene para el tequila. Pero sí paciencia, todo el día por delante para sentarse en uno de los bancos de la estación abandonada. Al menos parece abandonada. No hay nadie en los andenes ni nadie en la taquilla ni nadie tampoco en la oficina del telégrafo. No hay guardagujas siquiera. Solo los rieles, fulgurando bajo el sol como una sutura de plata. Arriba, las aspas de un molino que chirría. Un depósito de agua herrumbroso. Moscas que vienen y van, y solo su sombrero para espantarlas. Sobre su cabeza, un reloj detenido en las cinco y cuarto de quién sabe cuándo. Y él allí sentado, allí espantando las moscas y el calor con el mismo sombrero, esperando que se levante en el horizonte el humo de la locomotora.

Y sin embargo, no hay humo. El ruido del tren, pero ningún humo. El tren que aparece al fin, tras una curva de la vía, no demasiado rápido pero tampoco despacio, sin chimenea y sin prisa. Un tren extraño, una locomotora extraña, una chimenea que no está. ¿Cómo es que avanza, ese tren? Se pone en pie lentamente, con el saco a la espalda. Cada vez más cerca de la vía, sin saber si ese tren que no parece un tren va a detenerse. No se detiene. Pasa lento pero no tan lento: si corriera un poco podría, quizás, alcanzarlo. Y entonces, sobre el techo de los vagones, los hombres, las mujeres. Cientos de personas trepadas por todas partes, como si hubieran sido llovidas desde el cielo, que le jalean y le señalan con los brazos extendidos.

—¡Órale! ¡Órale cabrón! ¡Sáltale ya!

Juan deja pasar un vagón, dos vagones, tres vagones. Empieza a correr para emparejarse al cuarto, al quinto. Cree que no va a ser capaz de hacerlo, pero al fin lo hace, al fin salta, a tiempo para prenderse del último de los vagones, de la última de sus manijas. Él prendido de la escalerita del último vagón de un tren sin chimenea y sin humo, pero con gente que lo apremia para que suba. Arriba, dicen, hay un sitio para él.

Hasta entonces no ha sentido miedo; ha saltado sin pensar ni medir consecuencias. Es ahora cuando siente por primera vez la magnitud de sus

actos, las dos manos que se aferran a la vida mientras las piernas aún cuelgan, pedaleando en el aire. Siente el viento en la cara, la promesa de la caída, las traviesas que se suceden cada vez más rápido, en un parpadeo vertiginoso. Al fin logra trepar por la escalera, sin mirar abajo. Arriba lo espera una muchedumbre de rostros que sonríen y aplauden. Son extraños, esas mujeres, esos hombres. Visten atuendos que nunca antes ha visto, por todas partes colores estridentes y pantalones rotos o medio rotos y gorras como de marinero en tierra y camisas sin mangas y llenas de garabatos, camisas llenas de dibujos, llenas de frases sin sentido o con sentido oscuro, como si vinieran disfrazados de letreros de comercios o de pizarrones de escuela. Cuando aprieta el calor se quitan las camisetas y muestran sus pieles rayadas, tiznadas con más mensajes abstrusos, más dibujos rupestres y tribales que en algo asemejan la piel tatuada de los indios chichimecas.

Alguien da un chiflido. Otro alguien le palmotea la espalda. Le buscan un hueco vacío en el techo del vagón y un muchacho le alarga una botella de agua, sorprendentemente ligera.

—¿Quihubo, compa?

También las palabras que pronuncian son oscuras, como si se leyeran unos a otros los reclamos de sus camisetas y torsos. Antes de contestar, Juan da un trago a la botella de agua ligerísima. Un trago largo, sin necesidad, porque no sabe qué decir. Él, por hacer algo, también sonríe.

—¿Y ustedes?

—Tranquilo, compa, todo tranquilo, gracias a Dios… Poco a poco y con cuidado.

A su lado hay también una muchacha medio joven y medio bonita, que le mira guiñando los ojos, cegada por el resplandor del sol.

—Tú no eres de por acá, ¿o sí?

—No. Soy de Castilla.

—¿De Castilla? ¿Qué eres, gachupín?

—Sí.

La muchacha intercambia con los demás algunas miradas de asombro.

—Órale, sí que les pegó la crisis bien duro también a ustedes…

Otro hombre le ofrece un cigarro. Habla muy alto, para imponerse sobre el estrépito de los hierros y los rieles.

—Cabrón, qué rápido te trepaste… Yo creí que te caías…, que la Bestia te apachurraba.

—¿La Bestia?

—Simón. Que te llevaba el tren, pues.

Juan tarda en contestar. Su mente está como encallada en la palabra «Bestia», la palabra «Simón». Pero al fin se confía a la palabra tren, que es la única que comprende o que cree que comprende.

—Es que yo creí que paraba aquí… —Acierta a decir, señalando la estación que queda a su espalda.

—Ah, pues no para… Acá parar no para nunca… Te informaron mal. Y más atrás están los garroteros de la ferroviaria, que no te dejan abordar, y más alante pos también, todo puros garroteros, así que hiciste bien en agarrarlo aquí…

Luego, aprovechando la complicidad del cigarro, le advierte que para otras veces tiene que tener cuidado con el modo de saltar. Se nota que está novato en esto de abordar la Bestia en movimiento, y debe tener cuidado. A la Bestia, dice, hay que tenerle respeto. Mira: es muy sencillo. Hay que dejar que las manijas de los vagones te golpeen la mano, para ver qué tan rápido va, porque esto hay que sentirlo, no solo verlo. Engaña. Si se ve capaz, debe correr unos veinte metros para tomarle el ritmo, agarrado de una manija. Cuando ya le tenga el pulso, debe dejarse ir con los brazos, levantarse con los puros brazos, para alejar las piernas de las ruedas, y solo entonces apoyar en las gradas la pierna que tenga del lado del tren. Esto, explica, es muy importante: la pierna que tengas del lado del tren, no la otra, para que tu cuerpo no se vaya contra el vagón y no te desbarajuste y te trague. ¿Entendió?

—Sí.

—Tú confía en mí, que yo soy perro viejo y ya tengo mis años y mis viejas cuentas con la Bestia, ¿sale…?

Y entonces el hombre se señala la pierna izquierda. Lo que queda de la pierna izquierda: un algo que termina en la rodilla y más abajo la pura nada, el pantalón hueco, afantasmado, peinando el suelo. Juan asiente con incomodidad. Tal vez para alejar o mitigar el descubrimiento, decide formular alguna pregunta. Se vuelve a otro hombre que está sentado a su izquierda, taciturno debajo de su sombrero y su bigote.

—¿Qué es lo que llevan?

—¿Quién le dijo qué, cabrón? Yo no llevo nada.

—Me refería a los vagones.

—¿Los vagones?

—Sí. ¿Qué es lo que cargan?

El tipo se encoge de hombros.

—Pos yo qué sé… Suelen llevar químicos o minerales o cemento o cosas así. Cosas así. Algunos no llevan nada.

—¿Están vacíos?

—Algunos.

Juan mira muy fijo, durante unos instantes, los ojos tranquilos del hombre. No lo entiende, confiesa al fin. Si no llevan nada, ¿qué hacen todos ahí, encaramados al techo? Si es peligroso abordar el tren en marcha, ¿por qué el maquinista, simplemente, no lo detiene? Los que lo rodean se miran unos a otros en silencio, sondeándose. Luego rompen a reír.

—¡Ah…! Nos hiciste reír, güey…

Nadie le pregunta adónde se dirige. Todos van a lo mismo: a los dólares, a la chamba, al jale, el buen dinero. Todos van a los Estados Unidos, que a veces llaman USA, y a veces América, o con los gringos, o al norte, o incluso de ningún modo, solo señalan el horizonte y basta. Hablan de la frontera, de llegar a la frontera, como si la frontera fuera un lugar, un destino en sí mismo y no solo una raya que se traspasa. Allá, al otro lado, está el dinero. Está la prosperidad. Está el futuro. Y todos se dirigen a ese futuro, encaramados en el techo de un vagón que viaja vacío, en un tren que no se detiene.

Solo que al tren no hay que llamarlo tren: eso Juan tarda muy poco tiempo en aprenderlo. Trenes son los otros, esos donde la gente no viaja encima sino dentro de los vagones y donde hay que pagar un billete y abordar a una hora precisa, a toque de silbato. Este tren no es tren sino la Bestia. Lo llaman la Bestia, explican, porque su voracidad no se agota nunca. Un monstruo que se alimenta solo de carne centroamericana. Si escucha a la Bestia con atención, le dicen, si atiende a los chirridos de los hierros y la quincalla, podrá distinguir por debajo los quejidos de los hombres y mujeres que perdieron la vida entre sus ruedas. Eso es lo que puede dejarle sordo a uno: no el ruido atronador de los vagones, no el pitido de la locomotora, no el huracán de viento en los túneles, sino ese otro infierno que late debajo, esas voces que siguen pidiendo ayuda a quien ya no puede prestársela. Desde su rincón, Juan escucha. Juan mira. Contempla la Bestia como lo que es, una inmensa serpiente que culebrea entre las montañas y el llano, con sus rugidos de bestia insaciable; eso parece, sí, una bestia insaciable, una inmensa serpiente, y ellos las escamas, ellos los sarpullidos, los tumores, las llagas que esa serpiente sufre, feos como ella, sucios como ella, condenados a penar por el desierto como ella. Parecen siempre a punto de caerse, siempre en movimiento y siempre en busca de un hogar que no llega, encaramados con torpeza a la vida mientras son mecidos por el traqueteo de los rieles y batidos por el viento y a veces incluso azotados por las ramas más bajas de los árboles, que se comban para barrer el techo. Con eso, con las ramas, hay que tener mucho cuidado, le

explican, porque son muchos los que se caen o se lastiman. Pero son muchos también los que llegan de una pieza y los que con llegar nada consiguen. Quedan vagando por la raya de la frontera como sonámbulos o fantasmas; como muertos condenados a contemplar la vida al otro lado, sin manos con que tocarla. Esto es, en fin, la Bestia: no solo el tren sino también las personas que en él se suben, los peligros que les acechan, el destino que nunca se alcanza o no se alcanza del todo. La Bestia es el itinerario, el tren que cruza la desolación y también la desolación que ese tren atraviesa, el viaje con sus paradas y pausas, con sus titubeos; las mujeres que se agolpan en la orilla de los rieles para lanzarles frutas o botellas de agua y los narcos que vienen a recoger su cosecha de muertos.

Apretado en su rincón, el saco entre las rodillas, Juan contempla con el mismo asombro lo que sucede a su lado y lo que sucede en la distancia. Ve a cuatro hombres bigotones y serios que juegan a los naipes, ajenos a los vaivenes del viaje, y una sierra de barrancos angostos en cuyas muchas curvas y vericuetos la prisa del tren se amansa un poco. Ve una sucesión de casuchas miserables que se descuelgan para tocar la vía y una mujer a su lado que acuna a un niño, el niño mecido por la mamá y la mamá mecida por el traqueteo. Ve torres de metal que parecen soportar el cielo y espirales de humo atareándose en el horizonte y fotografías gigantescas y coloreadas erguidas en la orilla de la vía, para que los hombres las miren o las miren, y en esas fotografías mujeres casi desnudas y hombres trajeados que le prometen a México cosas y muchachos sonrientes que beben directamente de la botella una especie de petróleo negrísimo. Ve a hombres que orinan en el espacio entre los trenes o que se acuestan con sus mochilas como almohada o que se abrochan los cinturones a la parrilla del tren, para no caerse si se quedan dormidos. Ve la noche derramándose sobre el desierto y sobre los hombres, muchachos que fuman cigarrillos cuyas brasas parecen pequeñas ciudades flotando en el horizonte y ciudades flotando en el horizonte cuyas luces comienzan a florecer en la distancia, como cigarrillos remotos. Ríos de alquitrán negro, punteados por luces rojas que van y luces amarillas que vienen. Todo eso lo mira con perplejidad pero también con un deje de cansancio, como quien lee un libro en otra lengua; un libro que ha renunciado a entender, por el que se deja discurrir como un tren atraviesa un paisaje extranjero.

Antes, en algún momento de la tarde, cuando la luz todavía dejaba ver dónde terminaba un cuerpo y comenzaba el siguiente, Juan abrió su saco y extrajo el libro. Fue un instante de flaqueza o de nostalgia o de clarividencia.

Todo el camino se iba preguntando si ese mundo misterioso que recorrían se parecía más o menos al mundo que el Padre había intentado crear, y cansado de preguntárselo a sí mismo, se lo preguntó al retrato. Le hizo también otras preguntas, preguntas que no tenían que ver con el mundo en sí sino con la Viudita, pero el retrato no contestó nada o él no fue capaz de escucharlo. Solo las palabras de Dios, las palabras del Padre, subrayadas o tachadas o rodeadas por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde la mirada del Padre se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos.

Lee: Exhorta a los esclavos a que estén sujetos a sus señores, que los agraden en todo y no sean respondones.

Lee: Siervos, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los rigurosos. Porque esto es elogiable: que alguno a causa de la conciencia ante Dios sufra molestias, padeciendo injustamente.

Lee: ¿Por qué nos habéis engañado, diciendo: Somos de muy lejos de vosotros, cuando habitáis en medio de nosotros? Desde ahora sois malditos y no faltará de entre vosotros el esclavo que corte la leña y lleve el agua para la casa de mi Dios.

Alguien, un hombre que viene medio viaje hablando de escuadras de fútbol y de televisión por cable y de otros conceptos remotos, mira el retrato del Padre por encima de su hombro.

—Qué lindo que te quedó.

—¿Lo conoces? —pregunta Juan, sacudido por un último anhelo.

—¿Que si lo conozco?

—Sí.

Debajo del ala de su sombrero, un gesto de extrañeza.

—¿No sos vos?

—No —contesta Juan muy rápido, como si la pregunta ofendiera—. Es el Compadre.

—¿Quién?

—El Patrón. El Padrecito. El Padre.

—¿Tu papá?

—El indio Juan.

—¿Un indio, decís?

El hombre toma el libro con cierta rudeza. Juan reprime un gesto de resistencia mientras el tipo mira el retrato más de cerca y más de lejos, con los

ojos torcidos en un gesto de escepticismo. Luego se lo devuelve con la misma brusquedad.

—Mirá que indio no te quedó nada. Es güerito como vos. Parecés vos.

—No soy yo.

Pero vuelve a mirar el retrato con atención. No es él, claro, cómo podría, pero es cierto que tampoco parece un indio. No se sabe lo que parece. Y mucho menos sabe cómo alguna vez pudo creer que se trataba de un indio. Hay algo sumamente impreciso en los rasgos, algo que tal vez tiene que ver con los colores de la tarde que declina, o con el papel maltratado, o con el deseo que a veces tienen los ojos de ver movimiento en cualquier cuerpo inmóvil, un temblor en los párpados del muerto, la vida que regresa. Pero sensación o no, sea efecto de la tarde o del papel o de la imaginación, el caso es que la expresión del retrato parece en efecto estar dirigiéndose hacia otra parte, quedarse a medio camino de algo, como los rasgos del adolescente están todavía a mitad de camino del hombre en que habrá de convertirse. Sus ojos, la curva de su boca, el mentón cada vez más afilado, la piel más blanca o ya del todo blanca. Todo tiene cierta impresión de liquidez, de pintura al agua, de gesto escrito en el reflejo de esa agua, sujeto a temblores y transiciones; al accidente de una piedrecita que cae de pronto, arrojada por la mano de ese mismo adolescente, desbaratando en un instante el rostro para componer en la quietud otro distinto.

Luego es la noche la que cae de golpe y toda impresión desaparece. La noche en el desierto cae así, como la llama de un quinqué que alguien sopla y se apaga.

Se van los colores de la tarde y solo quedan los ruidos. Por el día uno los oye sin escucharlos de verdad, como una música de fondo o un cielo en el que nadie repara. Pero por la noche esos mismos ruidos se llenan de ganas de ser escuchados, tienen algo así como eco, raíces que crecen dentro, y entonces se siente todo el tiempo el traqueteo de cada una de las traviesas y el silbido del viento en la cara y esa especie como de oleaje sin olas, ese rumor marítimo y mecánico al mismo tiempo, de mar sin orillas y sin puerto. Uno ve sobre la cabeza el cielo negro poblado de estrellas y abajo la tierra también negra estrellada de ciudades y se siente abrumado por la magnitud de todas las cosas, y por la escala chiquita, casi de juguete, de sus propios propósitos. Alguien bosteza o se estira o se remueve un poco, en su lecho de mochilas y de cobijas, y ese movimiento se multiplica y propaga por todas partes, los cuerpos encajados los unos a los otros y conectados como los anillos de una serpiente que no se resigna a la noche. El sueño no llega, y cuando llega es

una multiplicación de la vigilia, y no se sabe dónde empieza el sueño y acaba el recuerdo, ni el tacto de qué cuerpo lo acoge o lo rechaza a uno, todos esos pechos que son como almohadas y regazos como nidos y brazos que te retienen como madrigueras o cepos. Y todos los cuerpos son en la noche iguales, toda su carne irrigada por la misma sangre, porque el suelo queda para todos a la misma distancia y porque el tren sacude a todos por igual.

Por el día, los viajeros apenas hablan. Procuran no tocarse. No se miran apenas. Sus bocas cerradas parecen masticar historias que nadie conoce ni conocerá nunca, jirones de pasado o de futuro cuya amargura saborean en silencio. Son cien, doscientos, tal vez trescientos migrantes cabalgando la misma bestia, y todos ellos lo hacen a solas. Solo de vez en cuando es posible reconocer la pequeña comunión doméstica de un hombre que comparte su cigarro o su garrafa de agua. Un niño que llora y un hombre que le tiende alguna chuchería para distraerlo del rigor del viaje. Una voz que grita: ¡Rama va!, y entonces los cien, los doscientos, trescientos cuerpos que se flexionan al tiempo, con una voluntad unánime. La intemperie que se vuelve, por un instante, un pedazo de hogar. Por lo demás nadie habla, nadie pregunta nada. El viaje tranquilo, compa, repiten como para sí mismos. Todo tranquilo, gracias a Dios: poco a poco y con cuidado. Luego cae la noche, y la frontera de los cuerpos y las conciencias parece difuminarse con las últimas luces. En medio de los ruidos de los rieles y las traviesas es posible escuchar, ahora sí, palabras sueltas. Frases completas. Bocas cerradas que se abren de pronto como flores nocturnas para compartir historias larguísimas que tal vez nadie escucha, como un niño que se cuenta a sí mismo el cuento con el que debería dormirse. Esas historias no tienen rostro. Son apenas murmullos que viajan de un bulto a otro, de la noche a la noche. Tanto podían contarlas personas como la mismísima Bestia. Juan escucha esos murmullos en la duermevela del viaje. O no exactamente Juan, porque Juan ya no está seguro de seguir siendo Juan; el cuerpo de Juan y el cuerpo de los migrantes que se aprietan contra el cuerpo de Juan han pasado a ser una misma cosa. Sus voces son espejos o apéndices o embajadoras de la voz de Juan. Sus historias son también una sola. Y es que hay, en realidad, un solo relato, aunque parezcan muchos; un relato que se repite y multiplica de cabo a cabo del vagón, puede que de cabo a cabo del mundo. Por primera vez no hablan de dólares ni de licencias de trabajo ni de ese amigo del amigo de un amigo que les dará cobijo en los Estados Unidos, si Dios quiere, dentro de tan solo un par de semanas. Solo se conforman con hablar de su pasado, es decir, del rincón remoto del mundo que los vio nacer. En sus relatos ese lugar parece el mismo: una ciudad

miserable en un país miserable en el que llevaron una vida miserable, pero en el que también fueron, al menos por un tiempo, felices. Y ahora, en la oscuridad de esta tierra salvaje, recuerdan esa felicidad, que necesita la distancia de todo un mundo para ser contemplada. Hablan de patios de recreo bañados por el sol y de parques nocturnos donde dieron un primer beso o un primer jalón de mota. Hablan de canchas donde soñaron con ser deportistas gringos y de cocheras donde soñaron con ser rockstars gringos y de estrechas camas de adolescencia donde soñaron con este viaje, gringo también. Hablan de las pupusas de El Salvador, que en ninguna otra parte del mundo se comen tan sabrosas, y del sancocho panameño y de las baleadas hondureñas y del gallo pinto de Nicaragua. Hablan de esa casa que tal vez no volverán a ver y de los familiares que esperan dentro; hermanitos chicos que necesitan ropa nueva y madres que rezan por nuestro retorno y padres que beben una caguama interminable de cerveza. Todas esas imágenes están clavadas en la fecha de su partida, como los mapas están clavados en un determinado tiempo, en un determinado rincón del mundo.

Juan no añade ni pregunta nada. Tiene los ojos convenientemente cerrados y desde la oscuridad de sus párpados se limita a escuchar en silencio esa vida unánime, incomprensible como todas las vidas. Poco a poco los migrantes se van quedando callados o dormidos, mecidos por el compás del viaje. Juan abre los ojos y mira de nuevo sus rostros, o al menos lo que la noche deja ver de sus rostros. Son hombres y mujeres que han rejuvenecido veinte años, y a la luz de las farolas sus recuerdos parecen cosas sólidas, reales, contra las que podrían recostarse para dormir.

Al fin llega el amanecer, o son ellos los que llegan a una región donde siempre es por la mañana, el sol eternamente suspendido en el límite del horizonte. Para entonces hace mucho que las voces de los migrantes han cesado. Los primeros rayos encienden destellos brillosos en los hierros del tren y vienen a deslumbrar el sueño precario de los hombres, que se mecen acunados por la Bestia. De pronto resulta imposible imaginar a todos esos peregrinos confesando a la noche sus temores, sus historias. De nuevo el silencio; de nuevo sus gestos endurecidos por la fatiga y la sospecha. Juan intenta corresponder las voces que ha escuchado con los cuerpos que se zarandean a su lado, sin lograrlo. Tiene todavía la cabeza llena de las historias que han venido resonando en la duermevela del tren y que ahora, recobradas de la oscuridad, ya no se sabe si fueron sueño o qué son. Pero luego recuerda que esas mismas historias estaban hechas de una carne extraña, de muchas palabras misteriosas y ajenas, y se le ocurre pensar que un hombre no puede

soñar con las cosas que todavía desconoce. La palabra televisor, la palabra pollero, la palabra narco, barajándose incesantemente en su cabeza, como naipes con cifras y dibujos indescifrables.

Poco después llegan a la ciudad. Entrevista en la distancia, la estación parece una catedral desarbolada, sin techos ni dioses. La máquina empieza a frenar mucho antes, en un carril que se aboca a una especie de cementerio de trenes. Antes de que la locomotora se detenga por completo los migrantes ya están tomando sus mochilas y descendiendo por las escaleras y saltando a las orillas de la vía, como marinos que no pueden esperar a que su barco atraque. A lo lejos, dos hombres de uniforme fuman un cigarro lento y perezoso. Miran la multitud que se desparrama por los carriles muertos como quien contempla un paisaje que se repite, un horizonte que no cesa nunca. Sus cigarros tardan en consumirse lo mismo que tarda la muchedumbre en disolverse.

Juan salta con ellos, sin saber adónde se dirige. Porque todos parecen dirigirse hacia alguna parte, en direcciones precisas y opuestas. Saltan vallas metálicas, atraviesan vías, abordan vagones abandonados. Juan merodea por las cunetas de balasto, sin saber qué rumbo tomar. Para cuando quiere darse cuenta, las vías están casi completamente vacías. Hasta el cojo se ha marchado, volando sobre sus muletas de palo. A su lado no queda nadie o casi nadie. Una mujer que tiene cruzado sobre el pecho el bulto de un niño que llora. Dos muchachos que se dan la mano de una forma complicada y extraña, las palmas que chocan y los puños que hacen no sé qué y las manos que vuelan hacia arriba, y luego se separan. Cinco mujeres jóvenes, casi niñas, que siguen en fila india a un muchacho tiznado de tatuajes. Cinco mujeres que no pierden de vista la espalda de su guía; que aceleran cuando él acelera y se detienen cuando él se detiene. Y tal vez eso, piensa Juan, clarividente, es un pollero: alguien que ampara bajo su ala a un puñado de criaturas aún tiernas, que las empolla hasta que están listas para echar a volar.

Pero volar adónde. Adónde van esa clase de pájaros y adónde irá él mismo. Sale a la calle, por hacer alguna cosa. Se siente borracho de incertidumbre y de sueño, deslumbrado por los primeros rayos de sol que despuntan tras un horizonte de azoteas y paredes de ladrillo. Sobre los tejados crecen confusamente algunas pértigas de metal torturadas y retorcidas, como si alguien hubiera sembrado los edificios con cactus de hierro. Lo que ve a su alrededor es, tiene que ser, una ciudad, pero a él solo le parece un traspatio inmenso, un revoltijo de cemento y chatarra, el reverso oxidado de alguna clase de sueño. La ciudad tan parecida a una fábrica ruinosa o a un

crematorio, una fábrica que nada produce y para nada sirve; solo para supurar hollín y aceite y un aire quemado que no puede respirarse, aunque se respire. Ve baldíos devueltos al polvo del desierto y verjas que parecen como de gallinero y paredes hechas de bloques grises y postes de madera o de metal erguidos como patíbulos, con sus cables y cuerdas cuarteando el cielo. Ve algunos edificios de altura inverosímil, como si el mundo, por no poder seguir creciendo hacia el norte, se hubiera visto forzado a crecer hacia el cielo. Ve pasar a su lado automóviles que huyen en todas las direcciones, automóviles que huyen, tal vez, de la propia ciudad, tan veloces que parecen hechos solo de aire y de ruido. Porque no hay personas, al menos él no ve ninguna: solo automóviles que llegan y automóviles que se van y automóviles parados en el costado de la carretera, esperando, también, para salir despavoridos. Juan también querría, quizás, huir hacia alguna parte, pero adónde. Apenas logra cruzar la calle; apenas logra discernir la lógica de esos habitantes de hierro que tan pronto se detienen como aceleran, que le reclaman con sus cláxones y lo sortean e increpan. Toda su cabeza llena de ruidos, asediada por el retumbar con que habla la voz de las máquinas, por ese clamor en el que no queda un solo vestigio humano. Desde las paredes de los edificios le llegan también toda clase de avisos y enseñanzas que a su modo también gritan y atraviesan su cabeza sin sembrar ninguna idea. Lee: Abarrotes Conchita. Lee: Pemex. Lee: Prueba la nueva Fanta. Lee, en un disco rojo, la palabra ALTO en letras enormes, letras que parecen gritar por encima del ronquido de los motores, y Juan, obediente, se detiene. Un automóvil se detiene con él para dejar que asome, por un instante, la cabeza de un hombre. El primer gesto humano.

—¡Chinga tu madre! —grita el hombre, o grita, tal vez, el mismo coche, antes de alejarse a toda prisa.

Sucede precisamente en ese instante. En el mismo momento en que se aparta a toda prisa de la carretera, renunciando a la idea de llegar al otro lado —Coca-Cola: Siente el sabor, grita la pared vecina—. Es, al principio, solo una sensación: la certeza de ser mirado. Se vuelve para encontrar los ojos del hombre que, en efecto, lo está mirando. Debajo de la visera de su gorra, la mirada del hombre tiene algo así como filo y algo así como el tacto del acero. Y sin embargo, ese hombre de hierro le sonríe; una sonrisa tan amplia y tan rígida que parece debatirse entre la bondad y la fiereza.

—A huevo, cabrón. Creí que no llegabas —dice simplemente.

Juan tarda en contestar. En esa pausa tiene tiempo de mirar a los ojos a ese hombre que lo conoce o dice que lo conoce. Sus rasgos extraños y al

mismo tiempo familiares, como quien regresa a la casa de la infancia. Una casa que no recuerda.

—¿Quién eres?

—El güey al que buscas desde luego que no —dice, y su sonrisa se intensifica, o tal vez se hace más profunda.

—¿Y a quién busco?

—Buscas al Padrote, cabrón. ¿Para qué me preguntas lo que ya sabes?

—¿Quieres decir a Juan?

—Puta, ¿pues a qué otro Padrote conoces?

Juan mira los ojos del hombre. Su sonrisa, tallada en el rostro a cuchillo. Su gorra, con la visera puesta del revés, como si le hubiera llovido del cielo. Sus ropas extrañas y descoordinadas, que le confieren un cierto aire ajuglarado y festivo. Pero ve también otras cosas. Ve las muchas muertes del Padre, sus muchos rostros, sus infinitas señales y huellas, sembradas en el camino como mudas de serpiente. Ve el calabozo del Padrecito. Ve la fábrica en llamas del Patrón. La tumba del Compadre. Se ve a sí mismo, pequeño y casi ridículo, una de tantas polillas que orbitan en torno al fuego del Padre, quién sabe si para apagarlo o para sacrificarse en sus llamas. Y por último ve solo esto: al hombre que lo mira y espera una respuesta.

—Sí —reconoce al fin—. Supongo que estoy buscando al Padrote.

—Ya sabía —dice él, ensanchando la sonrisa—. Te hubiera reconocido en cualquier parte. Sacaste sus mismos gestos. Como dos gotas de agua, güey. Igualitos. A poco son hermanos o qué pedo.

—Algo así.

Aprueba con la cabeza, complacido.

—¿Pues sabes qué me dijo, el cabrón de tu hermano? Nada. O casi nada. Solo que alguien estaba por venir y que si ese alguien venía era para encontrarlo. Que tuviera los ojos bien abiertos. Pero seguro ya te contó.

—No me dijo nada.

—¡Ah, pinche Padrote! Ya lo conoces. Siempre las palabras justas. Pero él sabía que yo iba a encontrarte y pues para qué decir más. Aunque te tardaste mucho, cabrón. Un chingo de tiempo. Creí que ya no llegabas. Vámonos, pues.

El hombre arranca a andar por la vereda. Juan lo sigue, un poco rezagado, sin saber si le corresponde estar a su espalda o si debe emparejar el paso. Luego, de pronto, ve al hombre detenerse de nuevo. Se da una palmada muy fuerte en la frente, tan fuerte que podría haberse hecho daño.

—Puta, me doy cuenta de que no me presenté. Todos me llaman Navaja.

—Navaja —repite Juan, como quien sueña.

—Sí. Navaja. ¿Cómo te llamas tú?

—Juan.

Navaja se vuelve con un brillo de desconfianza en la mirada.

—No mames que te llamas como tu hermano.

—Somos hijos de misma madre y distinto padre.

—Ah, ya veo. Y sin embargo tan parecidos. Tan parejos. Como uña y mugre, ustedes dos.

Reflexiona un momento. Luego rompe a reír sin motivo.

—¡Ah, cabrón! Por más que trato y trato, no consigo hacerme la impresión de cómo pudo ser el padre del Padrote. Qué diablo de hombre, el Padrote. Pura dinamita. Se diría que es de esos güeyes que nunca tuvieron padre. Como que él mismo fue desde la cuna su propio padre, ¿me explico?

Han llegado hasta un automóvil negro, estacionado junto a la entrada de la estación. Un automóvil muy grande, más grande que ninguno que Juan haya visto hasta ahora. Abre la puerta delantera y señala el asiento vacío con un gesto que tiene algo de cortés y de imperioso al mismo tiempo. Juan duda un momento.

—¿Vas a llevarme con el Padrote?

Navaja toma a Juan por los hombros con familiaridad. Todavía le dura el contento de la sonrisa.

—Ay, cabrón. Tantas cosas que contarte.

Se llamaba Diego. Siempre habla de sí mismo así, en pasado. Al menos de cierta parte de sí mismo. Del hombre que fue antes de llegar aquí; antes de conocer al Padrote. Él ya no es más esa persona. Hasta el nombre le cambió, el Padrote. Porque por aquel entonces a él lo llamaban Diego, o Die, o incluso Dieguito, y el Padrote decidió que ese nombre no tenía punch. No se equivocaba, claro, porque en este negocio el *marketing* es cosa necesaria. No solo hay que poder: hay que demostrar que se puede. Aunque no se pueda o no se pueda del todo. ¿Tú le tendrías respeto a un Dieguito, güey?, pregunta Navaja, apartando por un instante la vista de la carretera. ¿Te meterías en negocios pesados con un Dieguito? Claro que no. Y fue el Padrote quien le eligió eso de Navaja, aunque él nunca ha tenido una, sino una pistola del 38. De las del tamborcito. ¿Quién, en estos tiempos, tira de navaja? ¿Quién tiene confianza de llegar hasta tan cerca de alguien que no quiere que te acerques? Pero eso no importa. Navaja es un buen nombre. Un apodo que le da filo a uno, algo así como empaque, ¿no le parece? Pero él puede llamarlo como quiera. Llámame Navaja, dice Navaja. O, si prefieres, pues me llamas nomás

Diego, dice Diego. Diego o Navaja: entre amigos el asunto del nombre no tiene peso. El caso es que al Padrote le debe tanto, tantas cosas. No solo el nombre, claro: le debe, como quien dice, todo. Cuando lo conoció, sus asuntos andaban entre torcidos y torcidísimos. Si yo te contara de donde vengo, dice. Es más: va a contárselo. Viene de la misma mierda. De un lugar tan sucio que la propia mierda evitaría tocarlo si pudiera. De ahí mismo viene. Y él, por aquel entonces, malvivía con esto o aquello. La cabeza bien gacha y el lomo presto para recibir los palos. Digamos que se conformaba con las cartas que le habían tocado y que llegó a creer, además, que la vida consistía en esas cartas y nada más. Que no se repartía más que una única mano. Que cada uno tiene sus naipes y uno los juega o los juega, ¿entiende? Pero no es así, claro. El Padrote vino para enseñarle que esto no es así. Que el mundo está lleno de posibilidades y que el número de rondas de este juego es infinito. ¿Sabe lo que hizo, el día que se conocieran? Le mostró un dólar. Así de simple: un único billete de dólar, maltratado y viejo como si se lo hubiera chingado la lavadora. No dejó que lo tocara. Solo se lo paseó por delante del hocico, primero vuelto por el lado del presidente y luego vuelto por el lado del águila y la pirámide. Y en esa parte ponía, como suele en los dólares, aquello de *In God We Trust*. ¿Sí sabe inglés o no sabe? Eso quiere decir: en Dios creemos. Y él se quedó como arrebatado mirando esas letritas, porque por aquel entonces no sabía si creía en Dios o no creía. Tampoco ahora lo tiene muy claro. ¿Acaso cree el Padrote? No está seguro. En algo cree sin duda. Al menos tiene la fuerza de quien cree firmemente en algo: en sí mismo tal vez. Si no cree en el Dios de los dólares, a lo mínimo cree en los propios dólares. *In Gold We Trust*. El caso es que el Padrote le mostró ese dólar. ¿Sabes qué es esto?, le preguntó, con el billete tan cerca que podía oler el olor del dinero. Es un dólar, dice Navaja que contestó Navaja. Él negó con la cabeza. Es un pasaporte, dijo. Es un comienzo. Es mi chingado bautismo. El primer dólar que ganó allá, al otro lado del muro. Lo conservaba porque le recordaba algo. ¿Qué le recordaba? Le recordaba sus meros comienzos, que fueron muy duros, claro, pero también a su modo felices. Así había sido al comienzo: un país extranjero y él para conquistarlo. Él a solas con su dólar y nadie más para ayudarlo. Y con ese primer dólar pues se ganó otro, y tras ese, otro, y ahora Dios sabe el dinero que tiene, el cabrón. Al principio solo tenía esto, dice Navaja que dijo el Padrote, manoseando por última vez el billete; ahora tengo el mundo. Durante un día y una noche completa, el Padrote habló y habló. Mientras lo escuchaba, olvidó que algo llamado sueño existía. Ojalá pudiera recordar sus palabras: recordarlas con la exactitud con que se mira

una fotografía. Lo que sí recuerda es que primero le preguntó si le gustaba ser un lavacarros; limpiar la mierda que otros llevaban en sus autos. Porque él en ese tiempo, no le da vergüenza reconocerlo, trabajaba precisamente así, limpiando carros. Pero eso al Padrote no le gustaba. Limpiar carros, dijo, es de perdedores. Le dijo también que tenía que descubrir cuáles eran sus metas y más tarde preguntarse cuáles eran los obstáculos que lo separaban de esas metas. Él dudó. Al fin contestó que la respuesta a ambas preguntas eran la misma, el dinero, la pinche lana. Eso dijo, y el Padrote aprobó con satisfacción. Eso es, asintió. La meta era el dinero y el obstáculo para conseguir su meta era el dinero también. Ahora por fin comenzaba a hablar como un hombre que respetaba las tres ces: Consciencia, Convicción y Coraje. Hasta ahí quien había estado hablando no era yo, dice Navaja que dijo el Padrote; quien hablaba era mi autocompasión. Si yo estaba en el fracaso —porque el fracaso es eso, un lugar en el que se está, pero en el que siempre se puede dejar de estar— era precisamente por eso. ¿Entiendes, güey? Si estaba en el fracaso era porque creía que lo estaba. ¡Él ya era un perdedor dentro de su cabeza! Somos lo que creemos; lo que hacemos creer a los otros. Eso le dijo, con palabras más exactas y más bonitas, pero eso al fin y al cabo. Ah, qué memorables, las palabras del pinche Padrote. Se las sabía todas, las simples y las torcidas, las que nomás pronuncian los políticos y los médicos. Y le gustaba repetirlas en grupos de tres, palabras que siempre empezaban por la misma letrita. Algunas las ha olvidado. El fracaso, eso sí que lo recuerda, era problema de las tres des: Distracción, Descentramiento, Descontrol. El camino del éxito también tenía, cosa curiosa, tres des: Definir, Diseñar, Dar resultado. Pero también uno podía seguir, si lo prefería, las tres ces: Cabeza, Corazón, Constancia. ¿Acaso hacía él algo de eso? ¿Acaso hacía algo más que meter la esponja en el cubo y frotar, frotar los parabrisas hasta sacarles toda la mierda? ¿Era él algo más que la mierda que limpiaba? Porque siempre habría chamacos para lavar los carros y siempre habría choferes para esos carros: él simplemente tenía que decidir si quería ser el dueño del carro o el güey que lo limpiaba. Tan fácil como eso. ¿Quería saber lo único que lo separaba del éxito, de convertirse en el dueño del pinche carro? El Padrote se lo preguntó, y él movió la cabeza afirmativamente muchas veces. Estaba como hechizado. Lo único que te separa del éxito, dijo el Padrote, eres tú mismo. Ah, chinga. ¿Qué hace uno en ese caso? ¿Qué se hace cuando el problema de uno mismo es uno mismo? Pero según el Padrote no había pedo. Todo estaba ahí, en su cabeza, y nomás había que sacarlo. Era cuestión de poner sobre la mesa las tres aes, es decir, Actitud, Aprendizaje, Actuación. Y

también, claro, las tres ces: Constancia, Concentración, Confianza. ¿Tenía él Constancia, Concentración, Confianza? El Padrote hablaba así, con muchas siglas, y hacía muchas preguntas que, pues bueno, ya se sabía lo que había que contestar. Pero digamos que en el hecho mismo de contestarlas ya se daba un primer paso: como quien dice uno arrancaba a andar solo con abrir la boca para responder. Él, al menos, lo hizo. Contestó las preguntas y fue comenzar a contestarlas y dejar el lavacarros y meterse en el negocio de las viejas, echándole una mano al Padrote con sus asuntos. Porque él por aquel entonces todavía se la pasaba con el trajín de las muchachitas, trayéndolas y llevándolas de México a los Estados Unidos. De ahí, claro, le viene el nombre de Padrote. ¿Sí sabes lo que es un padrote, güey? A huevo que sabes. En España creo que le dicen chulo. Y es una palabra gacha, la neta, una palabra bien sucia, medio pesada, pero al Padrote como que le valía madres. A otro igual le hubiera dolido el apodo. Como que le hubiera dado coraje o vergüenza. Pero el Padrote medio que hinchaba el pechito cuando se lo decían: Padrote. Y así estuvimos algún tiempo, dice Navaja, a michas con las ganancias, porque el negocio iba crece y crece y el Padrote necesitaba una mano derecha. Él fue durante algún tiempo esa mano derecha. Aprendió todo lo que hay que saber del negocio, que no es en realidad mucho pero que vale su peso en oro. Todo consiste en buscar mercancías que tengan las tres emes —Mujeres, Menores, Migrantes— y las tres bes —Buenas, Bonitas, Baratas —. Y todo para satisfacer a las tres ces que explican el éxito de cualquier bisnes: Cliente, Cliente, Cliente. Desde luego era un bromista, su hermano. Esa burla por ejemplo la repetía todo el tiempo: no se me olvide de las tres ces, joven: Cliente, Cliente y Cliente. O bien: aplícate las tres tes, escuincle: Trabajo, Trabajo, Trabajo. Bueno. El caso es que en un abrir y cerrar de ojos pasó de lavar los carros a manejarlos, y luego a mandar que otro se los manejara. ¿Qué le parece? Todo es cuestión de voluntad, de aprovechar las oportunidades, y él las agarró digamos por los cuernos. La oportunidad es un tren que pasa una vez y o te subes o se te suben. Así es como son las cosas. Acá chingas o te chingan. Como yo siempre digo, dice Diego, y lo digo porque el Padrote lo decía primero, el hombre está condenado a ser libre. Así es el Padrote. Salió medio filósofo el cabrón. Condenado a ser libre, decía, y que no le echen culpa a la raza o al barrio de mierda donde crecieron. Porque todos nos las hemos visto cabronas para llegar hasta acá. El mismo Padrote había nacido en un lugar de mierda, se lo dijo una vez tal y como suena; aunque quién sino Juan puede confirmarlo. Le contó que se había criado en un rincón caído de la memoria de Dios, bien al sur, adonde no llegaba ni la

luz ni el agua potable. En un lugar que estaba como estancado en otro tiempo. ¿Es tan así, eso? ¿Ni agua, ni luz siquiera? ¿Tan desde abajo creció el pinche Padrote? Uno de él se espera cualquier cosa. Todo parece posible. Cuesta creer incluso que tuviera infancia. En fin: es un hecho que en la mierda pues nacemos todos, dice Navaja. Pero hay quien se la rifa y quien se conforma. El Padrote, claro, no es de los que se conforman. Un hombre que se conforma no es un hombre sino un pinche árbol. O una piedra. ¿Cómo era aquello que decía el Padrote, sobre conformarse? Lo de las tres ces. Carajo, no es capaz de recordarlo. No importa. La cuestión está clara: no conformarse nunca. Crecer siempre. Trabajar un chingo, porque eso, el trabajo, el esfuerzo, la voluntad, es lo que distingue a los hombres de los árboles y de las piedras. Lo que los distingue de los animales de tiro, que si les dices que corran, corren, y si quieres que se paren, se paran. Luego llegan los comunistas y te explican que hay que partir con ellos los dólares. Lo que uno se ha ganado con el sudor de la frente, partirlo a michas con los vagos y los pordioseros. ¡Ah! ¿Por qué no piden repartir el esfuerzo? De eso, del esfuerzo, ¿quién se ocupa? ¿Es que nadie viene a pedir su ración? Un día —en realidad una noche; una noche de mucha mota y mucho tequila— el Padrote le dijo que también él fue comunista un tiempo. Eso le explicó: que fue muchas cosas antes de ser lo que es ahora, y que todas esas cosas le decepcionaron en uno u otro grado, pero que eso, el comunismo, le decepcionó más que ninguna otra. ¡La revolución! Si pusieran el mismo empeño en el trabajo que en su guerrita de clases, los revolucionarios, otro gallo cantaría, ¿no? Hoy cada andrajoso de México, puede que cada andrajoso del mundo, lo culpa a uno por ganar buena lana. Por sacar la cabeza a flote, como si nomás tuviéramos que ahogarnos, como ellos. Por llegar hasta donde los méritos y la voluntad lo lleven a uno: eso, ya ve, les parece mal. Y ellos no quieren tus disculpas, ni tienen tampoco ningún interés en aprender de ti. ¡Lo único que quieren es tu dinero! Eso le decía el Padrote, y tenía más razón que un santo, el cabrón. Tú esas cosas seguro que las entiendes, compa, se te nota lo perspicaz ya en la pura mirada, güey, pero acá pues como que a la gente no le entra en la cabeza. Como que nadie quiere hacerse cargo, nadie es responsable. Culpan a la suerte. Culpan a la pobreza de sus papás o a lo cochambroso de su barrio. Culpan al gobierno. ¡Ah, el gobierno! Bueno está el gobierno para ser el responsable de algo. Ya quisieran tener tanto poder, esos güeyes. No: acá que cada uno cargue con su cachito de culpa. Y cuidado con confiar en alguien. Porque el mundo es un lugar terrible, una réplica del infierno: eso también lo aprendió del Padrote. Los leones matan para comer, pero los hombres matan por diversión. La gente

intenta siempre aniquilarte, sobre todo si estás en la cima. Todos tenemos amigos que quieren todo lo que tenemos, dice Diego. Quieren nuestro dinero, negocio, casa, carro, esposa y perro. Y estos son nuestros amigos, ¡nuestros enemigos son peores! Comprender esto no es cosa de ser ni de derecha ni de izquierda: es pues de puritito sentido común. De tener ojos en la cara nomás. La cuestión es que este es el mundo en que vivimos: el puro infierno. Y esta ciudad más que ninguna otra. Puede que así sean todas las fronteras, reflexiona; un lugar donde viene a aparearse lo peor de ambos mundos. Y él ha visto lo peor de esos mundos. Se le ocurre pensar por ejemplo en el asunto de las muchachitas. Porque tal vez Juan haya oído hablar algo de eso. Mujeres muertas por cientos, por millares, como si una epidemia de las de antaño se las tragara. Una plaga que solo toca a las hembritas, las más de ellas pobres, porque una hembrita pobre es como si fuera hembra dos veces, ¿no le parece? Ah, esas pobres muchachitas. Él piensa tanto en ellas. Porque puede que él viva del negocio de las mujeres, de acuerdo, y puede también que a veces se le haya ido un poco la mano con ellas, que las haya madreado un poco, para ablandarlas, pero todo el mundo sabe que con ellas se porta decente. No les pide lo que no pueden dar y algunas han hecho gracias a él sus buenos dineros: a fuerza de baile y de cama se han traído a sus hijitos de Centroamérica, o incluso han abierto sus pequeños negocios, cuando ya están veteranas. Pero lo de las muchachas asesinadas en el desierto es de veras incomprensible. Imperdonable. Se las cogen y las arrojan por ahí, como si fueran basura. Como cascarillas de langosta, que se tiran una vez disfrutadas. Como la envoltura grasosa de un taco, cuando ya no hay más taco. Igualito: como cascaritas, como envolturas, como basura. Como si las mujeres no fueran madres, hijas, y hermanas. Y a veces, claro, también putas. De todo tiene que haber, ¿no? El caso es que esos güeyes las madrean bien duro. Las encajuelan, las violan por todos los agujeros que les encuentran, les arrancan los pezones a dentelladas. A veces no tienen ni siquiera el mínimo respeto de enterrarlas. Las dejan ahí mismo, sobre el polvo, para que se las chingue el desierto. Y es de veras una cosa incomprensible, porque hasta donde sabe los narcos siempre han hablado bien a las claras. Si te torturan antes de matarte, quiere decir que necesitaban sacarte determinada información. Si te dan un tiro en la nuca, así sin más ni más, es que desean impartir una lección: una lección para el que muere y otra para los que quedan vivos, se entiende. Si después de matarte te envuelven en una manta, pues quiere decir que de vivo se te tenía una cierta estima, quizás porque eras narco como ellos, y rival y todo te respetaban. Si te saltan los ojos de las cuencas, quiere decir que

traicionaste al cártel, por ejemplo como soplón de la policía. Pero ¿qué significa una muchachita muerta y violada y abandonada en mitad del desierto? ¿Cuenta alguna historia, ese pezón que les arrancaron de un mordisco y ya no está? Esta es la cuestión, dice Diego: que no hay mensaje. Al menos no uno que podamos entender. ¿Ves esa colinita al fondo, con el pinche anuncio de que leamos la Biblia? Pues por ahí mero se las chingan, quién sabe por qué. Acaso los propios asesinos no lo saben. Porque los mexicanos no solo somos enigmáticos para los otros; también lo somos para nosotros mismos. Nuestra realidad, la realidad mexicana, se entiende, solo aflora en la fiesta, el alcohol y la muerte. Tal vez por eso no hay nada más alegre que una fiesta mexicana, ni tampoco nada más triste. Eso son las muchachitas asesinadas: el final de una fiesta y también el comienzo de un duelo. En fin: el caso es que alguien se las madruga, nadie sabe por qué. Él, claro, tiene sus teorías. ¿Qué teorías? Oh, puede que no gran cosa, él no es un hombre leído como el Padrote. Las opiniones son como los culos: todo el mundo tiene uno. Y mi opinión, dice Diego Navaja, es decir, el culo sobre el que me siento para opinar, es decir, el trono de carne desde el que uno ve el mundo, es esta: todo es culpa de los aztecas. ¿Tú los ubicas a los aztecas, güey? Qué pendejada, pues obvio que los ubicas: un gachupín a huevo sabe estas cosas. Al fin y al cabo fueron sus antepasados los que dieron buena cuenta de ellos. Los que quemaron sus ciudades y derribaron sus templos y los descuartizaron con sus perros de caza. Limpiaron el país de aztecas: al menos hasta donde pudieron. Qué bárbaro con los españoles de entonces. Ahora lo llaman genocidio, ¿no? Y pues bueno: que lo llamen como quieran. Aunque todo sea dicho que él no termina de convencerse. A lo mejor el problema es precisamente el contrario: que sus antepasados, por pura huevonería, no se tomaron la limpieza lo bastante en serio. Porque es un hecho probado que, de un modo u otro, los aztecas sobrevivieron. Aun con los perros y los conquistadores y las epidemias y las plantaciones de esclavos, los aztecas siguen aquí. Y esos güeyes comían carne humana. Mientras en Europa se discutía si era en verdad el sol el que giraba alrededor de la tierra, ellos discutían qué partes de la carne humana estaban más sabrosas. Cómo había que cocinar un torso humano para hacer un buen pozole —porque el pozole, tiene que saberlo, se preparaba por entonces con carne de hombres, que otros hombres comían—. Ya no es que se les ocurriera pensar que el sol podía no girar: es que según su modo de ver, eran ellos mismos los que lo hacían girar con sus sacrificios. A eso ahora lo llaman cultura. ¡Ah! Todo es cultura, hoy. Lo que hacían los aztecas se ve que también. Así que el problema tal vez sea

precisamente este: que los españoles no acabaron lo que empezaron. Porque estos güeyes de hoy, los narcos, algunos narcos al menos, todavía llevan dentro lo indio. Se les pudre lo azteca dentro de la carne, cabrón. Se les para la verga pensando en esas cosas de magia oscura que hacían los aztecas. Y las mujeres son sus sacrificadas. Y el desierto su pirámide. Y ellos, los pinches narcos, sus sacerdotes. Un amigo le contó una vez que otro le había dicho que ciertos sicarios pagaban no sé cuántos dólares por sacrificar a una virgencita. Para pedir por sus negocios. ¿Puede creerlo? Le piden a la Santa Muerte para sus cosas de ellos y les sacrifican puras virgencitas. ¡Ah! ¿Eso es también cultura? ¿Lo que le hacen a esas pobres muchachas? A mí se me hace que la cosa es para eso, dice Navaja: para su rutina de sacrificios. Porque se es mujer se quiera o no; pero ser hombre, ser un verdadero machito, eso hay que ganárselo. Y así es como ellos se lo ganan. Tal vez las mujeres no son para ellos más que eso: el desecho, la basura que queda después de un trabajo. Esta pinche ciudad se va a la verga. Esta pinche ciudad es, de hecho, el infierno. Tal vez Juan no puede notarlo, al menos no en un primer vistazo, al menos no desde detrás del parabrisas del carro, pero el asunto es que lo es. El puro infierno. Y a lo mejor es que para que exista el paraíso, pues tiene que existir el infierno, bien arrimadito. A lo mejor es tan fácil como eso: si uno quiere llegar al paraíso de los Estados Unidos, primero tiene que dorarse un tiempito en las llamas de acá. Descender a lo más hondo para luego subir a lo más alto. Porque esto de las viejas es nada más que la puntita del iceberg, ¿me explico? Por cada gramito de hielo que emerge por encima del agua hay un chingo de hielo que está por debajo. Las mujeres muertas que aparecen son apenas el piquito de arriba. Por lo bajo del agua están las mujeres que también mueren pero que no han aparecido y ya nunca van a aparecer, porque el desierto es muy grande y la curiosidad humana muy pequeña. Y todavía más abajo, cosas peores. Y si este piquito de las mujeres muertas ya es una cosa bien pesada, algo que le estremece a uno, ojo con imaginar lo que queda en lo profundo. Porque una cosa es despacharse a una muchachita que le pone el cuerno a uno, madrearla para que aprenda o aprenda. Otra cosa es que uno se caliente y se le vaya la mano o la bala. O darles el aventón acá, para que trabajen con lo mejor que tienen, que es su cuerpo. Pero otra muy distinta es lo que pasa con esas pobres morritas: eso de veras que no se comprende. En fin. El caso es que nunca llegó a comentar sus teorías con el Padrote. Al Padrote no le gustaba hablar de cosas feas. Decía que mejor pensaran en positivo. Que había que pensar en grande, y no en esos cadáveres chiquitos. Ahora se le ocurre que a lo mejor el Padrote se acabó marchando por eso. Cruzó la

frontera y ya no volvió porque se dio cuenta de que el infierno vale para un rato y ya. Quién sabe. Sea como sea, un día se lo dijo: que estaba por irse y él por heredarlo todo. Este bisnes sin huelgas ni sindicatos, trabajando con puras mujeres: es decir, todo puras ventajas. Y sin embargo, cuando el Padrote le dijo que se marchaba, lo primero que sintió no fue gratitud, sino mucho miedo. Y mira que el Padrote le había prevenido tantas veces contra el miedo: le decía que el miedo era el pretexto de los débiles para no crecer. Que la gente le tenía miedo al cambio, cuando uno debería tenerle miedo a lo que se mantiene: solo lo que está dispuesto a cambiar puede seguir viviendo. Que el mejor trabajo siempre estaba por delante de uno, a un pasito de llegar, y nunca detrás. El caso es que un día el Padrote se marchó. Fue entonces que le habló de su hermano, es decir, de él. La primera y última vez, todo sea dicho. Le dijo lo que Juan ya ha escuchado y nada más que eso: que hacía mucho que andaba por buscarlo y pues que ya pronto iba a encontrarlo. Eso le dijo. Él debía ayudarlo a cruzar la frontera, porque tras esa rayita lo esperaba el encuentro. Eso y nada más. Y pues para eso está ahí él: para ayudarlo con el cruce, que cada año está más difícil. Lo harán cuanto antes. Mañana mismo, si es preciso. Esta noche le da techo en el boliche de las viejitas y ya pues mañana se ve qué onda con el cruce. De ahí en adelante no sabe. Ya será cosa de ellos dos. Solo puede decirle que el Padrote tiene allá en El Paso, y todavía más allá, en el puro corazón de los Estados Unidos, muchos negocios. Cosas de hoteles y de inversiones de valores, le parece recordar. Es cosa extraña, lo de los valores: él nunca lo ha entendido por completo. Cómo es eso de hacer dinero con la pura imaginación. No entiende, pero respeta. Puede que en la escuela no fuera el más listo del salón, ni el primero que entendía lo que fuera que dijera el maestro, pero sabe algo que otros no saben: sabe aprender. Sabe reinventarse. Sabe descubrir sus metas y reconocer los obstáculos que se oponen a esas metas y vencer el miedo que le impide afrontar esos obstáculos. Sabe un chingo de cosas, pues. Sabe adaptarse. Y todo eso, dice Diego, se lo debe a su hermano. No olvide decírselo cuando lo vea: que hizo de él un hombre nuevo, un hombre con el que estaría orgulloso de reencontrarse.

Juan asiente. Asiente todo el tiempo. Pero ¿realmente entiende? A veces diría que sí y otras veces le parece estar escuchando los desvaríos de un loco. Pasado un tiempo ni siquiera está atento a las palabras. Solo al modo en que Navaja las pronuncia, como si las escupiera o le quemaran en la boca. Mientras habla, sujeta firmemente esa especie de timón que guía el automóvil. A ambos lados de la carretera, Juan ve pasar cantinas y traspatios y barracones de chapa y solares ruinosos, sembrados en la cuneta sin un plan

preciso o con un plan consagrado a la locura. Toda la ciudad tiene algo de caravana que está a punto de reanudar la marcha; de campamento improvisado con las herramientas del desierto, que son el polvo y la incertidumbre y la desidia. Solo los inmensos cartelones de publicidad que se alzan por todas partes parecen reales; solo esas mujeres bellísimas y esas playas paradisíacas y esos reclamos de colores vivos y luminosos parecen conservar algo de humano, y haber sido construidos con algo que recuerda al amor. Al pie de los letreros, como pesadillas engendradas en la sombra de esos mismos sueños, germinan barriadas hechas de placas de zinc y planchas de hojalata. Juan no puede evitar comparar su miseria con la humildad de las casas de madera y adobe que dejó al sur. Se pregunta en qué lugar la vida es más difícil; qué mundo está más cerca de aquel con que el Padre soñaba.

En algún momento el horizonte se interrumpe por un lomerío de cumbres peladas. La ciudad se escurre ladera abajo, como indecisa. Entre las rendijas de edificios y azoteas ve fragmentos de cielo que lentamente van virando hasta adquirir el color de la sangre para repentinamente abismarse en la negrura. Como si la conversación hubiera durado un día entero y ya fuera otra vez de noche. O como si en esta ciudad nunca llegara a amanecer del todo y sus fronteras se debatieran en un inacabable crepúsculo, una noche perpetua sin más límites que el desierto. Es, en cualquier caso, de noche. Poco a poco ve encenderse a su alrededor las luces, fuegos sin llama ni humo que arden tras las ventanas, en la proa de los automóviles, en lo alto de las farolas. La ciudad incendiada por una claridad enferma que torna más ominosas las sombras, y por todas partes la miseria agazapada en lotes baldíos y en chamizos precarios y en suburbios que parecen como borrados por alguna clase de eclipse. El desierto que abraza la ciudad se ha ido apagando poco a poco, hasta no existir o hasta adquirir la negrura del océano, y a la luz de los faros sus límites parecen estrechas playas de polvo. Ve una plaza entregada a la noche, solo iluminada por el fulgor de un cigarro que viene y va, acunado por una mano anónima. Ve una mujer que espera bajo el charco de luz de una farola. Ve un vendedor ambulante cuyo rostro solo es visible cuando lo alcanza el resplandor de una hornilla. Luego no ve nada. El coche deslizándose por la arteria negra de la carretera, hundiéndose en el desierto más y más, y las luces de los faros revelando por un instante paredes de ladrillo, y frente a ellas cuerpos humanos, cuerpos que se mueven o conversan o esperan quietos, rostros ensombrecidos por el recelo, intenciones torcidas. En la oscuridad todos los transeúntes parecen víctimas o verdugos, sus ojos vagamente felinos brillando apenas un momento en la negrura, cabezas que

vienen cavilando crímenes inconfesables. Los callejones convertidos en bocas o sumideros o desagües por los que la noche transita sin bridas y todas las esquinas como encrucijadas donde está a punto de suceder algo o ese algo ya está sucediendo, en rincones que ninguna luz llega a tocar. Y Navaja hablando con la misma tranquilidad, como si su dominio fuera, precisamente, la noche, palabras que brotan de la noche para iluminar por un instante las cosas que pensaba su hermano, las cosas que decía su hermano, las cosas que hacía su hermano. Qué bárbaro, su hermano, dice esa voz con contornos de pesadilla, cuántas cosas sabía, cuántas veces lo oyó contar sus filosofías; contar por ejemplo las vidas de esa gente que tanto gustaba al Padrote, tipos que habían crecido en la mierda y habían llegado hasta donde ningún otro hombre hubiera creído capaz. ¿Tú sabías que a Einstein, el viejo que saca la lengua en las fotos e inventó tantas cosas, lo reprobaron en Matemáticas en la prepa? ¿Y que el güey que creó Apple lo hizo en la cochera de sus padres, y que de escuincle se la pasaba recogiendo botellas de CocaCola vacías, para ganarse cinco centavos por cada una? Ah, qué historias, cabrón. Son bien inspiradoras. El creador de la compañía de la manzanita, que hoy en día está, ya ve, en todas partes, recogiendo plásticos como un pinche pepenador. Y de esa clase de hombres le platicaba su hermano todo el tiempo. Se sabía sus historias y las cosas privadas de cada uno, como quien se aprende la vida y los milagros de los santos. Eso dice Navaja, o eso dice la sombra de Navaja, el perfil en penumbra de Navaja, mientras la luz de los faros barre las cunetas y las explanadas de polvo y las calles ya completamente desiertas y por último un letrero inmenso que arde con luz propia. Bar Calipso, dice el letrero, y junto a él una flecha roja que parpadea y señala el punto exacto en que el automóvil se detiene.

Órale, cabrón, ya llegaste, dice la boca en sombra de Navaja. Estás en tu casa.

XII

Desdenes de mujeres – Comer en la mesa del Padrote
Una mujer en doce partes – Regreso a Tenochtitlan
Un hombre bueno – Coito entre dos ciudades
Cuerpomático – El árbol de los calzones
La muchacha muerta se desnuda y luego se viste

Su casa es un inmenso salón concurrido por meseras atareadas y por hombres bigotones y vigorosos, que beben acodados en la barra botellas de cerveza. No hay luz y al mismo tiempo hay demasiada luz: un resplandor volcánico, furioso, que palpita en la penumbra y enrojece la carne desnuda de las mujeres que bailan. Porque hay mujeres desnudas por todas partes: mujeres que se encabritan en torno a unas barras de hierro que ascienden hasta el techo. Esas barras parecen los barrotes de una cárcel. Y las mujeres parecen amar esos barrotes, se contonean, se restriegan, se enardecen contra ellos, los lamen con una delectación rabiosa, mientras los hombres silban o arrojan billetes o simplemente cabecean al ritmo de la música, transportados por la embriaguez o por el sueño. No hay orquesta y sí hay, sin embargo, música, una ranchera alegre que viene sonando de ninguna parte, rebotando contra las paredes de cemento.

Amigo, qué te pasa, estás llorando
seguro es por desdenes de mujeres
no hay golpe más mortal para los hombres
que el llanto y el desprecio de esos seres…

Huele a sudor, huele a alcohol, huele a tabaco. Entre la bruma de los cigarros Juan apenas acierta a seguir el paso de Navaja, que se interna con determinación entre los parroquianos. A su paso los hombres se llevan respetuosamente la mano a los sombreros o brindan al aire con sus botellas. Algunos miran al propio Juan con cierto gesto de sorpresa: luego devuelven lentamente su atención a las mujeres que bailan, eléctricas y sofocadas por el calor.

Amigo, voy a darte un buen consejo
si quieres disfrutar de sus placeres
consigue una pistola si es que quieres
o cómprate una daga si prefieres
y vuélvete asesino de mujeres

La sala recuerda en algo al sótano manicomial de una cárcel. A una caverna sacudida por el temblor de un fuego ceremonial y danzas tribales. A la bodega de un castillo donde lo que se añejaran no fueran vinos y licores sino seres humanos. Eso es exactamente lo que parece, una bodega humana, harapos de mujeres amortajadas por la atmósfera espesa y el maquillaje y la penumbra; docenas de cuerpos que bailan violentos o idiotizados o sonámbulos, aguardando el instante de ser descorchados y revelados a la luz del sol. Juan mira esa bodega, esa caverna, esa cárcel, y comprende que si hubiera irrumpido en su umbral a caballo —¡Escapad!, habría, seguramente, gritado. ¡Vamos, escapad! ¿Es que no me oís? ¡Escapad!— ni una sola de esas mujeres lo habría seguido. Ninguna habría abandonado su barra. No lo habrían hecho, porque no pueden. O porque no quieren. Porque no saben. Porque comprenden que todo está ya perdido o por el contrario tienen miedo de perder algo que todavía les pertenece.

Mátalas
con una sobredosis de ternura
asfíxialas con besos y dulzuras
contágialas de todas tus locuras

Luego no piensa en nada. Se limita a seguir a Navaja hasta el otro extremo del salón, sin hacerse preguntas. Una puerta trasera. Un vigilante que asiente levemente. Una mujer ajada por algo que no parece solo la edad, acodada detrás de una especie de garita. Una escalera que sube hacia las habitaciones.

—Por aquí —dice Navaja.

A su espalda, el corazón de la música, latiendo cada vez más lejano.

Mátalas
con flores, con canciones, no les falles
que no hay una mujer en este mundo
que pueda resistirse a los detalles…

Una habitación, entre muchas habitaciones iguales. Una cama, un espejo, un aseo angosto. Un florero en el que languidecen unas flores amarillas. Un bodegón sórdido, colgando sobre el cabecero de la cama. Esta noche ese será su cuarto, dice Navaja. Ahora acomódate y descansa, porque mañana partimos temprano y el viaje será duro. Juan asiente maquinalmente.

Luego Navaja se va, o parece que se va. Porque en el mismo momento en que ya está en el pasillo, todavía sujetando la puerta, se acuerda de volverse un instante.

—Ah, cabrón, olvidaba lo más importante. Para después en la noche te tengo un regalo —dice—. El bocado preferido del Padrote.

Y antes de que Juan pueda preguntar a qué se refiere, Navaja cierra la puerta.

Juan tumbado en la cama, con el libro del Padre entre sus manos. No mira los dibujos: solo los versículos de letra apiñada y menuda. Algunos han sido subrayados o tachados o rodeados por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde la mirada del Padre se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos. Pasa las páginas atropelladamente, dejando que sus ojos salten de subrayado en subrayado. Ha seguido los pasos del Padre hasta esta ciudad donde siempre es de noche, hasta esta habitación, hasta esta misma cama, y ahora sigue la estela de su lectura; se deja resbalar dentro del libro sujeto por su mano, mientras se adormece.

Lee: Mas si la acusación es verdadera y no se han encontrado en la joven las pruebas de la virginidad, hagan salir a la joven fuera de la casa de su padre y sea lapidada por toda la ciudad hasta que muera.

Lee: Cuando alguien haga al Señor una promesa ofreciendo una persona, la estimación de su valor será la siguiente: el hombre entre veinte y sesenta años, quinientos gramos de plata, según las pesas del santuario; la mujer, trescientos; el joven entre los cinco y los veinte años, si es muchacho, doscientos gramos, y si es muchacha, cien; entre un mes y cinco años, si es niño, cincuenta gramos, y treinta gramos de plata si es niña; de sesenta años para arriba, el hombre ciento cincuenta gramos y la mujer, cincuenta.

Lee: Y al llegar a su casa, tomó un cuchillo y echó mano de su concubina, y la despedazó por sus huesos en doce partes y las envió por todo el territorio de Israel.

Mujeres muertas. El sueño está lleno de ellas. Sus cuerpos se extienden hasta donde abarca la vista, desgoznados y sucios, como muñecas a las que faltan o sobran piezas. Una pirámide de cadáveres que asciende desde el fango de la tierra hasta el fango del cielo, semejante en todo a una pirámide azteca. Sobre las mujeres, sentado en una silla que recuerda al trono de un dios menor, reina el Padrote. La sonrisa del Padrote. Su mano extendida hacia Juan, en un gesto de invitación o de advertencia.

—Ven —dice.

Y entonces una mano, su mano, llama a la puerta.

Juan abre los ojos a la oscuridad, sin despertar del todo. Permanece todavía un tiempo así, en el filo de su sueño. Está en el tren, piensa al principio. Y luego: me he caído del tren, el tren ha pasado por encima de mis piernas, de mis brazos, de mi cabeza. Se sorprende de estar vivo, si es que esa oscuridad no es la muerte. Estoy soñando, piensa. Estoy en el coche de Navaja. Estoy en el desierto de los chichimecas. Sentado en el lomo de mi caballo. En los brazos de la Viudita. En los brazos de mi esposa. Luego distingue, contorneado débilmente, el cuadrilátero de la ventana, y al otro lado las luces amarillas y rojas de automóviles que pasan a toda prisa por la carretera. Mucho más despacio, los recuerdos van regresando a él, en oleadas imprecisas. Tienta la pared hasta encontrar algo que resulta ser un interruptor y la luz de la lámpara se abate sobre él como el fogonazo de un disparo. Poco a poco va adquiriendo una conciencia pegajosa y pesada de todo cuanto le rodea. La lámpara. El florero donde languidecen las mismas flores marchitas. La cama, su cama, inmune a los sacudones del tren y al trote de su caballo. Al fin recuerda, o decide que recuerda. Todo está en paz. Solo persiste el mismo ruido rítmico, que no es el trepidar de la Bestia, sino una mano que toca su puerta.

Se levanta para abrir esa puerta.

Al otro lado ve a una mujer muy joven. Una niña cuya infancia ha sido borrada afanosamente, con labial muy rojo y toques de maquillaje. Tiene una botella de tequila en una mano y dos vasitos en la otra. Cierta expresión de desamparo. Sus ojos brillan con una luz que le parece familiar y al mismo tiempo remota.

—¿Puedo pasar, papaíto?

Puede. Lo hace lentamente, todavía dubitativa, con su falda demasiado corta, su corpiño del color de la carne y el penduleo de sus aretes baratos. Posa la botella y los vasos en la mesita y luego se vuelve hacia él con algo que no es determinación pero quiere serlo.

—¿No te sientas?

Porque ella ya está sentada en la cama, en el mismo borde de la cama, como si quisiera ocupar el menor espacio posible. Juan permanece todavía de pie, con la mano en el picaporte, mirando las piernas desnudas de la muchacha. Sus manos pequeñas, como hechas para sujetar pinturas escolares. Su cuello blanco. En cierto modo recuerda a las mujeres que vio anunciadas desde el tren, representadas en inmensos carteles a ambos lados de la vía; mujeres hermosísimas pero también un poco descoloridas, maltratadas por la intemperie.

—Me llaman la Güerita —dice la Güerita.

—Yo soy Juan.

—Ya sé. Me dijeron que estarías esperándome.

Tarda todavía unos instantes en cerrar la puerta. Luego se sienta junto a la muchacha. Abre la botella y llena ambos vasos. La muchacha acepta el suyo en silencio; sus manos no llegan a tocarse. Ella ni siquiera lo está mirando. Sus ojos acaban de descubrir el libro sobre la mesita, abierto por el dibujo del Padrote.

—¿Lo conoces?

La Güerita está a punto de contestar algo, pero al final no dice nada. Ha vuelto a clavar los ojos en él, con una intensidad que podría confundirse con el miedo. Los ojos muy abiertos y al mismo tiempo temerosos, como si sondearan el interior de un pozo. Juan tarda unos instantes en comprender la intención de esa mirada.

—¿Tanto me parezco a él?

Ella asiente levemente, sin terminar de llevarse el vaso a los labios.

—Navaja dice que son hermanos.

—Medio hermanos.

Beben al mismo tiempo de sus vasos. Entre ambos se ha extendido un silencio que no solo está hecho de centímetros de colcha, sino de minutos o siglos de distancia.

—Fue él quien te trajo aquí, ¿verdad? —pregunta Juan.

—Sí.

Juan da otro trago, largo y rotundo, para decidirse a preguntar lo que necesita preguntar.

—¿Te obligó?

Ella niega con la cabeza, con tanta energía que casi desborda el vaso. No, no la obligó. El Padrote, es decir, su hermano, es decir, su medio hermano, es un hombre bueno. Si ella está ahí es porque es su voluntad; eso quiere dejarlo claro. Llegó a la putería con sus cinco sentidos, sin que nadie la forzara. Buscaba una oportunidad para ganar algunos pesos y el Padrote se la brindó. ¿Cómo podría ser eso malo?

—Estás aquí porque quieres.

—Sí.

La muchacha da otro trago a su tequila. Es un trago largo, meditado, con la duración necesaria para decidir lo que va a decir a continuación.

—El Padrote es un hombre bueno —repite.

La vida de la muchacha abarca veintiún años —o al menos eso dice la propia muchacha, que por otra parte no aparenta más de dieciocho— y tarda en ser contada lo mismo que en vaciarse tres copas de tequila. A ratos habla de sí misma así, en tercera persona, como si fuera una historia que pudiera comprenderse mejor desde la distancia o desde las alturas. Tal vez por eso no parece exactamente la vida de una persona, sino la crónica de un personaje que nunca existió o el obituario de una muchacha que ya estuviera muerta. Hay, como en todas las historias que Juan ha escuchado, ciertos ingredientes comunes. Al sur, un pueblo de nacimiento en el que se fue pobre o hambriento o desgraciado. Al norte, un sumidero que se traga todo lo que toca, primero su papá, luego su mamá; sus hermanos mayores y más chicos. Un día, la fuerza gravitatoria de ese sumidero la acabó alcanzando también a ella. Por aquel entonces tenía dieciocho años, aunque a Juan le parece que cuando la muchacha dice veintiuno quiere decir dieciocho y cuando dice dieciocho quiere decir quince. Antes de emprender el viaje le dijeron que debía dejar en casa todo lo que pudiera identificarla, así fuera pasaporte, tarjetón de la biblioteca o facturas. Hasta los papelitos de compra. También le dijeron que neutralizara el acento, porque si no había forma de descubrir de dónde venía, entonces no tendrían adónde deportarla. Esos consejos los siguió al pie de la letra, y ahora la nacionalidad ya no hay quien se la acierte. Prueba si no me crees, papaíto, dice. ¿No sabes? A menudo los clientes lo intentan, y casi siempre fracasan. Guatemala, le dicen. Salvador, Honduras. Hasta por argentina ha llegado a pasar. Y ella dice: Nel, nel, nel. A ti, papaíto, voy a decírtelo. Soy nica. Del mismo Managua. Pero solo para ti: para la policía soy mexicana pura. Aunque si lo piensa una con detenimiento, dice mirando el fondo del vaso, ¿qué es una mexicana pura? Qué es la pureza de algo, como no sea la pureza de la heroína o la pureza de los perros de raza pura, que por cierto, a más puros, antes que se te mueren. Bueno. Le dijeron que nada llevara y nada llevó. Nada excepto unos cientos de dólares en los calcetines, una maleta con muda limpia y una estampita de la Virgen de Guadalupe. La estampita boca arriba, para que respirara. Y el viaje tuvo sus contratiempos y sus pequeñas tragedias, no todos los que la acompañaban tuvieron la misma suerte, pero Dios mediante a ella nada le sucedió, la Bestia se portó con ella, la respetó tal vez porque iba rezándole mucho a la Virgen o tal vez —pero a ella le da miedo pensarlo nada más que por puritito azar. El caso es que llegó a la frontera en apenas diez o doce días, sana y salva y con la mayoría de los dólares todavía hechos bolita en su calcetín izquierdo. Pero al final resultó que no tenía suficiente para el pasaje, porque las tarifas de año en año habían

ido cambiando, en los últimos dieciocho meses el precio de los polleros se había encarecido, es la oferta y la demanda, mana, le dijeron, esto es América, esto es el libre mercado. Así que intentó escalar —sin éxito— la barda fronteriza, auxiliada por dos muchachos que tampoco tenían con qué pagar al pollero. Y luego intentaron cruzar el río Bravo a nado —con éxito, en cierto modo, porque no llegó a abordar la otra orilla pero tampoco se ahogó, como sí le sucedió a uno de los muchachos—. Fue en ese momento, calada hasta los huesos y temblando de frío, cuando decidió renunciar al sueño, o a cierta parte del sueño, y se estableció aquí mismo. En esta ciudad que se da el beso fronterizo con El Paso y de ese beso, de esa especie de encuentro o de plática o de coito entre ambas ciudades, no nace nada bueno. Una ciudad que tiene nombre de caballero pero a la que correspondería mejor el nombre de una hembrita asesinada, y hay tantas para elegir. Claro que por aquel entonces ella no sabía nada sobre esta ciudad, nada sobre las mujeres asesinadas y nada, en realidad, sobre casi ninguna otra cosa. Lo peor de la pobreza, dice la muchacha, es que uno no tiene vacíos solo los bolsillos: también la cabeza. Saber ciertas cosas cuesta dinero. Y ella no tenía nada, no sabía nada, solo lo que anunciaban los comerciales, que Coca-Cola es la chispa de la vida y en McDonald's disfrutas de momentos deliciosos por muy poco; que Vicente Fox es el cambio que a ti te conviene y Felipe Calderón quiere contagiarte su pasión por México y tú sabes que Peña Nieto va a cumplir. Porque la publicidad, dice la muchacha, no cuesta nada. Puede que sea la única cosa gratuita en este mundo. En fin. Que ella llegó a esta ciudad cuyo nombre no quiere recordar con muy poco, con los pocos cientos de dólares y con la dirección de una amiga de su cuñada escrita en el reverso de un volante. Que la amiga de su cuñada la acogió como supo o como pudo. Que al día siguiente esa misma mujer le consiguió un puesto de trabajo en una maquila de la ciudad. Porque entre las pocas cosas que ella sabía estaba coser. Allí, en aquella especie de establo o invernadero o catedral gigantesca había puras mujeres, todas encorvadas sobre sus máquinas de coser, ametrallando retales de lona amarilla. Dentro había tanta luz que afuera parecía siempre de noche. Una luz muy blanca, como de gasómetro de la autopista. O de sala de espera de hospital. O de vitrina de cafetería que abre veinticuatro horas al día. La maquila abría, de hecho, veinticuatro horas al día, y dentro podías almorzar y ducharte y hasta ejercitarte en una especie de gimnasio. Cuando ganara lo bastante, se decía la muchacha, cruzaría la frontera. Eso, ganar lo suficiente, costaría todavía algunos meses, porque el sueldo era digamos entre bajo y muy bajo, pero la amiga de su cuñada dijo que ni modo, que no podían

quejarse, y más teniendo en cuenta cómo andaban las cosas. La muchacha, que nada sabía, supo, sin embargo, algo, o intuyó algo, o más bien creyó de un modo ciego e irracional algo, de un modo que ella misma no sabría sostener con razones. Supo que las cosas siempre han estado mal. Y que seguirían estando mal. Y que los pobres seguirían también encontrando razones para no quejarse. Ella era pobre, y respetando su propia teoría, no se quejaba. Además, de qué quejarse, si al fin y al cabo había bonos trimestrales para los empleados y convenios laborales, recitaba la amiga de su cuñada, enardecida; había premios a la asistencia y premios al rendimiento, empleado del mes, empleado de la semana, seguro social, lavado gratis del uniforme de trabajo; te sacaban un seguro de vida mientras vivías y te pagaban el entierro si, Dios no lo quería, pues te morías. Para la muchacha era suficiente, porque la muchacha iba a marcharse. Pero entre que se marchaba y no se marchaba, entre que ametrallaba retales de lona amarilla en aquel establo o catedral o invernadero, mientras compartía colchón en una habitación compartida de su departamento compartido, mientras estas cosas sucedían, dice, fueron sucediendo también otras a las que ella no dio, al principio, importancia. Eran notas de prensa chiquitas, entre la crónica de sucesos y la sección de horóscopos. Eran carteles pegados en las marquesinas y en las farolas, y en ellos rostros y nombres de chavitas muy jóvenes. Chavitas que no tenían la edad. ¿La edad para qué? Qué sabe ella, la muchacha; para andar solas, para andar perdidas; para andar, en suma, todas borrositas en una foto en blanco y negro, como sorprendidas por su propia desaparición. Es cierto que con el tiempo todas o casi todas aparecían, las pobres, desgoznadas y sucias de polvo y de sangre, olvidadas en los baldíos de Lomas de Poleo o en los basurales de Santa Elena o en las faldas de Cerro Bola, debajo de una inscripción gigantesca escrita con lechada de cal que decía LEE LA BIBLIA. Así, en imperativo: Lee la Biblia. Por allá aparecían, y el periódico les dedicaba el mismo espacio chiquito, llamándolas ahora cadáver femenino, y los días siguientes a la nota de prensa alguien, piadoso o pragmático, iba retirando los cartelitos con aquellas fotos que parecían de primera comunión. Otras veces aparecían otros cuerpos que nadie identificaba ni reclamaba, mujeres por las que nadie había colgado carteles, y entonces el aviso en la prensa era más chiquito todavía. Qué terrible, mana, le decía yo a la amiga de mi cuñada, dice la muchacha, aunque tal vez sea justo decir que para entonces ya no era tanto amiga de su cuñada como amiga suya. Amiga de la muchacha. ¿El qué?, preguntaba ella, sin entender todavía. Pos lo de esas pobres niñitas. Y ella, la amiga de la muchacha, hacía un gesto con lo que sea que tuviera en

la mano, por ejemplo un retalito de lona amarilla, hacía ese gesto y decía que era triste, claro, que tristeza pues claro que daba, pero que esas niñitas no eran niñitas; que las más eran, de hecho, perdidas. La muchacha no entendía: pos claro que son perdidas, mana, ¿no viste los carteles? Pero la amiga de su cuñada, la amiga de la muchacha, no se refería a eso. Se refería a que trabajaban en la putería, ¿entiende o no entiende? A que se drogaban o vendían drogas o ambas cosas. A que andaban solas por la noche o en malas compañías o tentando a los hombres en los bares de carretera. A que eran de esas que se pagaban el viaje hasta allá en cuerpomático —y al decir eso, cuerpomático, la amiga de la cuñada de la muchacha se tocaba las chichis—. Ah, dice la muchacha que respondió la muchacha. Solo eso. Y pues se quedó pensando mucho tiempo en las fotografías que había visto en los carteles, que parecían como de primera comunión o a lo máximo de fiesta de quince. Y durante unos días anduvo pensando en eso, en sus primeras comuniones, en dónde y cómo se habrían celebrado sus fiestas de quince, y en lo mucho que habrían sufrido sus papás por la mala vida que habían llevado sus hijas.

Palabra a palabra, sorbo a sorbo, la muchacha ha apurado hasta el último fondito del vaso. Ahora lo rellena de nuevo. Llega el segundo tequila y con él llega lo más pesado de su historia. Porque la maquila donde la muchacha trabajaba podía tener convenios laborales, y premios a la asistencia, y premios al rendimiento, empleado del mes, empleado de la semana, seguro social, lavado gratis del uniforme de trabajo, pero también tenía una política muy rigurosa con la puntualidad. Si llegabas tarde, así fuera un solo minuto, pues ya no entrabas. Dos minutos. Eso fue lo que se retrasó la amiga de su cuñada, que ya era, por aquel entonces, amiga de la muchacha. Así sería, al menos, como la recordaría la muchacha: amiga suya, y no de su cuñada. Así se le ha quedado fosilizada en el recuerdo: en la madrugada de cierto verano de tal año. Pasaban dos minutos de la medianoche: eso puede declararlo con certeza. Dos minutos de retraso y no la dejaron pasar. Eso fue cuanto la muchacha supo y cuanto diría después a la policía, cuando a las ocho de la mañana regresó a casa y ya no la vio más. En realidad no se lo dijo a la policía entonces, primero porque tuvo unas horitas de paciencia, y luego porque la policía mexicana tenía sus procedimientos y sus protocolos. Había que esperar tantas horas, días completos, antes de interponer la denuncia. ¿Cuántas horas, cuántos días? La muchacha no lo recuerda. Lo que sí recuerda es que el comisario que la atendió fue muy caballero, muy cortés, le apartó la silla al sentarse y hasta le preguntó cómo quería el café. Ello lo pidió con una nube de leche porque había escuchado que tenía clase pedirlo así, una

nube de leche, aunque a ella ni siquiera le gustaba la leche y solo a medias el café; pero es que estaba ablandada por las lágrimas y en un plan de complacer a los policías en todo. El no sé cuánto por ciento de las muchachitas que desaparecen —así las llamó, «muchachitas»— reaparecen por su propio pie al cabo de setenta y dos horas. Eso dijo el comisario. La muchacha no recuerda la cifra: era un porcentaje alto. ¿Y el otro tanto por ciento?, preguntó, con la tacita temblándole en la mano. El comisario levantó las cejas. Tiempo después la telefonearon para decirle que su amiga pertenecía al porcentaje chiquito, no al otro. No era cosa que pudiera esperarse, dijeron: al menos no por estadística. Hubo pesquisas. Hubo testigos que dijeron haber visto un coche negro que se detenía en la entrada de la maquiladora, y también una motocicleta blanca, y un coche que tendía más bien al amarillo pistacho. Hubo una nota de prensa chiquita. Hubo carteles con una foto borrosa. La amiga de su cuñada tenía diecinueve años y en la única fotografía que guardaba de ella salía sonriendo y guiñando un ojo a la cámara. Así fue como la verían los vecinos, multiplicada y retractilada y ciclostilada por las farolas y marquesinas de la ciudad. Una tarde, después de fijar una docena de carteles por una cuadra que quedaba lejos de casa, escuchó la conversación de dos muchachos que se detenían a mirar uno de los carteles. Esa fotografía donde su amiga guiñaba un ojo. No escuchó o no recuerda haber escuchado lo que dijo el primero. Pero el segundo contestó: De las que vienen en cuerpomático, y al decirlo, se tocó los huevos. Entonces ella se echó a llorar y los muchachos le preguntaron si necesitaba ayuda y ella respondió que no necesitaba ninguna ayuda, que allá nadie necesitaba ayuda. No lloró, en cambio, cuando la policía la telefoneó. El reconocimiento del cadáver tampoco fue tan duro como había imaginado: para aquel entonces había tenido tiempo de leer mucho sobre las perdidas que se perdían en aquella ciudad. Sabía lo que podía esperar. Sabía de mutilaciones rituales, de pezones arrancados a dentelladas, de violaciones tumultuarias, de cadáveres femeninos —así los llamaban— que aparecían con los brazos engarrotados, como abrazando el aire; como si todavía abrazaran al último hombre que se las había cogido. En posturas ginecológicas, decían los expertos, lo cual venía a significar que la cosa no terminaba nunca, que hasta muertas parecía que se las seguían cogiendo. El caso es que dentro de, puesta la cuestión entre muchas comillas, a su amiga el asesino o los asesinos la respetaron. Hasta cierto punto al menos. La muerte de la occisa había tenido lugar por estrangulamiento, seguramente el mismo día del secuestro. Había sido violada, sí, pero solo vaginalmente; por más que exploraron el recto, no

hallaron signos de abrasión, desgarramiento o dilatación. Eso, la ausencia de violación anal, tenía muy desconcertado al forense. El *modus operandi*, dijo con un suspiro, parecía haber cambiado. Pero a ella, a la muchacha, ya no le interesaba eso del *modus operandi*. Durante las últimas semanas había leído cuanto cayó en sus manos sobre la ola de feminicidios, ya fuera en la prensa o en internet —porque su maquiladora, además de pagarte el entierro si, Dios no lo quería, pues te morías, también reservaba un locutorio para sus empleadas; para que llamaran a sus familias o jugaran solitarios o lo que quisieran—. Supo cuanto se podía saber sobre el tema, que no era mucho. Supo que la culpa era de un asesino serial que se apoyaba en otros asesinos seriales, imitadores en la teoría pero igualmente letales en la práctica. Supo que la culpa era del patriarcado. La culpa era el exceso: exceso de mujeres y exceso de desierto. La culpa era de los gringos, que cruzaban la frontera como quien se viene de safari, cazadores dispuestos a cobrarse su cosecha de mujeres. La culpa era de los mexicanos, que ya no creían en la Virgen de Guadalupe, o no con el vigor de antaño. La culpa era del gobierno. La culpa era del narco. La culpa era del narcogobierno. La culpa era de las mujeres, que andaban solas. La culpa era de las mujeres, que andaban con malas compañías. La culpa era de las mujeres, que eran bonitas. La culpa era de los ritos chamánicos y de la magia negra y de la Santa Muerte, y de los aztecas. La culpa era vivir así, a medio camino de la ciudad y del desierto, de México y de los Estados Unidos, del Infierno y del Paraíso, en ese terreno indeciso entre el algo y la nada. La culpa era de los valores, o de la ausencia de los valores. La culpa era de la pobreza. La culpa era del desierto. Eso leyó la muchacha, leyó y leyó, como antes había leído otros comerciales, otros reclamos, otros letreros de carretera y panfletos electorales y vallas publicitarias. Todo lo mandó a la chingada. La maquiladora también: a la chingada. Como allegada más próxima a la difunta —¿ella, allegada más próxima de la amiga de su cuñada?—, le correspondió algún dinero. Con ese dinero compró aquello que había venido a comprar. Los precios habían subido de nuevo —es la oferta y la demanda, mana, es el libre mercado—, pero de todas formas le alcanzó, esta vez sí que le alcanzó, y en el momento de aflojar los billetes al pollero, la muchacha, que hasta entonces nada había sabido, supo sin embargo algo, o intuyó algo, o más bien creyó de un modo ciego e irracional algo, de un modo que ella misma no sabría sostener con razones: que la culpa de que la muerte de su amiga saliera tan barata es que ella estaba pagando tan caro ese pasaje.

El final de la historia está en el fondo del tercer vaso de tequila. La muchacha lo mira y lo remira antes de beberlo. La muchacha que de pronto vuelve a hablar en tercera persona, como si se tratara de la vida de otra. La muerte de otra. La muerte de una de aquellas mujercitas muertas. Fue precisamente aquel día, dice la muchacha con una voz inusualmente grave. Precisamente aquel pollero. Aquel desierto. La muchacha iba en un grupo de veinte o treinta migrantes, todo puras mujeres, así que todas solas, como quien dice, y el pollero les había prometido darles el aventón a los Estados por un lugar que carecía de vigilancia. No había barda fronteriza siquiera: solo el mero desierto. Y estaban caminando por ese desierto, viendo el polvo y las matas desflecadas de hierba y las osamentas de reses refulgiendo bajo el sol, cuando llegaron al árbol. Era un arbolito desmañado y triste, agostado por la sed. En sus ramas sin hojas se mecían trapitos blancos y rojos y negros, inocentes como guirnaldas de verbena; como los últimos festejos de una romería celebrada en el infierno. Alguien, quizá ella misma, reparó en que los trapitos eran en realidad calzones de mujer, botados entre las ramas. Luego oyeron un chiflido que venía de entre la maleza y otro chiflido que contestaba desde la parte opuesta. El pollero se detuvo junto al árbol y se volvió a las muchachas con un asomo de sonrisa.

—¿Saben qué, muchachas? Vamos a detenernos aquí tantito.

Los vieron emerger de la maleza, con sus pasamontañas negros. No eran más que cinco, pero tenían armas automáticas y maneras de militares. Mientras se acercaban, el pollero les advirtió que no debían resistirse. Que si les pedían dinero debían dárselo, sin olvidar un solo pesito, y que si les pedían que se desnudaran pues entonces debían desnudarse no más. Para entonces ya estaban entre ellas, mirándolas desde los agujeros blancos de sus pasamontañas negros. Les pidieron dinero y ellas se lo dieron. Les ordenaron que se desnudaran y ellas se desnudaron. Eran solo cinco, repite la muchacha, extendiendo los cinco dedos de la mano derecha, y ellas muchas, ya dijo que veinte, puede que treinta mujeres, pero con las pausas y las demoras necesarias, tras muchos tragos de cerveza y muchos momentos de actividad y de descanso, lograron cogérselas a todas. Las había bonitas y no tan bonitas, viejas y niñas o casi niñas, pero los hombres procuraron no hacer distingos. Se las cogieron con entusiasmo inicial y luego con creciente indiferencia, con un esfuerzo cada vez más visible, por momentos hasta se diría que con cierto sufrimiento, escupiendo resoplidos que no parecían de placer sino de angustia. La muchacha recuerda los goterones de sudor que empapaban sus pasamontañas y que acababan derramándose, como un salivazo de cera

fundida, sobre la espalda desnuda de las mujeres. Procedían como un ejército que cumple órdenes que vienen de más arriba; soldados que toman la colina que su oficial les señala aunque poco les importen sus oficiales y la colina. Ellas eran la colina. Y aquel un día de mucho calor, en el que las mujeres gemían bajo el peso de sus cuerpos. Ellos gemían también, afanosos y exigidos, maledicientes, murmurando algunas palabras feas que no se sabía si vertían contra las migrantes o contra ellos mismos, contra su trabajo de mierda, contra el pinche desierto. Había una viejita que era puro años y puro hueso, y con ella no hicieron mucho más que manosearla un poco, ablandarla con un par de embestidas desganadas, y luego le gritaron que se vistiera. Con la muchacha se entretuvieron tal vez un poco más de la cuenta, muy por encima de lo que por matemática de tiempos y cuerpos le correspondía. Era muy jovencita por aquel entonces, dieciocho años, repite la muchacha, que después de todo es ahora mismo cuando parece tener dieciocho, y ellos la encueraron y la cabalgaron con un poco más de enardecimiento, podría decirse que se resarcieron con ella de lo mucho que les había costado cogerse a algunas de las otras, viejas o feas o feisísimas, y la muchacha recuerda que en aquel momento, aplastada contra el suelo, podía sentir la realidad como multiplicada o acentuada, el tacto y la temperatura de sus vergas hinchándose dentro pero también la rugosidad exacta de una piedrecita contra su mejilla, el olor de cada yerba, la coreografía silenciosa de un pájaro que hacía cra cra en el cielo, indiferente a todo y a todos, y mientras ella se iba haciendo consciente de partes de sí misma que hasta entonces no habían sido suyas y que desde entonces le han parecido ya para siempre de otra. Sintió que esa otra estaba por morirse. Sintió que era la amiga de su cuñada, muriendo de nuevo. Ella ahí se murió, dice la muchacha. La dejaron en su rinconcito del desierto, tirada sobre el polvo, desangrándose mientras las demás se vestían con apremio y regresaban a la fila. Ahora vamos a pasarlas no más, escuchó que decía la voz del pollero, les habían prometido el cruce y ellos iban a cruzarlas, porque ellos eran hombres de palabra, hombres cumplidores, ¿comprenden o no comprenden? Pero antes ordenaron a las mujeres que botaran sus calzones al arbolito, sin hacer distinciones tampoco, y lo mismo colgaron la tanguita de una niña que unas bragas cuajadas de sangre y que los calzones de la vieja, grandes y llenos de bordaduras como un mantel de época. Quién sabe por qué lo hicieron: tal vez para ellos ese arbolito significara algo después de todo. Ella tenía unas braguitas con la caricatura de un dinosaurio, que también ahorcaron de una de las ramas, y por lo que ella sabe aún deben de estar pendiendo del mismo árbol, el tiranosaurio

desleyéndose al sol. Sintió que ese mismo sol la disolvía también a ella, que la borraba contra el suelo, y no pudo ponerse en pie para retornar a la fila, aunque lo intentó con todas sus fuerzas. Vio a las mujeres alejarse, encorvadas por el peso del silencio, y uno de los hombres se quedó mirando el charco de sangre que crecía sobre el polvo.

La recargaron en una camioneta que apareció de pronto, como venida de la nada. Recuerda que en el costado alguien había escrito con letras rosas: Iglesia del Amor. Y en esa camioneta le pusieron unos algodones y unas gotas de yodo que ardían como el sol, un diminuto sol que se la cogía todavía por dentro, y en aquel momento ella no era ella sino la amiga de la muchacha, y no se sentía en una camioneta sino en la camilla de la morgue, mientras buscaban en su recto signos de abrasión, desgarramiento o dilatación; el *modus operandi* parece haber cambiado, decía el forense con un suspiro, y luego se quitaba sus guantes de hule y le preguntaba cómo le gustaba el café. Y ella pensaba todas esas cosas muy deprisa, mientras la camioneta retemblaba sobre las pistas de terracería, con esa especie de clarividencia que tienen los que están a punto de morirse. Solo que ella no se murió. No se murió porque ya estaba muerta. Muerta y todo la dejaron en una orilla de la carretera, muy cerca de donde había comenzado su viaje, y muerta y sangrando todavía avanzó unos pasos por un solar ruinoso, salpicado de chatarra y colillas y latas de cerveza aplastadas. Vio a dos pepenadores que pasaban a su lado con sus carritos de mendigo, dos hombres renegridos por el sol que la miraban durante unos segundos, con la cara de concentración con que sondeaban el valor de las tuberías de cobre y las planchas de aluminio. Pero ella valía menos, y al fin se marcharon. Cree recordar que inmediatamente después una mujer le trajo algo de comer y de beber, y también unos ungüentos y unas vendas. Le preguntó si tenía credencial de la seguridad social y la muchacha muerta dijo que nel, así que la mujer se limitó a esbozar una sonrisa encogida, avergonzada. Los hospitales estaban muy caros, dijo, pero ya iba a ver cómo con el ungüento y las vendas se ponía buena pronto. No se muera, mijita, dijo antes de alejarse para siempre, y la muchacha no dijo nada, porque habría sido muy laborioso explicarle que ya estaba muerta. Pasó un tiempo indefinido, en que el dolor fue remitiendo poco a poco para convertirse en hambre, y para calmarla tenía que revisar el fondo de los basureros hasta encontrar papeles encerados que contenían las últimas trazas de un taco, una gordita, una quesadilla ya sin queso. Luego vio detenerse un coche y en la ventanilla la cara de un señor elegante, bien

vestido, que la miraba desde detrás de la niebla de su cigarro. Ese hombre le preguntó si necesitaba ayuda.

El Padrote, repite la muchacha, es un hombre bueno.

Los primeros días no trabajó: solo se limitó a convalecer en una de las habitaciones del bar Calipso. En una pieza que podría ser perfectamente esta. Desde su ventana veía entrar y salir a las muchachas, cada una colgada del brazo de un cliente distinto, y ella las miraba con curiosidad y vergüenza. No recuerda haber hecho nada más. Solo mirar a las muchachas y mirar caricaturas que pasaban por televisión. Beber muchas Colas frías, cucharear inmensos vasos de helado. Comía y bebía lo que el Padrote le traía; se dejaba curar con unos algodoncitos quirúrgicos y vestir con prendas de ropa que le quedaban demasiado grandes. Ella daba las gracias con los labios o con el pensamiento. Algunas noches escuchaba los jadeos de las muchachas rebotando en las paredes contiguas, y sentía algo que la empapaba de la humedad del miedo y de la humedad del deseo al mismo tiempo. Sé bien portada y ponte pronto buena, Güerita, le decía el Padrote cada vez que pasaba a traerle helados y Coca-Colas. Porque el primer día él le había preguntado cómo se llamaba, y ella no dudó. Soy la Güerita, dijo la muchacha, aunque ella, ya ve, no es ni remotamente güera; lo dijo solo porque era así como llamaban a la amiga de su cuñada. Ahora yo soy la Güerita, dice la Güerita. Luego, cuando ya estuvo buena, muerta pero buena de nuevo, el Padrote regresó. Esa noche, en lugar de vestirla, comenzó a desnudarla sin prisa. Le tocó donde los hombres le habían tocado y le preguntó si dolía. No, no dolía. No le dolió tampoco el modo en que el Padrote se lo hizo la primera vez, con unos gestos firmes y delicados al mismo tiempo, de alfarero que conoce los secretos de la carne y el barro. Ella era ese barro, y el Padrote, las manos del Padrote, la torneaban pacientes, le iban explicando cómo debía situarse, qué movimientos se esperaban de ella, qué gemidos, qué silencios, qué palabras. Eso fue, al principio, todo: muchas caricaturas y muchas Coca-Colas y muchos vasos de helado y cada noche las manos del Padrote, las lecciones del Padrote, el placer un poco ronco del Padrote cuando se le venía dentro. Era una cosa extraña, coger con el Padrote: a veces se sentía como si la cogiera a una un cura y a veces un militar. No sabe si él, Juan, puede entender eso. Puedo, responde Juan con sencillez. Bueno. El caso es que un día llegó acompañado de otro hombre y ni siquiera entonces las cosas cambiaron demasiado. La muchacha recuerda al Padrote mirando desde su silla, contando los billetes como quien desgrana un rosario, y en la cama el hombre ya desnudo, que después de todo no hacía cosas

distintas ni más terribles que las que primero le había hecho el Padrote. Y cuando la cosa acabó —porque la cosa, si se piensa fríamente, nunca dura demasiado; nunca es tan terrible como los demás se figuran— el Padrote apartó un puño de esos pesitos y se los tendió y le dijo que había sido una buena chica. Que había aprendido deprisa, que tenía futuro en el negocio y que andara a comprarse ropa o joyitas o perfume o lo que gustara. Porque el Padrote siempre fue así, siempre se portó decente con ella. Es así como lo recuerda: como ese hombre elegante y apuesto que una vez asomó la cabeza por la ventanilla del coche. El único que no quiso que se muriera cierto día de verano. Lo que viene después no tiene importancia. Lo que viene después, dice la muchacha muerta, es un trabajo como otro cualquiera, y hasta donde ella puede juzgar, mucho más seguro que andar a cruzarse sola la frontera o a vivir sola en esta ciudad de la chingada. Porque nadie la ha obligado nunca a nada: eso quiere dejarlo muy claro. Ella no es una víctima ni el Padrote un malvado: si está en la putería es por su voluntad, porque le gusta el dinero que gana a fuerza de baile y de cama y porque qué otra cosa podría hacer ella en este mundo. A veces, claro, suceden en el oficio algunas cosas malas o no del todo buenas, pero qué culpa tiene de eso el Padrote. Es verdad que hay ciertos clientes con los que una preferiría no tener tratos. Hombres que creen que son sus dueños por esa media hora que pagan, que ellas son algo así como una casa alquilada o una recámara de hotel o un escobero chiquito y pueden habitarlas como se les antoje. Y es verdad también que algunas de las muchachas están encerradas en la casa, porque son pendejas y se metieron en la putería sin verlo venir, y ahora se arrepienten. Pero ella no es ninguna pendeja. Ella llegó aquí con sus cinco sentidos, y cuidado con llamarla víctima, víctima de qué. Víctimas son las muchachitas que llegaron al Calipso engañadas por novios que decían que las querían y víctimas aquellas otras a las que violaron al pie del árbol de los calzones a cambio de nada; víctimas son las niñas que todavía creen en las promesas de los hombres; víctimas son su papá y su mamá, que nunca regresaron, y también los que regresaron y no supieron qué hacer con lo que fuera que habían aprendido. Víctimas son el millón de mujeres y de hombres que se mueren de asco en esta ciudad de mierda. Víctima es la Güerita: la verdadera. Víctima, dice la muchacha muerta mientras deja el vaso de tequila tres veces vacío sobre la mesilla, son las muchachas muertas que todavía se creen vivas, como si la vida consistiera solo en tragar aire para más tarde escupirlo. Pero ella, de qué podría ser una víctima ella, con sus ahorros para caprichos, y sus lunes de vacaciones, y su cerveza gratis; eso no, de ningún modo. Y antes de acabar de hablar ya se ha

puesto en pie y se está levantando la camiseta y desabrochándose el corpiño, porque con tanta plática se ha hecho ya muy tarde, dice, y en este oficio, como en cualquiera, hay unos plazos que cumplir.

Juan mira el vestido que se desliza silenciosamente hasta el suelo. Mira la boca groseramente pintada de rojo, como una herida ya para siempre abierta. Mira sus pechos mínimos, mira sus caderas estrechas, el sexo atrozmente pelado, la carne blanca y temblorosa que se revela de pronto a la luz de la bombilla. Mira su cuerpo de muñeca aporcelanada que espera; ese cuerpo que el Padre cabalgó tantas veces, como se cabalga un caballo.

—No —dice entonces, y su propia voz le suena extraña.

La muchacha muerta parpadea, confundida, su gesto encallado a medio camino entre la entrega y el desconcierto. Un cuerpo que ha dejado de ser sensual pero ya no sabe lo que ser; que es, de nuevo, el cuerpo de una niña que se estremece de vergüenza y de frío. Intenta recomponer la voz, en busca de un aplomo que parece haber huido.

—¿No te gusto, papaíto? ¿Quieres que llame a alguna de las chicas?

Pero Juan niega de nuevo. No, no quiere que llame a otra de las chicas. No quiere compañía. No quiere nada. Solo dormir. Eso dice: solo necesita dormir un poco. Y luego, como la muchacha permanece todavía en pie, esperando una explicación, Juan comienza a hablar atropelladamente de muchas cosas. Habla de la fidelidad. Habla del compromiso. Habla del deseo de regresar a casa. Habla de una mujer que lo espera en algún lugar, una mujer a la que no ha olvidado, y no sabe si se refiere a su propia esposa, o a la viudita abandonada, o a una indígena que mira con horror el encierro de sus semejantes en una de las jaulas de Daga; una muchacha que sigue mirando con horror su propio encierro, muchas leguas al sur.

—Entiendo —dice la muchacha, con gesto de quien no entiende pero hace lo que está adiestrada para hacer: respetar la voluntad de los hombres.

Pero no va a vestirse. Al menos no todavía. Lo que la muchacha muerta va a hacer es acercarse un poco más a Juan y adelantar, muy despacio, una de las manos diminutas para acariciar su rostro.

—No te pareces tanto a él —dice.

Lo hace con una voz nueva, en la que no se sabe si hay agradecimiento o condena o solo sorpresa.

Y así termina todo. O no exactamente así. Queda, todavía, el largo proceso de agacharse para recoger sus ropas, el largo proceso de vestirse, el proceso más largo todavía de calzarse los tacones y acomodarse el vestido en silencio. Y mientras tanto Juan, todavía sentado en la cama. Juan mirándola.

Juan sabiendo quizá que no volverá a verla nunca. Y la imagina, por un instante, otra vez desnuda, otra vez muerta, abandonada en la inmensidad del desierto. Imagina su cuerpo golpeado y humillado y mutilado, iluminado primero por el resplandor de unos faros que se alejan y luego por la lividez de la luna. Imagina un nuevo día amaneciendo sobre su cuerpo muerto. Imagina lo que el tiempo, lo que la lentitud del desierto es capaz de hacer con toda esa carne marchita. Y luego imagina días o semanas, eternidades de sol y de viento, y de pronto la casualidad de un hombre que camina por los senderos de Cerro Bola y encuentra, mal enterrada o no enterrada en absoluto, una mano o lo que queda de una mano emergiendo de la arena para pedir lo que ya nadie puede darle. Y si para entonces aún no es demasiado tarde, si los zopilotes o las alimañas todavía no han tenido tiempo de saquear su carne; si su rostro aún no ha sido derretido ni excavado por los gusanos ni cegado por la arena, sabe muy bien lo que ese hombre encontrará frente a él. Unos ojos que todavía desde la tierra se las arreglan para mirar de un modo opaco y terrible, como se miran las cosas terribles que han sucedido y las cosas más terribles aún que están por suceder; unos ojos de los que se ha evaporado toda voluntad y belleza, que han visto el horror y están llenos de él y son por tanto insoportables de mirar, o que tal vez han visto el horror y por eso mismo están vacíos y ese vacío es aún más insoportable. Ojos que ya no reflejan nada, que son lo que queda de la compasión cuando se le borra la fe; la libertad cuando se le resta la justicia; la voluntad cuando carece de manos y voz. La esperanza menos la esperanza.

XIII

Una tubería que la mierda evitaría tocar, si pudiera
Dios y el Padrote lo saben – Última muda de serpiente
El desierto te hará libre
El interior de una mochila y el interior de un pensamiento
Una cicatriz en la tierra – Parador de peregrinos
In Gold We Trust – Beber agua, comer pan
Un viejo discurso en un nuevo púlpito – Comunión y excomunión
Caminar al norte, caminar al sur – Un sueño sin sueño
Mujeres fáciles, mujeres bonitas – I JUAN TO BELIEVE
El principio del viaje – Así es como acaba el mundo
Así es como acaba el mundo – Así es como acaba el mundo
No con una explosión, sino con un gemido

El muro no es un muro. Solo una valla de planchas de metal oxidadas y medio roídas por la intemperie; una cicatriz que sutura el desierto en dos desolaciones iguales. Al otro lado está el futuro, ha dicho Navaja todavía desde dentro del coche, el sueño de los Estados Unidos, pero ese sueño no parece muy distinto de la realidad que dejan atrás. También él tiene algo de pesadilla que se propaga en todas las direcciones, un océano de polvo y colinas peladas en el que la voluntad humana parece abolirse hasta quedar reducida a nada.

Se detienen en un punto cualquiera de la frontera. Solo que no es un punto cualquiera. Al pie de la valla, medio disimulada por los arbustos y un montón de llantas viejas, se distingue la boca oscura de un desagüe que comunica el desierto con el desierto. Juan se asoma cautelosamente. De la negrura le llega un bostezo de aguas pútridas.

A su espalda, Navaja sonríe con cierta incomodidad. Sí; ese es el camino que le llevará hasta el Padrote. Juan duda un momento y luego se desliza dentro. La cañería tiene la mitad de la estatura de un hombre. Para introducirse en ella hay que agacharse y casi reptar por sus paredes manchadas de lodo y de mierda. Eso está haciendo Juan ahora: dejarse resbalar dentro, como un excremento que lucha por desaparecer de la faz de la tierra.

Una tubería que la propia mierda evitaría tocar si pudiera, recuerda.

Navaja no hace ningún ademán de seguirlo. Apenas ha hecho otra cosa más que agacharse y quedarse detenido junto a la boca del desagüe. Le tiende

una mochila negra muy pesada, que Juan recoge con esfuerzo.

¿Es que no va a acompañarlo? Oh, no, contesta Navaja, sin borrar en ningún momento su sonrisa. Por desgracia su camino termina ahí. No ha hecho ni más ni menos que lo que el Padrote le pidió: llevarlo hasta la frontera. De ahí en adelante, ese pedo es cosa suya. Hay ciertos caminos, dice, que uno debe recorrer solo. Ciertos viajes a los que nadie puede acompañarnos. Ese, continúa con una voz que el eco de la tubería torna ominosa, es uno de esos viajes. El Padrote se lo dijo y hasta lo repitió bien clarito: su hermano debía encontrar su rastro por sí mismo, sin más ayuda que la estrictamente necesaria. Eso es cuanto ha hecho Navaja: lo estrictamente necesario y puede que incluso un poco de añadidura. Y ahora a él le corresponde hacer el resto.

Antes de marcharse todavía da unas últimas instrucciones. Porque al otro lado de ese tubo no están los Estados Unidos: al menos no todavía. Antes debe llegar a una especie de zona de nadie, protegida por concertinas y alambradas de espino. A veces hay, en esa tierra sin dueño, patrullas de la migra que recorren la franja en *jeeps* o en bicicleta. Helicópteros del ejército que barren la oscuridad con sus reflectores. Y si eso sucede él tendrá que esperar, al menos hasta el cambio de turno. Porque siempre hay, en algún momento, un cambio de turno: un momento en el que incluso los policías de la migra se toman un respiro o mastican sus bocadillos o beben sus caguamas de cerveza. Un instante en que dejan que la noche se ocupe de la noche. Ese será su momento. Deberá recorrer a la carrera la franja de oscuridad, chapotear entre las aguas y los juncos, rebozarse en la arena. Al otro lado encontrará la boca de otra cañería, enrejada con unos barrotes tan gruesos como la muñeca de un hombre. Pero ni siquiera esos barrotes podrán detenerlo. Bastará sacudirlos un poco para descubrir que han sido cuidadosamente limados por otros hombres que han recorrido ese mismo camino antes que él. Una reja que puede quitarse y ponerse sin esfuerzo, inofensiva como la tapadera de una botella de cerveza. Al otro lado, esta vez sí, encontrará ese sueño que lleva esperándolo desde siempre. Solo entonces será libre: todo lo libre que puede ser un hombre que huye por el desierto.

¿Lo que viene después? Eso solo Dios y el Padrote lo saben.

En el sueño el Padrote no es el Padrote. Viste una chaqueta azul, cuidadosamente planchada. Una corbata roja. Una voz, su voz, tan distinta, o puede que la misma voz gritando palabras nuevas; palabras que Juan no ha escuchado hasta ahora. Ya no se alza sobre una pirámide de mujeres muertas. Las muertas siguen estando muertas, eso de alguna forma Juan lo sabe, pero

ya no están, o al menos no es capaz de verlas. Solo un inmenso estrado que cientos, puede que miles de hombres, sujetan sobre sus espaldas, casi aplastados por su peso. Esos hombres lo jalean. Gritan. Aplauden. Y él levanta el pulgar, un único dedo que se yergue por encima de sus cabezas y sus esperanzas. La sonrisa del Padre. Su pulgar extendido hacia Juan, en un gesto de invitación o de advertencia.

—*Come here* —dice.

Y al escuchar esa voz rebotando en las paredes de la cañería Juan despierta, o cree que despierta.

Pasa el resto de la noche en vela, apenas un bulto muy silencioso y muy quieto en la boca de la cañería. Escucha el ronquido de los motores que vienen y van y ve reflectores que repasan pacientemente la geometría inmóvil de la barda fronteriza y escucha voces que el viento aleja o acerca. Luego no escucha, no ve nada. Solo el resuello de su propia respiración. Solo el latido de su propio pulso, sus propias vísceras, el zumbido del silencio en los oídos. Pasa el tiempo o algo que a Juan le parece que debe de ser el tiempo: una vaga sensación de oportunidad, de apremio, de vértigo. Es, quizá, el cambio de turno del que le habló Navaja. O tal vez el silencio que precede al desastre. Cuando al fin salta a la tierra, al principio lo hace con los ojos cerrados. Siente que cada uno de sus movimientos viene acompañado por ruidos y sonajeos; que sus brazos y piernas y su mochila pesan como piedras. En lo alto brilla una luna anémica, mortecina, que se deja resbalar por el metal de la valla y por la tierra encharcada. Ve concertarse frente a él las pesadillas que no está soñando; ve garitas de cemento que lo acechan y ve moverse sombras que son en realidad planchas de hierro detenidas por la voluntad humana e imagina perpetrarse en la oscuridad una y otra vez los muchos peligros que lo aguardan: la policía migratoria que le da el alto, que lo detiene, que acaso dispara. Pero nadie lo detiene, nadie le da el alto, nadie dispara. El resto del viaje es tal y como Navaja ha imaginado. Juan recorriendo a la carrera la franja de oscuridad; Juan chapoteando entre las aguas y las matas de hierba; Juan rebozándose en la arena. Al otro lado la boca de una cañería, enrejada con unos barrotes tan gruesos como la muñeca de un hombre. Pero ni siquiera esos barrotes podrán detenerlo. Basta sacudirlos un poco para descubrir que han sido cuidadosamente limados por otros hombres que han recorrido ese mismo camino antes que él; quién sabe si el mismísimo Padrote. Una reja que puede quitarse y ponerse sin esfuerzo, inofensiva como la tapadera de una botella de cerveza. Otra cañería, cincuenta metros, puede que cien metros de angustia horizontal, y al otro lado, esta vez sí, la libertad; ese sueño que lleva

esperándole desde siempre, tan ilimitado y terrible como solo puede ser el desierto. Juan es libre. Juan es libre y corre. El cuerpo de Juan, la sombra de Juan, sombra entre sombras, al fin corriendo y al fin libre, una esperanza que cabalga por el cauce sin orillas de la noche; cabalga sin caballo pero igual cabalga.

Dentro de la mochila: una garrafa de agua, un bocadillo envuelto en papel de estaño, una manta de cuadros. Un fajo de billetes, arrugado hasta formar una pelota chata —*In God We Trust*, dice cada uno de esos billetes—. Una brújula que señala rigurosamente el norte, con una obstinación de la que solo las máquinas son capaces. A su espalda, la luz súbita del amanecer, despuntando con la brusquedad de un relámpago que golpeara la tierra. Frente a él, la vastedad del desierto, tan vacío que la mirada y la imaginación se dejan resbalar hasta el límite del horizonte, sin encontrar un pedazo de realidad al que asirse.

El tiempo es algo que se camina, recuerda. El pasado es algo que se aleja y el futuro algo que se acerca y el presente algo que se intenta aferrar con las manos, sin lograrlo. Tierra y polvo y cielo: eso es todo cuanto existe.

Ve todo cuanto existe.

Camina sobre la tierra aunque todas las cosas que sucedan lo hagan en el cielo. Ve, en la tierra siempre idéntica a sí misma, la sombra de una nube, la sombra de un pájaro. Una bandada de cuervos que componen una flecha o la idea de una flecha.

Ve el anochecer y el alba y el anochecer de nuevo. Amaneceres y ocasos que en su memoria parecen también paisajes inmóviles, estaciones de un itinerario que hay que atravesar como se vadea un recuerdo.

Por las noches el fuego helado que arde en las estrellas, tan cerca que casi podrían tocarse con los dedos, y debajo la tierra oscura que otro Juan antes que el propio Juan pisó.

Ve en la lejanía el resplandor azulado de los relámpagos, que golpean el horizonte sin hacer ruido, y ve las sombras escuetas de los coyotes y estrellas que arden un instante y luego se apagan y otras tan brillantes que parecen cráteres que comunicasen con el fuego del otro mundo. Ve todo esto y ve más aún, pero no la luz de ninguna casa. Como si los gringos fueran también unos intrusos en su propia tierra y en lugar de habitarla vivieran rehuyéndola, espantados por su inmensidad o por su propia insignificancia.

Ve su propia insignificancia. El olor de la realidad es el olor de la piedra recalentada por el sol y el olor de su propio cuerpo cociéndose sobre la piedra, y más allá de eso, nada.

Ve la nada. Las cimas desnudas castigadas por el sol y el viento de la mañana a la noche, sin el consuelo de una sombra, un árbol desmañado, un cactus raquítico. La resistencia que la naturaleza opone a ser atravesada, a ser comprendida, y en esa resistencia el rostro del Padre.

Progresa hacia el norte como guiado por un oscuro instinto, sin hacer planes ni medir consecuencias, sin racionar ni los alimentos ni el agua ni decidir qué hará cuando lo encuentre. Solo importa eso: encontrarlo. Quiere vaciar su cabeza como se vacía, sorbo a sorbo, la cantimplora que un viajero lleva consigo al desierto. Él es ese viajero y es también esa cantimplora, la garrafa de agua que lleva en su mochila, cada vez menos pesada. Él es ese viajero y esa cantimplora y también el Padre.

Todo es más sencillo de lo que creemos, había dicho Diego de Daga. El mañana llega, el ayer se va; a eso se reduce todo. Los salvajes, que tienen veinticinco palabras para nombrar sus flechas, no han necesitado una sola para nombrar esa cosa tan esencial, tan asombrosa: el tiempo.

La tierra palpita a su alrededor, vertiginosa como el paisaje de un sueño. Todo el peso de la humanidad reside en sus recuerdos, cada vez más pequeños en el horizonte infinito. Pensamientos que se desvanecen paso a paso, como quien se va desnudando de ropas demasiado pesadas. Todo desaparece. Todo menos las mujeres, que de alguna forma se quedan. Las mujeres muertas, otra vez. El secreto que rodea su desaparición, impenetrable y terrible, como un desierto que su memoria no podrá atravesar, una valla que su memoria no podrá saltar, una frontera que su conciencia no saltará tampoco nunca. Las mujeres muertas y también las vivas, presas en esa otra cárcel de música demasiado alta y dormitorios estrechos. Si fue el Padrote quien levantó esa prisión sin barrotes, si fue él quien aceptó o toleró o incluso inspiró ese algo que vio suceder en su interior, ¿entonces qué? Pero no fue el Padrote, dice, no pudo ser él. Cómo podría. Él, que venía preñado de tantos sueños hermosos, no habría sido capaz de hacerlo. O si lo hizo fue por los motivos correctos, persiguiendo fines que hoy ya no resultan discernibles; no para encerrar, no para castigar, no para atormentar a toda esa carne marchita. Solo Navaja pudo hacerlo. Son los hombres como Navaja los que echan por tierra los propósitos más lúcidos: son los segundones, piensa, son los emuladores, los mercenarios; son los estúpidos, los satélites, los ciegos, los mediocres, los iluminados que no brillan con luz propia, sino que se limitan a rebotar, como la luna, el resplandor del sol.

Ve el resplandor del sol. Piensa en el peso de ese sol sobre su cabeza, una carga que no termina de aliviarse nunca. Piensa en el peso de su mochila.

Piensa en el peso de la garrafa de agua, cada vez más ligera en su espalda y más pesada en su conciencia.

Ve rodadas de carros que van de un lado a otro por en medio del polvo, rodadas que se entrecruzan y alejan y vuelven a juntar, como coreografiadas por un loco, y pájaros que le sobrevuelan pacientes, esperando, quizá, que se muera, pero él no va a morirse, no señor, él va a apurar hasta la última gota de agua y lamer lo rugoso del papel de plata en que va envuelto el bocadillo y también va a quitarse la camiseta y anudarla a la cabeza, como un sombrero o un turbante o una mortaja, pero lo que no va es a morirse, eso ni mentarlo.

Ve el papel de plata en que venía envuelto el bocadillo, vacío.

Ve la garrafa de agua sin agua, la cáscara vacía de lo que alguna vez fue una garrafa de agua. La garrafa abandonada en un punto cualquiera del camino, como se abandona un propósito.

Ve el hambre, una tierra que alcanza hasta donde abarca la vista.

Ve la sed, un paisaje de contornos ásperos y rumbos concéntricos, como un aguijón latiendo en sus sienes.

Ve su propia sombra, agigantada en los amaneceres y los crepúsculos y mitigada por el hervor del mediodía.

Ve la sombra de su caballo muerto.

Ve la muerte. Frente a él la muerte, y qué importa. ¿Es esta la última de las mil muertes que lo aguardan?

Lentamente se deja vencer sobre el suelo, como si también él se hubiera convertido en un puñado de piedras. Registra su mochila, en busca de lo imposible, un último sorbo de agua donde no puede haberla, agua con que llenar esa boca que es todo lengua y arena. Solo encuentra un puñado de migas de pan y el libro del Padre. Acostado sobre el polvo abre el libro. Se esfuerza por leer, deslumbrado por el sol. No mira los dibujos: solo los versículos de letra apiñada y menuda. Algunos han sido subrayados o tachados o rodeados por un círculo de tinta, con tanta fiereza que el papel está desgarrado en ciertos puntos. Son, no pueden ser otra cosa, los pasajes favoritos del Padre. Lugares donde la mirada del Padre se detuvo. Ideas que tocó, al menos por un instante, con la punta de sus pensamientos. Pasa las páginas atropelladamente, dejando que sus ojos salten de subrayado en subrayado. Ha seguido los pasos del Padre hasta aquí y ahora sigue la estela de su lectura, se deja resbalar dentro del libro sujeto por su mano.

Lee: A vosotros no os es dado conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre.

Lee: Porque considero que los sufrimientos de este mundo no son dignos de ser comparados con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada.

Lee: Y yo le dije: ¿Hasta cuándo, Señor? Y Él respondió: Hasta que las ciudades queden asoladas y sin habitantes y las casas sin moradores y la tierra hecha desierto.

Lee: Presentad vuestro propio cuerpo en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios.

Lee: Dura es esta palabra. ¿Quién la puede oír?

Mientras lee; mientras sus labios áridos y cuarteados se separan para repetir las palabras del Padre, pasan nubes y estrellas y atardeceres, se hace de noche y de día y de noche de nuevo. El cielo parpadea y a cada parpadeo nuevas palabras señaladas, rasguñadas hasta hacer sangrar la hoja.

Lee: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya.

Lee: Yo Yahvé he hablado; así haré a toda esta multitud perversa que se ha juntado contra mí; en este desierto serán consumidos, y ahí morirán.

Lee: Despojaos del viejo hombre y vestíos del nuevo hombre.

Lee: ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!

Lee: Ciertamente vengo en breve.

Al principio parece una segunda frontera: una cicatriz negra que sutura el desierto en dos desolaciones iguales. Pero paso a paso —los pasos de un viajero que no está seguro de poder seguir avanzando; un viajero que arrastra consigo el peso del sol y el peso de la sed y el peso de la memoria— esa frontera comienza a convertirse en otra cosa. No hay vallas, no hay tuberías de desagüe ni muros ni alambradas de espino ni garitas de cemento. Solo una carretera negra que en la distancia parece derretirse y retorcerse, alabeada por el tormento del calor. Unos pasos más y Juan es capaz de distinguir los puntitos que la recorren, pequeños como hormigas, sin hacer ruido. Más pasos y entonces, poco a poco, el ruido: el rumor monótono del oleaje que viene a romper en una playa sin océano, un zumbido que crece, que se intensifica, que ya es el ronquido de un carro o muchos carros recorriendo la espalda del desierto.

Juan debería pedir ayuda, pero no hay un solo ser humano al que dirigirse. Solo máquinas que cruzan el polvo, atronadoras e instantáneas; máquinas que quieren pasar en este infierno el menor tiempo posible.

Algunos carros se dirigen al norte.

Otros carros se dirigen al sur.

Juan permanece algún tiempo clavado en el costado de la carretera. Después toma el camino del norte.

Lo primero que ve es una especie de torrecita estrecha, en la que parpadean algunos dígitos rojos. En lo alto una palabra incomprensible y el dibujo de una concha no muy diferente a las que los peregrinos llevan en sus capas o en sus sombreros. ¿Es esa concha un signo? Junto a la torrecita una construcción extraña, que es todo techo y apenas ninguna pared. Algunos carros detenidos a la sombra de ese techo. Un hombre sale de uno de los carros para estirar una manguera y otro se dirige a una especie de cantina hecha de luz y cristal. La puerta abierta. ¿Es esa puerta abierta un signo? Claramente dibujada en el alquitrán del suelo, una flecha blanca que señala el lugar al que ese hombre se dirige. ¿Es esa flecha, de nuevo, un signo?

Dentro hay tanta luz que afuera parece siempre de noche. Al verlo entrar todos alzan los ojos para mirarlo. El mesero, las familias que comen y beben en las mesas, la muchacha de piel atezada que barre concienzudamente el suelo. Lo miran porque saben que viene de muy lejos. O porque está enharinado de sudor y de polvo. Porque lleva consigo el desierto. El mesero se está dirigiendo a él, en un idioma imposible. No deja de mirarle las manos sucias, la camiseta sucia. Dice cosas o parece que dice cosas y luego espera respuesta. Juan murmura

AGRADECIMIENTOS

La primera vez que pensé en el indio Juan fue en 2009, durante mis clases en la Universidad Complutense de Madrid con los profesores Alfonso Lacadena y José Luis de Rojas. Por aquel entonces no era más que el proyecto de un relato moderadamente largo, por el cual recibí una residencia artística en México. Como suele suceder en mi caso, durante la beca no escribí más que un puñado de páginas del proyecto en cuestión: en cambio, pude concluir *Los que duermen*, que se convertiría en mi primer libro de relatos. No volvería a recordar mi tentativa frustrada hasta otra residencia muchos años más tarde, en 2016, en la Academia de España en Roma, donde por supuesto estaba becado para escribir otra cosa.

El estado actual de *Ni siquiera los muertos* debe mucho a la escritora Sara Barquinero, que confió en este libro incluso cuando yo mismo no lo hacía. Sus consejos fueron vitales, tanto durante el proceso de documentación como durante la propia escritura: ella dio carne a Juan, existencia a su esposa y un poco más de fundamento conceptual a sus andanzas. No quiero olvidar tampoco la inestimable ayuda prestada por The International Writers' House en Graz, que me dio espacio y sobre todo tiempo para escribir algunos de los capítulos de esta novela. A la dramaturga y novelista Natascha Gangl debo el maravilloso discurso de Donald Trump y la serpiente; a Auxiliadora Ruiz Sánchez, el préstamo de ciertos libros vitales; a Andrés del Arenal, responsable de la librería Juan Rulfo, un puñado de buenos consejos; al profesor David Bowles, la traducción al náhuatl del incipit; a Juan Soto Ivars —y también a Walter Benjamin, claro— la elección del título. Daniel Herrera y Daniela Suárez, con su invitación a la Universidad de Long Beach en 2018, hicieron más por esta novela de lo que nunca soñaron, y me presentaron a valiosos informantes, como Leydi Ahumada o Erika Tapia. Riki Blanco ha vuelto a poner rostro a mi libro —y ya van tres—: diría que las infinitas discusiones por la forma del cuchillo y el color del fondo han acabado mereciendo la pena. Mi agradecimiento también para el equipo de Sexto Piso, que una vez más ha vuelto a confiar en mi literatura. No he tenido la oportunidad de conversar con el periodista Óscar García, pero sí de leer su portentoso *Los migrantes que no importan*, repleto de testimonios reales que se han filtrado en distintos momentos de esta novela. Tampoco conozco personalmente al profesor Johannes Schneider, con quien he establecido una

deuda que nunca podré saldar. La profesora de numismática María Teresa Muñoz Serrulla me dio algunas claves para solucionar el leve error histórico que tiene lugar en los primeros capítulos, pero yo acabé por perseverar en mi error, porque por aquel entonces ya quería más a mi novela y menos a las monedas. También, como en todos mis proyectos, ha sido decisiva la lectura de profesionales y amigos como Andrea Palaudarias, Víctor Balcells, Guillermo Aguirre, Daniel Arija, Ángel García Galiano, Alfonso Muñoz Corcuera, Ella Sher, Samir Mendoza, Lucía Martínez Pardo, Mercedes Bárcena y Emilio Gómez, y las conversaciones con Viridiana Carrillo, Eduardo Ruiz Sosa, Florencia Sabaté, Desirée Rubio de Marzo, Javier Vicedo, Laura Jahn Scotte, Cristina Morales, María Laura Padrón, Edgar Straehle, María Zaragoza, Carla Martínez Nyman, Montxo Armendáriz, Puy Oria, Melca Pérez, Zita Arenillas, Meritxell Joan, Helena Ruiz, Silvia Pérez, Alejandro López y Muriel Cuadros. Y gracias, una vez más, a Marta Jiménez, a quien también debo esas lecturas y esas conversaciones, y al mismo tiempo mucho más que esas lecturas y esas conversaciones.



Nace en Santander en 1984, aunque posteriormente reside en Córdoba, Budapest, México DF y Madrid. Licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (UCM), en la actualidad concluye sus estudios en Filosofía (UNED) e Historia (UCM). Es autor de las novelas *El héroe de Duranza* (2002) y *Farmer Stop* (2010) y con sus obras ha obtenido, entre otros, los premios José Hierro de Relato y Poesía del Ayuntamiento de Santander, el Premio Internacional CRAPE de cuento o el Premio de Narrativa Ramón J. Sender, y ha sido finalista del XII Premio Mario Vargas Llosa NH de libro de relatos.

Como reconocimiento a su labor literaria fue becado por la Fundación Antonio Gala y por la Fundación Caixa Galicia, y disfrutó de una residencia en México DF patrocinada por el FONCA. Actualmente reside en Madrid.